Los libros de la selva

Rudyard Kipling



Al hablar de *El libro de la selva* de Rudyard Kipling, todos pensamos inmediatamente en Mougli, el niño criado entre lobos que, bajo la tutela del oso Balú, la pantera Baguira y la pitón Ka, llega a ser «el amo» de la selva de Sioni, en la India. Olvidamos con frecuencia que *El libro de la selva* en realidad son dos: *El libro de la selva* (1894) y el *Segundo libro de la selva* (1895); y que no todas sus historias tienen como protagonista a Mougli, ni ocurren siquiera en la India: «La foca blanca» y «Quiquern» están ambientadas en el Ártico; y, en la India, aparte de a Mougli, tenemos a la astuta mangosta Riki-tiki-tavi, a Tuméi el muchacho al que le es dado presenciar el legendario baile de los elefantes, al santón Purun, al reportero que conoce la lengua de los animales y es testigo de una reveladora conversación entre las bestias de carga del Ejército de Su Majestad… Cierto es, por otro lado, que el sueño infantil de ser hermano de todos los animales y de verse libre de todas las restricciones humanas está presente en casi todos los cuentos con un poder cautivador. Mougli, con su repetida afirmación de «Soy un lobo», encarna precisamente ese sueño que los animales saben que, llegado cierto momento, será un conflicto: el niño no podrá pasar toda la vida creyendo que el dinero es «eso que pasa de mano en mano y siempre está frío», que una casa es «una trampa de barro» y una cama «una cosa de madera dura»… pues al final «el hombre vuelve al hombre».

Esta edición, en una nueva traducción de Catalina Martínez Muñoz, recupera el plan original de Kipling e incluye los dos *Libros de la selva*, además de «En el ruj» (1893), el cuento en que el personaje de Mougli apareció por primera vez.

Lectulandia

Rudyard Kipling

Los libros de la selva

ePub r1.0
Titivillus 06.04.17

Título original: *The Jungle Book / The Second Jungle Book*
Rudyard Kipling, 1894
Traducción: Catalina Martínez Muñoz

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Nota al texto

El libro de la selva se publicó por primera vez en 1894 (Macmillan, Londres), y el *Segundo libro de la selva* un año después en la misma editorial. Nuestra traducción se basa en los textos de estas primeras ediciones y presenta los cuentos en su orden original.

Una edición conjunta de ambos libros incluyó en 1897 el cuento «En el *ruj*» («In the Rukh»), perteneciente al ciclo de Mougli, y de hecho la primera aparición del personaje (si bien ya adulto), pues había sido publicado en 1893 en el volumen *Many Inventions* (Macmillan, Londres). Lo incluimos asimismo como apéndice de esta edición.

Todos los cuentos de los dos *Libros de la selva* habían aparecido previamente en revistas británicas y estadounidenses. Dejamos a continuación constancia de su primera publicación:

«Los hermanos de Mougli» («Mowgli's Brothers»): *St Nicholas*, enero de 1894.

«La cacería de Ka» («Ka's Hunting»): *To-day*, 31 de marzo-7 de abril de 1894.

«¡Tigre, tigre!» («Tiger-Tiger»): *St Nicholas*, febrero de 1894.

«La foca blanca» («The White Seal»): *National Review*, agosto de 1893.

«Riki-tiki-tavi» («Rikki-tikki-tavi»): *St Nicholas*, noviembre de 1893.

«Tuméi, el domador de elefantes» («Toomei of the Elephants»): *St Nicholas*, diciembre de 1893.

«Los servidores de la reina» («Servants of the Queen»): *Harper's Weekly*, 3 de marzo de 1894, con el título de «Her Majesty's Servants».

«De cómo llegó el Miedo» («How Fear Came»): *Pall Mall Budget*, 7-14 de junio de 1894, con el título de «How Fear Came to the Jungle».

«El milagro de Purun Bhagat» («The Miracle of Purun Bhagat»): *New York World*, 14 de octubre de 1894, con el título de «A Miracle of the Present Day».

«El asalto de la selva» («Letting in the Jungle»): *Pall Mall Gazette*, 12-13 de diciembre de 1894.

«Los encargados de las pompas fúnebres» («The Undertakers»): *New York World*, 8, 9, 10 y 12 de diciembre de 1894.

«El ankus del rey» («The King's Ankus»): *St Nicholas*, marzo de 1895.

«Quiquern»: *Pall Mall Gazette*, 24-25 de noviembre de 1895.

«Los perros rojos» («Red Dog»): *Pall Mall Gazette*, 29-30 de julio de 1895, con el título de «Good Hunting».

«La escapada primaveral» («The Spring Running»): *Pall Mall Gazette*, 26-27 de septiembre de 1895.

Prólogo

Las exigencias que una obra de esta naturaleza tiene para los especialistas son muy numerosas, y sería una profunda desconsideración de su editor, a la vista del generoso trato recibido, no dejar constancia de un reconocimiento lo más completo posible a todos aquellos con quienes está en deuda.

Vaya este agradecimiento, en primer lugar, al docto y hábil Bahadur Shah, elefante de carga n.º 174, según consta en el Registro de la India, quien, junto a su amable hermana Pudmini, tuvo la gentileza de proporcionarnos la historia de «Tuméi, el domador de elefantes», así como gran parte de la información que figura en «Los servidores de la reina». Las aventuras de Mougli se recopilaron en momentos y lugares diversos, a partir de los testimonios de distintas personas que, en su mayoría, desean permanecer en el más estricto anonimato. No obstante, al hallarse tan lejos, el editor se siente con libertad para dar las gracias a cierto caballero hindú de pura cepa, muy apreciado residente del monte Yako, por su convincente aunque algo corrosivo juicio de las características nacionales de su casta: los langures. Sahi, sabio de infinitos conocimientos y notable laboriosidad, miembro de la manada de Sioni, recientemente disuelta, y artista bien conocido en la mayoría de las ferias locales del sur de la India, donde baila en compañía de su amo atrayendo a la juventud, la belleza y la cultura de un sinfín de aldeas, ha ofrecido información sumamente valiosa sobre personas, maneras y costumbres. Dicha información se ha empleado libremente en cuentos como «¡Tigre, tigre!», «La cacería de Ka» y «Los hermanos de Mougli». El esquema de «Riki-tiki-tavi» se lo debe el editor a uno de los principales herpetólogos del norte de la India, un intrépido investigador independiente que, tras tomar la decisión «no de vivir sino de saber», sacrificó su vida por su exceso de aplicación al estudio de nuestra *Thanatophidia oriental*. Un feliz incidente en el curso de un viaje permitió al editor, siendo pasajero del *Empress of India*, ser de cierta ayuda a un compañero de travesía. La generosidad con que sus modestos servicios se vieron recompensados podrán juzgarla por sí mismos los lectores de «La foca blanca».

Los hermanos de Mougli

Cuando asoma la luna sobre el risco
y despliega el murciélago sus alas,
se refugia el rebaño en sus apriscos
y el milano real regresa a su guarida.
¡Garras, zarpas, orgullosos colmillos!
Ya resuena el aullido de las fieras.
¡Es hora de exhibir nuestro poder!
¡Escuchad la llamada! ¡Buena caza
a todos los que la Ley de la Selva acatan!

Canción de buenas noches en la selva

Eran las siete de una tarde muy calurosa en las montañas de Sioni cuando Padre Lobo, que había pasado el día entero durmiendo, se despertó, se rascó, bostezó y estiró las patas una por una para desentumecerse. Madre Loba estaba acostada, con el hocico grande y gris apoyado en sus lobatos, que eran cuatro animalillos revoltosos y gritones. La luna brillaba en la boca de la cueva donde vivía la familia.

—Arggg —dijo Padre Lobo—, es hora de ir de caza.

Y ya estaba a punto de salir corriendo monte abajo cuando una sombra pequeña, con una cola como un plumero, apareció en el umbral y en tono quejumbroso saludó así:

—Que la suerte vaya contigo, oh, jefe de los lobos. Y que la suerte y unos colmillos blancos y fuertes vayan también con tus nobles hijos, para que nunca se olviden de los hambrientos de este mundo.

Era el chacal, Tabaqui, el rebañaplatos. Y los lobos de la India desprecian a Tabaqui, porque va por ahí haciendo travesuras, contando chismes y comiendo trapos y trozos de cuero que encuentra en los vertederos de las aldeas. Pero también lo temen, porque tiene tendencia a enfadarse más que nadie en la selva, y cuando se enfada se olvida del miedo y muerde todo lo que encuentra a su paso. Hasta el tigre corre a esconderse cuando el pequeño Tabaqui se enfada, porque enfadarse es lo peor que le puede ocurrir a un animal salvaje. Es lo que nosotros llamamos hidrofobia y ellos *diwani*: locura.

—Entra y busca —dijo Padre Lobo con formalidad—, pero aquí no hay comida.

—No la hay para un lobo —respondió Tabaqui—, pero para un ser tan mísero como yo hasta un hueso pelado es un buen festín. ¿Quiénes somos nosotros, los chacales, para elegir y escoger? —Se escabulló al fondo del cubil, donde encontró el hueso de un ciervo con restos de carne y muy contento se sentó a cascarlo por un

extremo—. Muchas gracias por esta excelente comida —dijo, relamiéndose—. ¡Qué preciosos son tus nobles hijos! ¡Y tan jóvenes, además! ¡Qué ojos tan grandes tienen! Claro, claro, había olvidado que los hijos de los reyes son hombres desde el principio.

Y es que Tabaqui sabía, como todo el mundo, que no hay cosa peor que alabar a los niños estando ellos presentes, y le alegró ver que Madre Loba y Padre Lobo parecían incómodos.

Tabaqui se quedó un rato callado, regodeándose en su fechoría, y después dijo con rencor:

—Shir Jan, el Grande, ha cambiado su territorio de caza. Vendrá a cazar a estas montañas durante la próxima luna. Eso me ha dicho.

Shir Jan era el tigre que vivía cerca del río Waingunga, a unos treinta y cinco kilómetros aproximadamente.

—¡No tiene derecho! —dijo Padre Lobo, furioso—. Según la Ley de la Selva nadie puede cambiar de territorio sin avisar primero. Ahuyentará toda la caza en quince kilómetros a la redonda, y yo ahora tengo que matar para dos.

—Por algo su madre lo llamaba Langri [el Cojo] —dijo Madre Loba con voz queda—, porque nació cojo de una pata y solo caza ganado. Ahora que los aldeanos del Waingunga están enfadados con él, ha venido aquí a molestar a los nuestros. Lo buscarán por todos los rincones de la selva, y tendremos que huir con nuestros hijos cuando prendan fuego a la maleza. ¡La verdad es que le estamos muy agradecidos a Shir Jan!

—¿Quieres que le transmita tu gratitud? —preguntó Tabaqui.

—¡Fuera de aquí! —le espetó Padre Lobo—. Lárgate y ve a cazar con tu amo. Ya has hecho suficiente daño por una noche.

—Sí, ya me voy —dijo Tabaqui tranquilamente—. Ya se oye a Shir Jan en los matorrales. Podía haberme ahorrado la noticia.

Padre Lobo aguzó el oído, y abajo, en el valle, por donde pasaba un riachuelo, oyó el rugido áspero, iracundo, quejumbroso de un tigre que no ha cazado nada y a quien le trae sin cuidado que toda la selva se entere.

—¡Será idiota! —dijo Padre Lobo—. ¡Mira que empezar el trabajo con ese ruido! ¿Se habrá creído que nuestros ciervos son como esos bueyes gordos del Waingunga?

—Calla. No son bueyes ni ciervos lo que busca esta noche —dijo Madre Loba—. Busca hombres. —El lamento se había convertido en una especie de ronquido que parecía llegar de los cuatro puntos cardinales. Era el ruido que asusta a los leñadores y a los gitanos que duermen al raso y que, en su huida, a veces terminan en las mismas fauces del tigre.

—¡Hombres! —exclamó Padre Lobo, enseñando sus dientes blancos—. ¡Bah! ¿No habrá suficientes escarabajos y ranas en las charcas para que tenga que comer hombres? ¡Y encima en nuestro territorio!

La Ley de la Selva, que nunca ordena nada sin motivo, prohíbe a todos los animales comer carne humana, con una sola excepción: cuando el hombre mata para

enseñar a sus hijos a matar, en cuyo caso tiene que salir a cazar lejos del territorio de su manada o tribu. Aunque la verdadera razón por la que se prohíbe es que matar hombres significa, tarde o temprano, la llegada de hombres blancos a lomos de elefantes, armados con rifles, y cientos de hombres de piel oscura con gongs, cohetes y antorchas. Entonces todos los habitantes de la selva sufren. La razón que dan las fieras es que el hombre es el más débil y el más indefenso de los seres vivos, y es poco deportivo hacerle daño. Dicen también —y es verdad— que los que comen carne humana se vuelven sarnosos y pierden los dientes.

El ronquido cobró fuerza y terminó con un «Aarrr» del tigre a pleno pulmón.

A continuación se oyó un aullido —un aullido impropio de un tigre— de Shir Jan.

—Ha fallado —dijo Madre Loba—. ¿Qué pasa?

Padre Lobo se alejó unos pasos de la entrada de la cueva y oyó a Shir Jan farfullando fieramente y dando vueltas entre la maleza.

—Al muy idiota se le ha ocurrido saltar la hoguera de un campamento de leñadores y se ha quemado las patas —dijo Padre Lobo, con un gruñido—. Tabaqui está con él.

—Alguien está subiendo por la ladera —dijo Madre Loba, torciendo una oreja—. Prepárate.

Se oyó un crujido entre los matorrales, y Padre Lobo se apoyó en los cuartos traseros, dispuesto para saltar. Si hubieras estado allí, habrías visto la cosa más increíble del mundo: al lobo detenerse en pleno salto. Saltó sin saber contra qué se lanzaba, y luego intentó pararse. El caso es que salió disparado más de metro y medio del suelo y aterrizó casi en el mismo sitio.

—¡Un hombre! Un cachorro humano. ¡Mira!

Justo delante de él, sujetándose a una rama baja, había un niño desnudo, de piel oscura, que apenas sabía andar: una cosita tierna, con hoyuelos en las mejillas, como jamás se había visto de noche en la guarida de un lobo. Miró a Padre Lobo y se echó a reír.

—¿Eso es un cachorro humano? —preguntó Madre Loba—. Nunca he visto uno. Tráelo aquí.

Un lobo, acostumbrado a transportar a sus cachorros, puede, en caso necesario, meterse un huevo en la boca sin romperlo; y, aunque las mandíbulas de Padre Lobo se cerraron en la espalda del niño, ni uno de sus dientes llegó siquiera a arañarle la piel cuando lo dejó entre los lobatos.

—¡Qué pequeño! ¡Qué desnudo! Y ¡qué valiente! —exclamó Madre Loba con ternura. El niño intentaba hacerse un hueco entre los lobatos, buscando el calor de la piel de la madre—. ¡Mira! Está mamando, como los demás. Así que esto es un cachorro humano. ¿Se sabe de alguna loba que haya podido presumir de contar entre sus crías con un cachorro humano?

—De vez en cuando he oído hablar del caso, pero nunca en nuestra manada, y tampoco en mi época —contestó Padre Lobo—. No tiene nada de pelo, y podría

matarlo de un zarpazo. Pero fíjate: nos mira y no tiene miedo.

La luz de la luna desapareció de la boca del cubil cuando la cabezota y los hombros de Shir Jan asomaron en la entrada. Tabaqui, que lo seguía, iba gritando:

—Mi señor, mi señor, ¡ha entrado aquí!

—Shir Jan nos hace un gran honor —dijo Padre Lobo, aunque sus ojos estaban cargados de ira—. ¿Qué se le ofrece a Shir Jan?

—Mi presa. Un cachorro humano ha entrado aquí —dijo el tigre—. Sus padres han huido. Lo quiero para mí.

Shir Jan había saltado la hoguera de un campamento de leñadores, tal como había dicho Padre Lobo, y estaba furioso, porque se había quemado las patas. Pero el lobo sabía que la entrada de la cueva era demasiado estrecha para un tigre. Lo cierto es que este ya tenía los hombros y las patas delanteras apretujadas por falta de espacio, como le ocurriría a un hombre que intentara meterse en un barril.

—Los lobos son un pueblo libre —dijo Padre Lobo—. Siguen las órdenes del jefe de la manada, no las de un cazador de ganado con la piel a rayas. El cachorro humano es nuestro, para matarlo si queremos.

—¡Si queremos o si no queremos! ¿Qué es eso de elegir? Por el toro que maté, ¿voy a quedarme husmeando en la guarida de un perro para llevarme lo que en justicia me corresponde? ¡Soy yo, Shir Jan, quien te habla!

El rugido del tigre retumbó en toda la cueva. Madre Loba se separó de los lobatos y dio un salto adelante: sus ojos, como dos lunas verdes en la oscuridad, desafiaron los ojos centelleantes de Shir Jan.

—Y soy yo, Raksa [el Demonio], quien responde —exclamó Madre Loba—. El cachorro humano es mío, Langri. ¡Mío y solo mío! Nadie va a matarlo. Vivirá para correr con la manada y cazar con la manada. Y algún día, recuerda bien lo que te digo, cazador de cachorros desnudos, comedor de ranas, asesino de peces, ¡será él quien te cazará a ti! Y ahora largo de aquí, o por el sambur que maté, porque yo no como ganado famélico como tú, te haré volver con tu madre, fiera de la selva chamuscada, más cojo que cuando llegaste al mundo. ¡Largo!

Padre Lobo estaba perplejo. Casi se había olvidado de los tiempos en que, para conquistar a Madre Loba, tuvo que derrotar a cinco lobos, cuando ella se unió a la manada. Y es que no la llamaban Demonio por cumplido. Shir Jan podía enfrentarse a Padre Lobo, pero no tenía nada que hacer frente a Raksa, pues sabía que en aquella posición ella tenía todas las de ganar y lucharía hasta la muerte. Así se alejó gruñendo de la entrada del cubil y cuando se vio a salvo gritó:

—¡Cada perro ladra en su casa! Ya veremos qué dice la manada de acoger a cachorros humanos. El cachorro es mío, y al final acabará en mis fauces, ¡ladrones infames!

Raksa fue a acostarse, jadeante, entre los lobatos, y Padre Lobo le dijo con aire preocupado:

—En eso Shir Jan tiene razón. Hay que presentar al cachorro a la manada.

¿Sigues queriendo criarlo, Madre?

—¿Que si quiero? —contestó, con un grito ahogado—. Llegó desnudo, de noche, solo y hambriento. Y ¡no tenía miedo! Mira, ya ha echado a un lado a uno de mis hijos. Ese carnicero cojo ¡quería matarlo y huir al Waingunga! Y entonces, en venganza, los aldeanos habrían venido a sacarnos de nuestros cubiles. ¿Que si quiero criarlo? Por supuesto que lo criaré. Y tú, renacuajo, estate quieto. Te llamaré Mougli. Y llegará el día en que cazarás a Shir Jan.

—Pero ¿qué dirá la manada? —dijo Padre Lobo.

La Ley de la Selva dice muy claramente que un lobo, cuando se casa, puede retirarse de la manada a la que pertenece, pero, en cuanto sus lobatos tienen edad suficiente para sostenerse en pie, hay que llevarlos al Consejo de la Manada, que se celebra generalmente una vez al mes, con la luna llena, para que los demás lobos puedan reconocerlos. Después de esta inspección, los lobatos pueden corretear por donde quieran y, hasta que hayan matado su primer ciervo, no se acepta ninguna excusa si un lobo adulto de la manada mata a algún lobato. El castigo para el asesino, si es que lo encuentran, es la muerte. Y si te paras a pensarlo un momento verás que así tiene que ser.

Padre Lobo esperó hasta que sus lobatos fueron capaces de corretear un poco, y entonces, la noche de la asamblea los llevó, junto a Mougli y Madre Loba, a la Roca del Consejo, en la cima de un monte cubierto de piedras y peñascos en los que podían esconderse hasta cien lobos. Tendido en su roca estaba Akela, el gran Lobo Solitario y gris que, por su fuerza y su ingenio, era el jefe de la manada, y sentados a sus pies había más de cuarenta lobos de todos los tamaños y colores: desde los veteranos, con el pelaje del color de un tejón, que ya no podían enfrentase con un ciervo ellos solos, hasta los jóvenes de pelo negro que, a sus tres años, se creían capaces de todo. El Lobo Solitario era el jefe desde hacía ahora un año. Dos veces, en su juventud, había caído en una trampa para lobos, y una vez lo habían apaleado y dado por muerto; o sea, que conocía las maneras y costumbres de los hombres. Se habló muy poco en la asamblea. Los lobatos retozaban en el centro del círculo que formaban sus madres y padres sentados, y, de vez en cuando, algún lobo mayor se acercaba despacio a un lobato, lo observaba atentamente y volvía, sigiloso, a su sitio. A veces, una madre empujaba a su lobato a la luz de la luna para asegurarse de que todos lo veían bien. Akela, desde su roca, dijo:

—Ya sabéis lo que dice la Ley. Ya sabéis lo que dice la Ley. ¡Lobos, mirad bien!

Y las madres, nerviosas, repetían la llamada:

—¡Mirad, mirad bien, lobos!

Por fin —y a Madre Loba se le erizó el vello del pescuezo cuando llegó el momento—, Padre Lobo empujó a «Mougli», el renacuajo, hasta el centro del círculo, donde el pequeño se quedó riendo y jugando con unos guijarros que brillaban a la luz de la luna.

Akela no levantó la cabeza de entre las patas, sino que prosiguió con voz

monótona:

—¡Mirad bien!

Un rugido apagado llegó entonces de detrás de los peñascos. Era Shir Jan, que gritaba:

—El cachorro es mío. Dádmelo. ¿Para qué quiere el pueblo libre un cachorro humano?

Akela ni siquiera movió las orejas. Se limitó a repetir:

—¡Mirad bien, lobos! El pueblo libre no recibe órdenes de nadie que no sea del pueblo libre. ¡Mirad bien!

Siguió a esto un coro de profundos gruñidos, y un joven lobo de cuatro años le devolvió al tigre la frase de Akela:

—El pueblo libre no recibe órdenes de nadie que no sea del pueblo libre.

Ahora bien, la Ley de la Selva también dice que, si se produce alguna discusión sobre el derecho de un lobato a ser aceptado por la manada, tiene que ser defendido al menos por dos miembros de la manada que no sean su padre y su madre.

—¿Quién defiende a este cachorro? —preguntó Akela—. ¿Quién entre los miembros del pueblo libre? —No hubo respuesta, y Madre Loba se preparó para librar el que sería su último combate si las cosas llegaban al punto de luchar.

Y entonces, el único animal de otra especie a quien se le permite asistir al Consejo de la Manada —Balú, el Oso Dormilón, el que enseña a los lobatos la Ley de la Selva; el querido Balú, que puede ir y venir por donde quiera, porque solo se alimenta de fruta, raíces y miel— se levantó sobre sus cuartos traseros con un rugido.

—¿El cachorro humano? ¿El cachorro humano? Yo defiendo al cachorro humano. Un cachorro humano no puede hacer daño a nadie. No tengo el don de la palabra, pero digo la verdad. Dejadle que corra con la manada y que se integre. Yo le enseñaré.

—Necesitamos alguien más —dijo Akela—. Balú ya ha hablado, y él es el maestro de nuestros lobatos. ¿Quién más lo defiende, aparte de Balú?

Una sombra negra cayó sobre el círculo. Era Baguira, la pantera negra, negra como la tinta, aunque a veces, con la luz, se le veían las manchas del leopardo, como el dibujo de la seda mojada. Todo el mundo conocía a Baguira y nadie quería interponerse en su camino, porque era tan astuta como Tabaqui, tan valiente como el búfalo y tan fiera como un elefante herido. Pero tenía una voz dulce como la miel silvestre que gotea de un árbol, y una piel más suave que el plumón.

—Akela y todos los demás miembros del pueblo libre —dijo, como en un arrullo—. No tengo ningún derecho en vuestra asamblea, pero la Ley de la Selva dice que, cuando existe una duda sobre un lobato y no se trata de matarlo, puede ponerse un precio a su vida. Y la Ley no dice quién puede o no puede pagar ese precio. ¿Estoy en lo cierto?

—¡Bien! ¡Bien! —exclamaron los lobos jóvenes, que siempre tienen hambre—. Escuchad a Baguira. Se puede comprar el cachorro por un precio. Lo dice la Ley.

—Sé que no tengo derecho a hablar aquí, por lo que os pido permiso.

—Habla —respondieron veinte voces.

—Es una vergüenza matar a un cachorro desnudo. Además, será mejor caza para vosotros cuando haya crecido. Balú ya lo ha defendido. Y ahora, a las palabras de Balú, yo añado un toro, bien gordo, que acabo de cazar muy cerca de aquí, si aceptáis al cachorro humano de acuerdo con la Ley. ¿Os parece bien?

Docenas de voces se alzaron para decir: «¿Qué más da? Morirá con las lluvias del invierno. Se abrasará con el sol. ¿Qué daño puede hacernos una rana sin pelo? Dejadlo que corra con la manada. ¿Dónde está ese toro, Baguira? Lo aceptamos». Y una vez más volvió a oírse el aullido profundo de Akela, que decía:

—¡Mirad bien! ¡Mirad bien, lobos!

Mougli seguía muy interesado por los guijarros y no se fijó cuando los lobos se acercaron a mirarlo, uno por uno. Al final se fueron todos monte abajo a por el toro muerto, y solo Akela, Baguira, Balú y la familia de Mougli se quedaron allí. Shir Jan seguía rugiendo en la oscuridad, muy enfadado por que no le hubiesen entregado a Mougli.

—Ruge, ruge todo lo que quieras —dijo Baguira entre sus bigotes—. Ya llegará el día en que este cachorro humano te haga rugir otra melodía, si es que yo conozco al hombre.

—Hemos hecho bien —dijo Akela—. Los hombres y sus cachorros son muy listos. Puede ayudarnos llegado el momento.

—Será una buena ayuda en caso de necesidad, porque no se puede esperar que nadie guíe a la manada eternamente —contestó Baguira.

Akela no dijo nada. Pensaba en que al jefe de toda manada le llega el momento en que las fuerzas lo abandonan y se va debilitando hasta que al final los lobos lo matan y aparece un nuevo líder, al que también matarán cuando llegue el día.

—Llévatelo —le dijo a Padre Lobo—. Y edúcalo como corresponde a un miembro del pueblo libre.

Y así fue como Mougli pasó a ser miembro de la manada de Sioni, a cambio de un toro y de las buenas palabras de Balú.

Ahora tendréis que conformaros con dar un salto de diez u once años enteros y adivinar la maravillosa vida que Mougli vivió entre los lobos, porque harían falta muchísimos libros para contarlo todo. Se crio con los lobatos, aunque ellos, claro está, ya eran lobos adultos cuando Mougli seguía siendo un niño, y Padre Lobo le enseñó su oficio, y el significado de las cosas de la selva: un crujido en la hierba, un soplo de aire cálido en la noche, el canto de los búhos por encima de su cabeza, los arañazos de las garras de un murciélago cuando se cuelga de la rama de un árbol y el chapoteo de los pececillos que brincan en una poza del río significaban para Mougli lo mismo que el trabajo de oficina para el hombre de negocios. Cuando no estaba

aprendiendo, Mougli tomaba el sol, dormía, comía y volvía a dormir; cuando se sentía sucio o cuando tenía calor, iba a nadar a las pozas de la selva; y cuando quería miel (Balú le dijo que la miel y la fruta estaban tan ricas como la carne cruda) trepaba a los árboles, como le había enseñado Baguira. La pantera se tumbaba en una rama y le decía: «Ven aquí, hermanito». Y al principio, Mougli se agarraba como un oso perezoso, pero luego aprendió a colgarse de las ramas y era casi tan atrevido como el mono gris. También participaba en la Roca del Consejo cuando se reunía la manada. En él descubrió que, si miraba fijamente a cualquier lobo, este acababa bajando los ojos, y Mougli lo hacía siempre, para divertirse. Otras veces les sacaba las espinas de las almohadillas a sus compañeros, porque los lobos sufren mucho por culpa de las espinas y los cardillos que se les enredan en el pelaje. De noche, bajaba hasta los cultivos y observaba con mucha curiosidad a los campesinos en sus chozas, pero desconfiaba de los hombres, porque Baguira le había enseñado un cajón cuadrado, con una puerta que caía de repente, escondido en la jungla con tanta astucia que Mougli casi estuvo a punto de entrar en él, y Baguira le explicó que era una trampa. Lo que le gustaba más que nada en el mundo era adentrarse con la pantera en el corazón oscuro y cálido de la selva, pasar el día entero durmiendo y de noche ver cómo cazaba Baguira, a diestra y siniestra, cuando tenía hambre. Mougli hacía lo mismo, con una sola excepción. En cuanto tuvo edad suficiente para entender las cosas, Baguira le dijo que no debía hacer daño al ganado, ya que la manada lo había aceptado a cambio de la vida de un toro.

—La selva entera es tuya —dijo Baguira—. Y puedes matar a cualquier animal, si tienes la fuerza necesaria. Pero, por respeto al toro con que se pagó tu vida, nunca debes matar o comer ganado, ni joven ni viejo. Esa es la Ley de la Selva.

Y Mougli obedecía al pie de la letra.

Así creció y se hizo fuerte, tal como debe crecer un chico que no sabe que está aprendiendo una lección y no tiene que hacer nada en el mundo más que pensar en su alimento.

Una o dos veces Raksa le dijo que no se fiara de Shir Jan, y que algún día tendría que matarlo; pero mientras que un lobo joven se acordaría de este consejo cada hora, a Mougli se le olvidaba, porque no era más que un niño, aunque él habría dicho que era un lobo si hubiera sabido hablar algún idioma humano.

Shir Jan siempre se cruzaba en su camino por la selva, pues, a medida que Akela iba envejeciendo y debilitándose, el tigre cojo se hacía amigo de los lobos más jóvenes de la manada, que lo seguían para quedarse con las sobras de sus presas, cosa que Akela jamás habría permitido si se hubiera atrevido a llevar su autoridad hasta donde hubiera debido. Shir Jan los halagaba y no entendía cómo tan jóvenes y excelentes cazadores se dejaban dirigir por un lobo agonizante y un cachorro humano.

—Me han dicho —decía el tigre— que en el Consejo no os atrevéis a mirarlo a los ojos. —Y los jóvenes lobos gruñían y se erizaban.

Baguira, que tenía ojos y oídos en todas partes, algo de esto sabía, y en un par de ocasiones, con muy pocas palabras, le dijo a Mougli que Shir Jan quería matarlo, pero el niño se echó a reír.

—Tengo a la manada —dijo— y te tengo a ti, y también tengo a Balú. Aunque sea un oso muy perezoso, seguro que está dispuesto a dar un par de zarpazos para ayudarme. ¿Por qué iba a tener miedo?

Un día de mucho calor, a Baguira se le ocurrió una idea, por algo que había oído decir. Puede que se lo contara Sahi, el puercoespín. Lo que le dijo a Mougli, cuando se encontraban en lo más profundo de la selva y el niño estaba acostado, con la cabeza apoyada en el precioso lomo negro de Baguira, fue:

—Hermanito, ¿cuántas veces te he dicho que Shir Jan es tu enemigo?

—Tantas como dátiles hay en esa palmera —contestó el niño, que, naturalmente, no sabía contar—. ¿Por qué? Tengo sueño, Baguira, y Shir Jan no es más que un fanfarrón. Igual que Mor, el pavo real.

—Pero no es hora de dormir. Lo sabe Balú. Lo sé yo. Lo sabe la manada. Y lo sabe hasta el más tonto de los ciervos. Incluso Tabaqui te lo ha dicho.

—¡Ja, ja! —dijo Mougli—. Tabaqui vino hace poco y se puso muy grosero conmigo. Me dijo que yo era un cachorro de hombre sin pelo, y que no valía ni para desenterrar bulbos. Pero yo lo agarré de la cola y le di dos veces contra el tronco de una palmera, para que aprenda a tener mejores modales.

—Eso ha sido una tontería, porque, aunque sabemos que Tabaqui es un liante, nunca dejaría de decirte algo que te afecta tan de cerca. Abre bien esos ojos, hermanito. Shir Jan no se atreve a matarte en la selva, pero recuerda que Akela es muy viejo, y pronto llegará el día en que ya no pueda cazar un ciervo, y entonces dejará de ser el jefe. Muchos de los lobos que te aceptaron cuando te llevaron al Consejo por primera vez también son ahora viejos. Y los jóvenes creen, tal como Shir Jan les ha enseñado, que no hay sitio en la manada para un cachorro humano. Tú pronto serás un hombre.

—Y ¿por qué un hombre no puede correr con sus hermanos? —preguntó Mougli —. He nacido en la selva. He obedecido la Ley de la Selva y no hay un solo lobo al que no le haya sacado una espina. ¡Todos son mis hermanos!

Baguira se estiró cuan larga era y entrecerró los ojos.

—Hermanito —dijo—. Tócame debajo de la mandíbula.

Mougli alargó una mano fuerte y tostada y, bajo la barbilla suave como la seda de la pantera, donde los gigantescos músculos quedaban ocultos por el pelaje brillante, encontró una pequeña calva.

—Nadie en la selva sabe que yo, Baguira, tengo esta marca: la marca del collar. Y sin embargo, hermanito, nací entre los hombres, y entre ellos murió mi madre, en las jaulas del palacio del rey, en Udaipur. Por eso quise comprarte aquella noche, en el Consejo, cuando eras un cachorro. Sí, también yo nací entre los hombres. No conocía la selva. Me ponían la comida entre los barrotes, en una escudilla de hierro, hasta que

una noche comprendí que era Baguira, la pantera, y no el juguete de ningún hombre. Rompí el estúpido cerrojo de un zarpazo y me escapé. Y, como conocía bien a los hombres, una vez en la selva me volví más temible que Shir Jan. ¿No es así?

—Sí —asintió Mougli—. Todos en la selva temen a Baguira. Todos menos Mougli.

—Eso es porque tú eres un cachorro humano —dijo la pantera negra con mucha ternura—. Y lo mismo que yo he regresado a mi selva, también tú tienes que regresar algún día con los hombres, con los hombres que son tus hermanos, si no te matan antes en el Consejo.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué querría matarme nadie? —quiso saber Mougli.

—Mírame —dijo Baguira. Y Mougli la miró fijamente a los ojos. La gran pantera tardó medio minuto en apartar la cabeza—. Por eso —dijo, cambiando de posición entre las hojas—. Ni siquiera yo puedo mirarte a los ojos, a pesar de que nací entre los hombres y de que te quiero, hermanito. Los demás te odian porque no pueden mirarte a los ojos. Porque eres inteligente. Porque les has sacado las espinas de las patas. Porque eres un hombre.

—Yo no sabía nada de esto —dijo Mougli con gesto triste. Y frunció el ceño, uniendo sus densas cejas negras.

—¿Cuál es la Ley de la Selva? Primero se ataca y luego se habla. Andas tan despreocupado que hasta en eso se nota que eres un hombre. Pero tienes que ser prudente. Tengo el presentimiento de que, cuando Akela falle en su próxima caza (y cada día le cuesta más atrapar al ciervo), la manada se volverá contra él y contra ti. Celebrarán un Consejo en la Roca, y entonces… Y entonces… ¡Ya lo tengo! —exclamó la pantera, levantándose de un salto—. Baja corriendo a las chozas de los hombres, en el valle, y trae un poco de esa flor roja que cultivan allí, para que cuando llegue el momento cuentes con un amigo aún más fuerte que Balú o que yo o los lobos que te quieren. Trae esa flor roja.

La flor roja de la que hablaba Baguira era el fuego, solo que ningún animal de la selva llamará al fuego por su verdadero nombre. A las fieras, el fuego les causa un miedo mortal, y todas inventan cien maneras de describirlo.

—¿La flor roja? —repitió Mougli—. ¿Esa que crece al atardecer a las puertas de sus chozas? Traeré un poco.

—Así habla un cachorro humano —dijo Baguira con orgullo—. Recuerda que crece en pequeños recipientes. Coge uno rápidamente y llévalo siempre contigo para los momentos de necesidad.

—¡Muy bien! —asintió Mougli—. Allá voy. Pero ¿estás segura, mi querida Baguira —deslizó un brazo alrededor del espléndido cuello de la pantera y la miró profundamente a los ojos—, estás segura de que todo esto es cosa de Shir Jan?

—Por el cerrojo roto que me liberó, estoy segura, hermanito.

—Entonces, por el toro que me compró, le daré a Shir Jan su merecido y hasta puede que sobre algo —anunció Mougli. Y se fue brincando.

«Eso es un hombre. Eso es todo un hombre —se dijo Baguira volviendo a tenderse—. ¡Ah, Shir Jan, nunca se ha visto empresa más desesperada! ¡Llevas diez años empeñado en cazar a ese renacuajo!».

Mougli cruzó la selva a la carrera, con el corazón encendido. Llegó a la cueva cuando empezaba a levantarse la bruma del atardecer y tomó aire mirando hacia el valle. Los lobatos estaban fuera, pero Madre Loba, que se encontraba en el fondo del cubil, supo, por su respiración jadeante, que algo preocupaba a su renacuajo.

—¿Qué pasa, hijo?

—Habladurías de Shir Jan —dijo Mougli—. Esta noche iré a cazar a los cultivos.

Y se lanzó entre los matorrales camino del arroyo que surcaba el valle. Allí se detuvo, pues oía los aullidos de la manada en plena cacería, el mugido de un sambur y el resoplar del animal acorralado. Y entonces resonaron los reproches infames de los lobos jóvenes:

—¡Akela! ¡Akela! ¡Akela! Que el Lobo Solitario nos demuestre su fuerza. ¡Dejad paso al jefe de la manada! ¡Salta, Akela!

El Lobo Solitario debió de saltar, pero no agarró a la presa, pues Mougli oyó el chasquido de sus dientes y un gruñido cuando el sambur lo derribó con las patas delanteras.

Mougli no esperó a oír nada más y siguió su camino apresuradamente. Los gritos se debilitaban a su espalda a medida que se adentraba en los cultivos de los campesinos.

—Baguira ha dicho la verdad —dijo, jadeante, deteniéndose a descansar en un montón de forraje, junto a la ventana de una choza—. Mañana será un día importante para Akela y para mí.

Se acercó entonces a mirar por la ventana y vio el fuego en el hogar. Vio cómo el hombre de la casa se levantaba de noche para alimentarlo con unos terrones negros. Y, cuando llegó la mañana envuelta en brumas blancas y frías, vio que un niño cogía un cesto de mimbre lleno de tierra, echaba encima los terrones de carbón al rojo vivo, lo protegía con una manta y se iba al establo a atender a las vacas.

—Y ¿ya está? —dijo Mougli—. Si un cachorro puede hacer eso, no hay nada que temer. —Y con esto rodeó la esquina y se encontró con el niño, le quitó el cesto de la mano y desapareció entre la bruma, mientras el pequeño se desgañitaba del susto.

—Se parecen mucho a mí —dijo Mougli, soplando dentro del cesto, como había visto hacer a la mujer—. Esto se morirá si no le doy de comer. —Y echó ramitas y cortezas secas a las piedras rojas. En mitad de la ladera se encontró con Baguira. El rocío de la mañana brillaba en su pelaje como el ópalo.

—Akela ha fallado —dijo—. Lo habrían matado anoche, pero te necesitaban a ti también. Te estuvieron buscando por la montaña.

—Bajé a los cultivos. Ya estoy preparado. ¡Mira! —Mougli levantó en alto el cesto del fuego.

—¡Muy bien! Escucha. He visto que los hombres metían ahí una rama seca y la

flor roja florecía de repente en la punta. ¿No tienes miedo?

—No. ¿Por qué iba a tener miedo? Ahora me acuerdo (si es que no lo he soñado) de que, antes de ser un lobo, dormía al lado de la flor roja, y daba un calorcito muy agradable.

Mougli se pasó todo el día en la cueva cuidando su cesto de fuego y metiendo ramas secas, para ver qué pasaba. Encontró una de su gusto y, esa noche, cuando Tabaqui se presentó en el cubil y le dijo, de muy malos modos, que lo esperaban en la Roca del Consejo, Mougli se echó a reír hasta que Tabaqui se fue. Todavía riendo se puso en camino.

Akela, el Lobo Solitario, se había tendido a un lado de su roca: era la señal de que la jefatura de la manada estaba vacante. Y Shir Jan, con su séquito de lobos carroñeros, iba de un lado a otro recibiendo halagos. Baguira se tumbó cerca de Mougli, que dejó el cesto del fuego entre sus rodillas. Cuando estaban todos reunidos, el tigre tomó la palabra, algo que jamás se hubiera atrevido a hacer cuando Akela estaba en todo su esplendor.

—No tiene derecho —susurró Baguira—. Dilo. Es un cobarde. Verás cómo se asusta.

Mougli se puso en pie de un salto.

—Pueblo libre —dijo—. ¿Desde cuándo dirige Shir Jan a la manada? ¿Qué pinta un tigre en todo esto?

—Como el puesto de jefe todavía está vacante y me han pedido que hablase… —empezó a decir el tigre.

—¿Quién te lo ha pedido? —lo desafió Mougli—. ¿Es que somos chacales, para adular a este carnicero de ganado? La jefatura de la manada no es asunto de nadie más que de la manada.

Empezaron a oírse aullidos: «Tú a callar, cachorro humano». «Dejad que hable. Ha respetado nuestra ley». Y por fin, los lobos más veteranos, protestaron a gritos: «Que hable el lobo muerto». Cuando un jefe de la manada falla en la caza recibe el nombre de lobo muerto para el resto de su vida, que no tarda en terminar.

Akela levantó con cansancio su cabeza de lobo viejo:

—Pueblo libre, y también vosotros, chacales de Shir Jan. Doce temporadas os he guiado en la cacería, y en todo ese tiempo nadie ha caído en una trampa o ha quedado lisiado. Ahora he fallado. Sabéis muy bien cómo se urdió esa trama. Me llevasteis hasta un venado sin ponerlo primero a prueba, para que se viera mi debilidad. Fuisteis muy listos. Tenéis derecho a matarme ahora mismo, aquí, en la Roca del Consejo. Por tanto, pregunto: ¿quién viene a poner fin a la vida del lobo solitario? Porque es mi derecho, según la Ley de la Selva, que vengáis de uno en uno.

Hubo un largo silencio, pues ningún lobo quería batirse a muerte con Akela. Hasta que el tigre rugió:

—¡Bah! ¿Qué nos importa este lobo idiota y viejo? ¡No tardará en morir! Es el cachorro humano el que ha vivido demasiado. Pueblo libre, me correspondía a mí

desde el principio. Entregádmelo. Estoy harto de esta estupidez del hombre lobo. Lleva diez temporadas molestando a toda la selva. Dadme al cachorro humano o vendré a cazar aquí siempre y no os daré ni un solo hueso. Es un hombre, es hijo de un hombre, y ¡yo lo odio hasta los tuétanos!

A estas palabras de Shir Jan, más de la mitad de la manada respondió con aullidos:

—¡Un hombre! ¡Un hombre! ¿Qué hace un hombre entre nosotros? Que se vaya con los suyos.

—Y ¿que vuelva contra nosotros a todos los aldeanos? —clamó Shir Jan—. De eso nada. Dádmelo a mí. Es un hombre y ninguno de nosotros puede mirarlo a los ojos.

Akela levantó la cabeza una vez más.

—Ha comido con nosotros —dijo—. Ha dormido con nosotros. Nos ha ayudado a cazar. Jamás ha incumplido la Ley de la Selva.

—Además, yo pagué con un toro para que lo aceptarais. Sé que un toro no vale gran cosa, pero mi honor está en juego, y por mi honor tal vez esté dispuesta a pelear —dijo Baguira, con su voz más dulce.

—¡Un toro de hace diez años! —respondió la manada con desprecio—. ¿Quién se acuerda de un montón de huesos de hace diez años?

—Y ¿os acordáis de un compromiso? —dijo Baguira, enseñando los dientes blancos—. ¡Ya veo por qué os llaman el pueblo libre!

—Ningún cachorro de hombre puede vivir con el pueblo de la selva —rugió Shir Jan—. ¡Dádmelo a mí!

—Es nuestro hermano en todo menos en la sangre —continuó Akela—. Y ¡seríais capaces de matarlo aquí mismo! En verdad he vivido demasiado. Algunos de vosotros os habéis convertido en comedores de ganado, y he oído decir que otros, adiestrados por Shir Jan, se acercan de noche a las aldeas y se llevan a los niños de la puerta de su casa. Por eso sé lo cobardes que sois, y a cobardes me dirijo. Sé que voy a morir, y si mi vida tuviera algún valor la ofrecería a cambio de la del cachorro humano. Pero, por el honor de la manada, del que os habéis olvidado desde que estáis sin jefe, prometo que, si dejáis que el cachorro humano se vaya con los suyos, yo, cuando llegue la hora de mi muerte, no enseñaré un solo diente. Moriré sin pelear. Eso ahorrará como mínimo tres vidas a la manada. Más no puedo hacer. Pero, si aceptáis, puedo evitaros la vergüenza de matar a un hermano que ningún delito ha cometido, a un hermano que pasó a formar parte de la manada defendido y comprado como dicta la Ley de la Selva.

—¡Es un hombre! ¡Un hombre! ¡Un hombre! —protestó la manada. Y la mayoría de los lobos empezó a concentrarse alrededor de Shir Jan, que movía la cola muy satisfecho.

—La solución está ahora en tus manos —le dijo Baguira a Mougli—. No podemos hacer nada más que pelear.

Mougli se puso en pie con el cesto de fuego entre las manos. Estiró los brazos y bostezó, a pesar de que estaba furioso, lleno de ira y de pena, pues, como era propio de ellos, los lobos nunca le habían dicho cuánto lo odiaban.

—¡Escuchad! —ordenó—. No hay necesidad de tanta cháchara de perros. Me habéis dicho tantas veces esta noche que soy un hombre (aunque yo habría seguido viviendo entre vosotros como un lobo hasta el fin de mis días) que empiezo a temerme que sea verdad. Por eso no volveré a llamaros hermanos, sino perros, como hacen los hombres. No os corresponde a vosotros decir lo que haréis o dejaréis de hacer. Eso es asunto mío. Y, para que veamos todos el asunto con más claridad, yo, el hombre, he traído un poco de esa flor roja que a vosotros, perros, tanto os asusta.

Lanzó al suelo el cesto del fuego, y las brasas prendieron un penacho de musgo seco, que soltó una llamarada mientras el Consejo en pleno retrocedía aterrado por las llamas saltarinas.

Mougli acercó entonces su rama seca al fuego hasta que las puntas se encendieron y chisporrotearon, y la hizo girar por encima de su cabeza entre los lobos acobardados.

—Tú eres el jefe —le dijo Baguira en voz baja—. Salva a Akela de la muerte. Siempre ha sido tu amigo.

Akela, el lobo viejo y serio que jamás en la vida había pedido clemencia, dirigió una mirada lastimera al niño desnudo, a quien el pelo negro cubría los hombros a la luz de la rama encendida con la que hacía saltar y temblar las sombras.

—¡Muy bien! —dijo Mougli, recorriendo despacio al grupo con la mirada—. Veo que sois perros. Os dejo y me marcho con mi pueblo, si es que de verdad es mi pueblo. La selva se ha cerrado para mí, y tendré que olvidarme de vuestra conversación y vuestra compañía, pero seré más compasivo que vosotros. Y, porque en todo menos en la sangre era vuestro hermano, prometo que cuando sea un hombre, entre los hombres, no os traicionaré ante ellos como vosotros me habéis traicionado. —Dio un puntapié al fuego y levantó una nube de chispas—. No habrá ninguna guerra entre ninguno de nosotros en la manada. Pero antes de que me vaya tengo que pagar una deuda. —Se acercó a grandes zancadas a Shir Jan, que se había sentado y miraba las llamas con cara de bobo, y lo agarró del mechón de pelo que tenía en la barbilla. Baguira siguió a Mougli, por lo que pudiera ocurrir—. ¡Levanta, perro! —ordenó el niño—. Levanta cuando un hombre te lo dice si no quieres que te prenda fuego.

El tigre agachó las orejas y cerró los ojos, porque la antorcha de Mougli estaba muy cerca.

—Este asesino de vacas dijo que me mataría en el Consejo, porque no pudo matarme cuando era un cachorro. Así es como los hombres tratamos a los perros. Atrévete a mover un solo bigote, Langri, y te hundiré la flor roja hasta el gaznate. —Golpeó a Shir Jan en la cabeza con la rama, y el tigre gimoteó y lloriqueó, aterrorizado—. ¡Bah! ¡Largo de aquí, gato chamuscado! Pero recuerda que, cuando

vuelva a la Roca del Consejo, y como hombre volveré, llevaré en la cabeza la piel de Shir Jan. Por lo demás, Akela es libre de vivir cuanto desee. No lo mataréis, porque no es esa mi voluntad. Y tampoco vais a seguir más tiempo aquí sentados, dándole a la lengua como si fuerais alguien cuando no sois nada. Y por eso yo os expulso así: «¡Fuera!».

Las llamas ardían con furia en la punta de la rama, que Mougli blandía a diestra y siniestra alrededor del círculo, y los lobos se alejaron, aullando y quemados por las chispas. Al final no quedó nadie más que Akela, Baguira y unos diez lobos que se pusieron de parte de Mougli. Entonces, algo empezó a doler al niño por dentro, como nada le había dolido jamás. Le faltó el aire, sollozó y las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto? —dijo—. Yo no quiero dejar la selva, y no sé qué me está pasando. ¿Me estoy muriendo, Baguira?

—No, hermanito. Son solo lágrimas como las de los hombres —dijo la pantera—. Ahora sé que eres un hombre, que has dejado de ser un cachorro humano. Es verdad que la selva se ha cerrado para ti en adelante. Llora, Mougli. No son más que lágrimas. —Y, así, Mougli se sentó y lloró como si fuera a estallarle el corazón. Era la primera vez que lloraba en toda su vida.

—Me iré con los hombres —dijo—. Pero antes tengo que despedirme de mi madre.

Y fue al cubil donde Raksa vivía con Padre Lobo, y lloró en su pelaje, mientras los cuatro lobatos aullaban de pena.

—¿No os olvidaréis de mí? —preguntó Mougli.

—Nunca, mientras seamos capaces de seguir un rastro —contestaron los lobatos —. Ven al pie de la montaña cuando seas un hombre, para que podamos hablar contigo. Y por las noches entraremos en los campos a jugar contigo.

—¡Vuelve pronto! —dijo Padre Lobo—. Sabio renacuajo, vuelve pronto. Porque tu madre y yo pronto seremos viejos.

—Vuelve pronto —dijo Madre Loba—, hijito mío desnudo. Y ten presente, hijo del hombre, que te quiero más de lo que nunca que querido a mis lobatos.

—Volveré sin falta —respondió Mougli—. Y cuando vuelva será para tender la piel de Shir Jan en la Roca del Consejo. ¡No me olvidéis! ¡Decid a todos, en la selva, que no me olviden!

Empezaba a rayar la aurora cuando Mougli bajó la montaña, solo, para conocer a esos seres misteriosos llamados hombres.

CANCIÓN DE CAZA DE LA MANADA DE SIONI

Despuntaba el alba y bramó el sambur.
¡Uno, dos y tres!
Y un gamo saltó y un gamo saltó
en la charca del bosque donde el ciervo va a beber.
Esto es lo que vi en mi exploración.
¡Uno, dos y tres!

Despuntaba el alba y bramó el sambur.
¡Uno, dos y tres!
Y un lobo se escapó y un lobo se escapó
a avisar a la manada que hambrienta aguardaba.
Y buscamos y encontramos y su rastro acorralamos.
¡Uno, dos y tres!

Despuntaba el alba y aulló la manada.
¡Uno, dos y tres!
¡Pies que no dejan ninguna señal!
¡Ojos que ven en la oscuridad! ¡En la oscuridad!
¡Cuéntaselo a todos y presta atención!
¡Uno, dos y tres!

La cacería de Ka

De sus manchas se alegra el leopardo; y el búfalo de sus cuernos se precia.

Sé limpio, pues por el brillo del pelaje la bravura del cazador se aprecia.

Si temes que el buey te derribe, o te cornee el sambur huraño,

lo sabemos de sobra; no te pares a contarlo.

No agobies al cachorro de ningún desconocido.

Como si fuera tu hermana o tu hermano trátalo ahora:

aunque lo veas así, pequeño y rechoncho, podría ser la cría de una osa.

«¡No hay nadie como yo!», presume el cachorrillo de su primera presa.

¡Ya se le bajarán los humos! Porque el cachorro es pequeño pero grande es la selva.

Máximas de Balú

Todo lo que aquí vamos a contar sucedió poco antes de que Mougli fuera expulsado de la manada de Sioni y se vengara del tigre Shir Jan. Fue en los días en que Balú le enseñaba la Ley de la Selva. El viejo oso pardo, grande y serio, estaba encantado de tener un alumno tan listo, pues los lobatos no aprendían de la Ley más que lo que tenía que ver con su propia manada y tribu, y se marchaban corriendo en cuanto eran capaces de repetir un verso del himno de la cacería: «Pies que no hacen ruido; ojos que ven en la oscuridad; orejas que oyen a los vientos en sus guaridas y afilados colmillos, todas estas cosas son las marcas de nuestros hermanos, menos de Tabaqui el chacal y de la hiena, a quienes detestamos». Pero Mougli, que era un cachorro humano, tuvo que aprender muchas más cosas. A veces, Baguira, la pantera negra, se acercaba tranquilamente por la selva a ver los progresos de su mascota, y ronroneaba con la cabeza apoyada en el tronco de un árbol, mientras Mougli le recitaba a Balú la lección del día. El niño sabía trepar casi tan bien como nadaba, y nadar casi tan bien como corría, y así Balú, el maestro de la Ley, le enseñó las leyes del bosque y del agua: a distinguir una rama podrida de una sana; a hablar con educación a las abejas cuando encontraba una colmena a varios metros del suelo; qué decirle a Mang, el murciélago, cuando lo molestaba entre las ramas a medianoche; y cómo avisar a las culebras de agua en las pozas del río antes de zambullirse. Al pueblo de la selva le gusta vivir tranquilo, y todos están preparados para huir cuando ven a un intruso. Después, Balú enseñó a Mougli la contraseña del cazador forastero, que hay que

repetir en voz alta hasta que alguien responda, cuando algún habitante de la selva va a cazar fuera de su territorio. Dice así: «Dame permiso para cazar, porque tengo hambre». Y la respuesta es: «Puedes cazar para alimentarte, pero no por diversión».

Ya veis cuántas cosas tuvo que aprender Mougli de memoria, y a veces se hartaba de repetir lo mismo cien veces seguidas. Un día, Balú le dio un cachete y Mougli se fue corriendo, muy enfadado.

—Un cachorro humano es un cachorro humano y tiene que saberse la Ley de la Selva enterita —le dijo Balú a Baguira.

—Pero piensa que todavía es muy pequeño —contestó la pantera negra, que habría mimado a Mougli si le hubieran dejado enseñarle a ella—. ¿Cómo va a caber en una cabecita tan pequeña la cantidad de cosas que le dices?

—¿Hay en la selva algún animal que por ser pequeño se libre de que lo maten? No. Pues por eso le enseño todas estas cosas, y por eso le doy un cachete, muy suave, cuando se le olvidan.

—¡Suave! ¿Qué sabrás tú de suavidad, con esas zarpas de hierro que tienes? —gruñó Baguira—. Hoy le has dejado la cara marcada con tu suavidad.

—Mejor que le dé un cachete yo, que lo quiero, a que le hagan daño por ignorancia —respondió Balú muy serio—. Le estoy enseñando las palabras mágicas de la selva, que le protegerán de los pájaros y de las serpientes, y de todo lo que cace sobre cuatro patas menos su propia manada. En cuanto aprenda esas palabras podrá pedir ayuda en todas partes. ¿No vale eso un par de cachetes?

—Bueno, tú ten cuidado, no vayas a matarlo sin querer. No es como el tronco de un árbol donde te afilas las garras. Pero ¿qué palabras son esas? Yo en general doy más ayuda de la que pido —dijo Baguira, estirando una pezuña para admirar sus garras azuladas como el acero y afiladas como cuchillos—, pero de todos modos me vendría bien saberlas.

—Llamaré a Mougli para que él te las diga si quiere. Ven, hermanito.

—Me zumba la cabeza como si tuviera un enjambre dentro —contestó una vocecilla malhumorada desde lo alto, y Mougli se descolgó por el tronco de un árbol, muy indignado, añadiendo cuando llegó al suelo—: He venido por Baguira, y no por ti, oso seboso.

—Eso da lo mismo —dijo Balú, aunque estaba dolido y ofendido—. Dile a Baguira las palabras mágicas de la selva que te he enseñado hoy.

—¿Las palabras mágicas para quién? —dijo Mougli, contento de poder presumir —. En la selva se hablan muchos idiomas. Me las sé todas.

—No sabes tanto como crees. Ya ves, Baguira, cómo se lo agradecen a su maestro. Ni un solo lobato ha venido a dar las gracias a este viejo oso por sus enseñanzas. Anda, di la contraseña del pueblo cazador, ya que tanto sabes.

—Tenemos la misma sangre, tú y yo —dijo Mougli, dando a sus palabras el acento de oso que emplean todos los miembros del pueblo cazador.

—Bien. Ahora la de los pájaros.

Mougli las repitió, añadiendo al final de la frase el silbido del milano real.

—Ahora la de las serpientes —dijo Baguira.

La respuesta fue un siseo imposible de describir, y Mougli dio una voltereta, se aplaudió a sí mismo y subió de un salto al lomo de la pantera. Allí sentado, empezó a dar golpecitos con los talones en el pelaje brillante de Baguira mientras le hacía a Balú las muecas más horribles que se le ocurrían.

—¡Muy bien… muy bien! Eso ha valido un cachete —dijo el oso con ternura—. Algún día te acordarás de mí. —Y pasó a contarle a Baguira que le había suplicado a Hati, el elefante, que le enseñara las palabras mágicas, porque él sabe mucho de esas cosas, y que Hati se había llevado a Mougli a una charca para que aprendiera la contraseña de las serpientes de una culebra de agua, porque Balú no era capaz de pronunciarla. Y que ahora Mougli estaba protegido de cualquier accidente en la selva, porque ni las serpientes ni los pájaros ni las fieras le harían daño—. No hay nadie a quien temer —resumió Balú, dándose unas palmadas, con mucho orgullo, en la panza peluda.

—Menos a los de su propia especie —susurró Baguira. Y, en voz alta, le dijo a Mougli—: ¡Ten cuidado con mis costillas, hermanito! ¿A qué viene tanto bailoteo?

Mougli llevaba un rato intentando que lo escucharan, y se había puesto a tirar a Baguira de la piel de los hombros y a darle puntapiés. Cuando consiguió que le hicieran caso, gritó con todas sus fuerzas:

—Y así tendré mi propia tribu y guiaré a mis compañeros por las ramas de los árboles el día entero.

—¿Qué tontería es esa? ¿Es que estás soñando? —dijo Baguira.

—Sí, y le lanzaré ramas y tierra a Balú —continuó Mougli—. Me lo han prometido. ¡Ja!

—¡Zas! —La enorme zarpa del oso derribó a Mougli del lomo de la pantera y, cuando el niño aterrizó entre las patas delanteras de Baguira, lo único que vio fue que Balú estaba enfadado—. Mougli, tú has estado hablando con los bandar-log, con el pueblo de los monos.

Mougli miró a Baguira, para ver si ella también estaba enfadada, y vio que sus ojos tenían una expresión dura como el jade.

—Tú has estado con el pueblo de los monos, con los monos grises. Con ese pueblo sin ley. Con esos que comen cualquier cosa. Eso es una vergüenza.

—Cuando Balú me dio un cachete —dijo Mougli, que seguía en el suelo— y me fui, los monos grises bajaron de los árboles y tuvieron compasión de mí. Nadie más vino a consolarme —dijo, lloriqueando un poco.

—¿Compasión? ¿Los monos? —dijo Balú, desdeñoso—. ¡Eso es como hablar de la quietud de los ríos de montaña! ¡O del frescor del sol del verano! Y ¿qué pasó después?

—Pues después, después, me dieron frutos y cosas ricas de comer, y… Me llevaron en brazos hasta lo más alto de los árboles y dijeron que yo era su hermano de

sangre, solo que no tenía cola, y algún día debería ser su jefe.

—Ellos no tienen jefe —dijo Baguira—. Mienten. Mienten, como siempre.

—Han sido muy simpáticos y me han pedido que vuelva. ¿Por qué no me habéis llevado nunca con el pueblo de los monos? Ellos andan derechos, como yo. Y no me pegan con las zarpas. Se pasan todo el día jugando. ¡Deja que me levante! ¡No seas malo, Balú! ¡Deja que me levante! Quiero volver a jugar con ellos.

—Escucha, cachorro humano —dijo el oso, y su voz retumbó como el trueno una noche de tormenta—. Te he enseñado las leyes de todos los pueblos de la selva, menos la de los monos que viven en los árboles. Ellos no tienen ley. Son unos parias. Ni siquiera tienen un idioma propio. Roban las palabras que oyen cuando escuchan y miran y espían desde los árboles. Sus costumbres no son como las nuestras. No tienen líderes. No tienen recuerdos. Parlotean mucho, son muy presumidos y se tienen por un gran pueblo que hace grandes cosas en la selva, pero en cuanto ven caer un fruto de un árbol se mueren de la risa y se olvidan de todo. Los demás pueblos de la selva no tratamos con los monos. No bebemos donde ellos beben; no vamos donde ellos van; no cazamos donde ellos cazan; no morimos donde ellos mueren. ¿Me has oído hablar alguna vez de los bandar-log hasta hoy?

—No —susurró Mougli, pues la selva se había quedado muy silenciosa mientras Balú hablaba.

—Los pueblos de la selva no quieren ni hablar de ellos ni acordarse de ellos —siguió diciendo el oso—. Son muchos, malos, sucios, descarados. Solo buscan, si es que buscan algo, llamar la atención de los demás. Pero nosotros no nos fijamos en ellos, ni siquiera cuando nos lanzan nueces y porquería a la cabeza.

Apenas había terminado de decir estas palabras cuando de las alturas del árbol cayó una lluvia de nueces y ramitas, y se oyeron carraspeos, aullidos y frenéticos saltos de rama en rama.

—El pueblo de los monos está prohibido para el pueblo de la selva. No lo olvides.

—Prohibido —insistió Baguira—. Y creo que Balú tendría que habértelo advertido.

—Yo… Yo —protestó Balú—. ¿Cómo iba a imaginarme que le daría por jugar con esa gentuza? ¡Los monos! ¡Puaj!

Se repitió la lluvia de ramitas, y Baguira y Balú se alejaron trotando, seguidos de Mougli. Lo que el oso había dicho de los monos era cierto. Vivían en las copas de los árboles y, como las fieras rara vez miran hacia arriba, no había ocasión de que los caminos de unos y otros se cruzaran. Pero, cuando los monos se encontraban con un lobo enfermo, o un tigre o un oso heridos, lo torturaban, y se divertían tirando palos y nueces a cualquier bestia, con la esperanza de que se fijaran en ellos. Entonces empezaban a aullar hasta desgañitarse o cantaban canciones absurdas; invitaban al pueblo de la selva a trepar a los árboles y a pelear con ellos, o se enzarzaban entre sí como salvajes, por cualquier tontería, y dejaban a los muertos bien a la vista del pueblo de la selva. Siempre estaban a punto de tener un líder, y leyes y costumbres

propias, pero nunca llegaba el momento, porque sus recuerdos no duraban de un día para otro. Y así, se justificaban con un dicho: «Lo que hoy piensan los bandar-log, un día lo pensará toda la selva». Con esto se quedaban tan contentos. Ninguna bestia podía cazarlos, porque no los veía. Por eso se alegraron tanto cuando Mougli fue a jugar con ellos y vieron lo mucho que se enfadaba Balú.

No tenían intención de hacer nada más, porque los bandar-log nunca tienen intención de hacer nada. Pero a uno de ellos se le ocurrió una idea que le pareció brillante, y dijo a los demás que sería muy útil contar con Mougli en la tribu, porque sabía entrelazar palos para protegerse del viento. Si lo cazaban, podría enseñarles a hacer lo mismo. Como hijo de leñador, Mougli había heredado muy diversos instintos, y construía pequeñas cabañas con ramas caídas sin pararse a pensarlo siquiera. A los monos, que lo observaban desde los árboles, les parecía increíble. Esta vez, dijeron, por fin tendrían un líder y se convertirían en el pueblo más inteligente de la selva, tan inteligente que todos los demás los envidiarían y se fijarían en ellos. Así, siguieron a Balú, Baguira y Mougli con mucho sigilo hasta que llegó la hora de la siesta de mediodía y Mougli, que estaba muy avergonzado por lo que había hecho, se quedó dormido entre la pantera y el oso, con la intención de no tratar nunca más con los monos.

Lo siguiente que pudo recordar fue unas manos que lo agarraban de las piernas y de los brazos —unas manos duras, fuertes y pequeñas—, y unas hojas que le restregaban la cara. Y, de pronto, se encontró en lo alto del árbol, mientras Balú despertaba a toda la selva con sus rugidos y Baguira trepaba por el tronco enseñando toda la dentadura. Los bandar-log lanzaron aullidos de victoria y se escabulleron entre las ramas más altas, donde Baguira no se atrevía a seguirlos. «Nos ha visto —decían a gritos—. Baguira nos ha visto. Todo el pueblo de la selva admira nuestra habilidad y nuestra astucia». Entonces empezaron a volar, y el vuelo de los monos de árbol en árbol es una de esas cosas que nadie puede describir. Tienen sus caminos y sus cruces, sus cuestas arriba y abajo, todo a quince o a veinte o a treinta metros del suelo, y hasta pueden viajar de noche si hace falta. Dos de los monos más fuertes cogieron a Mougli de las axilas y se lo llevaron entre las copas de los árboles, dando saltos de un metro. Sin Mougli habrían podido escapar el doble de deprisa, pero el peso del niño les quitaba agilidad. A pesar de lo mareado que estaba, a Mougli le encantó la salvaje carrera, aunque cuando veía la tierra, tan abajo, se asustaba, y los tirones y las sacudidas del balanceo por los aires hacían que el corazón se le subiera a la garganta. Sus escoltas lo arrastraban por los troncos de los árboles hasta que las ramas altas y finas crujían y se doblaban con el peso, y entonces tosían, aullaban y, dando un salto, agarrándose con las manos o los pies, aterrizaban en las ramas bajas del árbol siguiente. A veces Mougli alcanzaba a ver kilómetros y kilómetros de jungla silenciosa, como un hombre subido a un mástil es capaz de avistar muchas millas de mar, pero entonces las ramas y las hojas le azotaban la cara y él, y sus centinelas, casi terminaban en el suelo. Así, entre saltos y golpes y gritos y alaridos, la tribu de los

bandar-log al completo huyó por los caminos de los árboles llevándose prisionero a Mougli.

Al principio, Mougli tenía miedo de caerse. Después se enfadó, aunque tuvo la prudencia de no pelearse, y por fin empezó a pensar. Lo primero era comunicarse con Balú y Baguira, pues, al ritmo que iban los monos, sabía que sus amigos no tardarían en quedarse atrás. Era inútil mirar al suelo, pues solo veía los lados de las ramas, así que optó por mirar hacia arriba y, muy lejos, en el cielo azul, vio a Chil, el milano real, sobrevolando en círculos al acecho de algún animal muerto. Chil vio que los monos llevaban algo, y descendió unos cientos de metros para ver si su carga era un buen alimento. Se le escapó un silbido de sorpresa al ver cómo arrastraban a Mougli hasta la copa de un árbol, y oyó que el niño decía la contraseña de los pájaros: «Somos de la misma sangre, tú y yo». Las olas de las ramas se cerraron alrededor de Mougli, pero Chil se alejó hasta el árbol siguiente y tuvo tiempo de ver de nuevo la carita oscura del niño.

—Sigue mi rastro —gritó el cautivo—. Avisa a Balú, de la manada de Sioni, y a Baguira, de la Roca del Consejo.

—¿En nombre de quién, hermano? —Chil nunca había visto a Mougli, aunque como es natural sí había oído hablar de él.

—De Mougli, el renacuajo. ¡Cachorro humano me llaman! ¡Sigue mi rastro!

Estas últimas palabras las gritó columpiándose por los aires, pero Chil asintió y remontó el vuelo hasta convertirse en una mota de polvo en el cielo y quedar suspendido en las alturas, vigilando con sus ojos telescópicos el balanceo en las copas de los árboles allá por donde los monos pasaban como un torbellino.

—No llegarán muy lejos —dijo, con una risita—. Nunca hacen lo que se proponen. Los bandar-log se pasan la vida probando cosas nuevas. Esta vez, si mi vista no me engaña, se meterán en un lío, porque Balú no es de los que se asustan y Baguira, por lo que sé, puede cazar algo más que cabras.

Y así siguió a la espera, meciéndose con sus alas, con las patas recogidas.

Mientras tanto, Balú y Baguira estaban preocupados y furiosos. Baguira trepó a un árbol más arriba que nunca, pero las ramas finas se rompieron con su peso, y cayó, arrancando la corteza del tronco al sujetarse con las garras.

—¿Por qué no le has advertido? —le rugió al pobre Balú, que con su trote torpe confiaba en alcanzar a los monos—. ¿De qué sirven tantos cachetes si luego no le adviertes?

—¡Corre! ¡Corre! ¡Todavía podemos alcanzarlos! —jadeó Balú.

—¿A esa velocidad? Así no se cansaría ni una vaca. Maestro de la Ley. ¡Azotacachorros! Tú revientas si sigues así más de un kilómetro. ¡Siéntate y piensa! Prepara un plan. No es hora de cazar. Podrían soltarlo si nos acercamos demasiado.

—¡Aaarg! ¡Uuuf! Puede que ya lo hayan tirado, que se hayan cansado de cargar con él. Nadie puede fiarse de los bandar-log. ¡Ponme murciélagos muertos en la cabeza! ¡Dame de comer huesos viejos! ¡Empújame contra una colmena de abejas

para que me maten a picotazos, y entiérrame con las hienas, porque soy el más miserable de los osos! ¡Aaarg! ¡Uuuf! ¡Ay, Mougli, Mougli! ¿Por qué no te hablé de los monos en vez de darte un zarpazo? A lo mejor, con el golpe se le ha borrado la lección de la cabeza y se encuentra solo, en la selva, sin las palabras mágicas.

Balú se cubrió las orejas con las zarpas y empezó a dar vueltas por el suelo, gimoteando.

—A mí me dijo bien la lección hace un rato —dijo Baguira con impaciencia—. Tú no tienes ni memoria ni respeto, Balú. ¿Qué pensaría la selva si yo, la pantera negra, me enroscara como Sahi, el puercoespín, y me pusiera a lloriquear?

—¿Qué más me da lo que piense la selva? Puede que Mougli ya esté muerto.

—No temo por el cachorro humano, a menos que lo tiren desde el árbol por diversión o lo maten por aburrimiento. Es listo y está bien enseñado, y sobre todo, tiene esos ojos que asustan al pueblo de la selva. Pero (y esto es algo muy malo), ha caído en manos de los bandar-log, y ellos, como viven en los árboles, no temen a nadie. —Baguira se lamió una garra con aire pensativo.

—¡Soy un idiota! ¡Soy un oso idiota y gordo que solo sabe arrancar raíces! —dijo Balú, desenroscándose de una sacudida—. Hati, el elefante, tiene razón: «Cada cual tiene sus miedos». Y los monos temen a Ka, la serpiente de las rocas, porque puede trepar tan alto como ellos. Roba a las crías de los monos por la noche. Les basta con oír su nombre para que se les hiele la cola. Vamos a ver a Ka.

—¿Cómo va a ayudarnos? Ella no es de nuestra tribu. No tiene patas. Y tiene unos ojos de lo más malignos.

—Es muy vieja y muy astuta. Y sobre todo, siempre tiene hambre —dijo Balú, esperanzado—. Le prometeremos muchas cabras.

—Después de llenar la panza se pasa un mes entero durmiendo. Ahora podría estar dormida. Y, aunque estuviera despierta, ¿qué pasaría si prefiriese cazar ella las cabras? —Baguira, que no sabía mucho de Ka, desconfiaba, como es lógico.

—En ese caso, tú y yo juntos, querida cazadora, le haremos entrar en razón —contestó Balú, frotando su hombro descolorido contra el flanco de la pantera, y allá se marcharon los dos en busca de Ka, la pitón de las rocas.

La encontraron tendida al sol de la tarde, en una cornisa, admirando su preciosa piel, pues había pasado los últimos diez días retirada, mudando de piel, y ahora estaba espléndida: lanzaba aquí y allá la cabeza grande y chata, retorcía sus diez metros de longitud formando increíbles nudos y curvas, y se relamía pensando en la cena próxima.

—No ha comido —dijo Balú, resoplando de alivio al ver la preciosa piel de la serpiente, con motas marrones y amarillas—. ¡Ten cuidado, Baguira! Después de mudar la piel está siempre un poco cegata y ataca muy deprisa.

Ka no era una serpiente venenosa: en realidad despreciaba a las serpientes venenosas, por cobardes. Su fuerza residía en su abrazo y, una vez que se enroscaba alrededor de alguien ya no había más que hablar.

—¡Buena caza! —saludó Balú, sentándose sobre sus cuartos traseros. Como todas las serpientes de su especie, Ka estaba bastante sorda y no le oyó a la primera. Entonces se enroscó, preparada para cualquier accidente, y agachó la cabeza.

—¡Buena caza para todos! —respondió—. ¿Qué te trae por aquí, Balú? Buena caza, Baguira. Aquí por lo menos hay una que necesita comer. ¿Traéis noticias de caza cercana? ¿Una hembra de gamo o un cervato? Estoy vacía como un pozo seco.

—Estamos de caza —dijo Balú sin darle importancia. Sabía que era mejor no meter prisa a la serpiente. Ka era demasiado grande.

—Dejadme acompañaros —pidió Ka—. Un golpe más o menos no es nada para vosotros, pero yo… Yo tengo que esperar días y días en un sendero de la selva, y pasarme la mitad de la noche trepando por la simple posibilidad de encontrar una cría de mono. ¡Bah! Los árboles ya no son como cuando yo era joven. Ahora están llenos de ramitas podridas y ramas secas.

—A lo mejor es que pesas demasiado —señaló Balú.

—Es que soy muy larga, muy larga —contestó la serpiente con cierto orgullo—. De todos modos, la culpa es de esos árboles nuevos que han plantado. La última vez que salí de caza estuve a punto de caerme, a puntito, y con el ruido que hice al resbalar, porque no pude sujetarme bien al tronco con la cola, desperté a los bandar-log y me llamaron de todo.

—Gusano amarillo sin patas —murmuró Baguira entre dientes, como si intentara acordarse de algo.

—¡Tsss! ¿Me han llamado eso alguna vez? —preguntó Ka.

—Algo por el estilo nos gritaron a nosotros la última luna, pero nunca les hacemos caso. Son capaces de decir cualquier cosa, incluso que tú te has quedado sin dientes y no eres capaz de enfrentarte a nada más grande que un niño, porque… Ya sabes que esos bandar-log no tienen vergüenza… O que tienes miedo de los machos cabríos —concluyó Baguira con dulzura.

Bueno, una serpiente, y más una pitón tan vieja y desconfiada como Ka, muy rara vez deja ver que está enfadada, pero Balú y Baguira se dieron cuenta de cómo se movieron y se hincharon los potentes músculos que Ka tenía a ambos lados de la garganta.

—Los bandar-log han cambiado de territorio —dijo tranquilamente—. Hoy, cuando salí a tomar el sol, los oí aullar entre las copas de los árboles.

—Es a ellos a quienes estamos siguiendo —explicó Balú, pero se le atragantaron las palabras, pues era la primera vez, que él recordara, que algún miembro del pueblo de la selva reconocía interesarse por las hazañas de los monos.

—Está claro que dos cazadores como vosotros, líderes en su propio territorio, de eso estoy segura, tienen una buena razón para seguir a los bandar-log —contestó Ka con mucha cortesía, hinchándose de curiosidad.

—La verdad —empezó a decir Balú— es que yo solo soy el maestro de la Ley de los lobatos de Sioni, un oso viejo y a veces muy tonto. Y Baguira, aquí presente…

—Es Baguira —zanjó la pantera negra, cerrando las mandíbulas con un chasquido, porque eso de la humildad no iba con ella—. Tenemos un problema, Ka. Esos ladrones de frutos y de hojas de palmera se han llevado a nuestro cachorro humano, de quien tal vez hayas oído hablar.

—Algo me contó Sahi, que tanto presume de sus plumas, de una cosa humana que entró en una manada de lobos, pero no lo creí. Sahi siempre viene con cuentos que ha oído por ahí muy mal contados.

—Pues este es verdad. Es un cachorro humano —dijo Balú—. El mejor y el más listo y el más valiente que se haya visto nunca. Es alumno mío y me hará famoso en todas las selvas. Además, yo… Nosotros… Lo queremos mucho, Ka.

—¡Ts! ¡Ts! —dijo la serpiente, ondulando la cabeza adelante y atrás—. Yo también sé lo que es querer. Podría contaros cosas que…

—Eso una noche clara, cuando estemos todos bien alimentados, para que podamos apreciarlas como es debido —se apresuró a decir Baguira—. Nuestro cachorro está en manos de los bandar-log, y sabemos que esos monos no temen a nadie más que a Ka, entre todo el pueblo de la selva.

—Me temen únicamente a mí. Y no les falta razón —asintió Ka—. Charlatanes, tontos y presumidos. Presumidos, tontos y charlatanes, así son los monos. Pero un cachorro humano que caiga en sus manos corre peligro. Cuando se cansan de las nueces que cogen, las tiran al suelo. Llevan una rama en la mano el día entero, con intención de hacer grandes cosas con ella, y luego van y la parten por la mitad. No envidio a ese cachorro. También me llamaron pez amarillo… ¿Verdad?

—Lombriz… Lombriz… Lombriz de tierra —dijo Baguira—, además de otras cosas que me da vergüenza repetir.

—Tenemos que enseñarles a hablar bien de sus amos. Tenemos que ayudarles, porque tienen muy mala memoria. Bueno, ¿adónde se han llevado a ese cachorro?

—Eso solo la selva lo sabe. Hacia poniente, creo —dijo Balú—. Pensamos que quizá tú lo sabrías, Ka.

—¿Yo? ¿Cómo iba a saberlo? Los atrapo si se cruzan en mi camino, pero yo no cazo monos y tampoco ranas, ni la espuma verde de las charcas, ya que estamos. ¡Psss!

—¡Arriba, arriba! ¡Arriba, arriba! ¡Hola! ¡Eeoo! ¡Eeoo! ¡Aquí, Balú, de la manada de lobos de Sioni!

El oso levantó la vista para ver de dónde venía la voz, y allí estaba el milano Chil, suspendido en el aire, con los rayos del sol en los bordes de las alas vueltas hacia arriba. Era casi la hora de acostarse para Chil, pero había deambulado por toda la selva en busca del oso y no lo había encontrado por culpa del follaje.

—¿Qué hay? —preguntó Balú.

—He visto a Mougli con los bandar-log. Me pidió que te avisara. Los he vigilado. Se lo han llevado al otro lado del río, a la ciudad de los monos, a las Guaridas Frías.

Todos sabían dónde estaba esa ciudad, pero muy pocos miembros del pueblo de la

selva habían estado en ella, porque lo que llamaban las Guaridas Frías era una antigua ciudad abandonada, perdida y sepultada en la jungla, y las fieras rara vez se instalan en un lugar que antes hayan ocupado los hombres. El jabalí puede que se acerque, pero las tribus cazadoras no. Además, podía decirse que los monos vivían allí tanto como en cualquier otra parte, y ningún animal que se respetara se dejaría ver por esos pagos, menos en época de sequía, cuando los estanques y las presas, medio en ruinas, apenas tenían agua.

—Tardaríamos media noche en llegar… Eso a toda velocidad —dijo Baguira. Y Balú se puso muy serio.

—Iré lo más deprisa que pueda —dijo, con preocupación.

—No podemos esperarte. Tú síguenos, Balú. Tenemos que ir deprisa, Ka y yo.

—Yo, sin patas, soy más veloz que tú con cuatro —dijo Ka. Balú hizo un esfuerzo por correr, pero tuvo que sentarse, jadeando, y lo dejaron atrás cuando Baguira emprendió su galope veloz. La enorme pitón de la Roca no dijo nada, pero no se quedó a la zaga por más que la pantera apretaba en la carrera. Cuando llegaron a un arroyo de montaña, Baguira se puso por delante, cruzándolo de un salto mientras Ka lo atravesaba a nado, con la cabeza y medio metro del cuello fuera del agua, pero una vez en suelo firme no tardó en recuperar el terreno perdido.

—¡Por el cerrojo roto que me liberó! —exclamó la pantera cuando ya había caído el crepúsculo—. ¡Sí que eres rápida!

—Tengo hambre —contestó Ka—. Además, me llamaron rana moteada.

—Lombriz… Lombriz de tierra, y cagueta.

—De todo. Vamos, deprisa. —Y pareció que la serpiente se derramaba por el suelo, buscando el camino más corto con sus ojos penetrantes y sin apartarse de él.

En las Guaridas Frías, el pueblo de los monos no pensaba para nada en los amigos de Mougli. Habían llevado al niño a la Ciudad Perdida, y de momento estaban todos muy contentos. Mougli nunca había visto una ciudad india, y aunque aquella era más bien un montón de ruinas, le pareció preciosa y magnífica. Algún rey la había construido, hacía mucho tiempo, en un promontorio. Aún se veían los restos de las calzadas que subían a las puertas destrozadas, donde las últimas astillas de madera colgaban de los goznes viejos y oxidados. Los árboles habían crecido dentro y fuera de las murallas; las almenas se habían desmoronado, y de las ventanas de las torres colgaban enredaderas que formaban frondosos racimos en las paredes.

Un gran palacio, sin techo, coronaba el promontorio, con el mármol de los patios y las fuentes rajado y cubierto de óxido y musgo. Hasta los adoquines del patio donde antiguamente vivían los elefantes del rey estaban levantados y separados por las raíces de plantas y árboles. Desde el palacio se veían hileras y más hileras de casas sin tejado, que daban a la ciudad el aspecto de panal vacío y negro; el amorfo bloque de piedra que en su día fue un ídolo, en la plaza donde se cruzaban cuatro caminos; los agujeros en las esquinas de las calles donde en otro tiempo estaban los pozos públicos, y las resquebrajadas cúpulas de los templos, en cuyos lados crecían las

higueras. Los monos decían que aquella era su ciudad, y despreciaban al pueblo de la selva por vivir en la espesura, pero lo cierto es que no sabían ni por qué se habían construido todos aquellos edificios ni qué hacer con ellos. Se sentaban, en círculo, en la sala del consejo del rey, a rascarse las pulgas y a fingir que eran hombres. O correteaban entre las casas sin tejado, coleccionando trozos de yeso y ladrillos viejos en un rincón, y después se olvidaban de dónde los habían escondido, y se peleaban, se enfrentaban en una de sus multitudinarias escaramuzas, y de pronto paraban y se iban a jugar a las terrazas de los jardines del rey, donde sacudían los rosales y los naranjos por pura diversión, para ver cómo caían las flores y la fruta. Exploraban todos los pasadizos y túneles oscuros del palacio, y sus centenares de habitaciones oscuras, pero nunca recordaban lo que habían visto y lo que no. Y así merodeaban solos, o de dos en dos, o en muchedumbre, contándose los unos a los otros lo que estaban haciendo, igual que los hombres. Bebían en los estanques y dejaban el agua embarrada, y después se peleaban por eso, y después salían corriendo como una turba y gritaban: «No hay en la selva nadie tan sabio y bueno y listo y fuerte y simpático como los bandar-log». Y otra vez vuelta a empezar, hasta que se hartaban de la ciudad y volvían a las copas de los árboles, con la esperanza de que el pueblo de la selva se fijara en ellos.

Mougli, a quien habían educado según la Ley de la Selva, no entendía este tipo de vida y no le gustaba. Al caer la tarde, los monos llegaron a las Guaridas Frías y, en vez de acostarse, como habría hecho el niño después de una larga jornada, se dieron la mano y empezaron a bailar y a cantar sus absurdas canciones. Uno de ellos pronunció un discurso y dijo a sus compañeros que la captura de Mougli marcaba un hito en la historia de los bandar-log, pues les enseñaría a trenzar palos y cañas para protegerse de la lluvia y el frío. Mougli cogió unas lianas y empezó a tejerlas, y los monos intentaron imitarlo, pero a los pocos minutos perdieron todo el interés y empezaron a tirar de la cola al compañero o a toser y dar saltos a cuatro patas.

—Me gustaría comer algo —dijo Mougli—. Soy extranjero en esta zona de la selva. Dadme comida o dejadme cazar aquí.

Veinte o treinta monos se alejaron brincando para traerle nueces y bananos de montaña, pero en el camino se enzarzaron en una pelea, y les costó mucho regresar con la fruta que quedaba. Mougli estaba dolorido y enfadado, además de hambriento, y vagó por la ciudad desierta lanzando de vez en cuando el grito de caza del forastero, pero, en vista de que nadie respondía a su llamada, concluyó que aquel sitio no era nada bueno. «Balú tenía razón en todo lo que dijo de los bandar-log —pensó—. No tienen leyes ni grito de caza ni jefes; solo dicen tonterías y son unos ladronzuelos. Así, si me muero de hambre o me matan aquí, la culpa será toda mía. De todos modos, tengo que intentar volver a mi selva. Seguro que Balú me da un cachete, pero prefiero eso a perseguir pétalos de rosa con los bandar-log».

Apenas había llegado a las murallas de la ciudad cuando los monos lo atraparon y le hicieron regresar, diciéndole que no se daba cuenta de la suerte que tenía, y

pinchándole para que les diera las gracias. Mougli apretó los dientes sin decir nada y se fue con los escandalosos monos a una terraza que estaba encima de los estanques de arenisca roja, llenos hasta la mitad de agua de lluvia. En el centro de la terraza había una casa de verano en ruinas, de mármol blanco, construida para las reinas muertas hace cien años. La cúpula del tejado estaba medio caída y bloqueaba el pasadizo subterráneo por el que entraban las reinas desde el palacio. Pero las paredes eran celosías de mármol, con hermosos calados blancos como la leche, incrustaciones de ágata, cornalina, jaspe y lapislázuli, y cuando la luna asomaba por detrás del promontorio, sus rayos las atravesaban, proyectando sombras negras en el suelo, como un paño de terciopelo bordado. A pesar del sueño y el hambre que tenía, Mougli no pudo aguantarse la risa cuando veinte bandar-log empezaron a presumir de lo estupendos, listos, fuertes y simpáticos que eran, y a llamarle tonto por querer abandonarlos.

—Somos estupendos. Somos libres. Somos maravillosos. ¡Somos el pueblo más maravilloso de la selva! Todos lo decimos, así que tiene que ser verdad —vociferaban —. Y, como tú eres nuevo y puedes llevar noticias nuestras al pueblo de la selva, para que en el futuro se fijen en nosotros, te contaremos lo increíbles que somos.

Mougli no puso objeciones, y cientos y cientos de monos se congregaron en la terraza para oír cómo sus narradores cantaban las alabanzas de los bandar-log, y cuando uno de ellos se detenía para tomar aire, los demás gritaban a coro:

—Es verdad. Todos lo decimos.

Mougli asentía, parpadeaba y respondía con un «sí» cada vez que le hacían una pregunta, y la cabeza le daba vueltas con tanto ruido. «Seguro que Tabaqui, el chacal, los ha mordido, y se han vuelto locos —pensó—. Está claro que tienen la rabia. ¿Es que nunca duermen? Una nube se acerca a ocultar la luna. Si fuera una nube grande intentaría escapar en la oscuridad. Pero estoy cansado».

Dos amigos estaban viendo la misma nube desde el foso, a los pies de las murallas de la ciudad en ruinas. Y es que Baguira y Ka sabían lo peligrosos que eran los monos en grandes grupos y no querían correr ningún riesgo. Los monos no se pelean con otros animales si no son cien contra uno, y ese es un número que a nadie gusta en la selva.

—Yo iré a la muralla de poniente —susurró Ka— y bajaré deprisa, con la pendiente a mi favor. No creo que vayan a atacarme por centenares, pero…

—Ya lo sé —asintió Baguira—. Ojalá Balú estuviera aquí; pero tendremos que hacer lo que podamos. Cuando esa nube oculte la luna, iré a la terraza. Están celebrando una especie de consejo, por el niño.

—Buena caza —dijo Ka en tono grave. Y se fue reptando hacia la muralla oeste. Resultó que aquella parte de la muralla era la que mejor se conservaba, y la serpiente tardó un buen rato en encontrar un hueco entre las piedras. La nube veló la luna, y cuando Mougli empezó a pensar qué pasaría a continuación, oyó los leves pasos de Baguira en la terraza. La pantera había subido la cuesta, veloz y sin hacer el menor

ruido, y se abría camino dando zarpazos —sabía que no debía perder el tiempo con mordiscos— a diestra y siniestra entre los monos sentados alrededor de Mougli, que formaban un círculo de cincuenta o sesenta filas. Se oyó un aullido de ira y de terror y después, mientras Baguira pisoteaba los cuerpos que rodaban por el suelo lanzando las patas al aire, un mono gritó: «¡Es solo una! ¡Matadla! ¡Matadla!». Una masa de monos rodeó a Baguira, mordiendo, arañando y clavando las uñas, mientras cinco o seis atrapaban a Mougli, se lo llevaban a rastras por las paredes de la casa de verano y lo empujaban por el agujero de la cúpula rota. Un niño criado entre seres humanos habría quedado malherido, pues había un salto de casi cinco metros, pero Mougli cayó como le había enseñado Balú, y aterrizó de pie.

—Quédate ahí —le ordenaron los monos— hasta que hayamos matado a tus amigos. Después jugaremos contigo. Si el pueblo venenoso te deja con vida.

—Somos de la misma sangre, tú y yo —se apresuró a decir Mougli, llamando a la serpiente. Oía crujidos y silbidos entre la maleza, por todas partes, y repitió su llamada por segunda vez para asegurarse.

—¡Así es! ¡Abajo las capuchas! —susurraron media docena de voces, porque todas las ruinas de la India se convierten tarde o temprano en morada de las serpientes, y la antigua casa de verano estaba plagada de cobras—. No te muevas, hermanito: podrías pisarnos.

Mougli se quedó lo más quieto que pudo, espiando por un hueco de la pared y atento al barullo del fiero combate que se libraba alrededor de la pantera negra: los gritos y el parloteo; las escaramuzas, y la tos grave y ronca de Baguira al rebelarse, retorcerse y sumergirse entre los enemigos amontonados. Por primera vez desde que nació, Baguira estaba luchando por su vida.

«¡Balú tiene que estar cerca! ¡Baguira nunca vendría sola!», pensó Mougli, y en voz alta dijo:

—¡Al estanque, Baguira! Ve rodando hasta el estanque. ¡Rueda y zambúllete! ¡Ve al agua!

Baguira oyó el grito de Mougli, y saber que estaba sano y salvo le dio nuevas fuerzas. Se abrió camino con desesperación, centímetro a centímetro, derecha al estanque, asestando zarpazos en silencio. Entonces, desde la muralla en ruinas más próxima a la selva resonó como un trueno el grito de guerra de Balú. El viejo oso no había podido llegar antes, a pesar de que se había esforzado al máximo.

—¡Baguira! —gritó—. Estoy aquí. ¡Ya subo! ¡Voy enseguida! ¡Groarrr! ¡Las piedras resbalan! ¡Ya veréis cuando llegue, infames bandar-log!

Apareció, jadeando, en la terraza y quedó sumergido hasta la cabeza bajo una ola de monos, pero se apoyó con fuerza en los flancos traseros y, extendiendo las manos, agarró a todos los que pudo y la emprendió con ellos a golpes rítmicos, plas, plas, plas, como el chapoteo de una rueda hidráulica. Un estrépito y un chapuzón indicaron a Mougli que Baguira había conseguido llegar al estanque, donde los monos no podían seguirla. La pantera se tendió en el agua, respirando con dificultad y

asomando solo la cabeza, mientras los monos ocupaban los escalones rojos en filas de tres en fondo, bailoteando de rabia y dispuestos a abalanzarse sobre ella desde todos los rincones si salía del estanque para ayudar a Balú. Fue entonces cuando Baguira levantó la barbilla chorreante y, desesperada, lanzó la llamada de auxilio a la serpiente: «Somos de una misma sangre, tú y yo»; pues creía que Ka se había retirado en el último momento. Ni siquiera Balú, que estaba medio asfixiado por los monos en el borde de la terraza, pudo aguantarse las ganas de reír entre dientes al oír a la pantera negra pidiendo ayuda.

Justo en ese instante Ka alcanzó la cima de la muralla de poniente y, al aterrizar de golpe, desplazó una piedra y la lanzó al foso. No estaba dispuesta a perder ventaja sobre el terreno, y así, se enroscó y desenroscó un par de veces para asegurarse de que cada metro de su largo cuerpo funcionaba como es debido. Mientras tanto Balú seguía combatiendo con los monos, y estos aullando alrededor del estanque, y Mang, el murciélago, revoloteando de un lado a otro, llevaba la noticia de la gran batalla por toda la selva, hasta que incluso Hati, el elefante, lanzó su bramido y, muy lejos del lugar del combate, las bandas de monos desperdigadas por la jungla despertaron y emprendieron la carrera por los caminos arbóreos para ayudar a sus compañeros en las Guaridas Frías, despertando con el ruido a todas las aves diurnas a muchos kilómetros a la redonda. Ka avanzó entonces derecha, veloz y ávida de matar. La capacidad ofensiva de una pitón está en el golpe que propina con la cabeza, gracias a la fuerza y el peso de su cuerpo. Imaginad una lanza, un ariete o un martillo de quinientos kilos, manejado por una mente fría y tranquila, y podréis haceros una idea aproximada de cómo era Ka cuando peleaba. Una pitón de metro y medio de largo puede derribar a un hombre de un golpe en el pecho, y Ka, como ya sabéis, medía diez metros. En silencio, sin abrir la boca, lanzó su primer ataque al centro de la multitud que rodeada a Balú, y no hizo falta más, porque los monos se dispersaron al grito de: «¡Ka! ¡Es Ka! ¡Corred! ¡Corred!».

Generaciones de monos habían crecido asustados por las historias de Ka que les contaban los mayores para que se portasen bien: de la ladrona de la noche que se deslizaba entre las ramas, silenciosa como el musgo, y se llevaba incluso a los monos más fuertes que habían vivido nunca; de la vieja Ka, que podía confundirse con una rama muerta o un trozo de madera podrida y engañar incluso a los más listos, hasta que la rama los cazaba. Ka era el ser más temido por los monos, pues nadie conocía los límites de su poder, nadie podía mirarla a los ojos y nadie había salido jamás con vida de su abrazo. Y así, aterrorizados, balbuceando, huyeron a las murallas y los tejados de las casas, y a Balú se le escapó un hondo suspiro de alivio. Aunque tenía la piel mucho más gruesa que Baguira, había sufrido lo suyo en la pelea. Ka abrió entonces la boca por primera vez para pronunciar una larga y silbante advertencia, y los monos de otros lugares que habían salido corriendo en defensa de las Guaridas Frías se pararon en seco, acobardados, hasta que las ramas no soportaron el peso y se partieron. Los que ocupaban las murallas y las casas abandonadas dejaron de gritar, y

en el silencio que cayó sobre la ciudad, Mougli oyó a Baguira sacudiéndose los flancos al salir del estanque. Y otra vez estalló el clamor. Los monos saltaban a las zonas más altas de las murallas, se aferraban al cuello de los grandes ídolos de piedra, se desgañitaban y corrían por las almenas, mientras Mougli, bailando en la casa de verano, se asomaba entre la celosía y ululaba como una lechuza para demostrar su burla y su desprecio.

—Sacad al cachorro humano de la trampa. Yo ya no puedo más —dijo Baguira entre jadeos—. Cogedlo y vayámonos de aquí. Pueden volver a atacarnos.

—No se moverán hasta que yo se lo ordene. ¡Quietos todos! —silbó Ka, y una vez más la ciudad quedó en silencio—. No he podido llegar antes, hermana, pero me pareció oír tu llamada de auxilio —le dijo a Baguira.

—Bueno… puede que haya gritado en el combate —contestó la pantera—. ¿Estás herido, Balú?

—No sé yo si no me han descuartizado en cien partes —dijo el oso, sacudiendo, muy serio, una pata tras otra—. ¡Ay! Me duele. Ka, creo que te debemos la vida Baguira y yo.

—No tiene importancia. ¿Dónde está el niño?

—Aquí, en una trampa. No puedo salir —gritó Mougli. Tenía encima de la cabeza la curva de la cúpula rota.

—Sacadlo de aquí. Baila igual que Mor, el pavo real. Va a aplastar a nuestra camada —protestaron las cobras.

—¡Ja! —se rio Ka—. Tiene amigos en todas partes, este cachorro humano. Atrás, niño. Y vosotras, serpientes venenosas, escondeos. Voy a romper la pared.

Ka buscó atentamente hasta encontrar una grieta en la celosía de mármol, que indicaba la existencia de un punto débil. Dio dos o tres golpecitos con la cabeza, para calcular la distancia, y entonces, levantando limpiamente dos metros de su cuerpo del suelo, lanzó media docena de cabezazos demoledores con todas sus fuerzas. La celosía se rompió y se derrumbó entre una nube de polvo y escombros. Mougli salió del agujero y se lanzó entre Balú y Baguira, cogiéndose del cuello de cada uno con un brazo.

—¿Estás herido? —preguntó Balú, abrazándolo con cariño.

—Estoy dolorido y tengo hambre, pero ni un rasguño. ¡A vosotros os han dado una buena paliza, hermanos! Estáis sangrando.

—No somos los únicos —contestó Baguira, relamiéndose al echar un vistazo a los monos muertos en la terraza y a orillas del estanque.

—Eso da igual, da igual si tú estás a salvo. ¡Ay, mi orgullo de todos los renacuajos! —gimoteó Balú.

—De eso ya hablaremos más tarde —dijo Baguira, en un tono seco que a Mougli no le gustó nada—. Aquí está Ka. Gracias a ella hemos podido luchar, y tú le debes la vida. Dale las gracias según nuestras costumbres, Mougli.

Mougli dio media vuelta y vio la cabeza de la pitón, balanceándose medio metro

por encima de la suya.

—Así que este es el hombrecito —dijo Ka—. Tiene la piel muy suave, y no es muy distinto de los bandar-log. Ten, cuidado, hombrecito, no vaya a confundirte con un mono al caer la noche, cuando acabe de mudar de piel.

—Somos de una misma sangre, tú y yo —respondió Mougli—. Hoy me has salvado la vida. Mis presas serán tus presas siempre que tengas hambre, Ka.

—Muchas gracias, hermanito —dijo Ka, pero le brillaban los ojos—. Y ¿qué presa puede atrapar un cazador tan valiente? Lo pregunto para seguirlo la próxima vez que salga de su territorio.

—Yo no mato nada, porque soy demasiado pequeño, pero puedo conducir a las cabras hasta donde están otros, para que las cacen. Cuando tengas el estómago vacío, ven a verme y verás como digo la verdad. Soy hábil con las manos —dijo, extendiéndolas— y, si alguna vez caes en una trampa, puedo pagar la deuda que tengo contigo, con Baguira y con Balú. Buena caza a todos, maestros.

—Bien dicho —rugió Balú, viendo lo bien que daba las gracias Mougli. La pitón apoyó la cabeza con cuidado unos momentos en el hombro del niño.

—Tienes un corazón valiente y eres cortés —dijo—. Con eso llegarás lejos en la selva, hombrecito. Y ahora, ve deprisa con tus amigos. Ve y duerme, que ya va a ponerse la luna, y no está bien que veas lo que pasará entonces.

La luna empezaba a hundirse por detrás de las montañas, y los monos temblorosos, agazapados en fila en las murallas y las almenas, parecían jirones y flecos de telas rotas. Balú bajó al estanque a beber y Baguira se adecentó el pelaje mientras Ka se deslizaba por el centro de la terraza, cerrando las mandíbulas con un sonoro chasquido que atrajo todas las miradas de los monos.

—Ya se pone la luna —dijo—. ¿Hay todavía luz suficiente para ver?

En las murallas se oyó un gemido, como el del viento en las copas de los árboles.

—Sí, vemos, oh, Ka.

—Bien. Pues ahora empieza el baile. El baile del hambre de Ka. Sentaos y observad. —Dio dos o tres vueltas, trazando un amplio círculo y moviendo la cabeza a derecha e izquierda. A continuación empezó a hacer tirabuzones y ochos con el cuerpo, y triángulos que se transformaban en cuadrados y en figuras de cinco lados, y en círculos superpuestos, sin descansar nunca, sin apresurarse, sin dejar de tararear su melodía. La noche se volvió más y más oscura, hasta que las cambiantes espirales desaparecieron, aunque seguía oyéndose el susurro de las escamas.

Balú y Baguira estaban como paralizados, con un rugido ahogado en la garganta y el pelo erizado en el pescuezo. Mougli los miraba lleno de asombro.

—Bandar-log —dijo al fin la voz de Ka—, ¿podéis mover una mano o un pie sin que yo lo ordene? ¡Contestad!

—Sin una orden tuya no podemos mover una mano o un pie, ¡oh, Ka!

—Bien. Ahora, dad un paso hacia mí.

Los monos avanzaron sin poder evitarlo, y también Balú y Baguira dieron un

paso al frente, rígidos.

—¡Más cerca! —siseó Ka. Y otra vez se movieron todos.

Mougli sujetó a Balú y a Baguira para llevárselos de allí, y los dos se sobresaltaron, como si despertaran de un sueño.

—No quites la mano de mi hombro —le susurró Baguira—. No la quites de ahí o tendré que volver con Ka. ¡Ay!

—No es más que Ka, haciendo círculos en el polvo —dijo Mougli—. Vamos. —Y se escabulleron los tres por un boquete de la muralla.

—¡Buf! —resopló Balú, al verse de nuevo bajo los árboles en calma—. Nunca más volveré a aliarme con Ka. —Y se estremeció de la cabeza a los pies.

—Es más lista que nosotros —asintió Baguira, temblando—. Si me hubiera quedado un rato más, habría terminado dentro de su boca.

—Muchos habrán seguido ese camino antes de que vuelva a salir la luna —dijo Balú—. Tendrá una buena caza, a su estilo.

—Pero ¿qué significa todo eso? —preguntó Mougli, que nada sabía del poder de fascinación de una pitón—. Yo solo he visto a una serpiente haciendo círculos hasta que todo quedaba a oscuras. Y tenía la nariz llena de heridas. ¡Je, je!

—Mougli —contestó Baguira, enfadada—, tenía heridas en la nariz por ti, igual que yo las tengo en las orejas y en los flancos y en las zarpas. Igual que Balú tiene mordiscos en el cuello y los hombros por ti. Ni Balú ni yo podremos disfrutar con la caza hasta que hayan pasado muchos días.

—Eso da igual —dijo Balú—. Hemos salvado al cachorro humano.

—Cierto, pero nos ha costado mucho tiempo que podríamos haber dedicado a una buena caza, y nos ha costado también heridas, y pelo… Tengo el lomo casi despellejado… Y también nos ha costado honor. Porque recuerda una cosa Mougli: yo, que soy la pantera negra, me he visto obligada a pedir ayuda a Ka; y Balú y yo nos hemos portado como un par de pajarillos idiotas al presenciar la danza del hambre. Y todo esto, hermanito, por tus juegos con los bandar-log.

—Es verdad. Es verdad —dijo Mougli con pesar—. Soy un cachorro humano malo, y mi estómago está triste.

—¿Qué dice la Ley de la Selva, Balú?

Balú no quería que Mougli se metiera en más líos, pero tampoco podía cambiar la Ley, así que murmuró:

—La tristeza no suspende el castigo. Pero ten en cuenta, Baguira, que es muy pequeño.

—Lo tendré en cuenta, pero ha hecho una travesura y merece un castigo. ¿Tienes algo que decir, Mougli?

—Nada. Me he portado mal. Balú y tú estáis heridos. Es justo.

Baguira le dio media docena de zarpacitos cariñosos (que ni siquiera habrían despertado a un cachorro de pantera), aunque para un niño de siete años eran una tunda que a nadie le gustaría recibir. Cuando la pantera hubo terminado, Mougli

estornudó y se irguió sin decir palabra.

—Y ahora —dijo Baguira— sube a mi lomo, hermanito, y volvamos a casa.

Una de las cosas buenas de la Ley de la Selva es que con el castigo se saldan todas las cuentas. Después nadie vuelve a meterse con nadie.

Mougli apoyó la cabeza en el lomo de Baguira y cayó en un sueño tan profundo que ni siquiera se despertó cuando lo dejaron en su cubil.

CANCIÓN DE VIAJE DE LOS BANDAR-LOG

Allá vamos como alegres guirnaldas,
vigilados de cerca por la luna celosa.
¿No envidias nuestra orquesta de cabriolas?
¿No querrías tener unas manos de sobra?
Y ¿como esta, una elegante cola,
curvada como el arco de Cupido?
Ahora estás enfadado, pero… ¡eso qué más da!
Hermano, ¡tienes cola y te cuelga por detrás!

Sentados en la copa de los árboles,
pensamos en las cosas bonitas que sabemos,
soñamos las hazañas que nos proponemos,
aunque en menos de un minuto
ya no nos acordaremos
de esas cosas tan nobles y tan sabias,
de esas cosas tan buenas y tan deseadas.
Nos habremos olvidado, pero… ¡eso qué más da!
Hermano, ¡tienes cola y te cuelga por detrás!

Todas las paparruchas que hemos oído
de boca del murciélago, de la bestia o la alondra
de animales de pelo, de escamas o de plumas,
¡nosotros repetimos como una jerigonza!
¡Fabuloso! ¡Excelente! ¡Colosal!, exclamamos.
¡Eso sí que es hablar como los hombres!
Finjamos que lo somos, pero… ¡eso qué más da!
Hermano, ¡tienes cola y te cuelga por detrás!
Así son los monos y así siempre serán.

Únete a nuestras filas y ven de rama en rama,
cual bólido que surca el cielo en las alturas,
en busca de las uvas silvestres,
siguiendo atentamente el rastro de basura,
y déjate guiar por lo que alborotamos.
¡Ya verás, ya verás lo bien que lo pasamos!

¡Tigre, tigre!

¿Qué hay de la caza, valiente cazador?
Hermano, la guardia ha sido larga y fría.
¿Qué hay de la presa que ibas a matar?
Hermano, por la selva deambula todavía.
¿Qué ha sido del poder que te volvió orgulloso?
Hermano, se ha marchado, a toda prisa.
¿Qué ha sido de la prisa que tenías?
Hermano, a morir voy en mi guarida.

Tan pronto como Mougli salió de la cueva de los lobos, después de pelearse con la manada en la Roca del Consejo, bajó a los campos de cultivo, donde vivían los aldeanos, pero no se detuvo allí, porque estaba demasiado cerca de la selva y era consciente de que se había ganado como mínimo un enemigo peligroso en el Consejo. Así que apretó el paso, sin apartarse del camino pedregoso que atravesaba el valle, y lo siguió a un trote regular a lo largo de unos quince kilómetros, hasta que llegó a una explanada que no conocía. El valle se abría en una amplia llanura salpicada de rocas y cortada por barrancos. En un extremo se veía un pueblecito, y en el otro, la densa selva caía barriendo el terreno hasta los pastos, donde se detenía como si la hubiesen cortado con un azadón. Por toda la llanura pacían el ganado y los búfalos, y cuando, al ver a Mougli, los niños que guardaban los rebaños gritaron y echaron a correr, los perros sin dueño que merodeaban por todas las aldeas de la India rompieron a ladrar. Mougli siguió adelante, porque tenía hambre, y llegando a las puertas de la aldea vio que el gran matorral de espino con que se protegía la entrada al caer la tarde estaba doblado.

—¡Uy! —dijo, pues más de una vez, en sus correrías nocturnas en busca de comida, se había topado con una de estas barreras—. También aquí los hombres tienen miedo del pueblo de la selva. —Se sentó al lado de la puerta hasta que salió un hombre. Entonces abrió la boca y señaló con un dedo para indicar que quería comer. El hombre lo miró y subió a todo correr por la única calle de la aldea, llamando a voces al sacerdote, que era un hombre grande y gordo, vestido de blanco, con una marca roja y amarilla en la frente. El sacerdote se acercó a la puerta, seguido al menos por cien vecinos que miraban, gritaban y señalaban a Mougli—. No tienen modales, estos humanos —dijo Mougli para sus adentros—. Solo los monos grises se portarían como ellos. —Y a continuación se apartó el pelo largo de la cara y miró a la multitud con el ceño fruncido.

—¿De qué os asustáis? Mirad esas marcas que tiene en los brazos y las piernas. Son mordiscos de lobo. Es un niño criado entre lobos que ha huido de la selva.

Naturalmente, cuando jugaban, los cachorros habían mordido a Mougli muchas veces con más fuerza de lo que querían, por eso tenía las piernas y los brazos llenos de cicatrices blancas. A él, por nada del mundo se le habría ocurrido decir que eran mordiscos, pues sabía muy bien lo que era morder de verdad.

—¡Ay, ay! —exclamaron a coro dos o tres mujeres—. Lo han mordido los lobos, ¡pobrecito! Es un niño muy guapo. Tiene los ojos brillantes como ascuas. Te digo yo, Mesua, que se parece a tu niño, el que se llevó el tigre.

—Dejadme que lo vea —dijo una mujer que llevaba en las muñecas y los tobillos grandes aros de cobre, sosteniendo la barbilla de Mougli con la palma de la mano—. No es él. Este es más delgado, aunque tiene los mismos ojos que mi hijo.

El sacerdote era un hombre listo y sabía que Mesua estaba casada con el hombre más rico de la aldea; así, levantó los ojos al cielo unos momentos y habló a continuación en tono solemne:

—Lo que la selva te quitó la selva te ha devuelto. Llévate al niño a casa, hermana, y no olvides honrar al sacerdote que sabe ahondar en las vidas de los hombres.

«¡Por el toro que me compró! —se dijo Mougli—. ¡Me están mirando de arriba abajo, lo mismo que la manada! Bueno, pues, si soy un hombre, tendré que serlo».

La multitud se dispersó cuando Mesua, con un gesto, indicó a Mougli que la siguiera a su cabaña, donde había una cama lacada en rojo, un gran arcón de barro, decorado con bonitos dibujos, media docena de cazuelas de cobre, una imagen de una deidad hindú, en un nicho, y un espejo de verdad en la pared, de esos que venden por ocho céntimos en las ferias de los pueblos.

Mesua dio a Mougli un buen vaso de leche y un poco de pan, y después le puso una mano en la cabeza y le miró a los ojos muy atentamente, quizá pensando que podía ser su hijo, a quien el tigre se había llevado a la selva.

—¡Natu, ay Natu! —le dijo. Pero Mougli no dio muestras de reconocer este nombre—. ¿No te acuerdas del día en que te regalé unos zapatos nuevos? —Le tocó los pies, con las plantas duras como un cuerno—. No —prosiguió con pena—, estos pies nunca han calzado unos zapatos. Pero te pareces mucho a mi Natu, y serás mi hijo.

Mougli se sentía incómodo, porque nunca había estado bajo un techo, pero vio que era de paja y que podía romperlo si quería marcharse, y que la ventana no tenía cerrojo.

«¿De qué sirve un hombre —pensó— que no entiende el idioma de los hombres? No puedo hablar y parezco tan bobo como un hombre entre nosotros, en la selva. Tengo que aprender su idioma».

No en vano, viviendo con los lobos había aprendido a imitar la llamada desafiante de los ciervos y el gruñido de los jabatos. Y así, cada vez que Mesua pronunciaba una palabra, Mougli la repetía casi a la perfección, y antes de que cayera la noche ya sabía nombrar muchas de las cosas que había en la cabaña.

Hubo algún contratiempo cuando llegó la hora de acostarse, porque Mougli no

quería dormir encerrado en una cosa tan parecida a una trampa para panteras como era la cabaña, y así, cuando cerraron la puerta, él salió por la ventana.

—Deja que lo haga como prefiera —dijo el marido de Mesua—. Ten en cuenta que nunca ha dormido en una cama. Si de verdad es nuestro hijo no se marchará.

Y Mougli se acostó en unas hierbas limpias, a la orilla de los campos, pero antes de que hubiera cerrado los ojos, un hocico suave y gris vino a darle un golpecito en la barbilla.

—¡Puaj! —dijo Hermano Gris, el mayor de los lobatos de Madre Loba—. ¿Así me recompensas, después de que he recorrido treinta y cinco kilómetros? Hueles a humo de leña y a ganado, igual que un hombre. Despierta, hermanito, traigo noticias.

—¿Están todos bien en la selva? —preguntó Mougli, abrazando al lobo.

—Todos menos los lobos que se quemaron con la flor roja. Ahora, escúchame. Shir Jan se ha marchado a cazar lejos de nuestro territorio hasta que vuelva a crecerle el pelaje, porque se ha chamuscado de lo lindo. Pero ha jurado que cuando vuelva tirará tus huesos al Waingunga.

—Te responderé con pocas palabras. Yo también he hecho una pequeña promesa. Pero siempre está bien recibir noticias. Esta noche estoy cansado, Hermano Gris, muy cansado, con tantas cosas nuevas, pero ven siempre a traerme noticias.

—¿No te olvidarás de que eres un lobo? ¿No te harán olvidarlo los hombres? —preguntó Hermano Gris con preocupación.

—Nunca. Siempre recordaré cuánto os quiero, a ti y a todos los de nuestro cubil, pero también recordaré que me han expulsado de la manada.

—También pueden expulsarte de esta otra manada. Los hombres no son más que hombres, hermanito, y hablan como las ranas en las charcas. Cuando baje a la aldea, te esperaré entre los bambúes, a orilla de los pastos.

En los tres meses que siguieron a esta noche, Mougli apenas cruzó las puertas de la aldea, de tan ocupado como estaba en aprender las costumbres de los hombres. Primero tuvo que envolverse con telas, y le fastidiaba una barbaridad. Después tuvo que aprender lo que era el dinero, y no entendía nada de nada; y después a arar la tierra, a lo que no le veía ningún sentido. Además, los niños de la aldea lo sacaban de quicio. Por fortuna, la Ley de la Selva le había enseñado a no perder la calma, porque en la selva la vida y el alimento dependen de eso. Pero cuando se reían de él, porque no sabía jugar a las mismas cosas que ellos o volar una cometa, o porque pronunciaba mal alguna palabra, tenía que aguantarse las ganas de cogerlos y partirlos en pedazos, pues sabía que era poco deportivo matar cachorros humanos. No era en absoluto consciente de su propia fuerza. En la selva sabía que era débil, en comparación con los animales, pero en la aldea la gente decía que era fuerte como un toro. Lo cierto es que no conocía el miedo y, cuando el sacerdote le dijo que el dios del templo se enfadaría con él si se comía los mangos que no eran suyos, Mougli cogió la estatuilla, la llevó a casa del sacerdote y le pidió que enfadara al dios, para poder enfrentarse con él. Se organizó un escándalo tremendo, pero el sacerdote tranquilizó a todo el

mundo, y el marido de Mesua pagó una buena suma en monedas de plata para resarcir al dios. Tampoco tenía Mougli la menor idea de las diferencias que separan a los hombres según la casta a la que pertenecen. Cuando el asno del alfarero resbaló en la cantera de arcilla, Mougli lo sacó de allí, tirándole de la cola, y ayudó a su dueño a colocar las vasijas para llevarlas al mercado de Janhiwara. Esto también llamó mucho la atención, porque el alfarero es un hombre de baja casta, y su asno es todavía peor. Cuando el sacerdote le riñó, Mougli lo amenazó con cargarlo en el burro también a él, y el buen hombre aconsejó al marido de Mesua que Mougli empezase a trabajar lo antes posible. El jefe de la aldea dispuso que saliera al día siguiente con los búfalos y guardara al rebaño en los pastos. A Mougli le encantó la tarea y, esa noche, como lo habían nombrado servidor de la aldea, por así decir, se acercó a un grupo de vecinos que se congregaba a diario en una plataforma de ladrillo, debajo de una higuera. Allí se reunían a fumar los miembros del club de la aldea: el jefe, el vigilante y el barbero, que estaban al corriente de todas las habladurías, y el anciano Buldeo, el cazador, que tenía un antiguo mosquete del ejército. Los monos parloteaban en las ramas más altas, y debajo de la plataforma había un agujero en el que vivía una cobra a la que todas las noches daban un platillo de leche, porque era una serpiente sagrada. Los ancianos se sentaban a charlar alrededor del árbol con sus *huqas*, sus pipas de agua, hasta bien entrada la noche. Contaban historias fabulosas, de dioses y hombres y fantasmas, y aún más fantásticas eran las que contaba Buldeo de los animales de la selva; tanto que a los niños, sentados fuera del círculo, se les salían los ojos de las cuencas. La mayoría de estas historias hablaban de animales, porque la selva llegaba hasta las puertas de la aldea. El ciervo y el jabalí se comían sus cultivos, y, de vez en cuando, el tigre se llevaba a un hombre al caer la tarde.

Mougli, que como es natural entendía algo de lo que allí se contaba, tenía que taparse la cara para que no viesen cómo se reía cuando Buldeo, con el mosquete en las rodillas, saltaba de una historia a otra aún más fantástica.

Buldeo estaba contando que el tigre que se llevó al hijo de Mesua era el espíritu de un avaro prestamista muerto hacía unos años.

—Y sé que es verdad —dijo—. Porque Purun Das se quedó cojo, a raíz del golpe que recibió en la pelea cuando se quemaron sus libros de cuentas, y el tigre del que hablo también cojea, porque las huellas que deja son desiguales.

—Cierto, cierto, seguro que es cierto —asintieron a coro los ancianos de barba gris.

—Eso son tonterías —dijo Mougli—. El tigre cojea porque nació cojo, como todo el mundo sabe. Y decir que el espíritu de un prestamista se ha encarnado en una bestia que nunca ha tenido el valor de un chacal es una bobada.

Buldeo se quedó mudo del asombro unos momentos, y el jefe de la aldea boquiabierto.

—¡Ja! ¿Ese ha sido el mocoso de la selva? —preguntó Buldeo—. Si eres tan listo,

a ver si llevas la piel del tigre a Janhiwara, porque el gobierno ha ofrecido cien rupias por ese animal. Y mejor todavía será que estés callado cuando hablen los mayores.

Mougli se levantó para marcharse.

—Llevo toda la tarde escuchando —dijo, por encima del hombro—, y aparte de una o dos cosas Buldeo no ha dicho ni una sola verdad sobre la selva, y eso que la tiene ahí al lado. ¿Cómo voy a creerme esas historias de espíritus y de dioses y de duendes a los que dice que ha visto?

—Ya es hora de que ese niño se vaya con el rebaño —dijo el jefe, mientras Buldeo resoplaba por la impertinencia de Mougli.

En la mayor parte de las aldeas de la India, es costumbre que unos cuantos niños lleven el ganado y los búfalos a los pastos a primera hora de la mañana y regresen por la noche; y el mismo ganado que podría pisotear a un hombre hasta matarlo, se deja golpear y mandar y gritar por niños que apenas le llegan a la altura del hocico. Mientras no se separen del rebaño los niños están a salvo, pues ni siquiera un tigre se atreve a atacar al ganado en grupo. Pero, si se alejan a coger flores o a cazar lagartijas, a veces el tigre se los lleva. Mougli recorrió las calles de la aldea al amanecer a lomos de Rama, el jefe del rebaño, y los búfalos de pelaje azulado como la pizarra, con sus cuernos largos y torcidos hacia atrás y sus ojos fieros, fueron saliendo de sus establos, uno a uno, para seguirlo. De este modo, Mougli dejó muy claro a todos los demás niños quién era el jefe. Azotó a los animales con una vara de bambú pulida, y ordenó a Kamya, uno de los niños, que vigilara al ganado mientras él se alejaba un poco más con los búfalos, y que no se separara del rebaño.

Los pastos indios están llenos de rocas, matorrales, penachos de hierba y pequeños barrancos por los que la manada se dispersa y se pierde. Los búfalos generalmente se quedan en las charcas y en las tierras enfangadas, y allí pasan las horas revolcándose y retozando en el lodo tibio. Mougli los llevó hasta el final de la llanura, donde el Waingunga salía de la selva. Una vez allí, bajó de un salto del lomo de Rama, fue trotando hasta unas matas de bambú y se encontró con Hermano Gris.

—Ah —dijo el lobo—. Llevo muchos días esperándote. ¿Qué es esto de pastorear al ganado?

—Es una orden —explicó Mougli—. Ahora soy el pastor de la aldea. ¿Hay noticias de Shir Jan?

—Ha vuelto al territorio y te ha estado esperando mucho tiempo. Se ha marchado otra vez, porque la caza escasea. Pero sigue con la intención de matarte.

—Muy bien —contestó Mougli—. Mientras siga fuera, tú o cualquiera de los cuatro hermanos sentaos en esa roca, para que yo pueda veros al salir de la aldea. Cuando vuelva Shir Jan, esperadme en el barranco, al lado del árbol del *dhak* que hay en el centro de la llanura. Tampoco hace falta que vayamos a meternos en la boca del tigre.

Mougli escogió entonces un sitio a la sombra y se echó a dormir mientras los búfalos pacían en los alrededores. Ser pastor en la India es uno de los oficios más

perezosos del mundo. El ganado deambula, rumia, luego se tumba y vuelve a deambular, y ni siquiera muge. Únicamente gruñe, pero los búfalos casi nunca dicen nada. Se meten en las charcas, por turnos, y se hunden en el fango hasta que solo el hocico y los ojos azules como la porcelana asoman por encima del agua. Y allí se quedan flotando como troncos. El sol hace bailar las rocas con el calor, y los niños pastores oyen el canto de un milano real (nunca más de uno) casi invisible en el cielo, y saben que, si murieran, o si muriera una res, el ave descendería en picado, y el siguiente buitre que se encontrara a unos pocos kilómetros a la redonda lo vería caer y lo seguiría, y lo mismo haría el siguiente, y el siguiente; y así, casi antes de que hubieran muerto, una veintena de buitres se habría congregado como por arte de magia. Los pastores se duermen, se despiertan y vuelven a dormirse; tejen cestitos con hierba seca para guardar en ellos saltamontes; o cazan un par de mantis religiosas y las ponen a pelear; o tejen un collar de bayas negras y rojas; o contemplan a un lagarto que retoza en una roca o a una culebra que caza una rana cerca de los revolcaderos. Después cantan larguísimas canciones que rematan con extraños trinos, y el día parece más largo que la vida de la mayoría de la gente, y a veces construyen un castillo de barro y lo animan con estatuillas de hombres, caballos y búfalos; y a los hombres les ponen juncos en las manos, para hacer que son reyes y que las estatuillas son sus ejércitos, o que son dioses a los que venerar. Por fin cae la tarde y llaman a los búfalos, que salen con torpeza del fango pegajoso, haciendo un ruido como el de una salva de disparos, y uno tras otro cruzan la llanura gris para regresar a la aldea donde ya parpadean las luces.

Día tras día llevaba Mougli a los búfalos a sus revolcaderos, y día tras día veía el lomo de Hermano Gris, a unos kilómetros de la llanura (por eso sabía que Shir Jan no había regresado), y día tras día se tendía en la hierba y escuchaba los ruidos de cuanto lo rodeaba, soñando con los días vividos en la selva. Si el tigre hubiese dado un paso en falso con su pata coja en la espesura, cerca del Waingunga, Mougli lo habría oído en estas largas y tranquilas mañanas.

Por fin llegó el día en que no vio a Hermano Gris en el lugar acordado y, riéndose, Mougli fue con los búfalos hasta el barranco donde crecía el árbol del *dhak*, todo cubierto de flores doradas y rojas. Allí estaba Hermano Gris, con el lomo erizado.

—Ha pasado un mes escondido, para pillarte por sorpresa. Cruzó los límites anoche, con Tabaqui, y fue corriendo a seguir tu rastro —anunció el lobo, jadeando.

Mougli frunció el ceño.

—No tengo miedo de Shir Jan, pero Tabaqui es muy ladino.

—Por eso no temas —contestó Hermano Gris, relamiéndose un poco—. Me encontré con Tabaqui al amanecer. Ahora está contando a los milanos todo lo que sabe, pero a mí ya me lo contó antes de que le rompiera el lomo. El plan de Shir Jan es esperarte a las puertas de la aldea esta tarde: a ti y solo a ti. Ahora está dormido en el barranco seco del Waingunga.

—¿Ha comido ya, o piensa ir de caza con el estómago vacío? —preguntó Mougli, porque la respuesta significaba la vida o la muerte para él.

—Mató un jabalí de madrugada, y también ha bebido. Ya sabes que ese tigre es incapaz de ayunar, ni siquiera por venganza.

—¡Ah, qué tonto! ¡Qué tonto! ¡Qué novato! Ha comido y ha bebido, y ¿cree que voy a esperar hasta que se despierte? ¿Dónde se ha acostado? Si fuéramos al menos diez podríamos derrotarlo allí mismo. Estos búfalos no atacarán a menos que alguien les anime y yo no sé hablar su idioma. ¿Podemos seguirle el rastro para ver si los búfalos lo huelen?

—Se ha sumergido bien profundo en las aguas del Waingunga, para no dejar rastro —explicó Hermano Gris.

—Sí, ya lo sé. Eso se lo habrá aconsejado Tabaqui. A él solo nunca se le habría ocurrido. —Mougli se quedó pensativo, con un dedo metido en la boca—. El barranco del Waingunga se abre en la llanura a medio kilómetro de aquí. Puedo ir con el rebaño atravesando la selva hasta lo alto del barranco, y atacar desde ahí, pero se escaparía por el otro lado. Tenemos que bloquearle la salida. Hermano Gris, ¿puedes dividir en dos al rebaño?

—Yo no podría, pero he venido con un ayudante más hábil. —Hermano Gris se alejó trotando y se metió en un agujero. Al momento asomó una enorme cabeza gris que Mougli conocía muy bien, y el aire caliente se estremeció con el grito más desolado de toda la selva: el aullido de caza de un lobo en pleno día.

—¡Akela! ¡Akela! —gritó Mougli, aplaudiendo de contento—. Ya sabía yo que tú no me olvidarías. Tenemos una misión muy importante. Dividir en dos el rebaño. Reunir por un lado las vacas y las terneras, y por otro los toros y los búfalos.

Los dos lobos salieron corriendo en dirección contraria e irrumpieron en mitad del rebaño de búfalos, que resoplaron, levantaron la cabeza y se separaron en dos grupos. En uno estaban las hembras, con los terneros en el centro, vigilantes y arañando el suelo con las pezuñas, listas para atacar y aplastar a un lobo si se quedaba quieto. En el otro, bufaban y piafaban los toros y los búfalos, pero, a pesar de que imponían más, eran mucho menos peligrosos, porque no tenían terneros a los que proteger. Seis hombres no habrían sido capaces de dividir al rebaño tan limpiamente.

—¿Qué hacemos? —preguntó Akela, jadeando—. Están intentando reunirse de nuevo.

Mougli subió a lomos de Rama.

—Llévate a los machos a la izquierda, Akela —ordenó—. Tú, Hermano Gris, cuando se hayan ido, reúne a las vacas y sube con ellas desde el otro lado del barranco.

—¿Hasta dónde llego? —preguntó Hermano Gris, inquieto y jadeante.

—Hasta que la altura de las paredes no permita saltar a Shir Jan —dijo Mougli—. Esperad allí hasta que bajemos.

Los toros salieron en estampida a un aullido de Akela, y Hermano Gris se paró

delante de las vacas. Cuando estas se lanzaron contra él, el lobo echó a correr hacia los pies del barranco mientras Akela guiaba a los machos más a la izquierda.

—¡Muy bien! —dijo Mougli—. Otro empujón y ya estarán a punto. ¡Cuidado ahora, cuidado, Akela! Un poco más y pasarán al ataque. ¡Je, je! Esto es mucho más divertido que guiar a los ciervos negros. ¿Te imaginabas que estos animales pudieran correr tanto?

—Sí, en mis tiempos cacé algunos —jadeó Akela, envuelto en una nube de polvo —. ¿Quieres que los lleve a la selva?

—¡Sí! Ve. ¡Deprisa! Rama está rabioso. ¡Ojalá pudiera explicarle lo que necesito de él hoy!

El rebaño giró, esta vez a la derecha, arremetiendo contra los matorrales. Los demás niños pastores, que guardaban el ganado a kilómetro y medio, volvieron a la aldea lo más deprisa posible, anunciando a gritos que los búfalos se habían vuelto locos y se habían escapado. Pero Mougli tenía un plan muy sencillo. Se proponía formar un amplio círculo ladera arriba y llegar hasta la entrada del barranco, bajar con los machos desde allí y encerrar a Shir Jan entre estos y las hembras, pues sabía que, habiendo comido y bebido, el tigre no estaría en condiciones ni de pelear ni de trepar por las paredes del barranco. Habló a los búfalos, para apaciguarlos, mientras Akela, en la retaguardia, solo tuvo que dar un par de aullidos para incitar a los más rezagados. El círculo era muy amplio, pues Mougli no quería acercarse demasiado al barranco, para no alertar al tigre. Por fin consiguieron reunir al desconcertado rebaño en una explanada de hierba, al borde del despeñadero, desde donde se veían las copas de los árboles que crecían al fondo. Pero lo que interesaba a Mougli eran las paredes del barranco y, con gran satisfacción, comprobó que alcanzaban la misma altura casi en todas partes y estaban cubiertas de lianas y enredaderas que dificultarían el agarre al tigre cuando intentara salir.

—Deja que descansen un momento, Akela —dijo, levantando una mano—. Todavía no lo han cercado. Deja que descansen. Tengo que anunciar a Shir Jan quién ha venido. Ya lo tenemos en la trampa.

Haciendo bocina con las manos, Mougli gritó hacia el fondo del barranco —su voz sonó como si gritara dentro de un túnel—, y el eco saltó de roca en roca.

Al cabo de un buen rato se oyeron los ruidos lentos y adormilados de un tigre al que acaban de despertar y tiene la panza llena.

—¿Quién es? —preguntó Shir Jan, y un espléndido pavo real emergió del barranco entre graznidos.

—Yo, Mougli. Es hora de ir a la Roca del Consejo, ¡ladrón de vacas! Vamos, Akela, ¡baja con ellos! ¡Abajo, Rama, abajo!

El rebaño se detuvo un instante en el borde de la pendiente, pero Akela lanzó el aullido de la caza a pleno pulmón, y, uno tras otro, los búfalos se lanzaron como un barco de vapor por los rápidos de un río, levantando la tierra y las piedras a su paso. Una vez en marcha, no había manera de detenerlos y, antes de que hubiesen llegado

al lecho del barranco, Rama incitó a Shir Jan con un bramido.

—¡Ja! ¡Ja! —se rio Mougli, sentado a lomos del búfalo—. ¡Ahora te vas a enterar! —Y el torrente de cuernos negros, hocicos espumosos y ojos extraviados rodó barranco abajo como una avalancha de piedras en una inundación; los búfalos más débiles, empujados a los lados del despeñadero, se abrían paso entre las lianas. Sabían bien cuál era la tarea que tenían por delante: la tremenda embestida del rebaño que ningún tigre puede resistir. Shir Jan oyó el estruendo de las pezuñas, se levantó y echó a andar torpemente en dirección contraria, buscando con la mirada una salida, pero las paredes eran verticales y, con la panza llena de agua y comida, estaba dispuesto a lo que fuera antes que a pelear. Chapoteando, el rebaño cruzó la charca de la que acababa de salir el tigre, y sus bramidos resonaban en todo el estrecho desfiladero. Mougli oyó los mugidos que respondían desde el otro lado y vio que el tigre daba media vuelta, pues sabía que, si las cosas se ponían aún más feas, era preferible enfrentarse con los machos que con las hembras y sus crías. Rama tropezó y se tambaleó, pero no llegó a perder el equilibrio, y siguió adelante pisando algo blando, seguido muy de cerca por los demás búfalos, hasta chocar de frente contra el rebaño contrario. Los búfalos más débiles salieron disparados por los aires con la fuerza del impacto, y los dos rebaños fueron a parar a la llanura corneando, piafando y resoplando. Mougli esperó el momento oportuno para deslizarse desde el cuello de Rama y empezar a repartir golpes a diestra y siniestra con la vara que llevaba.

—¡Deprisa, Akela! Dispérsalos. Si no los separas se pelearán unos con otros. Llévatelos, Akela. ¡So, Rama! ¡So, so, so, amigos míos! ¡Despacio, despacio! Todo ha terminado.

Akela y Hermano Gris corrían de un lado a otro mordisqueando a los búfalos en las patas, y, aunque el rebaño llegó a dar la vuelta, dispuesto a embestir barranco arriba, Mougli consiguió contener a Rama para que dirigiera a los demás hacia los pantanos.

Shir Jan no necesitó que lo pisotearan más. Estaba muerto, y los milanos ya venían a comérselo.

—Hermanos, ha muerto como un perro —dijo Mougli, buscando a tientas el cuchillo que siempre llevaba colgado alrededor del cuello, desde que vivía con los hombres—. No ha sido capaz de presentar batalla. ¡Hurra! Su piel quedará de maravilla en la Roca del Consejo. Tenemos que trabajar deprisa.

Un niño que se hubiera criado entre los hombres nunca habría soñado con despellejar a un tigre de tres metros sin ayuda, pero Mougli sabía mejor que nadie cómo es el pellejo de un animal y sabía cómo arrancarlo. Aun así, era una tarea muy dura, y estuvo una hora gruñendo y dando cuchilladas y tirones, mientras los lobos lo observaban con la lengua fuera o se acercaban para tirar cuando él se lo ordenaba. De repente, una mano se posó en su hombro y, al levantar la cabeza, vio a Buldeo con su mosquete. Los niños habían avisado de la estampida de los búfalos en la aldea, y el cazador salió corriendo para reñir a Mougli por no cuidar bien del rebaño. Los lobos

se esfumaron al ver que el hombre se acercaba.

—¿Qué es toda esta locura? —preguntó, muy enfadado—. ¡Cómo se te ocurre pensar que puedes desollar a un tigre tú solo! ¿Dónde lo han matado los búfalos? Y encima es el tigre cojo. Dan cien rupias por su cabeza. Bueno, bueno, nos olvidaremos de que has dejado que el rebaño se escapara, y hasta puede que te dé alguna rupia de la recompensa cuando lleve la piel a Janhiwara. —Se palpó en la cintura y, sacando una hoja de acero y un trozo de piedra, se agachó para chamuscar los bigotes de Shir Jan. La mayoría de los cazadores indígenas siempre chamuscan los bigotes del tigre, para que su espíritu no los persiga.

—¡Vaya! —exclamó Mougli en voz baja, desollando una de las patas delanteras —. ¡Conque piensas llevar la piel a Janhiwara para quedarte con la recompensa y darme a mí una rupia! Pues resulta que yo la quiero para otra cosa. ¡Tú, viejo, apaga ese fuego!

—¿Qué manera es esa de hablarle al jefe de los cazadores de la aldea? La estupidez de los búfalos y la suerte te han ayudado en esta cacería. El tigre acababa de comer. En caso contrario, ahora estaría a más de treinta kilómetros de aquí. Ni siquiera sabes despellejarlo como es debido. Y tú, un mocoso harapiento, te atreves a decirme a mí, Buldeo, que no le chamusque los bigotes. Mougli, no pienso darte ni un céntimo de la recompensa. Lo que voy a darte es una buena tunda. ¡Suelta al tigre!

—¡Por el toro que me compró! —gritó Mougli, que intentaba llegar a la paletilla —. ¿Voy a quedarme aquí parloteando con un mono viejo todo el día? Akela, ven: este hombre me está molestando.

Buldeo, que seguía agachado al lado del tigre, se vio de pronto tirado en la hierba, vigilado por un lobo gris, mientras Mougli seguía con su tarea como si fuera el único habitante de toda la India.

—Sí —dijo en voz baja—. Tienes mucha razón, Buldeo. No vas a darme ni un céntimo de la recompensa. Hay una guerra muy antigua entre este tigre cojo y yo; una guerra muy antigua, y la he ganado yo.

Hay que decir, por hacerle justicia a Buldeo, que si hubiera tenido diez años menos y se hubiera encontrado con Akela en el bosque, habría probado suerte. Pero un lobo que obedecía las órdenes de un niño que tenía guerras personales con tigres que se comían a los hombres no era un animal corriente. Buldeo pensó que aquello era cosa de brujería, magia de la peor especie, y se preguntó si el amuleto que llevaba al cuello serviría para protegerlo. Se quedó muy quieto, como si esperase que Mougli fuera a convertirse en tigre en cualquier momento.

—¡Marajá! Gran rey —habló por fin, con un susurro ronco.

—Sí —contestó Mougli, sin volver la cabeza y riendo entre dientes.

—Soy viejo. Creía que tú no eras más que un pastor. ¿Puedo irme ya, o me hará pedazos tu siervo?

—Vete, y que la paz te acompañe. Pero no vuelvas a meter las narices en mi caza. Akela, deja que se vaya.

Buldeo se fue lo más deprisa que pudo, mirando por encima del hombro, por si acaso Mougli se transformaba en alguna bestia terrible. Una vez en la aldea contó una historia de magia, hechizos y brujería que preocupó al sacerdote.

Mougli siguió con su faena, y ya casi anochecía cuando los lobos y él terminaron de desprender la enorme piel del tigre.

—¡Ahora tenemos que esconderla y llevar a los búfalos a casa! Ayúdame a reunir al rebaño, Akela.

El rebaño se concentró en la neblina de atardecer y, cuando ya estaban cerca de la aldea, Mougli vio las luces y oyó sonar las caracolas y repicar las campanas del templo. Parecía que la mitad de los vecinos lo esperaba a las puertas. «Es porque he matado a Shir Jan», pensó. Pero una lluvia de piedras pasó silbando junto a sus orejas, y los vecinos voceaban: «¡Hechicero! ¡Eres hijo de los lobos! ¡Demonio de la selva! ¡Fuera de aquí! ¡Márchate inmediatamente si no quieres que el sacerdote vuelva a convertirte en un lobo! ¡Dispara, Buldeo, dispara!».

El viejo mosquete lanzó un disparo que sonó como una explosión, y un búfalo joven aulló de dolor.

—¡Más brujería! —exclamaron los vecinos—. Es capaz de desviar las balas. Ese búfalo era tuyo, Buldeo.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó Mougli, desconcertado, viendo que la lluvia de piedras arreciaba.

—No son muy distintos de la manada, estos hermanos tuyos —dijo Akela, sentándose con mucha compostura—. Me parece a mí que si las balas sirven para algo van a echarte de aquí.

—¡Lobo! ¡Lobato! ¡Vete! —gritó el sacerdote, blandiendo un ramito de *tulsi*, la planta sagrada.

—¿Otra vez? La última vez fue porque era un hombre. Ahora es porque soy un lobo. Vámonos de aquí, Akela.

Una mujer —era Mesua— se acercó al rebaño corriendo y gritando:

—¡Ay, hijo mío, hijo mío! Dicen que eres un hechicero, que puedes convertirte en una bestia cuando se te antoje. Yo no lo creo, pero vete de aquí o te matarán. Buldeo dice que eres un brujo, pero yo creo que has vengado la muerte de Natu.

—¡Vuelve, Mesua! —gritó la muchedumbre—. Vuelve o te apedrearemos.

Mougli soltó una risotada cuando una piedra le alcanzó en la boca.

—Vuelve, Mesua. Esto es como esas historias sin sentido que cuentan alrededor del árbol al atardecer. Al menos he pagado por la vida de tu hijo. Adiós. Y, corre, porque voy a lanzar al rebaño contra ellos más deprisa que las piedras que me lanzan. No soy un hechicero, Mesua. ¡Adiós! Y ahora, Akela, una vez más: reúne al rebaño —ordenó Mougli.

Los búfalos estaban impacientes por llegar a la aldea. Apenas necesitaban el aullido de Akela, y cruzaron las puertas como un torbellino, dispersando a la multitud a derecha e izquierda.

—¡Contadlos! —gritó Mougli con desdén—. Podría ser que hubiera robado alguno. Contadlos, porque no volveré a ser su pastor. Adiós, hijos de los hombres, y dad gracias a Mesua de que no vuelva con mis lobos a perseguiros y cazaros.

Giró sobre sus pasos y se alejó con el Lobo Solitario. Y, al levantar los ojos y ver las estrellas, se sintió feliz.

—Se acabó eso de dormir en una trampa, Akela. Vamos a por la piel de Shir Jan. No, no haremos daño a la gente de la aldea, porque Mesua ha sido buena conmigo.

Cuando la luna iluminó la llanura, que parecía de leche, los aterrados aldeanos vieron a Mougli, acompañado de dos lobos, con un fardo en la cabeza, trotando como un lobo que devora kilómetros a la velocidad del fuego. Entonces hicieron repicar las campanas y soplaron las caracolas con más fuerza que nunca. Mesua lloró, y Buldeo adornó el relato de sus aventuras en la selva, hasta que terminó contando que Akela se había levantado sobre las patas traseras y había hablado como un hombre.

La luna empezaba a ponerse cuando Mougli y sus compañeros llegaron al monte de la Roca del Consejo y se detuvieron en el cubil de Raksa.

—Me han expulsado de la manada de los hombres, madre —gritó Mougli—. Pero traigo la piel de Shir Jan, como había prometido.

Madre Loba, entumecida, salió de la cueva seguida por los lobatos, y sus ojos se iluminaron al ver la piel del tigre.

—Se lo dije aquel día, cuando metió la cabeza y los hombros en este cubil, para cazarte, renacuajo. Le dije que el cazador terminaría cazado. Has hecho muy bien.

—Muy bien hecho, hermanito —dijo una voz profunda desde la espesura—. Nos sentíamos muy solos en la selva sin ti. —Y Baguira se acercó corriendo a los pies descalzos de Mougli. Juntos subieron a la Roca del Consejo, y Mougli extendió la piel del tigre sobre la piedra plana en la que antes se sentaba Akela y la sujetó con cuatro astillas de bambú. Akela se tendió entonces e hizo la antigua llamada del Consejo: «Mirad, mirad bien, lobos», exactamente igual que el día en que presentaron a Mougli a la manada.

La manada, que estaba sin jefe desde que derrocaron a Akela, se dedicaba a cazar y pelear a su antojo. Sin embargo, todos acudieron a la llamada, por costumbre, y resultó que algunos estaban cojos, porque habían caído en una trampa, y otros renqueaban, porque habían recibido algún disparo, y algunos tenían la sarna, porque habían comido alimentos en mal estado, y eran muchos los que faltaban. Pero todos los que habían sobrevivido acudieron a la Roca del Consejo y vieron la piel de Shir Jan extendida sobre la piedra, con las enormes garras colgando.

—Mirad bien, lobos. ¿He cumplido mi palabra? —dijo Mougli. Los lobos contestaron que sí, y uno de ellos, que estaba maltrecho, dijo con un aullido:

—Vuelve a guiarnos, Akela. Vuelve a guiarnos, cachorro humano, porque estamos hartos de vivir sin ley y queremos volver a ser el pueblo libre.

—No —rugió Baguira—. Eso no es posible. Cuando hayáis comido a gusto, la misma locura puede volver a asaltaros. Por algo os llamáis el pueblo libre. Luchasteis

por la libertad, y ahí la tenéis. Incluso podéis comérosla.

—Me han expulsado de la manada de los hombres y de los lobos —dijo Mougli —. Ahora tendré que cazar solo en la selva.

—Nosotros cazaremos contigo —respondieron los cuatro lobatos.

Y así, desde aquel día, Mougli salió a cazar con los lobatos. Pero no estuvo siempre solo, porque al cabo de unos años se convirtió en un hombre y se casó.

Aunque esa es una historia para gente mayor.

CANCIÓN DE MOUGLI

La que cantó en la Roca del Consejo cuando bailó sobre la piel de Shir Jan

Yo, Mougli estoy cantando. Que se entere la selva de mis hazañas.

Shir Jan anunció que iba a matar, ¡a matar! Que, una tarde, a las puertas de la aldea, muerte daría a Mougli, el renacuajo.

Después comió y bebió. Bebe, bebe, Shir Jan. ¿Quién sabe cuándo podrás beber de nuevo? Duerme y sueña con tu carnicería.

Estoy solo en los pastos. ¡Ven a mí, Hermano Gris! ¡Ven, Lobo Solitario: hay buena caza aquí!

Trae contigo a los búfalos, y también a esos toros, los de piel azulada y ojos fieros. Guíalos según yo te lo ordene. Tigre, ¿duermes aún? Pues ¡despierta! ¡Despierta! Estoy aquí, y vengo con los búfalos.

Rama, rey de los búfalos, piafó con sus pezuñas. Aguas del Waingunga, ¿qué ha sido de Shir Jan?

Ese tigre no puede excavar como Sahi, ni tampoco volar como Mor, el pavo real. O colgarse en las ramas como Mang, el murciélago. Bambúes que crujís, decidme: ¿ha huido?

¡Eh!, está aquí. ¡Ah!, aquí está. A los pies de Rama ha caído el tigre cojo. ¡En pie, tigre! ¡Levanta y pelea! Aquí hay carne. ¡Rómpeles el pescuezo a todos estos búfalos!

¡Chsss! Se ha dormido. No lo despertemos, pues su fuerza es inmensa. Los milanos ya bajan del cielo para verlo. Ya vienen las hormigas también a contemplarlo. Una gran asamblea se congrega en su honor.

¡Ay, ay, ay! No tengo con qué cubrirme. Los milanos verán que estoy desnudo. Esta gente me da mucha vergüenza.

Dame tu abrigo, tigre. Dame tu piel de rayas para adornar la Roca del Consejo.

Por el toro que me compró hice una promesa: una humilde promesa. Solo me falta tu piel para cumplirla.

Con el cuchillo, con el cuchillo de los hombres, con el cuchillo del cazador, lograré mi trofeo.

Aguas del Waingunga, el tigre me ha ofrecido su pellejo, por el amor que me tiene. ¡Tira, Hermano Gris! ¡Tira, Akela! Pesa mucho el pellejo de Shir Jan.

Los hombres se enfurecen. Lanzan piedras y dicen tonterías. Tengo sangre en la boca. Dejadme ir.

A través de la noche, de la cálida noche, corred, hermanos, raudos, a mi lado. Cambiaremos las luces de la aldea por la luna.

Aguas del Waingunga, la manada de los hombres me ha expulsado. A nadie le hice daño, pero ellos me temían. ¿Por qué?

También vosotros, lobos, me expulsasteis. Me han cerrado las puertas de la selva

y la aldea. ¿Por qué?

Como Mang, que vuela entre las fieras y las aves, así vuelo yo ahora entre hombres y bestias. ¿Por qué?

Bailo sobre la piel de Shir Jan, pero mi corazón no está contento. Me echaron a pedradas y con la boca herida, pero mi corazón se alegra de estar en la selva. ¿Por qué?

Estas dos cosas luchan dentro de mí como serpientes en la primavera. Lloran mis ojos lágrimas, y al mismo tiempo río. ¿Por qué?

Soy dos Mouglis, pero tengo a mis pies la piel de Shir Jan.

Toda la selva sabe que he dado muerte al tigre. ¡Mirad, lobos, mirad!

¡Ay! Mi corazón está lleno de cosas que no entiendo, de cosas que me pesan y me llenan de pena.

La foca blanca

Ya es de noche, mi niño, duerme,
que se han vuelto muy negras las aguas verdes.
La luna, entre las olas, te está mirando
y la espuma te viste con suave manto.
Envuelve tus aletas en su blancura,
porque ni el tiburón viene a atacarte,
ni la tormenta tu sueño turba
mientras el mar en sus brazos te acuna.

Canción de cuna de las focas

Todas estas cosas ocurrieron hace años en un lugar muy, muy lejano llamado Novastoshnah, en el extremo nororiental de la isla de San Pablo, a orillas del mar de Bering. El carrizo Limmershin me contó esta historia cuando un golpe de viento lo lanzó contra el aparejo de un vapor que navegaba con rumbo a Japón, y yo lo recogí, lo llevé a mi camarote, lo arropé y le di de comer varios días, hasta que estuvo en condiciones de volver a la isla de San Pablo. Limmershin es un pajarillo muy pintoresco, pero sabe contar la verdad.

Nadie visita Novastoshnah si no es por negocios, y la única gente que tiene negocios por allí con regularidad son las focas. Llegan por centenares de miles, en los meses de verano, surcando el mar frío y gris, porque la playa de Novastoshnah ofrece a las focas el mejor refugio del mundo entero. Pescamarina lo sabía y todas las primaveras acudía nadando desde donde estuviese: nadaba como un torpedo, derecho a Novastoshnah, y una vez allí se pasaba un mes peleando con sus compañeras para encontrar un buen sitio en las rocas, lo más cerca posible del mar. A sus quince años, Pescamarina era un macho enorme, de pelaje gris, casi con crines en el lomo y unos colmillos temibles. Apoyado en las aletas traseras se levantaba casi metro y medio del suelo y, si alguien se hubiera atrevido a comprobarlo, habría visto que pesaba alrededor de trescientos cincuenta kilos. Tenía el cuerpo lleno de cicatrices de fieros combates, pero siempre estaba dispuesto a pelear una vez más. Ladeaba la cabeza, como si temiera mirar a su enemigo a los ojos, y embestía a continuación a la velocidad del rayo; y cuando clavaba los colmillos en el cuello de su contrincante, por más que este intentara escaparse, Pescamarina no le facilitaba las cosas. De todos modos, nunca perseguía una foca cansada o herida, ya que esto iba contra las leyes de la playa. Él solo buscaba un hueco, junto al mar, para su camada, pero, como cada primavera, había otras treinta o cuarenta mil focas buscando lo mismo que él, y los silbidos, aullidos, rugidos y golpes en la playa eran aterradores. Desde un

promontorio conocido como el monte Hutchinson se divisaban cinco o seis kilómetros de terreno plagado de focas combatientes, y un sinfín de cabezas que corrían a tierra firme para participar en la batalla salpicaba las aguas del mar. Peleaban en la orilla y en la arena, y también en las rocas de basalto, pulimentadas por el mar, donde se instalaban los nidos para las crías, pues aquellas focas eran tan estúpidas e inflexibles como los hombres. Las hembras no llegaban a la isla hasta finales de mayo o principios de junio, para evitar que las despedazaran; y las focas jóvenes, de dos, tres y cuatro años, que aún no tenían obligaciones domésticas, se acomodaban tierra adentro, a un kilómetro de la costa, más allá de las filas de combatientes, y retozaban entre las dunas en hordas y legiones, arrasando cualquier brote verde que allí creciera. En ruso las llamaban *holluschickie*, que significa solteros, y solo en Novastoshnah había entre dos y tres mil.

Pescamarina acababa de concluir su cuadragésimo combate de primavera cuando Matkah, su esbelta compañera de piel suave y ojos dulces, emergió de las aguas, y él la cogió del pescuezo y se la llevó a su guarida.

—Llegas tarde —le dijo con aspereza—, como siempre. ¿Dónde estabas?

Pescamarina tenía la costumbre de no comer nada los cuatro meses que pasaba en la playa, y en general estaba de mal humor. Matkah lo sabía y prefirió no contestar. Miró a su alrededor y dijo con ternura:

—¡Qué atento! Has vuelto a conseguir el sitio de siempre.

—Yo diría que sí. ¡Mira cómo estoy! —protestó Pescamarina.

Sangraba en veinte partes del cuerpo y estaba lleno de arañazos; tenía un ojo casi colgando y las costillas al descubierto en los costados.

—¡Hay que ver cómo sois los hombres! —señaló Matkah, abanicándose con la aleta trasera—. ¿No podríais ser un poco más juiciosos y acordar dónde tranquilamente instalaros? Parece que te hubieras peleado con la Ballena Asesina.

—No he hecho otra cosa que pelear desde mediados de mayo. La playa está abarrotada este año. Me he encontrado con al menos cien focas de Lukannon buscando sitio. ¿Por qué no se quedará la gente en casa?

—A veces pienso que estaríamos mucho mejor en la isla de la Nutria, porque esto está imposible.

—Bah, a la isla de la Nutria solo van los *holluschickie*. Si fuéramos allí dirían que tenemos miedo. Tenemos que guardar las apariencias, cariño.

Pescamarina hundió la cabeza con orgullo entre los gruesos hombros y fingió que dormía unos minutos, aunque estaba en guardia ante un posible ataque. Ahora que todas las parejas ya se encontraban en tierra, el clamor resonaba en todo el mar, a muchas millas de la costa, aún en mitad de la peor galerna. Calculando a la baja, había en la playa cerca de un millón de focas: focas viejas, madres, crías y solteras, peleando, compitiendo, gimoteando, arrastrándose y jugando; entrando y saliendo del agua como un regimiento, ocupando la arena centímetro a centímetro hasta donde alcanzaba la vista, y enfrentándose en escaramuzas entre la niebla. Casi siempre hay

niebla en Novastoshnah, menos cuando el sol atraviesa por momentos las nubes y lo cubre todo con un manto de luz iridiscente.

Kotik, la cría de Matkah, nació en mitad de esta confusión, y era todo él cabeza y hombros, con unos ojos azules muy claros y acuosos, como siempre los tienen las focas recién nacidas. Había algo en su piel que llamó la atención de su madre.

—Pescamarina —dijo por fin—, ¡nuestro hijo va a ser blanco!

—¡Conchas vacías y algas secas! —exclamó su marido con desprecio—. Nunca se ha visto una foca blanca.

—Pues entonces será la primera —contestó Matkah. Y en voz baja y suave empezó a cantar la canción que todas las focas madres cantan a sus hijos recién nacidos.

Hasta que tengas seis semanas no nadarás,
porque si no al fondo de cabeza irás.
Y las tormentas de verano y las ballenas asesinas
son peligrosas para una foca chiquitina.

Son peligrosas para una foca chiquitina,
muy pero que muy peligrosas, ratita mía.
Tú chapotea y crece fuerte,
¡hija de los grandes mares!,
y así será imposible que nada malo te pase.

Como es natural, el recién nacido no entendía nada al principio. Chapoteaba en la orilla o se peleaba, cerca de su madre, y aprendía a escabullirse y a quitarse de en medio cuando su padre combatía con otro macho y los dos empezaban a rodar y a rugir entre las rocas resbaladizas. Una vez cada dos días, Matkah se zambullía en el agua para pescar y alimentar a su cría, pero esa vez Kotik podía comer todo lo que quisiera, y así iba creciendo sano y fuerte. Lo primero que hizo fue ir gateando tierra adentro, donde conoció a decenas de miles de crías de su misma edad que jugaban como cachorritos, se quedaban dormidas en la arena limpia y otra vez volvían a jugar. Las focas viejas, encargadas de las guarderías, se desentendían de ellas; las solteras estaban en otra parte, y así las crías lo pasaban en grande. Cuando Matkah regresaba de sus expediciones de pesca en alta mar, iba derecha a este campo de juegos, llamaba, como una oveja a su cordero, y esperaba hasta que oía la respuesta de Kotik. Entonces trazaba la línea más recta posible para acercarse a su hijo, apartando a manotazos a las demás crías, con las aletas delanteras, y tirándolas de cabeza a diestra y siniestra. Siempre había varios cientos de madres cazando para sus hijos, y así los pequeños estaban bien alimentados. Pero Matkah le advirtió a Kotik:

—No te tumbes en aguas enfangadas, porque puedes coger la sarna; y que no te entre arena en un corte o un arañazo; y no salgas nunca a nadar cuando el mar esté

agitado. Así, no te pasará nada malo.

Las crías de foca no saben nadar, como los niños recién nacidos, y no están contentas hasta que aprenden. La primera vez que Kotik se metió en el mar una ola se lo llevó hasta el fondo y lo puso del revés, con la cabeza abajo y las aletas traseras arriba, exactamente tal como decía la canción que le cantaba su madre. Y, si la siguiente ola no lo hubiera vuelto a poner derecho, se habría ahogado. Después de esto, aprendió a flotar en una charca de la playa y a dejar que las olas lo cubrieran y lo levantaran mientras chapoteaba, pero siempre estaba muy atento, no fuera a ocurrir que viniera una ola grande y se lo llevara. Pasó dos semanas aprendiendo a utilizar las aletas; entrando y saliendo del agua a trompicones; tosiendo, gruñendo y arrastrándose hacia lo alto de la playa para echar siestecitas en la arena, y otra vez vuelta a empezar, hasta que al fin se convenció de que su medio era de verdad el agua. Luego, ya os imaginaréis lo bien que lo pasó con sus compañeros, zambulléndose por debajo de las olas; o subiendo a sus crestas y aterrizando con fuerza, entre resoplidos, cuando la ola rompía en la playa; o sentándose encima de la cola, muy erguido, y rascándose la cabeza, como hacía la gente mayor; o jugando a «Soy el rey del castillo» entre las rocas, resbaladizas por las algas, que apenas asomaban del agua. De vez en cuando veía un alerón fino, como la aleta de un tiburón grande, que se acercaba a la costa, y sabía que era la Ballena Asesina, la orca, que se come a las crías de foca siempre que puede. Entonces Kotik volvía a la playa como una flecha y la aleta se retiraba despacio, como si no buscase nada por allí.

A finales de octubre las focas empezaron a abandonar la isla de San Pablo para volver a mar abierto. Se marchaban en familias y en grupos, y ya no había combates por el espacio para instalar las guarderías, y los solteros jugaban donde les apetecía.

—El año que viene —le dijo Matkah a Kotik— serás un *holluschickie*, pero este año tienes que aprender a pescar.

Partieron juntos a través del Pacífico, y Matkah enseñó a Kotik a dormir tendido de espaldas, con las aletas plegadas en los costados y el hocico fuera del agua. No hay cuna tan cómoda como el balanceante oleaje del Pacífico. Cuando Kotik empezaba a notar un hormigueo en toda la piel, Matkah le decía que estaba aprendiendo «a sentir el agua» y que esas sensaciones, parecidas a cosquillas, significaban que se avecinaba mal tiempo y había que largarse a toda prisa.

—Muy pronto —dijo su madre— sabrás hacia dónde nadar. De momento seguiremos al cerdo marino, que es muy sabio.

Una escuela de marsopas buceaba rasgando las aguas, y Kotik las siguió lo más deprisa que pudo.

—¿Cómo sabéis adónde hay que ir? —preguntó, jadeando.

El jefe de la escuela, lo miró con su ojo blanco y se zambulló a la vez que respondía:

—¡Siento un cosquilleo en la cola, jovencito! Eso significa que me persigue la galerna. ¡Vamos! Cuando llegues al sur de las aguas cálidas (se refería al Ecuador) y

notes un cosquilleo en la cola, quiere decir que tienes la galerna delante y debes dirigirte al norte. Vamos. El agua nos está diciendo que nos vayamos de aquí.

Esta fue una de las muchas cosas que Kotik aprendió en aquel viaje. Matkah le enseñó a seguir los bancos de bacalaos y de fletanes, y a sacar a la lota de su agujero entre las algas; a rodear los barcos hundidos a cien brazas de profundidad y a entrar por una portilla disparado como la bala de un rifle y salir por otra persiguiendo a los peces; a bailar sobre las olas cuando los relámpagos surcaban el cielo; y a mover la aleta con mucha cortesía para saludar al albatros de cola corta y al halcón guerrero que descendían a lomos del viento; a saltar como un delfín, más de un metro por encima del agua, con las aletas pegadas a los costados y la cola curvada; a dejar en paz al pez volador, porque no tenía más que huesos; a arrancarle las pencas a un bacalao a toda velocidad a diez brazas de profundidad, y a no detenerse nunca a mirar a una embarcación, ya fuera pequeña o grande, y mucho menos un bote de remos. Al cabo de seis meses, si había algo que Kotik no supiera sobre la pesca en las aguas profundas era porque no merecía la pena saberlo, y en todo este tiempo ni una sola vez pisaron sus aletas tierra firme.

Un día, sin embargo, estaba adormilado en las aguas templadas, no lejos de la isla de Juan Fernández, sintiéndose perezoso y débil, como les ocurre a las personas cuando llega la primavera, cuando se acordó de las magníficas playas de Novastoshnah, a muchos miles de kilómetros; de los juegos de sus compañeros, del olor de las algas y de los combates y los rugidos de las focas. Sin pensarlo dos veces empezó a nadar rumbo al norte, sin desviarse, y a medida que avanzaba se iba encontrando con docenas de amigos que se dirigían al mismo sitio y lo saludaban diciendo: «¡Hola, Kotik! Este año somos todos *holluschickie* y podemos bailar la danza del fuego en Lukannon, donde rompen las olas, y jugar en la hierba fresca. Pero ¿de dónde has sacado esa piel?».

Y es que para entonces, el pelaje de Kotik era casi blanco puro y, aunque se sentía muy orgulloso, en aquel momento se limitó a decir: «¡Vamos, deprisa! ¡Mis huesos no ven el momento de llegar!». Y así desembarcaron todos en las playas en las que habían nacido, y oyeron, entre la neblina, el combate de sus padres, las focas adultas.

Esa noche Kotik bailó la danza del fuego con las focas de un año. El mar se llena de fuego las noches de verano, de Novastoshnah a Lukannon, pues cada foca deja a su paso una estela que arde como el aceite, y al saltar produce un destello como una llamarada, y las olas tiñen el mar de vetas y volutas fosforescentes. Después se adentraron en los terrenos de los *holluschickie*, rodaron por las laderas de trigo silvestre y contaron historias de su viaje. Hablaban del Pacífico como hablarían los niños de un bosque donde hubieran estado recogiendo frutos, y, si alguien supiera entenderlos, podría hacer con sus relatos una carta náutica de ese océano como nunca se ha visto otra igual. Los *holluschickie* de tres y cuatro años bajaban retozando por el monte Hutchinson, al grito de:

—¡Apartad, pequeñajos! El mar es muy profundo y todavía no conocéis todo lo

que hay en él. Ya veréis cuando os toque rodear el cabo de Hornos. Eh, tú, enano, ¿de dónde has sacado esa piel blanca?

—De ninguna parte —contestó Kotik—. Me ha crecido así.

Y, justo cuando iba a darle un revolcón al que acababa de hablar, dos hombres de pelo negro, con la cara enrojecida y plana, surgieron de detrás de una duna, y Kotik, que nunca había visto a un hombre, carraspeó y bajó la cabeza. Los demás se replegaron unos metros, todos a una, y se sentaron a mirar con cara de bobos. Los hombres eran nada menos que Kerick Booterin, el jefe de los cazadores de focas de la isla, y Patalamon, su hijo. Venían del pueblecito que se encontraba a menos de un kilómetro de las guarderías, y estaban decidiendo cuáles iban a guiar hasta los mataderos, pues las focas se dejaban llevar igual que las ovejas, para convertirlas más tarde en abrigos de piel.

—¡Eh! —exclamó Patalamon—. ¡Mira! ¡Ahí hay una foca blanca!

Kerick Booterin se quedó casi del mismo color, por debajo de la capa de grasa y de humo que le cubría la cara, pues era un aleuta, y los aleutas no son gente limpia. Acto seguido empezó a murmurar una oración.

—No lo toques, Patalamon. No había habido una foca blanca desde que yo nací. Podría ser el espíritu de Zaharrof, que desapareció el año pasado en mitad de una galerna.

—No pienso acercarme a él —respondió Patalamon—. Da mala suerte. ¿De verdad crees que Zaharrof ha vuelto? Le debo unos huevos de gaviota.

—No lo mires —dijo Kerick—. Llévate ese grupo de las de cuatro años. Los hombres tendrían que desollar doscientas focas hoy, pero acaba de empezar la temporada y son nuevos en el oficio. Habrá que conformarse con cien. ¡Deprisa!

Patalamon entrechocó un par de paletillas de foca delante de una manada de *holluschickie*, y estos se quedaron muy quietos, resoplando. Se acercó entonces al grupo de focas, que empezaron a moverse tierra adentro tras los pasos de Kerick, sin intentar en ningún momento regresar con sus compañeros. Cientos y cientos de miles de focas vieron cómo se las llevaban y siguieron tranquilamente con sus juegos. Kotik fue el único que hizo preguntas, pero ninguno de sus compañeros supo decirle nada aparte de que los hombres siempre se llevaban así a las focas, todos los años, a lo largo de un mes y medio o dos meses.

—Voy a seguirlos —anunció, y casi le saltaban los ojos de las órbitas cuando se alejó tras el rastro del grupo.

—La foca blanca nos sigue —dijo Patalamon—. Es la primera vez que una foca viene al matadero por su propio pie.

—¡Calla! No mires atrás —contestó Kerick—. ¡Es el espíritu de Zaharrof! Tengo que contárselo al sacerdote.

Aunque el matadero se encontraba a menos de un kilómetro, tardaban una hora en llegar, porque Kerick sabía que, si las focas se acaloraban con las prisas, la piel se rompería cuando las desollaran. Así, muy despacio, dejaron atrás la punta conocida

como la Garganta del León Marino, y la casa Webster, hasta que llegaron al saladero, fuera del alcance de la vista de las focas que seguían en la playa. Kotik siguió su camino, jadeando y desconcertado. Pensó que debía de estar en el fin del mundo, a pesar de que el tumulto de las guarderías resonaba a sus espaldas como el rugido de un tren en un túnel. Kerick se sentó entonces en el musgo, sacó un reloj de peltre muy pesado y dejó que la manada se refrescara treinta minutos. Kotik oía caer las gotas de rocío de la visera de su gorro. Al cabo de un rato aparecieron diez o doce hombres, armados con una barra de hierro de más de un metro de largo, y Kerick señaló a varias focas a las que sus compañeras habían mordido o estaban demasiado acaloradas. Los hombres las apartaron a patadas, con sus botas hechas con piel de cogote de una morsa. Kerick dio la voz: «¡Adelante!». Y los demás empezaron a aporrear a las focas en la cabeza lo más deprisa posible. En cuestión de diez minutos, Kotik no reconocía a ninguno de sus amigos, pues les habían arrancado la piel, del hocico a las aletas traseras, que luego habían sacudido y lanzado a un montón. Kotik no necesitó ver nada más. Dio media vuelta y, galopando, volvió al mar (las focas pueden galopar muy deprisa, por espacios de tiempo cortos) con los bigotes erizados del espanto. En la Garganta del León Marino, donde estos grandes animales descansaban al borde del mar, se zambulló de cabeza en el agua fría y se dejó mecer por las olas, para tomar aire.

—¿Qué pasa? —refunfuñó un león marino, pues los leones marinos son, en general, animales solitarios.

—*¡Scoochnie! ¡Ochen Scoochnie!* (¡Estoy solo, muy solo!) —dijo Kotik—. ¡Están matando a los *holluschickie* en todas las playas!

El león marino volvió la cabeza tierra adentro.

—Tonterías —dijo—. Tus amigos están haciendo el mismo ruido de siempre. Seguramente has visto a Kerick liquidando a una manada. Lleva treinta años haciendo lo mismo.

—Es horroroso —dijo Kotik, mientras una ola lo empujaba hacia atrás. Tuvo que enderezarse con un movimiento en espiral de sus aletas, y terminó de pie, a diez centímetros del filo de una roca con los bordes dentados.

—¡Muy bien hecho, para ser una foca de un año! —observó el león marino, que sabía apreciar la buena natación—. Me imagino que es tremendo para ti, pero, si las focas venís aquí año tras año, es natural que los hombres se enteren, y a menos que encontréis una isla en la que no haya hombres, os seguirán matando.

—Y ¿hay alguna isla como esa que dices? —quiso saber Kotik.

—He pasado veinte años siguiendo al fletán y no puedo decir que la haya encontrado todavía. Pero, mira, como veo que te gusta hablar con tus superiores, podrías ir al islote de la Marsopa y hablar con Cerdo Marino. Quizá él sepa algo. No hagas tantos aspavientos. Está a solo seis millas de aquí. Yo, en tu lugar, pequeño, echaría una siestecita primero.

A Kotik le pareció un buen consejo, y así volvió nadando a su playa, se tendió en

la arena y durmió media hora sin dejar de retorcerse, como suelen hacer las focas. A continuación se fue derecho al islote de la Marsopa, una plataforma rocosa, al nordeste de Novastoshnah, llena de arrecifes y nidos de gaviotas.

En la orilla encontró al anciano Cerdo Marino, la marsopa del Pacífico norte, enorme, fea, hinchada y cubierta de granos, con el cuello gordo y unos colmillos muy largos, que solo tiene buenos modales cuando está dormida, como en aquel momento, con las aletas traseras mitad dentro mitad fuera del agua.

—¡Despierta! —gritó Kotik, para hacerse oír entre el ruido que hacían las gaviotas.

—¡Ja! ¡Jo! ¡Ump! ¿Qué pasa? —dijo Cerdo Marino. Dio con los colmillos a la marsopa que estaba a su lado, y la despertó. Esta hizo lo mismo con la siguiente, y así sucesivamente, hasta que todas se despertaron y empezaron a mirar a todas partes menos a donde debían.

—¡Eh! ¡Soy yo! —dijo Kotik, cabeceando en el oleaje como una babosa blanca.

—¡Vaya! ¡Que me desuellen! —exclamó Cerdo Marino, y todas las marsopas miraron a Kotik, adormiladas, como los ancianos miembros de un club de caballeros mirarían a un niño.

Kotik no tenía ganas de oír hablar de desollamientos justo en ese momento. Ya había visto suficiente.

—¿Hay algún sitio al que puedan ir las focas, donde no lleguen los hombres? —preguntó.

—Ve a buscarlo —contestó Cerdo Marino, cerrando los ojos—. Lárgate. Estamos ocupados.

Kotik saltó por los aires como un delfín y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Comeostras! ¡Comeostras! —Sabía que Cerdo Marino no había pescado un solo pez en toda su vida sino que se limitaba a buscar ostras y algas marinas, aunque se diera esos aires tan fieros. Como era de esperar, los *chickies*, los *gooverooskies* y los *epatkas* (las gaviotas, las golondrinas marinas y los frailecillos), que siempre están buscando la ocasión de ser groseros, corearon el grito de Kotik y, según me contó Limmershin, a lo largo de casi cinco minutos habría sido imposible oír la explosión de un cañón en la isla de la Marsopa. Toda su población de aves se desgañitaba vociferando: «¡Comeostras! *Stareek* (vejestorio)», mientras Cerdo Marino se revolcaba entre toses y gruñidos—. ¿Ahora me lo dirás? —preguntó Kotik, casi sin aliento.

—Ve a ver a Vaca Marina —contestó Cerdo Marino—. Si sigue con vida, ella te lo dirá.

—Y ¿cómo la reconozco cuando la encuentre? —preguntó Kotik, que ya se marchaba.

—De todas las criaturas del mar, es la única cosa más fea que Cerdo Marino —gritó una gaviota, deslizándose por debajo del hocico de Cerdo Marino—. ¡La más fea y con peores modales! *¡Stareek!*

Kotik volvió a Novastoshnah, dejando a las gaviotas chillando a su antojo. Una vez allí, descubrió que nadie facilitaba su modesto esfuerzo por encontrar un lugar tranquilo para las focas. Le dijeron que los hombres siempre se habían llevado a los *holluschickie,* que eso era parte de su trabajo diario, y que, si no quería ver cosas feas, mejor que no se acercara por los mataderos. Pero nadie más que él había visto la matanza, y en eso radicaba la diferencia entre Kotik y las demás focas. Además, Kotik era una foca blanca.

—Lo que tienes que hacer —le dijo Pescamarina, al conocer las aventuras de su hijo— es crecer y convertirte en una foca grande como tu padre, y tener tu guardería en la playa, y entonces te dejarán en paz. Cuando tengas cinco años más podrás defenderte solo.

Incluso su madre, la dulce Matkah, le dijo:

—Nunca podrás impedir la matanza. Ve a jugar en el mar, Kotik.

Y Kotik se marchó a bailar la danza del fuego, con su corazoncito lleno de tristeza.

Ese otoño abandonó la playa en cuanto le fue posible, y se fue solo, pues se le había metido una idea en la cabeza. Quería encontrar a Vaca Marina, si es que existía tal personaje en los mares, y una isla tranquila para las focas, con buenas playas, donde los hombres no pudieran alcanzarlas. Y así exploró y exploró por su cuenta el Pacífico, de norte a sur, recorriendo hasta trescientas millas en un día y una noche. Vivió más aventuras de las que aquí pueden contarse, y por muy poco se libró de caer en las fauces del tiburón peregrino y el tiburón moteado y el tiburón martillo, y conoció a todos los indignos maleantes que vagan por los mares; y también a peces gordos y educados y a conchas de color escarlata que pasan cientos de años ancladas en el mismo sitio, y se enorgullecen de su suerte. Pero no encontró a Vaca Marina, y tampoco una isla como aquella con la que soñaba. Cuando encontraba una buena playa, de arena dura, con una pendiente detrás, para que las focas pudiesen retozar a sus anchas, siempre avistaba en el horizonte la columna de humo de un ballenero, donde estaban hirviendo grasa, y Kotik sabía lo que eso significaba. Otras veces veía rastros de focas muertas en la isla, y comprendía que, si los hombres ya habían estado ahí, era casi seguro que regresarían.

Se juntó con un albatros de cola corta, muy entrado en años, que le habló de la isla de la Desolación, diciéndole que era el sitio perfecto para quien buscaba paz y tranquilidad, y allá se encaminó Kotik; pero estuvo a punto de morir despedazado contra unos malignos acantilados negros cuando se desató una fuerte tormenta de aguanieve acompañada de rayos y truenos. Mientras combatía contra la tempestad, vio que también allí había habido una guardería de focas. Y lo mismo ocurrió en todas las demás islas que iba visitando.

Limmershin enumeró la larga lista de islas que Kotik exploró a lo largo de cinco temporadas, con un descanso anual de cuatro meses en Novastoshnah, donde los demás *holluschickie* se reían de él y de sus islas imaginarias. Estuvo en las

Galápagos, en el Ecuador, un sitio horroroso, por lo seco, donde casi se muere de calor; estuvo en las islas Georgias, en las Orkney, en la isla Esmeralda, en la isla del Ruiseñor, en la isla de Gough, en la isla de Bouvet, en el archipiélago de Crozet, y hasta en una isla diminuta al sur del cabo de Buena Esperanza. Sin embargo, los habitantes del mar le decían lo mismo en todas partes. Las focas habían visitado aquellas islas en otros tiempos, pero los hombres las habían matado a todas. Incluso cuando recorrió miles de millas por el Pacífico, hasta un lugar llamado Cabo Corrientes (esto fue cuando volvía de la isla de Gough), se encontró con unos cientos de focas desaliñadas en unas rocas, y le dijeron que los hombres también iban por allí. Muy entristecido rodeó nuevamente el cabo de Hornos para regresar a sus playas, y camino del norte se detuvo en una isla repleta de árboles verdes, donde vivía una foca muy, muy vieja, que estaba agonizando. Kotik pescó para ella y le contó todos sus fracasos.

—Ahora —explicó— vuelvo a Novastoshnah, y si me llevan al matadero con los *holluschickie* me dará igual.

—Inténtalo una vez más —contestó la anciana foca—. Soy el último miembro de la colonia perdida de Masafuera, y en los tiempos en que los hombres nos mataban a centenares de miles, se hablaba en las playas de que un día vendría del norte una foca blanca y conduciría al pueblo de las focas a un lugar tranquilo. Yo ya soy viejo y no viviré para verlo, pero otros lo verán. Inténtalo una vez más.

Y, torciendo los bigotes, que eran una maravilla, Kotik contestó:

—Yo soy la única foca blanca que ha nacido en las playas, y también la única foca, blanca o negra, a quien se le ha ocurrido buscar nuevas islas.

Este encuentro causó a Kotik una inmensa alegría. Ese mismo verano, cuando volvió a Novastoshnah, su madre le rogó que se casara y que sentara la cabeza, pues ya no era un *holluschick* sino una foca hecha y derecha, con una melena blanca y rizada que le cubría los hombros, y tan grande y fiero como su padre.

—Dame una temporada más —contestó Kotik—. Recuerda, madre, que siempre es la séptima ola la que llega más arriba en la playa.

Curiosamente, otra foca también decidió esperar a casarse hasta el año siguiente, y Kotik bailó la danza del fuego con ella hasta la playa de Lukannon la noche antes de partir para su última expedición. Esta vez se dirigió al oeste, siguiendo el rastro de un gran banco de fletanes, porque necesitaba comer como mínimo cincuenta kilos de pescado al día para estar en buena forma. Fue tras ellos hasta que se cansó y, hecho un ovillo, se acomodó en los hoyos que forman las olas en las playas de la isla de Medny, una de las islas del Comandante. Conocía la costa a la perfección, y así, alrededor de la medianoche, mientras se mecía suavemente en un lecho de algas, se dijo: «Hmm, la corriente es muy fuerte esta noche». Y, dando media vuelta debajo del agua, se estiró y abrió los ojos despacio. A continuación saltó como un gato, pues había visto unos animales enormes que olisqueaban en los bajíos y devoraban montones de algas como flecos.

—¡Por las crestas de Magallanes! —exclamó por debajo de sus bigotes—. ¿Dónde se ha visto cosa igual en el mar profundo?

No eran morsa, león marino, foca, oso, ballena, tiburón, pez, calamar o concha, nada que Kotik hubiera visto en la vida. Medían entre dos y tres metros de largo. En vez de aletas traseras tenían una cola en forma de pala que parecía de cuero mojado, y una cabeza de lo más absurda, y buceaban moviendo la punta de la cola a un lado y a otro o paseaban por la orilla saludándose con una solemne inclinación y moviendo las aletas delanteras como mueve los brazos un hombre gordo.

—¡Ejem! —dijo Kotik—. ¡Buena pesca, caballeros!

Los bichos contestaron inclinándose y moviendo las aletas como el Lacayo sapo de *Alicia en el País de las Maravillas*. Cuando volvieron a comer, Kotik vio que tenían el labio superior partido en dos y que podían retorcerlo hasta treinta centímetros y volverlo a juntar, de manera que entre ambas mitades sostenían un cargamento de algas. Se metían la comida en la boca y masticaban con aire solemne.

—Qué manera de comer tan complicada —dijo el extranjero. Los animales inclinaron la cabeza una vez más y Kotik empezó a perder la paciencia—. Muy bien —continuó—. No hay que presumir tanto por tener una articulación de más en la aleta delantera. Ya veo que os inclináis con mucho estilo, pero me gustaría saber cómo os llamáis.

Los labios partidos se movieron y retorcieron, y los ojos verdes y vidriosos miraron a Kotik fijamente, pero nadie dijo nada.

—¡Bueno! —exclamó Kotik—. Sois la gente más fea que he visto nunca, aparte de Cerdo Marino, y también la peor educada.

Y entonces, como un fogonazo, se acordó de lo que le había dicho la gaviota en el islote de la Marsopa, cuando solo tenía un año, y dio una voltereta hacia atrás en el agua al comprender que por fin había encontrado a Vaca Marina. Las vacas marinas seguían pastando, sorbiendo y rumiando las algas, y Kotik les hizo preguntas en todos los idiomas que había oído en sus viajes, porque los habitantes del mar hablan casi tantos idiomas como los seres humanos. Pero las vacas marinas no contestaban, pues no pueden hablar. Tienen solo seis huesos en el cuello, donde deberían tener siete, y en los mares se dice que eso les impide hablar incluso entre sí. Sin embargo, como ya se ha dicho, cuentan con una articulación de más en la aleta delantera, y con ella ejecutan una especie de torpe código telegráfico.

A eso del amanecer, Kotik tenía las crines de punta y su paciencia se había ido a donde van los cangrejos muertos. Por fin, las vacas marinas se pusieron en marcha muy despacio, rumbo al norte, deteniéndose de vez en cuando para celebrar absurdas asambleas con muchas reverencias, y Kotik las siguió, diciéndose: «Gente tan idiota como estas vacas marinas llevaría mucho tiempo muerta si no hubiera encontrado una isla segura; y lo que es bueno para las vacas marinas es bueno para las focas. De todos modos, me gustaría que se dieran más prisa».

Fue un viaje muy duro para Kotik, ya que las vacas marinas no recorrían más de

cuarenta o cincuenta millas diarias y de noche se paraban a comer, y apenas se alejaban de la costa. Por más que nadaba alrededor del grupo, por encima, por debajo, Kotik no conseguía que se dieran prisa. Según se iban aproximando al norte, celebraban asambleas con intervalos de escasas horas, y Kotik casi se mordía los bigotes de impaciencia, hasta que se dio cuenta de que seguían una corriente de agua templada y empezó a respetarlas un poco más. Una noche se zambulleron en el agua como piedras, y, por primera vez desde que Kotik las conocía, empezaron a nadar deprisa. Las siguió, atónito, pues no se imaginaba que fueran capaces de nadar tan bien. Pusieron rumbo a un arrecife, cerca de la costa, un arrecife bastante profundo que, a sus pies, a veinte brazas de la superficie, tenía un agujero oscuro. La inmersión fue muy larga, y Kotik estaba muy necesitado de aire fresco cuando por fin apareció al otro lado del túnel.

—¡Por mis bigotes! —exclamó, jadeando y resoplando al emerger a la superficie —. Ha sido una inmersión muy dura, pero ha merecido la pena.

Las vacas marinas se habían separado y pacían, perezosas, en la orilla de las mejores playas que Kotik hubiera visto jamás. Eran largas extensiones de roca pulimentada que abarcaban muchos kilómetros de costa, perfectas para instalar en ellas las guarderías de focas; con campos de juego de arena dura en las laderas, tierra adentro; buenas olas para bailar, hierba para retozar y dunas para deslizarse; y, lo mejor de todo, tal como notó Kotik en el agua, con ese sentido especial de las focas, era que los hombres jamás habían pisado aquellas tierras. Lo primero que hizo fue asegurarse de que había pesca en abundancia y después recorrió las playas a nado y contó los deliciosos islotes de arena semiocultos por la hermosa y ondulante niebla. Hacia el norte, en el mar, discurría una sucesión de bajíos de arena y roca que no permitirían a un barco acercarse a más de seis millas de la playa. Separaba las islas del continente una franja de agua profunda que llegaba hasta los arrecifes verticales, donde en alguna parte, en el fondo del mar, se encontraba la boca del túnel.

—Es como Novastoshnah, pero diez veces mejor —dijo Kotik—. Vaca Marina es más lista de lo que pensaba. Los hombres no podrían entrar por debajo del arrecife, aunque llegasen hasta aquí; y los barcos se harían pedazos en los bancos de arena. Si hay un sitio seguro en todo el mar es este.

Empezó a pensar en la foca a la que había dejado en Novastoshnah y, aunque tenía prisa por regresar, exploró a fondo el nuevo territorio para poder responder a todas las preguntas que le hicieran.

Después se sumergió, buscó la boca del túnel y lo atravesó, veloz, en dirección sur. Únicamente una vaca marina o una foca serían capaces de imaginar que existía un lugar como aquel y, cuando se volvió a mirar los arrecifes, a Kotik le costó creer que hubiese estado allí.

Tardó diez días en llegar a casa, a pesar de que fue a buen ritmo. Apenas llegó a la orilla, justo por encima de la Garganta del León Marino, se encontró con la foca que lo estaba esperando. Y esta, por la expresión que vio los ojos de Kotik, supo que

por fin había encontrado su isla.

Pero los *holluschickie*, su padre y todas las demás focas se rieron de él cuando les habló de su descubrimiento, y una foca de su misma edad le dijo:

—Todo eso está muy bien, Kotik, pero no puedes presentarte así y ordenarnos que nos vayamos de estas playas. Piensa que hemos tenido que combatir por nuestras guarderías, cosa que tú nunca has hecho. Has preferido recorrer los mares.

Las demás focas se rieron, y el que así había hablado torció la cabeza a un lado y a otro. Acababa de casarse y se daba muchos aires.

—Yo no tengo descendencia por la que pelear —dijo Kotik—. Solo quiero enseñaros un sitio donde estaréis seguros. ¿De qué sirve pelear?

—Bueno, qué le vamos a hacer, si eres un cobarde —contestó el recién casado, con una risita muy poco agradable.

—¿Vendrás conmigo si gano el combate? —preguntó Kotik. Y un destello verde iluminó sus ojos, porque le disgustaba mucho pelear.

—Muy bien —contestó su rival con indiferencia—. Si ganas, iré.

No tuvo tiempo de cambiar de opinión, porque Kotik ya lo había embestido con la cabeza y había clavado los colmillos en la grasa de la garganta del contrincante. A continuación retrocedió, se apoyó en los flancos traseros y arremetió contra el adversario, le hizo perder el equilibrio y lo derribó. Entonces, con un rugido, se dirigió a las demás focas:

—Me he portado como una buena foca estos cinco años. He encontrado la isla en la que estaréis a salvo, pero parece que no me creeréis si no os arranco la cabeza. Ahora os voy a enseñar. ¡Fijaos bien!

Limmershin me dijo que nunca, en su vida —y eso que él ve pelear a diez mil focas adultas todos los años—, que nunca en toda su vida había visto nada semejante al ataque de Kotik. Se lanzó contra la foca más grande que le salió al paso, la agarró del gaznate, la ahogó y la aporreó hasta que suplicó clemencia, y después la tiró por ahí y se fue a atacar a la siguiente. Kotik nunca había pasado cuatro meses de ayuno, como hacían las focas adultas todos los años, estaba en una excelente forma física, gracias a sus viajes, y, lo mejor de todo, era la primera vez que combatía. Sus crines blancas y rizadas se erizaron de furia; sus ojos echaban chispas y sus colmillos refulgían que daba gloria. Al ver cómo desgarraba y derribaba a las focas mayores, como si fueran fletanes, y cómo huían los jóvenes solteros por todas partes, su padre, Pescamarina, rugió:

—A lo mejor está chalado, pero ¡es el mejor luchador que se ha visto en las playas! No te enfrentes con tu padre. ¡Estoy contigo, hijo mío!

Kotik lanzó un rugido por respuesta y Pescamarina echó a andar como un pato, con los bigotes de punta, resoplando como una locomotora mientras Matkah y la foca con la que Kotik iba a casarse se encogían de admiración ante los varones de su familia. Fue un combate magnífico en el que padre e hijo pelearon mientras hubo una foca que se atreviese a levantar la cabeza, y, cuando ya no quedó ninguna, desfilaron

juntos por la playa, entre aullidos, con aire majestuoso.

Esa noche, cuando las luces del norte comenzaron a parpadear y destellar entre la niebla, Kotik trepó a una roca pelada y desde allí contempló las guarderías dispersas por la playa y a sus rivales desgarrados y ensangrentados.

—Ya habéis aprendido la lección —dijo.

—¡Por mis bigotes! —exclamó Pescamarina, irguiéndose con dificultad, pues lo habían vapuleado de lo lindo—. Ni la mismísima Ballena Asesina los habría despedazado mejor. Hijo, estoy orgulloso de ti, y lo que es más: iré contigo a tu isla, si es que de verdad existe.

—Escuchad, cerdos de los mares. ¿Quién viene conmigo al túnel de las vacas marinas? Contestad, si no queréis que os dé otra lección —bramó Kotik.

Un murmullo, parecido al rumor del oleaje, recorrió las playas de extremo a extremo.

—Iremos contigo —respondieron miles de voces fatigadas—. Seguiremos a Kotik, la foca blanca.

Kotik hundió entonces la cabeza entre los hombros y cerró los ojos con orgullo. Ya no era una foca blanca, sino roja, de la cabeza a la cola. De todos modos, no habría consentido que le mirasen o le tocasen una sola de sus heridas.

Una semana más tarde, a la cabeza de su ejército (cerca de diez mil focas entre solteras y adultas), Kotik emprendía el viaje al túnel de las vacas marinas. Las focas que decidieron quedarse en Novastoshnah pensaban que quienes seguían a Kotik eran idiotas. Pero la primavera siguiente, cuando ambos grupos se encontraron en los bancos de pesca del Pacífico, los seguidores de Kotik contaron historias fabulosas de las nuevas playas, al otro lado del túnel de las vacas marinas, y cada vez más focas empezaron a irse de Novastoshnah. Como es lógico, esto no ocurrió de golpe, porque las focas no son muy listas y necesitan mucho tiempo para entender las cosas, pero cada año eran más las que cambiaban las guarderías de Novastoshnah, Lukannon y otros lugares por las apacibles y seguras playas en las que Kotik pasa todos los veranos, cada año más grande, más gordo y más fuerte, mientras los *holluschickie* retozan a su alrededor en aquel mar al que no llega ningún hombre.

LUKANNON

A modo de triste himno nacional de las focas

Esta mañana vi a mis camaradas (¡yo soy ya viejo!) entre las rocas
rugiendo allí donde en verano se levantan las olas.
Todos juntos, a coro, entonaron el canto que ahoga el rumor del mar.
Dos millones de voces oí en las playas de Lukannon tronar.

Hablaba su canción de plácidos refugios a la orilla de salobres lagunas.
Hablaba de feroces escuadrones que corren y retozan por las dunas.
Hablaba de esas danzas, en la noche, cuando las olas giran como llamas.
Antes de que llegaran los cazadores de focas, ¡así eran estas playas!

Esta mañana vi a mis camaradas (¡ya no volveré a verlos!).
Cual legiones que tomaban la playa, la costa oscureciendo.
Se revolcaban unos en las olas, y jugaban los otros en la orilla,
y con su canto a los recién llegados daban la bienvenida.

Con sus altos trigales en invierno: Lukannon y sus playas,
sus líquenes rizados y esa niebla del mar que todo lo empapa.
Sus suaves toboganes de reluciente roca: Lukannon y sus playas.
Eran nuestro patio de juego y son nuestra casa.

Esta mañana vi a mis camaradas, dispersos, aterrados.
Muchos hombres venían, con rifles y con palos.
Idiotas, los seguimos hasta los mataderos, como ovejas,
sin olvidar cómo era Lukannon antes de que vinieran.

Rumbo al sur, gooverooska*. ¡Alza el vuelo, golondrina!*
Y cuenta nuestras penas a los virreyes del mar.
Vacías, como el huevo del tiburón que el temporal arrastra,
pronto sin sus hijos quedarán estas playas.

Riki-tiki-tavi

Escondido en su agujero
Ojos Rojos llama a Piel Arrugada:
«¡Sube, Cobra, y bailemos de la muerte la danza!».
Fijamente se miran.
(En guardia, Cobra).
Esto terminará con tu muerte o la mía.
(Cuando gustes, Cobra).
Se retuercen, forcejean.
(Corre a tu escondite, Cobra).
¡Ja! ¡La serpiente flaquea!
(Ay de ti, Cobra).

Os contaré la historia de la gran guerra que Riki-tiki-tavi libró solo, en los cuartos de baño del gran *bungalow* del acantonamiento de Segowlee. Darzee, el sastrecillo común, le prestó ayuda, y Chuchundra, la rata almizclera, a quien nunca se ve en el centro del suelo, sino pegada a las paredes, le dio su consejo, pero fue Riki-tiki-tavi quien riñó el combate.

Era una mangosta, de pelaje y cola bastante parecida a un gatito, pero de cabeza y costumbres como una comadreja. Tenía los ojos y la punta del hocico, que nunca estaba quieto, de color sonrosado. Podía rascarse en cualquier parte del cuerpo con cualquier pata, delantera o trasera. Podía levantar la cola e hincharla como un plumero, y se deslizaba por la hierba lanzando su grito de guerra: *¡Rik-tik-tiki-tiki-chik!*

Un día, en mitad del verano, una crecida del río se lo llevó de la madriguera donde vivía con su padre y su madre, y lo arrastró, cloqueando y pataleando, hasta una zanja del camino. Allí encontró un penacho de hierba flotante y se agarró a él hasta que perdió el sentido. Cuando volvió en sí estaba tumbado, a pleno sol, en mitad de la avenida de un jardín, muy mal cuidado por cierto, y un niño estaba diciendo:

—Aquí hay una mangosta muerta. Vamos a enterrarla.

—No —dijo su madre—. Llévala dentro y sécala. A lo mejor no está muerta.

Lo llevaron a la casa, donde un hombre grandote lo cogió entre el pulgar y el índice y anunció que no estaba muerto sino medio ahogado. Y así, lo envolvieron entre algodones y lo acercaron al fuego para que se calentara. Riki-tiki-tavi abrió los ojos y estornudó.

—Ahora —dijo el hombre (era inglés, y acababa de mudarse al *bungalow*)— no la asustéis. A ver qué hace.

Asustar a una mangosta es la cosa más difícil del mundo, porque se deja llevar por la curiosidad hasta extremos insospechados. El lema de estos animalitos es «Corre y descubre», y Riki-tiki-tavi era una auténtica mangosta. Miró los algodones, decidió que no eran comestibles, correteó por toda la mesa, se sentó, se atusó la piel, se rascó y subió de un salto al hombro del niño.

—No te asustes, Teddy —le dijo su padre—. Es su manera de hacer amigos.

—¡Au! Me está haciendo cosquillas debajo de la barbilla —dijo Teddy.

Riki-tiki miró entre el cuello y la clavícula del niño, le olisqueó la oreja, bajó al suelo y se sentó a frotarse la nariz.

—¡Madre mía! —exclamó la madre de Teddy—. Y ¿esto es un animal salvaje? Supongo que es tan mansa porque la hemos tratado bien.

—Las mangostas son así —contestó su marido—. Si Teddy no la coge de la cola o la encierra en una jaula, se pasará el día correteando por la casa. Vamos a darle algo de comer.

Le dieron un trocito de carne cruda. A Riki-tiki le gustó muchísimo y, cuando terminó de tomársela, salió al porche y se sentó al sol, hinchando su pelaje para que se le secaran las raíces. Entonces se sintió mejor.

«Hay más cosas por descubrir en esta casa —se dijo— que las que mi familia podría descubrir en toda su vida. Me quedaré a descubrirlas».

Pasó el día merodeando por el *bungalow*. Estuvo a punto de ahogarse en las bañeras; metió el hocico en el tintero de un escritorio y se lo quemó con la punta del cigarro del hombre grandote cuando se acercó para ver cómo escribía. Por la noche se coló en la habitación de Teddy para ver cómo encendían las lámparas de queroseno, y, cuando el niño se fue a la cama, Riki-tiki se acostó con él; pero era un compañero muy inquieto, porque cada vez que se oía un ruido tenía que levantarse y ver de dónde venía, y así toda la noche sin parar. Los padres de Teddy se asomaron a ver a su hijo antes de acostarse y vieron a Riki-tiki despierto, sentado en la almohada.

—Eso no me gusta —dijo la madre de Teddy—. Podría morderlo.

—No lo morderá —replicó el padre—. Teddy está más a salvo con este animalito que con un perro guardián. Si entrara una serpiente en su dormitorio…

Pero la madre de Teddy no quiso ni pensar en algo tan horroroso.

Por la mañana temprano Riki-tiki bajó a desayunar al porche instalado en el hombro de Teddy. Le dieron plátano y un poco de huevo cocido y fue pasando por los regazos de todos, porque el sueño de toda mangosta bien educada es convertirse en mascota algún día y tener una casa grande por la que corretear. Y a Riki-tiki, su madre (que había vivido en la casa del general de Segowlee) le había explicado con mucho cuidado lo que tenía que hacer si alguna vez se encontraba con los hombres blancos.

Riki-tiki salió luego al jardín para descubrir todo lo que allí hubiera. Era un jardín grande, a medio cultivar, con matas de rosales del mariscal Niel grandes como cabañas; naranjos, limeros, bambúes y matorrales de altas hierbas. Riki-tiki se

relamió. «Esto es un coto de caza estupendo», dijo, y solo de pensarlo se le hinchó la cola como un plumero. Empezó a corretear por todas partes, olisqueando aquí y allá, hasta que oyó unas voces muy tristes en un espino. Eran Darzee, el sastrecillo, y su mujer. Habían construido un nido precioso, uniendo dos hojas grandes y cosiéndolas con fibras por los bordes, y lo habían rellanado con algodón y plumas. Estaban llorando en el borde del nido, que se movía de un lado a otro.

—¿Qué pasa? —preguntó Riki-tiki.

—Estamos muy tristes —dijo Darzee—. Uno de nuestros hijitos se cayó ayer del nido y Nag se lo comió.

—¡Vaya! Lo siento mucho. Pero soy forastero. ¿Quién es Nag?

Darzee y su mujer se encogieron en el nido, sin contestar, pues entre las hierbas, a los pies de los arbustos, se oyó un siseo suave: un ruido escalofriante que hizo a Riki-tiki dar un salto hacia atrás de medio metro. Luego, centímetro a centímetro, fue asomando de la hierba la cabeza y la capucha de Nag, una enorme cobra negra que medía un metro y medio de la lengua a la cola. Cuando ya había levantado del suelo una tercera parte del cuerpo, se quedó balanceándose adelante y atrás, exactamente igual que el penacho de un diente de león con el viento, y miró a Riki-tiki con esos ojos malvados que tienen las serpientes, unos ojos que jamás cambian de expresión, ya esté la serpiente pensando una cosa u otra.

—¿Quién es Nag? —repitió la cobra—. Yo soy Nag. El gran dios Brahma dejó su marca en todas nosotras, cuando la primera cobra desplegó su capucha para protegerlo del sol mientras dormía. ¡Mira y témeme!

Abrió su capucha más que nunca, y Riki-tiki vio la espléndida marca que tenía detrás, idéntica a un corchete. Al principio se asustó, pero es imposible que a una mangosta el susto le dure mucho tiempo y, aunque era la primera vez que tenía delante una cobra, su madre le había dado cobras muertas, y sabía que el deber de una mangosta adulta era pelear con las serpientes y comérselas. Nag también lo sabía y, en lo más hondo de su frío corazón, tenía miedo.

—Bueno —dijo Riki-tiki, y su cola empezó a hincharse otra vez—. Con marcas o sin ellas, ¿te parece bonito comerte a los pajaritos que se caen del nido?

Nag estaba pensando, atento al más leve movimiento en la hierba por detrás de Riki-tiki. Sabía que una mangosta en el jardín significa, tarde o temprano, la muerte de una cobra y de su familia, pero quería que Riki-tiki bajase la guardia, y así agachó un poco la cabeza y la movió hacia un lado.

—Hablemos —dijo—. Tú comes huevos. ¿Por qué yo no puedo comer pájaros?

—¡Detrás de ti! ¡Mira detrás de ti! —avisó Darzee.

Riki-tiki sabía que era mejor no perder el tiempo mirando. Saltó por los aires lo más alto que pudo y la cabeza de Nagaina, la malvada mujer de Nag, pasó zumbando por debajo de él. Se le había acercado sigilosamente por detrás, con intención de acabar con su vida, y Riki-tiki oyó el fiero siseo al errar el ataque. Aterrizó casi encima de la cobra y, si hubiera sido una mangosta mayor, habría sabido que aquel

era el momento de romperle la espalda de un mordisco; pero tenía miedo del tremendo latigazo con que respondería la serpiente. Mordió, sí, pero no lo suficiente, y luego esquivó la sacudida de la cola, dejando a Nagaina herida y furiosa.

—¡Malvado Darzee! ¡Malvado! —exclamó Nag, estirándose todo él para alcanzar el nido en el espino, pero Darzee lo había construido fuera del alcance de las serpientes, y la cobra solo pudo balancearlo.

Riki-tiki notó que los ojos se le ponían rojos y calientes (cuando a una mangosta se le ponen los ojos rojos es porque está enfadada), y se sentó apoyado en la cola y las patas traseras, como un cangurito, mirando a todas partes y temblando de ira. Pero Nag y Nagaina se habían escondido entre la hierba. Cuando una serpiente yerra en su ataque, nunca dice nada ni da la menor muestra de lo que se propone hacer a continuación. Riki-tiki prefirió no seguirlas, pues no estaba seguro de poder con dos serpientes a la vez, y así, se alejó trotando hasta el camino de gravilla que había cerca de la casa y una vez allí se sentó a pensar. La situación era muy grave. Si leéis los libros antiguos de historia natural, veréis que dicen que, cuando una mangosta se enfrenta con una serpiente y recibe un mordisco, se va corriendo a comer una hierba curativa. Pero eso no es verdad. La victoria es cuestión de velocidad de los ojos y de los pies —la embestida de la serpiente frente al salto de la mangosta—, y, como no hay ojo capaz de seguir el movimiento de la cabeza de una serpiente cuando lanza su ataque, las cosas se vuelven mucho más increíbles que si intervinieran unas hierbas mágicas. Riki-tiki sabía que era una mangosta joven, y estaba aún más orgulloso de haber esquivado un ataque por la espalda. Esto le dio confianza y, cuando Teddy bajó corriendo por el camino, Riki-tiki estaba dispuesto a dejarse mimar. Justo cuando el niño empezaba a inclinarse, algo se retorció en el polvo, y una vocecilla dijo: «¡Ten cuidado! ¡Soy la muerte!». Era Karait, la serpiente de color marrón que acecha en el polvo y la tierra, cuya mordedura es tan peligrosa como la de la cobra. Como es tan pequeña, nadie se acuerda de ella, y al final hace más daño a las personas.

A Riki-tiki se le volvieron a poner los ojos rojos, y se acercó a Karait bailoteando, con ese balanceo tan peculiar que había heredado de su familia. Se trata de un movimiento muy gracioso, aunque perfectamente equilibrado, que permite a la mangosta escapar en cualquier dirección, y esto constituye una gran ventaja cuando uno tiene que vérselas con serpientes. Lo que Riki-tiki no sabía es que aquello era mucho más peligroso que combatir con Nag, porque Karait era tan pequeña y se daba la vuelta a tal velocidad que solo si la mordía cerca del pescuezo evitaría que el latigazo de la serpiente le alcanzara en el ojo o en la boca. Pero Riki no lo sabía. Tenía los ojos completamente enrojecidos, y empezó a balancearse adelante y atrás, buscando el mejor sitio para hincar el diente. Karait se lanzó contra él. La mangosta saltó a un lado y trató de escapar, pero la malvada cabeza polvorienta y gris pasó rozando el hombro de Riki, que tuvo que saltar por encima de la serpiente, mientras la boca de esta seguía de cerca sus talones.

Teddy empezó a gritar:

—¡Venid! ¡Mirad! Nuestra mangosta está matando una serpiente.

Y Riki-tiki oyó el chillido de la madre de Teddy. Su padre se acercó corriendo, armado con un palo, pero, en lo que tardó en llegar, Karait ya había embestido una vez, aunque demasiado lejos, y Riki-tiki se había subido de un salto a la espalda de la serpiente, había metido la cabeza entre las patas delanteras todo lo que pudo, había mordido a Karait lo más cerca posible de la cabeza y había huido. El mordisco paralizó a la serpiente, y ya iba Riki a comérsela por la cola, como era costumbre en su familia, cuando recordó que una mangosta con la tripa llena se vuelve muy lenta, y necesitaba conservar toda su fuerza y su velocidad. Fue a revolcarse en el polvo, debajo de la matas de aceite de ricino mientras el padre de Teddy apaleaba a la serpiente muerta. «¿De qué sirve eso? —pensó Riki—. He sido yo quien lo ha solucionado». Y entonces la madre de Teddy lo cogió del suelo y lo acarició, mientras lloraba y decía que había salvado a Teddy de la muerte; y su marido contestaba que era un milagro; y el niño miraba a sus padres con ojos grandes y asustados. A Riki-tiki le hizo mucha gracia tanto alboroto, que, como es lógico, no entendía. La madre de Teddy lo mismo podía haberle acariciado por jugar en la tierra. Riki lo estaba pasando en grande.

Esa noche, en la cena, mientras correteaba entre las copas de vino, tuvo la oportunidad de darse un atracón de cosas ricas, pero se acordó de Nag y de Nagaina y, aunque era muy agradable dejarse acariciar y mimar por la mamá de Teddy, y sentarse en el hombro del niño, de vez en cuando se le encendían los ojos y lanzaba su largo grito de guerra: *¡Rik-tik-tiki-tiki-chik!*

Teddy se fue a la cama y se empeñó en que Riki durmiera debajo de su barbilla. La mangosta era demasiado educada para morderlo o arañarlo, pero, en cuanto el niño se quedó dormido, se fue a hacer su ronda nocturna por la casa y en la oscuridad tropezó con Chuchundra, la rata almizclera, que andaba pegada a las paredes. Chuchundra es un animalito muy triste. Se pasa la noche gimiendo y dando grititos, decidiendo si se atreve o no a correr por el centro de las habitaciones, pero nunca se atreve.

—No me mates —dijo Chuchundra, casi llorando—. ¡No me mates, Riki-tiki!

—¿Tú crees que alguien que mata serpientes va a matar a una rata almizclera? —contestó Riki-tiki con desdén.

—Quienes matan serpientes acaban muriendo por culpa de una serpiente —replicó Chuchundra, con su voz más lastimera—. ¿Cómo puedo estar segura de que Nag no me confundirá contigo en una noche oscura?

—No hay ningún peligro, porque Nag está en el jardín, y yo sé que tú nunca sales de casa —dijo Riki.

—Mi prima Chua, la rata, me dijo que… —empezó Chuchundra, pero no terminó la frase.

—¿Qué te dijo?

—Chsss. Nag está en todas partes, Riki-tiki. Tendrías que haber hablado con

Chua en el jardín.

—Pero, como no he hablado, tendrás que decírmelo tú. ¡Vamos, Chuchundra, dímelo o te muerdo!

Chuchundra se sentó y rompió a llorar hasta que las lágrimas le rodaron por los bigotes.

—Soy muy desgraciada —sollozó—. Nunca he tenido valor para correr por el centro de las habitaciones. ¡Chst! No puedo decirte nada. ¿No oyes eso, Riki-tiki?

Riki-tiki aguzó el oído. La casa estaba en completo silencio, pero le pareció oír un rasgueo muy leve, un ruido tan suave como el de una avispa al andar por el cristal de una ventana: el roce seco de las escamas de una serpiente en los ladrillos.

«Es Nag o Nagaina —se dijo—. Y está entrando por el desagüe del cuarto de baño».

—Tienes razón, Chuchundra. Ojalá hubiera hablado con Chua.

Se acercó a hurtadillas al cuarto de baño de Teddy, pero allí no había nada, y después al cuarto de baño de su madre. A los pies de la pared de yeso había un ladrillo levantado que servía de desagüe, y, rodeando con sigilo el zócalo de ladrillo en el que estaba encajada la bañera, Riki-tiki oyó cuchichear a Nag y Nagaina al otro lado, a la luz de la luna.

—Cuando no quede nadie en la casa —le decía Nagaina a su marido—, esa mangosta se tendrá que ir, y entonces el jardín volverá a ser nuestro. Entra sin hacer ruido, y recuerda que ese grandullón que mató a Karait es el primero al que tienes que morder. Después ven a contármelo, y entre los dos cazaremos a Riki-tiki.

—Pero ¿estás segura de que ganaremos algo matando a la gente? —dijo Nag.

—Todo. Si aquí no viviera nadie, ¿tendríamos una mangosta? Mientras la casa esté vacía tú y yo seremos el rey y la reina del jardín. Además, ten en cuenta que, cuando se abran los huevos que hemos puesto en el melonar (y eso puede ser mañana mismo), nuestros hijos necesitarán espacio y tranquilidad.

—No había pensado en eso —contestó Nag—. Iré, pero no hace falta que vayamos a cazar a Riki-tiki más tarde. Mataré si puedo al hombre, a la mujer y al niño, y saldré sin hacer ruido. Entonces la casa se quedará vacía y Riki-tiki se irá por su propio pie.

Riki tembló de rabia y de odio al oír estas palabras y, poco después, vio asomar la cabeza de Nag por el desagüe, seguida de su metro y medio de cuerpo frío. A pesar de lo enfadado que estaba, se asustó mucho al ver a la cobra. Nag se enroscó, levantó la cabeza y escudriñó el cuarto de baño en la oscuridad, y Riki vio cómo le brillaban los ojos.

«Si lo mato aquí, Nagaina se enterará; pero, si lucho con él en el centro del suelo, todas las probabilidades estarán a su favor. ¿Qué hago?», se preguntó Riki-tiki-tavi.

Nag se balanceó adelante y atrás, y Riki oyó que bebía de la vasija más grande, la que usaban para llenar la bañera.

—Está muy buena —dijo la serpiente—. Vamos a ver, cuando mataron a Karait,

el hombre llevaba un palo. Puede ser que todavía lo tenga, pero cuando venga al baño por la mañana no llevará el palo encima. Esperaré aquí hasta entonces. ¿Me oyes, Nagaina? Esperaré aquí, al fresco, hasta que sea de día.

No hubo respuesta desde el jardín, y Riki se dio cuenta de que Nagaina se había ido. Nag se enroscó, anillo por anillo, a los pies de la vasija, y la mangosta se quedó tan quieta como si estuviera muerta. Una hora más tarde se decidió a acercarse a la vasija, músculo a músculo. Nag se había dormido y Riki le inspeccionó la espalda, buscando el mejor sitio para hincarle el diente. «Si no consigo romperle el lomo al primer salto, aún podrá pelear, y si pelea… ¡ay de ti, Riki!». Observó el grosor del pescuezo por debajo de la capucha y le pareció excesivo para sus fuerzas, mientras que, si mordía cerca de la cola, solo conseguiría enfurecer a la serpiente.

—Tiene que ser en la cabeza —concluyó—. En la cabeza, por encima de la capucha. Y una vez que la agarre ya no puedo soltarla.

Y entonces saltó. Nag tenía la cabeza ligeramente separada de la vasija, por debajo de la parte más abombada, y, antes de hundir los dientes, Riki apoyó la espalda contra el recipiente de barro para sujetarse bien. Esto le dio un segundo de ventaja que supo aprovechar al máximo. Se vio zarandeado de un lado a otro, como una rata sacudida por un perro, contra el suelo, y por los aires, en amplios círculos, pero tenía los ojos como brasas y no soltó a la serpiente mientras esta seguía dando latigazos y derribaba el vaso de latón, la jabonera y el cepillo, estrellándose contra el costado de la bañera. Riki apretaba las mandíbulas cada vez más, seguro de que Nag acabaría matándolo a golpes, pues, por el honor de su familia, prefería que lo encontrasen con los dientes bien clavados. Se sentía mareado, dolorido y roto en pedazos cuando algo estalló como un trueno justo a sus espaldas. Una ráfaga de aire caliente lo dejó sin sentido y un fuego rojo le quemó la piel. Los ruidos habían despertado al padre de Teddy, que descargó los dos cañones de una escopeta justo debajo de la capucha de Nag.

Riki-tiki seguía con los ojos cerrados, porque ahora sí estaba completamente seguro de que iba a morir; pero Nag no se movía, y el hombre cogió a Riki y dijo:

—Es la mangosta, otra vez, Alice. Este animalito nos ha salvado la vida.

La madre de Teddy, muy pálida, se acercó a ver lo que quedaba de Nag, y Riki se arrastró hasta el dormitorio de Teddy, donde pasó la otra mitad de la noche sacudiendo el cuerpo con mucha suavidad para comprobar si de verdad se había roto en cuarenta pedazos, tal como imaginaba.

A la mañana siguiente, Riki estaba entumecido, pero muy contento de sus hazañas.

—Ahora tengo que ocuparme de Nagaina, y eso será peor que cinco Nags. Además, no hay manera de saber cuándo se abrirán los huevos de los que hablaban. ¡Iré a ver a Darzee! —dijo.

Sin haber desayunado, fue corriendo al espino donde el sastrecillo entonaba a pleno pulmón un cántico triunfal. La noticia de la muerte de Nag se había propagado

por todo el jardín, pues el encargado de barrer la casa había arrojado la serpiente al montón de la basura.

—¡Estúpido penacho de plumas! —dijo Riki-tiki, muy enfadado—. ¿Te parece que es momento de cantar?

—¡Nag está muerto, está muerto, está muerto! —cantaba Darzee—. El valiente Riki-tiki lo agarró de la cabeza y ya no lo soltó. El hombre grandote apareció con el palo que echa fuego y Nag cayó en dos pedazos. Nunca más volverá a comerse a mis hijitos.

—Todo eso es verdad, pero ¿dónde está Nagaina? —dijo Riki, buscando con la mirada por todas partes.

—Nagaina se acercó al desagüe del baño y llamó a Nag —continuó Darzee—. Y Nag apareció colgado de la punta de un palo. El que barre la casa lo recogió con la punta de un palo y lo tiró al montón de la basura. ¡Cantemos por el gran Riki-tiki de ojos rojos! —Y una vez más Darzee hinchó su pecho y entonó su canto.

—¡Si pudiera alcanzar tu nido, tiraría a tus hijos! —dijo Riki-tiki—. No sabes portarte como manda la ocasión. Mientras tú estás a salvo ahí arriba, en tu nido, yo estoy en guerra aquí abajo. Deja de cantar un momento, Darzee.

—Por el gran, el hermoso Riki-tiki, dejaré de cantar —contestó Darzee—. ¿Qué ocurre, cazador de la terrible serpiente Nag?

—¿Dónde está Nagaina? Por tercera vez.

—En el montón de la basura, al lado de los establos, llorando a Nag. ¡Qué grande es Riki-tiki, la mangosta de los dientes blancos!

—¡Deja en paz mis dientes! ¿Sabes dónde ha escondido los huevos?

—En el melonar, la parte que está más cerca de la tapia, donde da el sol casi todo el día. Los escondió hace tres semanas.

—Y ¿no se te ocurrió que estaría bien contármelo? ¿En la parte que está más cerca de la tapia, has dicho?

—Riki-tiki, ¿no pensarás comerte esos huevos?

—No pienso comérmelos exactamente; no. Darzee, si tienes una pizca de sentido común irás volando a los establos, fingirás que te has roto un ala y dejarás que Nagaina te persiga hasta estos matorrales. Yo tengo que llegar al melonar y tenemos que impedir que ella me vea.

Darzee era un pajarillo con la cabeza hueca, incapaz de pensar en más de una cosa al mismo tiempo, y, como sabía que los hijos de la serpiente nacían de los huevos, igual que los suyos, al principio le pareció que no estaba bien matarlos. Pero su mujer era más juiciosa y sabía que los huevos de cobra terminan por convertirse en cobras; y así dejó a Darzee dando calor a los polluelos y entonando su cántico por la muerte de Nag, mientras ella se ausentaba del nido. Darzee se parecía mucho a un hombre en algunas cosas.

La pajarilla empezó a aletear y a lamentarse delante de Nagaina, junto al montón de la basura.

—¡Me he roto un ala! El niño de la casa me ha tirado una piedra y me la ha roto. —Y aleteó con mayor desesperación.

Nagaina levantó la cabeza.

—Tú avisaste a Riki-tiki cuando iba a matarlo —susurró—. Has elegido un mal sitio para romperte un ala. —Y se deslizó por la tierra, acercándose a la compañera de Darzee.

—¡El niño me la ha roto de una pedrada!

—Bueno, a lo mejor te consuela saber que, cuando estés muerta, le ajustaré las cuentas a ese chico. Mi marido ha aparecido en el montón de la basura esta mañana, pero antes de que caiga la noche ese niño estará tendido, muy quieto. ¿Para qué huir? Te atraparé de todos modos. ¡Mírame, idiota!

La sastrecilla sabía que no debía mirar a Nagaina, porque el terror paraliza al pájaro que mira a los ojos de una serpiente. Así, se alejó aleteando y lloriqueando, sin levantarse del suelo, y Nagaina aceleró el paso.

Riki-tiki las oyó subir por el camino desde los establos y se fue corriendo al melonar. En la tierra caliente, entre los melones, escondidos con mucha astucia, encontró veinticinco huevos del tamaño aproximado de los de una gallina de Bantam, pero recubiertos de una piel blanquecina en lugar de cáscara.

—Menos mal que he venido hoy —dijo, viendo a las cobritas enroscadas debajo de la piel, pues sabía que en el momento en que salieran del huevo, cada una de ellas podía matar a una persona o una mangosta. Mordió los huevos por la parte de arriba lo más deprisa que pudo, asegurándose de triturarlos bien, y removió la tierra varias veces para cerciorarse de que no dejaba ninguno. Cuando ya solo quedaban tres huevos y Riki empezaba a reírse para sus adentros, oyó gritar a la sastrecilla:

—Riki-tiki, Nagaina me ha seguido hasta la casa y ha subido al porche. Ven deprisa, porque tiene intención de matar.

Riki-tiki aplastó dos huevos, dio una voltereta en el melonar con el último de ellos en la boca y echó a correr a la máxima velocidad que le permitían sus patas. Teddy y sus padres estaban desayunando en el porche, pero no comían nada. Estaban petrificados, con la cara muy blanca. Nagaina se había enroscado en una estera, junto a la silla de Teddy, muy cerca de su pierna desnuda, y se balanceaba entonando su canto de victoria.

—Hijo del hombre que mató a Nag —siseó—. No te muevas. Aún no estoy preparada. Espera un poco. ¡Quedaos muy quietos, los tres! Si os movéis, atacaré; y, si no os movéis, también. ¡Ah, gente insensata que mató a mi Nag!

Teddy no apartaba los ojos de su padre, y este únicamente era capaz de susurrar:

—Quédate quieto, Teddy. No te muevas. Teddy, quédate quieto.

Entonces apareció Riki-tiki.

—Date la vuelta, Nagaina —gritó—. Date la vuelta y lucha.

—Cada cosa en su momento —contestó la cobra sin mover los ojos—. Enseguida arreglaré cuentas contigo. Mira a tus amigos, Riki-tiki. Están blancos y no se mueven.

Tienen miedo. No se atreven a moverse. Si te acercas un paso más, atacaré.

—Ve a ver tus huevos —dijo la mangosta—. Los que tienes en el melonar, cerca de la tapia. ¡Ve a verlos, Nagaina!

La serpiente dio media vuelta y vio un huevo en el suelo del porche.

—¡Arg! Dámelo.

Con los ojos inyectados en sangre, Riki-tiki sujetó el huevo entre las patas delanteras.

—¿Cuál es el precio de un huevo de serpiente? Y ¿el de una cobra joven? Y ¿el de un rey cobra? Y ¿el del último miembro de la camada? Las hormigas se están comiendo a los demás en el melonar.

Nagaina giró en redondo, olvidándose de todo por aquel último huevo, y Riki-tiki vio cómo el padre de Teddy lanzaba la mano, cogía a su hijo del hombro y lo arrastraba por encima de la mesita, entre las tazas de té, para apartarlo del alcance de Nagaina.

—¡Te he engañado! ¡Te he engañado! ¡Te he engañado! Rik-chik-chik —se rio la mangosta—. El niño está a salvo, y fui yo. Fui yo quien cogió a Nag por la capucha, ayer por la noche en el cuarto de baño. Ya estaba muerto antes de que este hombre lo partiese por la mitad. ¡Fui yo! *¡Riki-tiki-chik-chik!* Vamos, Nagaina. Ven y pelea conmigo. No serás viuda por mucho tiempo.

La cobra comprendió que había perdido la oportunidad de matar a Teddy, y vio el huevo entre las patas de la mangosta.

—Dame ese huevo, Riki-tiki. Dame ese último huevo y me iré de aquí y no volveré nunca —dijo, agachando la capucha.

—Sí, te irás y no volverás nunca. Te irás al montón de la basura, con Nag. ¡Pelea, viuda! ¡El hombre ha ido a por su escopeta! ¡Pelea!

Con los ojillos encendidos como brasas, Riki-tiki empezó a saltar alrededor de Nagaina, acercándose solo hasta donde la serpiente no podía darle alcance. Nagaina se replegó igual que el resorte de un reloj y acto seguido se lanzó contra Riki, que retrocedió de un salto. Una, dos y tres veces atacó la serpiente, estampándose la cabeza contra la estera del porche y replegándose a continuación como un muelle. Entonces Riki-tiki empezó a bailar, en círculo, y se puso detrás de Nagaina, que giró en redondo para lanzar un nuevo ataque y rozó la estera con la cola, haciendo un ruido como el de las hojas secas arrastradas por el viento.

Riki se había olvidado del huevo, que seguía en el suelo del porche. Nagaina se fue acercando poco a poco hasta que, aprovechando un momento en que Riki tomaba aire, atrapó el huevo con la boca, dio media vuelta hacia los escalones y salió disparada por la avenida del jardín, perseguida por la mangosta. Cuando una cobra intenta salvar la vida, corre a la misma velocidad con que un látigo fustiga a un caballo. Riki-tiki sabía que, si no la atrapaba, todo lo malo volvería a empezar. Fue derecho a las hierbas que crecían alrededor del espino y oyó a Darzee, que aún entonaba su estúpido canto de victoria. Pero su compañera era más lista y, al ver que

Nagaina se acercaba, alzó el vuelo desde el nido y empezó a revolotear alrededor de su cabeza. Si Darzee la hubiese ayudado, entre los dos tal vez habrían conseguido espantar a la cobra, pero esta se limitó a agachar la capucha y siguió su camino. Ese instante de retraso bastó para que, mientras Nagaina se lanzaba de cabeza al agujero en el que antes vivía con Nag, Riki alcanzara a clavarle los dientecillos blancos en la cola, de forma que la cobra lo arrastró tras ella. Muy pocas mangostas, por listas y viejas que sean, se atreverían a entrar en la madriguera de una cobra. El agujero estaba oscuro, y Riki-tiki no sabía en qué punto el túnel se ensancharía, permitiendo a Nagaina revolverse y atacarlo. La mangosta hincaba los dientes con furia y trataba de frenarse con los pies por la oscura pendiente de tierra húmeda. Cuando la hierba que ocultaba la entrada de la madriguera dejó de mecerse, se oyó decir a Darzee:

—¡Riki-tiki está perdida! Entonemos un canto fúnebre por él. ¡El valiente Riki-tiki ha muerto! Pues es seguro que Nagaina lo mata en su agujero.

Y así empezó a cantar una canción muy triste, que iba inventando sobre la marcha, pero, justo cuando llegó a la parte más conmovedora, las hierbas temblaron y Riki-tiki, cubierto de tierra, salió arrastrándose de la madriguera, pata tras pata, y se lamió los bigotes. Darzee guardó silencio y lanzó un gritito. Riki-tiki se sacudió la tierra y resopló.

—Se acabó —dijo—. La viuda no volverá a salir.

Las hormigas rojas que viven entre los tallos de las hierbas oyeron la noticia y, como un ejército, se adentraron en la madriguera para ver si la mangosta decía la verdad.

Riki se enroscó en la hierba y se quedó dormido al instante. Durmió hasta bien avanzada la tarde, porque había tenido un día muy duro.

—Ahora —dijo, cuando se despertó— volveré a la casa. Díselo al herrerillo, Darzee, para que anuncie a todo el jardín que Nagaina está muerta.

El herrerillo es un pájaro que hace un ruido idéntico al de un martillo pequeño en un cuenco de bronce, y nunca para de hacer ruido, porque es el pregonero de todos los jardines de la India y cuenta las noticias a todo el que quiera escucharlo. Mientras subía por la avenida del jardín, Riki-tiki oyó las notas con que el herrerillo empezaba siempre pidiendo atención, como una campanilla que avisa de que la comida está lista, y a continuación: «¡Din-don-toc! Nag ha muerto. ¡Don! ¡Nagaina ha muerto! ¡Din-don-toc!». Todos los pájaros del jardín empezaron a cantar, y las ranas a croar, porque Nag y Nagaina, además de huevos de pájaro, también comían huevos de rana.

Cuando Riki llegó a la casa, Teddy, su madre (que se había desmayado y aún estaba muy pálida) y su padre se asomaron a la puerta y casi lloraron al verlo; esa noche le dieron de comer todo lo que quiso, hasta que ya no pudo más, y se fue a la cama subido en el hombro del niño. Allí seguía cuando la madre de Teddy pasó a ver su hijo antes de acostarse.

—Nos ha salvado la vida, a nosotros y a Teddy —le dijo a su marido—. Es increíble. Nos ha salvado la vida.

Riki-tiki se despertó, sobresaltado, pues las mangostas tienen el sueño muy ligero.

—Ah, sois vosotros —dijo—. ¿De qué os preocupáis? Todas las cobras están muertas. Y, si no lo estuvieran, aquí estoy yo.

Riki-tiki tenía derecho a estar orgulloso, pero no dejó que el triunfo se le subiera a la cabeza y cuidó del jardín como corresponde a una mangosta, con dientes, saltos, brincos y mordiscos, hasta que ninguna cobra se atrevió a asomar la cabeza entre aquellas paredes.

CANCIÓN DE DARZEE

En honor de Riki-tiki-tavi

Sastrecillo y cantor soy
y así es doble mi alegría.
Orgulloso surco el cielo
y construyo mi casita.
Tal como tejo mi canto,
así tejo mi casita.

Canta, madre, a tus polluelos.
¡Levanta bien la cabeza!
Se acabaron nuestros males.
La muerte aquí yace muerta.
Ya nada puede el terror que se oculta entre las rosas:
¡muerto está y ya es bazofia!

¿Quién nos ha librado de él?
Vamos, decidme su nombre.
Riki, el fiel, el valiente,
Tiki, el de dientes fuertes,
Tavi, el de ojos de fuego.

Dadle, pájaros, las gracias.
Desplegad bien vuestras alas
y elogiad su gallardía.
No, ya lo haré yo, amigos míos.
De sus ojillos de fuego
y de su cola esponjosa cantaré la melodía.

(Aquí, Riki-tiki interrumpió, y el resto de la canción se ha perdido).

Tuméi, el domador de elefantes

Quiero pensar en lo que era.
Harto estoy ya de sogas y cadenas.
Aún recuerdo la fuerza que tenía
y lo bien que en la selva se vivía.
A los hombres no he de vender mi lomo,
a cambio de un puñado de alimento.
No: al bosque volveré junto a los míos.

Quiero vagar hasta que raye el día
y el alba venga a iluminar los cielos,
buscar el limpio roce de las aguas
sentir el beso puro de los vientos.
Sin miedo a nada romperé
estos grilletes que ahora ciñen mis patas:
junto a mi amor perdido correré
y junto a mis queridos camaradas.

Kala Nag, que significa Serpiente Negra, había prestado al gobierno de la India todos los servicios que un elefante puede prestar a la largo de cuarenta y siete años. Tenía veinte cuando lo capturaron, y hoy, con casi setenta, es ya un elefante maduro. Se acordaba del día en que, con una cinta de cuero sujeta en la frente, sacó un cañón hundido en el barro, y eso fue antes de la guerra afgana de 1842, cuando aún no había desarrollado plenamente su fuerza. Su madre, Rada Piari o Rada la Bonita, capturada en la misma expedición que su hijo, le explicó, antes de que le hubieran salido los colmillos de leche, que los elefantes que tienen miedo siempre terminan heridos. Él sabía que aquello era importante, pues la primera vez que vio explotar una granada, retrocedió, asustado, pisó un soporte de rifles y se pinchó con las bayonetas en sus partes más blandas. Por eso, antes de cumplir los veinticinco, Kala Nag decidió olvidarse del miedo, y así era el elefante más querido y mejor cuidado de todo el servicio del gobierno de la India. Había cargado con seiscientos kilos de tiendas de campaña en la larga marcha por el norte del país; lo habían subido a un barco, colgado de la punta de una grúa, y lo habían llevado varios días por el mar, hasta una tierra extraña y rocosa, muy lejos de la India, donde le hicieron cargar con un mortero. Había presenciado la muerte del emperador Teodoro, en Magadala, y había regresado en el mismo barco, con derecho, según los soldados, a merecer la medalla de la guerra de Abisinia. Diez años más tarde, había visto morir a otros elefantes, compañeros de servicio, de frío, epilepsia, hambre o insolación en un lugar llamado

Masyid. Después lo enviaron al sur del país, a varios miles de kilómetros, y allí tuvo que arrastrar y apilar enormes cargamentos de teca, en las serrerías de Moulmein, donde casi mata a un elefante joven e insubordinado por no cumplir con su justa parte del trabajo.

A raíz de esto lo apartaron de las serrerías y lo llevaron, con otros veinte compañeros entrenados para el mismo cometido, a capturar elefantes salvajes en los montes de Garo. El gobierno de la India toma medidas muy estrictas para la conservación de los elefantes. Cuenta con un departamento dedicado exclusivamente a capturarlos, encerrarlos y enviarlos a todos los rincones del país, según las necesidades del trabajo. Kala Nag alcanzaba los dos metros de altura en la cruz. Le cortaron los colmillos cuando llegaron a medir un metro y medio y le cubrieron las puntas con unas vitolas de cobre para evitar que se astillaran. De todos modos, era capaz de hacer con estos muñones muchas más cosas que un elefante sin adiestrar con sus colmillos afilados. Al cabo de varias semanas guiando a los elefantes desperdigados por las montañas, cuando conducían a los cuarenta o cincuenta monstruos salvajes hasta la última empalizada, y cuando el último portón de troncos se cerraba como cae una guillotina, con una sacudida a sus espaldas, Kala Nag, a una voz de mando, se adentraba en aquella confusión infernal (generalmente de noche, cuando el destello de las antorchas complicaba el cálculo de las distancias) y, seleccionando entre toda la turba el ejemplar más grande y bravo, le propinaba una paliza hasta que se tranquilizaba, mientras los hombres, a lomos de los demás elefantes, ataban con sogas a los ejemplares más pequeños. No había nada que el viejo Kala Nag, la Serpiente Negra, ignorase a la hora del combate, pues más de una vez en la vida había tenido que hacer frente al ataque de un tigre herido y, enroscando su blanda trompa para no hacerse daño, había derribado a la bestia en pleno salto de un topetazo, rápido como el movimiento de una hoz, que él mismo había inventado; después de derribarlo, lo había aplastado con sus enormes rodillas hasta que, con un suspiro y un aullido, la vida abandonaba a la fiera, convertida en un trapo a rayas que Kala Nag arrastraba de la cola.

—Sí —dijo su domador, Tuméi el Grande, hijo de Tuméi el Negro, quien lo llevó a Abisinia, y nieto de Tuméi de los Elefantes, que había estado presente en su captura —, no hay nada que la Serpiente Negra tema, aparte de a mí. Tres generaciones de nuestra familia le han dado de comer y lo han cepillado, y aún vivirá para ver una cuarta.

—De mí también tiene miedo —dijo Tuméi el Niño, que medía un metro veinte y vestía un simple taparrabos. Tenía diez años, y era el primogénito de Tuméi el Grande: de ahí que, según la costumbre, cuando creciera pasaría a ocupar el lugar de su padre en el lomo de Kala Nag, y a manejar la pesada picana de hierro, el *ankus*, que había pasado por las manos de su padre, de su abuelo y de su bisabuelo. Y es que había nacido a la sombra de Kala Nag y había jugado con la punta de su trompa antes de aprender a andar; lo había llevado al río desde que pudo sostenerse en pie, y a

Kala Nag jamás se le habría pasado por la cabeza desobedecer las órdenes que el niño le daba con su vocecilla aguda, como jamás se le habría ocurrido matarlo el día en que su padre le puso al recién nacido debajo de sus colmillos y le dijo que saludara al que sería su amo en el futuro.

—Sí —dijo Tuméi el Niño—, me tiene miedo. —Y se acercó a grandes zancadas, le llamó cerdo seboso y le hizo levantar las cuatro patas, una tras otra—. ¡Vaya! —exclamó el niño—. Eres un elefante muy grande. —Y, moviendo la sedosa cabeza, citó las palabras de su padre—: El gobierno puede pagar por los elefantes, pero son nuestros, de los *mahuts*. Cuando seas viejo, Kala Nag, vendrá algún *rajá* rico y te comprará al gobierno, por tu tamaño y tus modales, y entonces no tendrás que hacer nada más que llevar anillos de oro en las orejas, y un asiento de oro en el lomo, y un manto rojo cubierto de oro, y encabezar la procesión del rey. E iré sentado en tu lomo, Kala Nag, con un *ankus* de plata, y los hombres, armados con bastones dorados, correrán delante de nosotros, gritando: «¡Abrid paso a los elefantes del rey!». Eso será estupendo, Kala Nag, aunque no tanto como estas expediciones por la selva.

—¡Hay que ver! —dijo Tuméi el Grande—. Pareces un búfalo salvaje en vez de un chico. Esto de andar todo el día por las montañas no es precisamente el mejor servicio que puedes prestar al gobierno. Me estoy haciendo viejo, y no me gustan los elefantes salvajes. A mí que me den unos establos de ladrillo, con una caseta para cada elefante y unas buenas estacas en los que atarlos; y caminos anchos y llanos para sacarlos a hacer ejercicio, en vez de tanta expedición y tanta acampada. El cuartel de Kanpur sí que estaba bien. Había un bazar muy cerca, y solo trabajábamos tres horas al día.

Tuméi el Niño se acordó de las casetas de los elefantes de Kanpur y no dijo nada. Él prefería mil veces la vida al aire libre, y detestaba aquellos caminos anchos y llanos, ir a por hierba todos los días a la reserva de forraje, y las largas horas ociosas, viendo a Kala Nag inquieto y atado a sus cadenas. Lo que al niño le gustaba era trepar por caminos por los que solo un elefante podía subir; y descender luego a los valles profundos; y ver a los elefantes salvajes paciendo a muchos kilómetros; y oír la precipitada huida del cerdo y el pavo real entre las patas de Kala Nag; y esas templadas lluvias torrenciales que cubrían de vapor los montes y los valles; y las preciosas mañanas de bruma, cuando nadie sabía dónde acamparían para pasar la noche; la cauta y constante persecución de los elefantes salvajes; las prisas enloquecidas y el ardor y el jaleo de la última noche de viaje, cuando las bestias caían en la trampa como piedras en una avalancha y, al ver que no podían salir de la empalizada, se lanzaban contra los postes, rebotando, en mitad de una confusión de aullidos y antorchas y descargas de disparos de fogueo. Incluso un niño podía ser útil en aquella situación, y Tuméi valía por tres. Blandía su antorcha y gritaba como el que más. Pero lo mejor era cuando llegaba el momento de regresar con los elefantes, y el *keddah*, la empalizada, parecía un escenario del fin del mundo, y los hombres

tenían que hacerse señales los unos a los otros, porque no se oían con tanto ruido. Tuméi el Niño trepaba a lo alto de la temblorosa empalizada, con su pelo castaño, quemado por el sol, revoloteando alrededor de los hombros, como un duende a la luz de las antorchas; y, cuando había un momento de calma, se oía su voz aguda animando a Kala Nag entre los bramidos, los golpes, el chasquido de las cuerdas y los gruñidos de los elefantes atados. «*Mail, mail, Kala Nag!* (¡Vamos, vamos, Serpiente Negra!) *Dant du!* (¡Clávale el colmillo!) *Somalo! Somalo!* (¡Cuidado, cuidado!) *Maru! Mar!* (¡Dale, dale!) ¡Cuidado con el poste! ¡Arre! ¡Arre! ¡Epa!!», gritaba. Y, mientras Kala Nag libraba su gran combate con el elefante salvaje de un lado a otro del *keddah*, los viejos domadores se secaban el sudor de los ojos y encontraban la ocasión para inclinar la cabeza en reconocimiento a Tuméi el Niño, que se retorcía de alegría encaramado en la empalizada.

Pero una noche hizo algo más que retorcerse de alegría: se deslizó desde lo alto de un poste y se escabulló entre los elefantes para coger la punta de una soga que se había caído y dársela al domador que intentaba atar de la pata a un elefante muy joven que no paraba de patalear (las crías siempre dan más problemas que los animales adultos). Kala Nag vio al niño, lo cogió con la trompa y se lo entregó a su padre, que le dio un bofetón y volvió a sentarlo en la empalizada. A la mañana siguiente Tuméi el Grande reprendió a su hijo.

—¿No te basta con cuidar de los elefantes en los establos y cargar con las tiendas de campaña? —le dijo—. ¿Por qué tienes que ir a cazar elefantes por tu cuenta, si no sabes? Ahora, esos cazadores imbéciles a los que pagan menos que a mí se lo habrán contado a *sahib* Petersen.

El niño se asustó. No conocía bien a los hombres blancos, pero *sahib* Petersen era para él el hombre blanco más importante del mundo. Era el jefe de todas las operaciones que se hacían en el *keddah*, el que capturaba a todos los elefantes para el gobierno de la India y conocía mejor que nadie a estos animales.

—Y ¿qué… qué pasará? —preguntó Tuméi el Niño.

—¿Qué pasará? Pues puede pasar lo peor. *Sahib* Petersen está loco. ¿Crees que si no lo estuviera andaría por aquí cazando a estas bestias salvajes? Incluso podría obligarte a cazar elefantes, y tendrías que dormir en cualquier parte de esa selva plagada de fiebres, hasta que murieras pisoteado en un *keddah*. Menos mal que esta locura ha terminado bien. La semana que viene se habrá acabado la campaña, y los que vivimos en las llanuras podremos volver a casa. Por fin iremos por caminos llanos y nos olvidaremos de esta expedición. Pero, hijo, me disgusta que te entrometas en los asuntos de esta gentuza de las selvas de Assam. Kala Nag no obedecerá a nadie más que a mí y tendré que entrar con él en el *keddah*; pero él es un elefante de combate, y no sirve para atar a los demás. Por eso yo me siento tranquilamente, como corresponde a un *mahut*… no a un simple trampero, sino a un *mahut*, digo… y a un hombre que recibirá una pensión por sus años de servicio. ¿Estaría bien que un miembro de la familia de los Tuméi, domadores de elefantes,

terminara pisoteado en el *keddah*? ¡Eres un mal hijo! ¡Un hijo malvado! ¡Un inútil! Ve a bañar a Kala Nag y lávale bien las orejas. Y mira si se la ha clavado alguna espina en las plantas. Si no haces lo que te digo, *sahib* Petersen te cogerá y te convertirá en un cazador salvaje, en un rastreador de elefantes. ¡Bah! ¡Qué vergüenza! ¡Vete!

El niño se fue sin decir palabra, pero le contó sus penas a Kala Nag mientras le inspeccionaba las plantas.

—Da igual —levantando la enorme oreja derecha del elefante—. Ya le han dicho mi nombre a *sahib* Petersen y quizá… quizá… quizá… ¿Quién sabe? ¡Eh! ¡Mira qué espina tan grande te he sacado!

Los días siguientes los pasaron reuniendo a los elefantes, mezclando a los ejemplares salvajes con otros domesticados para que no diesen demasiados problemas en el camino de vuelta a las llanuras, y recogiendo las mantas, sogas y otros enseres rotos u olvidados en la selva. *Sahib* Petersen llegó con su elefanta, Pudmini, un ejemplar muy inteligente. Ya había pagado a los trabajadores de los otros campamentos de las montañas, pues la expedición tocaba a su fin, y lo acompañaba un empleado que instaló una mesa debajo de un árbol para dar su jornal a los *mahuts*. Cada cual recogía su dinero, volvía con su elefante y se sumaba a la fila que ya estaba preparada para ponerse en marcha. Los tramperos, cazadores y rastreadores, los hombres del *keddah* que pasaban en la selva uno de cada dos años, montaban los elefantes que integraban las tropas permanentes de *sahib* Petersen o, apoyados en los árboles con las armas cruzadas en el pecho, se burlaban de los *mahuts* y se reían cuando alguno de los elefantes recién capturados rompía la soga y se escapaba. Tuméi el Grande se acercó al empleado seguido de su hijo, y Machua Appa, el jefe de los rastreadores, le dijo a un amigo en voz baja:

—Ese chico tiene buena mano para los elefantes. Es una lástima que un polluelo como él se pudra en las llanuras.

Sahib Petersen tenía oídos en todas partes, como corresponde a quien acecha al más silencioso de todos los seres vivos: el elefante salvaje. Volviéndose en el lomo de Pudmini, donde estaba tranquilamente acostado, dijo:

—¿De qué hablas? No sé de un solo hombre entre los *mahuts* de las llanuras con talento suficiente para encordar siquiera a un elefante muerto.

—No es un hombre; es un niño. El otro día se metió en el *keddah* y le lanzó la soga, aquí a Barmao, cuando intentábamos separar de su madre a esa cría que tiene una mancha en los hombros.

Y dicho esto, Machua Appa señaló a Tuméi el Niño. *Sahib* Petersen lo miró y el pequeño hizo una reverencia hasta que rozó el suelo con la cabeza.

—¿Dices que lanzó la soga? Pero ¡si es más pequeño que un alfiler! ¿Cómo te llamas, chico? —preguntó *sahib* Petersen.

Tuméi no podía hablar, tan asustado estaba; pero tenía detrás a Kala Nag, y le hizo una señal con la mano para que lo levantase con la trompa y lo pusiera a la altura

de la frente de Pudmini, delante de *sahib* Petersen. Entonces escondió la cara entre las manos, porque no era más que un niño y, menos con los elefantes, era muy vergonzoso con todo el mundo.

—¡Ajá! —dijo *sahib* Petersen, sonriendo por debajo del bigote—. Y ¿para qué has enseñado a tu elefante ese truco? ¿Para robar el maíz verde de los tejados de las casas cuando ponen a secar las mazorcas?

—El maíz verde no, protector de los pobres. Los melones —contestó el niño.

Y todos los hombres que estaban cerca estallaron en una carcajada. La mayoría de los presentes había enseñado el mismo truco a sus elefantes en su niñez. Tuméi estaba a casi dos metros del suelo, aunque lo que quería en ese momento era estar a dos metros bajo tierra.

—Es mi hijo Tuméi, *sahib* —dijo su padre, con cara de pocos amigos—. Es muy mal chico, y terminará en prisión, *sahib*.

—Eso lo dudo —contestó *sahib* Petersen—. Un chico que a su edad es capaz de meterse en un *keddah* no termina en prisión. Ten, pequeño, aquí tienes cuatro *annas*, para que compres caramelos, porque tienes una buena cabecita debajo de esa mata de pelo. Con el tiempo, tú también podrás ser cazador. —Tuméi el Grande torció el gesto más que nunca—. Pero recuerda que el *keddah* no es un sitio para jugar —continuó *sahib* Petersen.

—¿No puedo volver a entrar, *sahib*? —preguntó el niño, con la voz entrecortada.

—Sí —dijo, *sahib* Petersen, sonriendo una vez más—. Cuando hayas visto la danza de los elefantes. Entonces será el momento. Ven a verme cuando hayas visto la danza de los elefantes, y te dejaré participar en todas las expediciones.

Se oyó otra carcajada, porque lo que estaba diciendo *sahib* era una broma muy antigua entre los buscadores de elefantes, y significaba sencillamente nunca. Ocultos en la selva hay grandes claros a los que llaman salones de baile de los elefantes, pero muy rara vez alguien los ve, por pura casualidad, y nadie ha visto jamás la danza de los elefantes. Cuando un domador presume de su habilidad y su valentía, los demás le dicen: «Y tú ¿cuándo has visto la danza de los elefantes?».

Kala Nag dejó en el suelo a Tuméi, que hizo otra reverencia y se marchó con su padre. Le dio la moneda de cuatro *annas* a su madre, que estaba cuidando de su hermanito, y los cuatro subieron a lomos de Kala Nag para sumarse a la recua de elefantes que, entre protestas y barritos, emprendió el camino de las llanuras. La marcha estaba muy animada con los nuevos elefantes, incordiaban cada vez que había que cruzar un vado, y cada dos por tres había que convencerlos o fustigarlos.

Tuméi el Grande picó a Kala Nag con rencor, porque estaba muy enfadado, pero el niño estaba tan contento que no dijo nada. *Sahib* Petersen se había fijado en él y le había dado una moneda, y se sentía como un soldado raso al que su comandante en jefe llama a dar un paso al frente en la formación para elogiarlo.

—¿Qué es eso de la danza de los elefantes que ha dicho *sahib* Petersen? —le preguntó por fin a su madre, en voz baja.

Su padre lo oyó y contestó con un gruñido.

—Que tú nunca serás uno de esos rastreadores que parecen búfalos de las montañas. Eso ha querido decir. Eh, los de delante, ¿por qué no avanzáis?

Uno de los guías de Assam, que iba dos o tres elefantes por delante, volvió la cabeza y gritó, enfadado:

—Trae a Kala Nag. Que venga a enseñar modales a este jovencito. ¿Por qué me habrá escogido *sahib* Petersen precisamente a mí para guiar a este atajo de burros de los arrozales? Ven aquí con tu elefante, Tuméi. Ponte al lado para que pique a este con los colmillos. ¡Por todos los dioses de las montañas, estos elefantes nuevos están poseídos! O eso o es que huelen a los compañeros que han dejado en la selva.

Kala Nag picó al elefante nuevo en las costillas y le bajó los humos.

—No hemos dejado ni un solo elefante salvaje en las montañas en la última batida —dijo Tuméi el Grande—. La culpa es tuya, que no sabes guiar. ¿Voy a tener que ocuparme yo de toda la recua?

—¿Lo habéis oído! *¡No hemos dejado!* ¡Ja, ja! Sois muy listos, la gente de las llanuras. Cualquiera que no tenga serrín en la cabeza y haya visto la selva alguna vez sabe que ellos saben que los guías están agotados al final de la campaña. Por eso, esta noche, los elefantes salvajes… Pero ¿por qué pierdo el tiempo enseñando a una tortuga de río?

—¿Qué harán? —preguntó Tuméi el Niño.

—¡Ah, pequeño! ¿Estás ahí? Bueno, a ti te lo diré, porque tienes la cabeza fría. Se pondrán a bailar. Y tu padre, que no ha dejado ni un solo elefante salvaje en las montañas, tendrá que amarrarlos esta noche con doble soga.

—¿De qué estás hablando? —protestó Tuméi el Grande—. Padres e hijos llevamos cuarenta años cuidando de los elefantes y nunca hemos oído esas pamplinas de que bailan.

—Sí, pero es que la gente de las llanuras como tú no conoce más que las cuatro paredes de su choza. Tú deja sueltos a tus elefantes esta noche y ya verás. Y lo del baile yo lo he visto en… *Bapree bap!* (¡Ay, mi padre!). ¿Cuántos meandros tiene el río Dihan? Ya hemos llegado a otro vado y vamos a tener que meternos hasta las rodillas. Los de atrás, no os mováis.

Y así, hablando y riñendo y chapoteando en los ríos, hicieron la primera etapa del camino, hasta una especie de campo de acogida de los nuevos elefantes, aunque mucho antes de llegar ya habían perdido la paciencia.

Ataron a los elefantes de las patas traseras a grandes tocones de árbol, a los nuevos con doble soga, y les pusieron delante su ración de forraje. Con la luz de la tarde, los guías de las montañas volvieron con *sahib* Petersen, recordando a los de las llanuras que tuvieran especial cuidado esa noche, y riéndose cuando estos quisieron saber por qué.

Tuméi el Niño se ocupó de la cena de Kala Nag y, cuando ya caía la noche, fue a dar una vuelta por el campamento, sintiendo una alegría indescriptible, en busca de

un tam-tam. Cuando un niño indio está completamente feliz no le da por corretear y alborotar como hacen otros niños. Se sienta, a solas, y se entrega a una especie de ensoñación. Y a Tuméi ¡le había hablado *sahib* Petersen! Si no hubiera encontrado lo que quería se habría puesto enfermo. Pero el vendedor de golosinas le prestó un tam-tam —un tambor que se toca con la palma de la mano—, y, cuando las estrellas empezaron a lucir en el cielo, Tuméi se sentó delante de Kala Nag, con las piernas cruzadas y el tambor en el regazo, y empezó a tocar y a tocar, y cuanto más pensaba en el gran honor que se le había hecho, con más ganas tocaba, a solas, entre el forraje de los elefantes. No había ni melodía ni palabras, pero el ritmo del tambor le hacía feliz. Los elefantes nuevos tiraban de las sogas y barritaban de vez en cuando, y Tuméi oyó que su madre acostaba a su hermanito y le cantaba una canción muy antigua del gran dios Shiva, que un día dijo a todos los animales lo que tenían que comer. Es una canción de cuna muy tranquila, y la primera estrofa dice así:

Shiva, el que derrama las cosechas y desata los vientos,
sentado en el umbral de su morada un día muy lejano
dio a cada cual su parte de destino, trabajo y alimento:
al rey en su *gudee* y al mendigo harapiento.
Todo es obra de Shiva el Protector.
Mahadeo! Mahadeo! Todo es creación suya.
Espino dio al camello y a la oveja forraje,
y a ti, mi dormilón, el amor de tu madre.

Tuméi respondía con un alegre pam-pam al final de cada verso, hasta que empezó a adormilarse y se acostó entre las hierbas, al lado de Kala Nag. Por fin, los elefantes se fueron tendiendo según su costumbre, uno detrás de otro, hasta que a la derecha de la recua solo quedó en pie Kala Nag, que se balanceaba despacio de lado a lado, con las orejas vueltas hacia delante para escuchar el viento de la noche, que soplaba muy suave en las montañas. El aire se llenó de esos ruidos nocturnos que, todos juntos, componen un gran silencio: el chasquido de las cañas de bambú al chocar unas con otras; el crujido de la maleza al paso de algún animal; el chirrido y el graznido de un pájaro medio despierto (los pájaros duermen de noche mucho menos de lo que imaginamos); y la caída del agua muy lejos de allí. Tuméi durmió un rato y, cuando se despertó, la luna brillaba en el cielo y Kala Nag seguía levantado, con las orejas ladeadas. Las hierbas crujieron cuando el niño cambió de postura para contemplar la enorme silueta del animal recortada contra un firmamento rebosante de estrellas, y en esas se oyó a lo lejos, tan lejos que únicamente podía compararse al ruido de un alfiler al clavarse en el silencio, el barrito de un elefante salvaje. Todos los elefantes de la recua se levantaron de un salto, como si hubieran recibido un disparo, y sus gruñidos terminaron por despertar a los *mahuts*, que cogieron sus mazas para hundir bien los tocones en la tierra, tensando una soga aquí y haciendo un nudo allá, hasta

que todo volvió a quedar en calma. Uno de los elefantes nuevos casi había desenterrado su tocón, y Tuméi desató a Kala Nag para atarle las patas delanteras a las patas traseras del otro elefante; después volvió a atar a Kala Nag con una cuerda de esparto y recordó al elefante que estaba bien amarrado. Sabía que su padre y su abuelo habían hecho lo mismo cien veces antes que él. Kala Nag no respondió con un débil grito, como tenía por costumbre. Se quedó muy quieto, mirando la luna, con la cabeza ligeramente levantada y las orejas, abiertas como abanicos, dirigidas a los grandes pliegues de los montes de Garo.

—Ocúpate de él si se impacienta por la noche —dijo su padre a Tuméi, antes de irse a dormir. También el niño estaba a punto de quedarse dormido cuando oyó que la cuerda de Kala Nag se partía con un leve chasquido y el elefante se alejaba despacio y sigiloso, como salen las nubes de un valle. Tuméi lo siguió a la luz de la luna, descalzo, hasta el camino, llamándolo en voz baja: «¡Kala Nag! ¡Kala Nag! ¡Llévame contigo, Kala Nag!». El elefante dio media vuelta sin hacer ruido, bajó la trompa, subió al niño a su cuello y, antes de que Tuméi se hubiera sentado, se adentró en el bosque.

Una ráfaga de bramidos feroces recorrió la recua de extremo a extremo, y después el silencio lo envolvió todo. Kala Nag siguió adelante. A veces un penacho de hierbas altas le rozaba los flancos como baña una ola los costados de una nave, y otras veces un montón de enredaderas de pimienta le arañaba la espalda, o un bambú crujía al rozarlo con el hombro; pero, por lo demás, el elefante no hacía el más mínimo ruido sino que flotaba por la densa selva como el humo por la densa selva de Garo. Iban subiendo la montaña, y, aunque Tuméi veía las estrellas entre las frondas, no sabía dónde estaba. Llegaron entonces a la cima de la cuesta y se pararon un momento. El niño contempló las copas de los árboles, salpicadas por la luz de la luna en muchos kilómetros a la redonda, y la neblina azulada del río que surcaba el valle. Se inclinó hacia delante para mirar y sintió que la selva, a sus pies, estaba despierta, despierta, viva y habitada. Un enorme murciélago fructívoro pasó rozándole una oreja; las púas de un puercoespín traquetearon entre los matorrales, y en la oscuridad, entre los troncos de los árboles, oyó a un jabalí hozando la tierra húmeda y tibia sin dejar de olfatear. Las ramas volvieron a cerrarse por encima de su cabeza cuando Kala Nag empezó a bajar la ladera, y ya no volvió a parar. Ya no iba tranquilo y sigiloso sino que parecía un fugitivo. Plantaba con fuerza las gigantescas patas, avanzando más de dos metros y medio con cada zancada, y la piel arrugada de los codos susurraba con cada pisotón. A ambos lados, la vegetación se abría a su paso, con un crujido semejante al de un lienzo rasgado, y los árboles jóvenes que apartaba con los hombros a izquierda y derecha volvían a su posición como un resorte, sacudiéndole los flancos; de sus colmillos colgaban montones de lianas enredadas que iba segando a su paso con el movimiento de su cabeza. Tuméi se pegó entonces al cuello del elefante, por miedo a que una rama pudiera tirarlo al suelo, y quiso volver al campamento. La vegetación empezaba a cerrarse, y las patas de Kala Nag aplastaban

la maleza con un ruido parecido a un chupeteo, y la neblina, en el fondo del valle, hacía que Tuméi tuviera escalofríos. Se oyó un chapoteo, un pisotón y el rumor del agua, y Kala Nag cruzó un río, tanteando antes de cada paso. En mitad del ruido de la corriente, que se arremolinaba alrededor de las patas de Kala Nag, el niño oyó chapoteos, berridos, gruñidos y bufidos de furia, aguas arriba y abajo; y a su alrededor, la niebla pareció llenarse de sombras ondulantes. «¡Ay! —dijo, casi en voz alta, y le castañetearon los dientes—. Los elefantes han salido esta noche. ¡Esto debe de ser el baile!».

Kala Nag salió del agua salpicando por todas partes, resopló por la trompa y otra vez emprendió el ascenso. Pero ahora no iba solo y no tenía que ir abriendo camino. Ya estaba hecho y tenía una anchura de dos metros. La hierba, pisoteada, trataba de levantarse. Muchos elefantes debían de haber pasado por allí apenas minutos antes. Tuméi volvió la cabeza y vio a sus espaldas un elefante salvaje, enorme, con los ojillos de cerdo encendidos como brasas, que en ese instante aparecía entre la niebla del río. Los árboles se cerraron de nuevo según iban subiendo entre golpes y barritos, y las ramas crujían a su paso a ambos lados. Por fin Kala Nag se quedó quieto entre dos troncos, justo en la cima de la montaña. Estos troncos formaban parte de un círculo de árboles que rodeaba una llanura de unas dos hectáreas, y Tuméi vio que la explanada estaba tan pisoteada que el suelo parecía de baldosas. En el centro del claro crecían algunos árboles, pero la corteza se había desprendido y la madera, suave y blanca, brillaba a la luz de la luna. De las ramas más altas caían lianas, y sus flores, grandes, blancas y con los pétalos cerúleos, como las campanillas, colgaban adormiladas. Sin embargo, no había en toda la explanada una sola brizna de hierba: todo era tierra pisada. La luna lo teñía todo de un resplandor grisáceo, como el hierro, menos las zonas que ocupaban los elefantes, con sus sombras negras como la tinta. Tuméi casi se queda sin respiración y se le salen los ojos de las órbitas al ver que la explanada se iba llenando de elefantes. Como solo sabía contar hasta diez, contó un montón de veces, con los dedos, hasta que perdió la cuenta de las decenas y empezó a marearse. Alrededor del claro crujía la maleza, pues eran muchos los elefantes que seguían subiendo por la ladera, pero, cuando llegaban al círculo de árboles, empezaban a moverse como fantasmas.

Había machos salvajes de colmillos blancos, con los pliegues del cuello y las orejas cubiertos de hojas, frutos y ramitas caídas; elefantas gordas y torpes, de inquietas pantorrillas negras y sonrosadas que medían poco más de un metro de la panza al suelo; elefantes jóvenes a quienes apenas empezaban a asomarles los colmillos y se mostraban muy orgullosos; elefantas solteronas y viejas, desgarbadas y larguiruchas, con la cara angustiada y flaca y la trompa áspera como la corteza; brutales elefantes-toro, con el cuerpo lleno de cicatrices de viejas heridas de antiguos combates, y los hombros cubiertos por una costra de barro reseca, de sus baños solitarios en el fango; y había un elefante con un colmillo roto y las marcas de un tremendo zarpazo de tigre en un costado. Los elefantes se quedaban quietos, cabeza

con cabeza, o daban vueltas alrededor de la explanada en parejas, o se mecían y se acunaban en solitario: eran decenas y decenas de elefantes. Tuméi sabía que mientras se estuviera quieto en el cuello de Kala Nag no le pasaría nada, pues ni siquiera con las prisas y el alboroto de la captura en el *keddah* puede un elefante salvaje alcanzar con su trompa a un hombre sentado en el cuello de un ejemplar domesticado y derribarlo; y estos elefantes no se acordaban en absoluto de los hombres aquella noche. Una vez se sobresaltaron y echaron las orejas hacia delante, al oír el tintineo de unos grilletes en el bosque, pero era Pudmini, la elefanta de *sahib* Petersen, que bajaba por la montaña gruñendo, resoplando y arrastrando un trozo de cadena partida. Seguramente se había escapado y venía derecha desde el campamento de *sahib* Petersen. Tuméi vio a otro elefante, al que no conocía, con hondas marcas de soga en el lomo y el pecho. También él debía de haber huido de alguno de los campamentos de las montañas.

Por fin dejó de oírse a los elefantes en el bosque, y Kala Nag abandonó su puesto de observación, entre los árboles, para acercarse al centro de la multitud, chasqueando la lengua y haciendo gárgaras; todos los elefantes empezaron a hablar en su idioma y a dar vueltas de un lado a otro. Agazapado aún, Tuméi veía decenas y decenas de lomos, orejas en movimiento, trompas en alto y ojillos inquietos. Oía el chasquido de los colmillos al chocar unos con otros por accidente; el seco rumor de las trompas enroscadas; el roce de los flancos y los hombros entre la multitud; y el incesante coletazo de las grandes colas. Una nube veló entonces la luna, y Tuméi se incorporó al abrigo de la oscuridad, pero el bullicio, los empujones y gárgaras no se interrumpieron. Sabía que Kala Nag estaba rodeado de elefantes y que era imposible separarlo del grupo, así que apretó los dientes y se echó a temblar. Cuando iban de batida, los tramperos gritaban y llevaban antorchas, pero ahora estaba solo, en la oscuridad, y una vez sintió que una trompa le rozaba la rodilla. Un elefante barritó y, por espacio de cinco o diez segundos aterradores, todos los demás respondieron a su llamada. El rocío caía de los árboles como la lluvia sobre los lomos invisibles de los elefantes, y empezó a sonar un ruido sordo, suave al principio, que Tuméi no conseguía descifrar. Pero el volumen fue creciendo poco a poco, y Kala Nag levantó una de las patas delanteras y luego la otra, marcando el compás: uno, dos, uno, dos, constante como un yunque. Todos los elefantes aporreaban el suelo, componiendo un redoble como el de un tambor de guerra en la entrada de una cueva. El rocío siguió cayendo de los árboles hasta que no quedó una sola gota, y el estruendo prosiguió, estremeciendo la tierra, hasta que Tuméi tuvo que taparse los oídos. Aun así, una gigantesca sacudida recorría todo su cuerpo, pues eran cientos de patas las que se estampaban contra la tierra desnuda. Una o dos veces notó que Kala Nag y los demás elefantes avanzaban unos pasos, y los golpes se transformaban en crujidos de hierba fresca y aplastada, pero enseguida volvieron a sonar los pisotones en la tierra dura. Un árbol se resquebrajó con un chasquido cerca de donde estaba Tuméi, que estiró un brazo y tocó la corteza, pero Kala Nag, sin perder el ritmo, echó a andar hacia el

centro de la explanada. Los elefantes guardaron silencio de pronto, y se oyó gritar a alguna cría. Luego hubo un golpe seco y un arrastrar de pies, y el estruendo se reanudó una vez más. Debió de durar casi dos horas, y a Tuméi le dolía hasta el último nervio. Por el olor del aire supo que se acercaba el amanecer.

La mañana rasgó el cielo con una franja amarilla por detrás de las montañas verdes, y el barullo cesó con el primer rayo de sol, como si la luz fuese una orden. Antes de que los golpes hubieran dejado de resonar en la cabeza de Tuméi, incluso antes de que pudiera cambiar de postura, no quedaron a la vista más elefantes que Kala Nag, Pudmini y el de las señales de las cuerdas, y no había en los alrededores ni rastro ni rumor ni susurro que indicara por dónde se habían ido los demás. Tuméi miró a todas partes. La explanada se había ensanchado a lo largo de la noche. Había más árboles en el centro, pero menos vegetación en el suelo y en los bordes. Volvió a inspeccionarla y comprendió el porqué del pataleo. Los elefantes habían agrandado la llanura, pisoteando la hierba densa y la caña jugosa hasta hacerla pedazos, y los pedazos hasta hacerlos añicos, y los añicos hasta hacerlos fibras diminutas, y las fibras hasta mezclarlas con la tierra dura.

—¡Caramba! —dijo, con los ojos cargados—. Kala Nag, mi señor, sigue a Pudmini hasta el campamento de *sahib* Petersen, o me caeré de tu cuello.

Viendo que los otros dos se iban, el tercer elefante resopló y dio media vuelta para seguir su propio camino. Debía de pertenecer a alguno de los pequeños regimientos indígenas del rey, acampados a cien o ciento cincuenta kilómetros.

Dos horas más tarde, mientras *sahib* Petersen desayunaba, sus elefantes, a los que esa noche habían atado con doble cadena, empezaron a barritar, y Pudmini, agotada, con fango hasta las orejas y las patas llenas de heridas, llegó al campamento en compañía de Kala Nag. Tuméi estaba entumecido y pálido, con hojas enredadas en el pelo y el cuerpo empapado de rocío, pero intentó saludar a *sahib* Petersen y, sin fuerzas, dijo:

—El baile… El baile de los elefantes. ¡Lo he visto y… me muero! —Kala Nag se sentó y Tuméi perdió el conocimiento y se deslizó del cuello del animal.

Pero, como los niños indios no tienen nervios, como quien dice, en cuestión de dos horas estaba acostado, muy contento, en la hamaca de *sahib* Petersen, con la cabeza apoyada en su cazadora y un vaso de leche templada, un poquito de *brandy* y una cucharadita de quinina en el estómago. Y, cuando los veteranos tramperos de la jungla, greñudos y cubiertos de cicatrices, se sentaron en tres filas delante de él, mirándolo como si fuera una aparición, Tuméi contó su experiencia con pocas palabras, como un niño que era, y terminó diciendo:

—Si he dicho una sola mentira, que vayan los hombres y verán cómo los elefantes han agrandado el salón de baile, pisoteándolo, y encontrarán diez y diez y muchas veces diez sendas que llevan al salón de baile. Lo han agrandado con las patas. Yo lo he visto. Kala Nag me llevó, y lo vi. ¡Kala Nag también tiene las patas muy cansadas!

Pasó toda la tarde durmiendo, hasta que ya empezaba oscurecer, y mientras tanto *sahib* Petersen y Machua Appa siguieron el rastro de los dos elefantes más de veinte kilómetros a través de las montañas. *Sahib* Petersen llevaba dieciocho años capturando elefantes y solo en una ocasión, antes de aquel día, había visto una pista de baile como aquella. Machua Appa no necesitó mirar la explanada dos veces para ver lo que había ocurrido allí, ni remover con el pie la tierra pisoteada.

—El chico dice la verdad —aseguró—. Esto es de anoche, y he contado setenta rastros al cruzar el río. Mire, *sahib*, ¡la marca de los grilletes de Pudmini en ese árbol! Ha cortado la corteza. Sí. Ella también estuvo aquí. —Se miraron el uno al otro, y miraron por todas partes, maravillados, porque las costumbres de los elefantes escapan al entendimiento de cualquier hombre, ya sea negro o blanco—. Cuarenta y cinco años he seguido a mi señor el elefante —dijo Machua Appa—, y nunca había oído decir que un hijo del hombre hubiese visto lo que ha visto ese chico. Por todos los dioses de las montañas, esto es… No sé cómo llamarlo. —Y movió la cabeza de lado a lado.

Cuando llegaron al campamento era hora de cenar. *Sahib* Petersen cenó solo, en su tienda, pero ordenó que se mataran dos ovejas y unas cuantas aves, y se sirviera doble ración de harina, arroz y sal, pues sabía que se celebraría un gran banquete. El padre de Tuméi había venido corriendo desde el campamento de las llanuras, buscando a su hijo y su elefante, y ahora que por fin los había encontrado, los miraba como si le inspirasen temor. Se celebró un banquete a la luz de las fogatas, delante de las líneas de elefantes amarrados a sus estacas, y Tuméi el Niño se convirtió en el héroe de todos los presentes. Y los rastreadores de elefantes, los tramperos, los guías y los domadores que conocen todos los secretos de los elefantes más salvajes desfilaron ante él para marcarle la frente con la sangre del pecho de un gallo recién matado, la señal de que era un hombre de los bosques, iniciado y libre.

Y al final, cuando las hogueras se apagaron y también los animales parecían bañados en sangre a la luz de las brasas, Machua Appa, el jefe de todos los guías y todos los tramperos; Machua Appa, la mano derecha de *sahib* Petersen, que llevaba cuarenta años sin salir de la selva; Machua Appa, que como era tan grande no tenía otro nombre que Machua Appa, se puso en pie y, levantando a Tuméi por encima de su cabeza, se dirigió a sus compañeros:

—Escuchad, hermanos. Escuchad también vosotros, señores, amarrados a vuestras estacas, lo que yo, Machua Appa, voy a deciros. Este chico ya no se llamará Tuméi el Niño, sino Tuméi el domador de elefantes, como se llamó su bisabuelo antes que él. Lo que no ha visto ningún hombre lo ha visto él en la larga noche, y goza del favor del pueblo de los elefantes y de los dioses de la selva. Será un gran rastreador, aún más grande que yo, Machua Appa. Seguirá el rastro nuevo, y el rastro viejo, y el rastro mezclado, con vista clara. No sufrirá ningún daño en las batidas, cuando tenga que meterse debajo de las panzas para encordar a los elefantes salvajes; y, si se durmiera delante del bravo elefante-toro, este sabrá quién es, y no lo aplastará

con sus patas. ¡Oíd, señores de las cadenas! —exclamó, recorriendo la hilera de estacas—. Aquí está el niño que ha presenciado vuestra danza en vuestro lugar secreto. ¡Lo que ningún hombre ha visto! ¡Honradlo, señores! *Salaam karo*, hijos míos. ¡Saludad a Tuméi el domador de elefantes! *Gunga Persha*, ¡así! *Hira Guy, Birchi Guik*, *Kutar Guy*, ¡así! Pudmini, tú lo has visto en el baile. Y tú también, Kala Nag, perla de los elefantes. ¡Así! ¡Todos juntos! ¡Saludad a Tuméi el domador de elefantes! *Barrao!*

Y, con esta última exclamación, todos los elefantes levantaron la trompa hasta rozarse la frente con la punta para ejecutar el saludo completo: el barrito atronador, como un repique de campanas, que solo oye el virrey de la India: el Salamut de las Batidas.

Pero todo era en honor de Tuméi, que vio lo que ningún hombre había visto: la danza nocturna de los elefantes, ¡en el corazón de los montes de Garo!

SHIVA Y EL SALTAMONTES

La canción que la madre de Tuméi canta a su hijo pequeño

Shiva, el que derrama las cosechas y desata los vientos,
sentado en el umbral de su morada hace ya mucho tiempo,
dio a cada cual su parte de destino, trabajo y alimento:
al rey en su *gudee* y al mendigo harapiento.
Todo es obra de Shiva el Protector.
Mahadeo! Mahadeo! Todo es creación suya.
Espino dio al camello y a la oveja forraje,
y a ti, mi dormilón, el amor de tu madre.

A los ricos dio trigo y mijo dio a los pobres;
migajas para el santo que los caminos corre.
Le dio ganado al tigre y al milano carroña,
al lobo solitario le dejó los despojos.
Nobles y humildes: todos eran iguales a sus ojos.
A su lado, Parbati los observa,
y una broma decide gastar a su marido.
Coge así un saltamontes y en su pecho lo esconde
de la atenta mirada de Shiva el protector,
que todo en este mundo nos ha concedido.
Mahadeo! Mahadeo! Al camello hizo alto, gordas hizo a las reses
y al saltamontes chiquitín, ¡como tú, cariño mío!

Terminado el reparto, Parbati rio y dijo:
«Señor de un millón de bocas, ¿no has olvidado algo?».
Y le respondió Shiva: «Todos tienen su parte.
También el saltamontes que escondes en tu pecho».
La ladrona, burlada, dejó libre al cautivo
que derecho se fue a roer hojas frescas.
Temerosa, asombrada, se arrodilló Parbati
para entonar una oración a Shiva,
por ofrecer sustento a cada criatura.
Pues todo es obra suya: de Shiva el Protector.
la espina del camello, de la oveja el forraje,
y para ti, que duermes, el amor de tu madre.

Los servidores de la reina

Resuélvelo con fracciones o simple regla de tres,
pero no es igual Tararí que Tarará.
Tuércelo, dale la vuelta, dóblalo por la mitad,
pero no es igual Patachín que Patachán.

Hacía un mes que llovía sin parar sobre un campamento de treinta mil hombres y miles de camellos, elefantes, caballos, bueyes y mulas, congregados en un lugar llamado Rawalpindi a la espera de que el virrey de la India pasara revista a sus tropas. El virrey había recibido la visita del emir de Afganistán, el fiero soberano de un país de bárbaros, que había llegado acompañado de un cuerpo de guardia compuesto por ochocientos hombres y caballos que jamás habían visto un campamento o una locomotora: hombres salvajes y caballos salvajes procedentes de algún rincón del Asia central. Todas las noches, un grupo de caballos rompía las sogas con que les ataban las patas y salía de estampida entre el fango y la oscuridad; o los camellos se soltaban de sus amarras y echaban a correr y tropezaban con las cuerdas de las tiendas de campaña, así que es fácil imaginar lo bien que lo pasaban los que intentaban dormir. Mi tienda estaba muy lejos de las recuas de camellos, y por eso me creía a salvo. Pero una noche, un hombre asomó la cabeza por la puerta.

—¡Sal de aquí, deprisa! —gritó—. ¡Se están acercando! ¡Se han llevado mi tienda por delante!

Al momento supe de quién hablaba. Conque me puse las botas y el impermeable y salí de la tienda bajo el aguacero. Vixen, mi fox-terrier, salió por el otro lado. Al momento se oyeron rugidos, gruñidos y chapoteos, y vi cómo la tienda se hundía, al partirse el palo, y empezaba a bailar como un fantasma enloquecido. Un camello la había embestido y, a pesar del enfado y de que me estaba empapando, no puede aguantar la risa. Después también yo puse pies en polvorosa, pues no sabía cuántos camellos más se habían soltado, y enseguida había perdido de vista el campamento y huía hundiéndome en el barro. Por fin tropecé con la punta de un cañón y supuse que estaba en algún punto cercano a las líneas de la artillería, donde dejaban los cañones de noche. Como no tenía ganas de seguir chapoteando bajo la lluvia en la oscuridad, cubrí la boca de un cañón con el impermeable, cogí dos o tres palos que encontré a mano, levanté una especie de tenderete y me tumbé en la cola de otro cañón. No sabía dónde se había metido Vixen y tampoco dónde estaba yo. Empezaba a quedarme dormido cuando oí el tintineo de un arnés, seguido de un gruñido, y vi pasar a un mulo sacudiendo las orejas mojadas. Era uno de los mulos de las baterías de cañones desmontables, tal como me indicó el traqueteo que hacían las correas, los aros, las cadenas y demás bártulos colgados de su silla. Son cañones pequeños, de dos piezas,

que se unen cuando llega el momento de utilizarlos. Pueden subirse a las montañas, a cualquier sitio al que llegue una mula, y resultan muy útiles para el combate en zonas rocosas. Detrás del mulo venía un camello, salpicando y resbalando en el barro con sus pezuñas grandes y suaves, y moviendo el cuello de un lado a otro como una gallina perdida. Por fortuna, yo había aprendido bastante bien el idioma de las bestias —no el de las fieras salvajes, pero sí el de los animales del campamento— gracias a los nativos, y entendí lo que decía el camello. Debía de ser el mismo que se estrelló contra mi tienda, porque le dijo al mulo:

—¿Qué hago? ¿Adónde voy? Me he peleado con una cosa blanca que flotaba, y me ha pegado con un palo en el cuello. —Era el palo de mi tienda de campaña. Y me alegré mucho de oírlo—. ¿Seguimos corriendo?

—Ah, entonces ¿erais vosotros? —dijo el mulo—. ¿Erais tú y tus amigos los que habéis alborotado el campamento? Muy bien. Mañana te darán una buena paliza, aunque si quieres puedo ir dándote unos azotes a cuenta.

Oí tintinear el arnés, al retroceder la mula para dar al camello dos patadas en las costillas que resonaron como un tambor.

—Para que aprendas a no irrumpir corriendo a media noche en una batería de mulos al grito de «¡Ladrones y fuego!». Siéntate y deja de mover ese cuello tan ridículo.

El camello se dobló a la manera de los camellos, como una regla plegable, y siguió gimoteando. Resonaban en la oscuridad continuas sacudidas de pezuñas, y un caballo de la tropa, que apareció galopando tan erguido como si desfilara, saltó por encima de la cola de un cañón y aterrizó cerca del mulo.

—¡Qué desgracia! —se lamentó, resoplando por la nariz—. Esos camellos han vuelto a alborotar las filas: ya es la tercera vez esta semana. ¿Cómo va a conservarse un caballo en buena forma si no le dejan dormir? ¿Quién anda ahí?

—Soy el mulo de la recámara del cañón número dos de la Primera Batería —contestó el cuadrúpedo—, y este es uno de tus amigos. A mí también me ha despertado. ¿Quién eres tú?

—Número quince de caballería, noveno de lanceros: el caballo de Dick Cunliffe. Apártate un poco.

—Perdona —dijo el mulo—. Está tan oscuro que casi no veo. ¿No te ponen enfermo esos camellos? He tenido que alejarme de la recua buscando un poco de paz y tranquilidad.

—Señores —dijo el camello humildemente—, tenemos pesadillas por la noche y pasamos mucho miedo. No soy más que un camello de carga, del 39.º de infantería indígena, y ni mucho menos soy tan valiente como ustedes.

—Entonces, ¿por qué no te quedaste para cargar con los bártulos del 39.º de infantería indígena, en vez de atravesar el campamento corriendo? —preguntó el mulo.

—Eran unas pesadillas tremendas —explicó el camello—. Lo siento. ¡Escuchad!

¿Qué ha sido eso? ¿Seguimos corriendo?

—Siéntate —ordenó el mulo— o te romperás esas patas de palo entre los cañones. —Ladeó una oreja y aguzó el oído—: ¡Los bueyes! —dijo—. ¡Los bueyes de los cañones! ¡La que habéis organizado, tú y tus amigos! Hay que molestar mucho a uno de esos bueyes para hacer que se levante.

Se oyó un arrastrar de cadenas, y al momento, uncida al yugo y empujándose con los hombros, apareció una pareja bueyes blancos, los malhumorados animales que tiran de los cañones de asedio cuando los elefantes se niegan a acercarse más a la línea de fuego. Casi pisando la cadena venía otro mulo de la batería, llamando a voces a «Billy».

—Es uno de nuestros reclutas —le dijo el mulo viejo al caballo de la tropa—. Me está buscando. Estoy aquí, jovencito. Deja de gritar. La oscuridad nunca ha mordido a nadie, de momento.

Los bueyes se tumbaron y empezaron a rumiar, pero el mulo novato se arrimó a Billy.

—¡Qué cosas! —exclamó—. ¡Ha sido horroroso, Billy! Irrumpieron en nuestras filas mientras dormíamos. ¿Crees que nos matarán?

—Me entran ganas de darte una buena coz —dijo Billy—. ¿Dónde se ha visto que un mulo de tres al cuarto como tú deshonre a la batería delante de este caballero?

—¡Tranquilo, tranquilo! —contestó el caballo—. Ya sabemos cómo son. La primera vez que vi a un hombre (en Australia, cuando tenía tres años), me pasé la mitad del día corriendo. Y si hubiera visto un camello aún no habría parado de correr.

Casi todos los caballos de la caballería inglesa de la India vienen de Australia, y los doman los propios soldados.

—Eso es verdad —asintió Billy—. Deja de temblar, jovencito. La primera vez que me pusieron el arnés completo en la espalda, con todas las cadenas, me levanté de manos y empecé a dar coces hasta que lo tiré todo al suelo. Aunque por aquel entonces yo no sabía nada del arte de cocear, en la batería dijeron que nunca habían visto nada igual.

—Pero esto no era un arnés y tampoco tintineaba —dijo el mulo joven—. Sabes que eso ya no me asusta, Billy. Eran cosas grandes como árboles, y cayeron sobre las líneas desde todas partes. Se me rompió la brida y no encontraba a mi jinete; y tampoco te encontraba a ti, Billy. Por eso salí corriendo, con estos caballeros.

—Bueno —dijo Billy—. Al ver que los camellos andaban sueltos, me largué por mi cuenta. Muy asustado tiene que estar un mulo de batería para llamar caballeros a unos bueyes. Vosotros dos, ¿quiénes sois?

Con la boca llena de hierba, los bueyes contestaron a dúo:

—Séptima pareja, primer cañón de artillería pesada. Estábamos dormidos cuando llegaron los camellos, pero nos largamos porque nos pisotearon. Mejor estar en el barro tranquilos que en una buena cama molestados. Le dijimos a tu amigo aquí presente que no había de qué asustarse, pero como es tan listo él tenía otra opinión.

¡Bah!

Los bueyes siguieron rumiando.

—Mira lo que pasa cuando se tiene miedo —dijo Billy—. Hasta los bueyes se ríen de ti. Estarás contento, jovencito.

El mulo novato apretó los dientes, y le oí decir algo así como que él no tenía miedo de ningún seboso buey de batería; pero los bueyes se limitaron a entrechocar los cuernos sin dejar de rumiar.

—Ahora no te enfades, además de asustarte. Esa es la peor de las cobardías —dijo el caballo de tropa—. A todo el mundo se le puede perdonar por tener miedo de noche, creo yo, si ve cosas que no comprende. Nos hemos escapado muchas veces, cuatrocientos cincuenta caballos, solo porque a algún recluta novato le ha dado por contar historias de serpientes látigo, como las que hay en Australia, y nos ha puesto las crines de punta.

—Eso es normal en un campamento —dijo Billy—. Yo también he salido de estampida alguna vez, por pura diversión, después de un par de días sin hacer ejercicio. Pero ¿qué hacéis si estáis en acto de servicio?

—Ah, eso es harina de otro costal —contestó el caballo—. En esos casos siempre llevo encima a Dick Cunliffe, que me hinca las rodillas en los flancos, y lo único que tengo que hacer es mirar bien dónde pongo los cascos, plantar bien las patas traseras y seguir la brida.

—Y ¿eso qué es? —preguntó el mulo novato.

—Pero ¡cómo! —resopló el caballo—. ¿Es que no os enseñan a seguir la brida? ¿Cómo vas a hacer algo si no sabes girar de inmediato cuando notas el tirón de la rienda? De eso depende la vida de tu jinete, y la tuya también, lógicamente. Tienes que girar y plantar bien las patas traseras en el instante en que notas el tirón de la rienda. Si no hay espacio para girar, pues retrocedes un poco y das la vuelta con las patas traseras. Eso es seguir la brida.

—A nosotros no nos enseñan eso —dijo el mulo Billy en tono cortante—. Nos enseñan a obedecer al hombre que va a nuestro lado: a andar cuando nos lo ordena y a parar cuando nos lo ordena. En el fondo viene a ser lo mismo, supongo. Pero digo yo que esas maniobras, tanto torcer y retroceder, deben de ser algo muy malo para los corvejones, ¿no?

—Eso depende —contestó el caballo—. Normalmente tengo que abrirme camino entre una multitud de hombres greñudos, vociferantes y armados con cuchillos (cuchillos largos y relucientes, peores que los del herrero), y cuidar de que la bota de Dick roce con la del compañero sin llegar a aplastarse. Veo la lanza de Dick a la derecha de mi ojo derecho, y sé que no corro peligro. No me gustaría nada ser el hombre o el caballo que se enfrenta con Dick y conmigo cuando nos lanzamos al ataque.

—¿No hacen daño los cuchillos? —quiso saber el mulo novato.

—Bueno, una vez me hirieron en el pecho, pero Dick no tuvo la culpa…

—¡Mucho iba a importarme a mí de quién es la culpa si me hieren! —contestó el novato.

—Pues debería —dijo el caballo—. Si no confías en tu jinete, más vale que te largues. Eso hacen algunos caballos, y la verdad es que no me extraña. Como iba diciendo, Dick no tuvo la culpa. Se había caído al suelo; yo salté para no pisarlo y me clavó la lanza. La próxima vez que tenga que pasar por encima de un hombre caído lo pisaré bien fuerte.

—Bueno —dijo Billy—. Eso me parece ridículo. Los cuchillos son un asco, siempre. Lo bonito es subir una montaña con una silla bien equilibrada, agarrarse al suelo con las cuatro patas, hasta con las orejas, y avanzar despacio, poco a poco, hasta alcanzar un repecho, muy alto, en el que apenas hay sitio para poner las pezuñas. Ahí te quedas muy quieto y callado (nunca le pidas a un hombre que te sujete la cabeza, jovencito), muy callado, mientras aparejan los cañones, y después ves caer los obuses diminutos por encima de las copas de los árboles, muy abajo.

—¿Nunca os caéis? —preguntó el caballo.

—Dicen que cuando un mulo se cae hay que cortarle la oreja a una gallina —fue la respuesta de Billy—. Puede que alguna vez una silla mal estibada haya hecho perder el equilibrio a un mulo, pero es muy raro. Me gustaría que nos vieras en acción. Es una maravilla. He tardado tres años en comprender qué se proponían los hombres. El quid de la cuestión está en no asomar nunca de perfil en el horizonte, porque entonces puedes convertirte en blanco del enemigo. Toma nota de esto, jovencito. Escóndete siempre todo lo que puedas, aunque tengas que desviarte un kilómetro del camino. Yo voy a la cabeza de la batería cuando toca una de esas escaladas.

—¡Que te disparen sin tener la oportunidad de atacar a los que te están disparando! —reflexionó el caballo en voz alta—. Yo no lo aguantaría. Querría atacar… Con Dick.

—¡Qué va! Ya te digo yo que no. Porque sabes que, en cuanto los cañones toman posiciones, ellos solos se ocupan de todo el ataque. Eso es limpio y científico, mientras que los cuchillos… ¡Bah!

El camello de carga llevaba un buen rato cabeceando, impaciente por meter baza. Por fin se aclaró la garganta y habló con voz nerviosa.

—Yo… yo… También he combatido un poco, aunque no he escalado ni corrido como vosotros.

—No. Ahora que lo dices —respondió Billy—, no pareces muy buen escalador ni corredor. Pero cuéntanos qué hiciste, fardo de heno.

—Pues lo que teníamos que hacer. Nos sentamos todos…

—¡Eso sí que es bueno! —protestó el caballo entre dientes—. ¡Sentarse!

—Nos sentamos, los cien que éramos —continuó el camello—, formando un cuadrado grande. Los hombres amontonaron las alforjas, la carga y las sillas alrededor del cuadrado y nos usaron de parapeto para disparar desde los cuatro lados

del cuadrado.

—Y ¿qué hombres eran esos? ¿Los primeros que pasaron por allí? —dijo el caballo—. En la escuela ecuestre también nos enseñan a acostarnos para que el jinete dispare por encima, pero yo en un caso así solo confiaría en Dick Cunliffe. Cuando me tumbo, la cinta me hace cosquillas. Además, si tengo la cabeza en el suelo no veo nada.

—¿Qué más da quién dispare por encima de uno? —contestó el camello—. Hay montones de hombres y montones de camellos por todas partes, y unas nubes de humo enormes. A mí no me da miedo. Me quedo quieto y espero.

—Ya —dijo Billy—. Y luego tienes pesadillas y molestas a todo el campamento. ¡Qué bonito! Antes de echarme yo al suelo, y no hablemos de sentarme para que un hombre dispare por encima de mí, mis pezuñas y su cabeza tendrían algo que decirse. ¡Habrase visto cosa igual!

Siguió a estas palabras un largo silencio, hasta que uno de los bueyes de artillería levantó su imponente cabeza.

—La verdad es que esto es ridículo. No hay más que una manera de combatir —dijo.

—¿Ah, sí? —preguntó Billy—. ¿No me digas? Supongo que vosotros combatís apoyados en la cola.

—No hay más que una —dijeron los bueyes a dúo (debían de ser gemelos)—. Uncir veinte parejas de bueyes al cañón principal en cuanto se oye barritar a Dos Colas. —(Así es como llaman al elefante en los campamentos).

—Y ¿por qué barrita Dos Colas? —preguntó el mulo novato.

—Para decir que no está dispuesto a acercarse un paso más al humo que se encuentra al otro lado. Dos Colas es un cobarde. Entonces tiramos del cañón principal todos a una: ¡Eeea! ¡Hooo! ¡Eeea! ¡Hooo! Nosotros no trepamos como gatos ni corremos como terneros. Nosotros cruzamos la llanura, en veinte yuntas, hasta que nos sueltan del yugo, y entonces pastamos mientras los cañones dirigen sus voces a alguna ciudad de muros de barro y los revientan, levantando una polvareda tremenda, como si se acercaran muchos rebaños a la vez.

—Y ¿escogéis ese momento para pastar? —dijo el mulo novato.

—Ese o cualquier otro. Comer siempre está bien. Comemos hasta que vuelven a enyuntarnos, y otra vez nos llevamos el cañón a donde Dos Colas está esperando. A veces, en la ciudad hay cañones grandes. Y contestan. Y matan a unos cuantos de los nuestros; y los que quedan con vida tienen aún más pastos. Es el destino, nada más. De todos modos, Dos Colas es un cobarde de primera. Así es como se combate. Somos hermanos, de Hapur. Nuestro padre era un buey sagrado de Shiva. Eso queríamos decir.

—Bueno, la verdad es que esta noche estoy aprendiendo cosas nuevas —dijo el caballo—. Vosotros, los de la batería de cañones desmontables, ¿tenéis ganas de comer mientras os lanzan cañonazos y Dos Colas está detrás?

—Más o menos las mismas que de sentarnos, dejar que los hombres se nos echen encima o arremeter contra gente armada con cuchillos. En la vida había oído cosa igual. A mí dadme un repecho en la montaña, una carga bien estibada y un guía en el que confiar, y soy vuestro mulo. Pero todo lo demás: ¡ni hablar! —dijo Billy, dando un pisotón.

—Naturalmente, no todos estamos hechos de la misma pasta, y veo que vuestra familia, por la parte paterna, no entendería muchas cosas.

—Deja en paz a mi familia paterna —protestó Billy, porque los mulos detestan que les recuerden que su padre es un burro—. Mi padre era un caballero del sur, capaz de derribar, morder y patear a cualquier caballo que se cruzase en su camino, hasta dejarlo hecho un guiñapo. ¡Tenlo presente, cimarrón!

Un cimarrón es un caballo salvaje y sin raza. Basta imaginarse cómo se sentiría Ormonde, el legendario caballo de carreras, si un caballo de tiro lo llamase mestizo, para hacerse una idea de cómo se sintió el caballo australiano. Vi cómo le brillaban los ojos en la oscuridad.

—Para que lo sepas, hijo de un chacal traído de Málaga —contestó el caballo entre dientes—, yo estoy emparentado por parte de madre con Carbine, el ganador de la Copa de Melbourne, y en mi país no estamos acostumbrados a dejarnos pisotear por cualquier mulo charlatán con cabeza de cerdo de una batería de cañones de juguete que dispara guisantes. ¿Te enteras?

—¡De pie sobre las patas traseras! —gritó Billy.

Y los dos se pusieron de manos, frente a frente. Yo esperaba un fiero combate, pero una voz profunda y gutural dijo en la oscuridad, a mano derecha:

—¿Qué hacéis aquí peleando, niños? Estaos quietos.

Los contendientes bajaron al suelo con un resoplido de fastidio, pues ni el caballo ni el mulo resisten la voz del elefante.

—Es Dos Colas —dijo el caballo—. No lo soporto. ¡No es justo tener una cola delante y otra detrás!

—Eso mismo pienso yo —asintió Billy, aliándose con el caballo para no sentirse solo—. Nos parecemos mucho en algunas cosas.

—Supongo que lo habremos heredado de nuestras madres —contestó el caballo —. No merece la pena que nos peleemos. ¡Eh, Dos Colas! ¿Estás atado?

—Pues sí —dijo Dos Colas, con una risotada que le recorrió toda la trompa—. De noche me atan. Os he oído, pero no tengáis miedo que no voy a acercarme.

Los bueyes y el camello dijeron a media voz:

—¡Miedo de Dos Colas! ¡Qué tontería! —Y los bueyes añadieron—: Sentimos que nos hayas oído, pero es verdad. Di, Dos Colas, ¿por qué te asustas del fuego de los cañones?

—Bueno —contestó Dos Colas, frotándose una pata trasera contra otra, como un niño cuando recita un poema—, no sé si lo entenderíais.

—Seguro que no lo entendemos, pero tenemos que tirar de los cañones —dijeron

los bueyes.

—Ya lo sé, y también sé que sois mucho más valientes de lo que creéis. Pero es que yo soy distinto. El capitán de mi batería el otro día me llamó «paquidermo anacrónico».

—¿Eso es otra técnica de combate? —preguntó Billy, que empezaba a recobrar el ánimo.

—Vosotros no sabéis lo que eso significa, pero yo sí. Significa ni lo uno ni lo otro. Y ahí es donde estoy yo. Yo soy capaz de ver lo que va a pasar cuando estalla un obús. En cambio vosotros, los bueyes, no lo veis.

—Yo sí lo veo —dijo el caballo—. Por lo menos un poco. Pero procuro no pensarlo.

—Yo lo veo mejor que tú, y también lo pienso. Sé que tengo un cuerpo enorme que proteger, y que nadie me sabe curar si caigo enfermo. Lo único que saben hacer es dejar a mi cuidador sin paga hasta que me recupere, pero de él no puedo fiarme.

—¡Ah! —dijo el caballo—. Eso lo explica todo. Yo sí puedo confiar en Dick.

—Pues a mí ya puedes echarme encima un regimiento entero de Dicks que no por eso me voy a sentir mejor. Sé lo suficiente para sentirme incómodo, pero no lo suficiente para seguir adelante a pesar de todo.

—No lo entendemos —dijeron los bueyes.

—Ya lo sé. No estoy hablando con vosotros. No sabéis lo que es la sangre.

—Sí que lo sabemos. Es esa cosa roja que empapa la tierra y huele mal.

El caballo coceó, dio un salto y relinchó.

—No habléis de la sangre —dijo—. La huelo solo de pensarlo. Y me entran ganas de huir, cuando no llevo a Dick encima.

—Pero ¡si aquí no hay sangre! —dijeron el camello y los bueyes—. ¿Por qué eres tan idiota?

—Es una cosa repugnante —dijo Billy—. A mí no me entran ganas de huir, pero no quiero hablar de eso.

—¡Ahí está! —dijo Dos Colas, moviendo el rabo, a modo de explicación.

—Pues claro que está ahí. Lleva ahí toda la noche —dijeron los bueyes.

Dos Colas estampó una pata contra el suelo hasta que la argolla de hierro empezó a tintinear.

—No estoy hablando con vosotros. No sabéis ver con la imaginación.

—No. Nosotros vemos con los ojos —dijeron los bueyes—. Miramos al frente.

—Si yo pudiera hacer eso, y nada más, no os necesitarían para arrastrar los cañones. Si yo fuera como mi capitán (que ve lo que va a ocurrir antes de que empiecen los disparos, y tiembla de la cabeza a los pies, aunque sabe que no le conviene huir), si fuera como él, podría tirar de los cañones. Aunque, si fuera así de listo, no estaría aquí. Sería un rey de la selva, como antiguamente. Me pasaría la mitad del día durmiendo y me bañaría cuando quisiera. Hace un mes que no me doy un buen baño.

—Todo eso está muy bien —dijo Billy—, pero las cosas no mejoran por tener un nombre más largo.

—¡Calla! —dijo el caballo—. Creo que entiendo lo que Dos Colas quiere decir.

—Y mejor que vas a entenderlo dentro de un momento —contestó el elefante, enfadado—. Ahora, ¡explícame por qué no te gusta esto!

Y empezó a barritar con todas sus fuerzas.

—¡Para! —protestaron Billy y el caballo a la vez. Y les oí patalear y estremecerse. El barrito de un elefante siempre es desagradable, y más aún de noche.

—No pienso parar —dijo Dos Colas—. ¿Quieres hacer el favor de explicármelo? Burruuum. Burruuum. Burruuum.

Se calló de repente. Oí un gemido en la oscuridad y supe que Vixen por fin me había encontrado. Sabía tan bien como yo que si hay algo en el mundo que asuste a un elefante es el ladrido de un perro pequeño. Y así, se paró delante de él y empezó a fastidiarlo, dando vueltas alrededor de sus enormes patas. Dos Colas se puso a mover las patas y a gritar:

—¡Largo de aquí, chucho! Como me muerdas los tobillos te voy a pisotear. —Y luego—: Perrito bueno. Perrito guapo. ¡Vete a casa, bestia ladradora! ¡Que alguien se lo lleve! Me va a morder en cualquier momento.

—Me parece —le dijo Billy al caballo— que nuestro amigo Dos Colas tiene miedo de casi todo. Si a mí me dieran una buena comida por cada perro al que he soltado una coz en la plaza de armas, estaría casi tan gordo como dos elefantes.

Silbé, y Vixen se me acercó corriendo, cubierta de barro. Me lamió la nariz y me contó que había estado cazando para mí por todo el campamento. Yo nunca le daba a entender que entendía su idioma, para que no se tomara demasiadas libertades. La guardé en mi pecho, por debajo del abrigo, pero Dos Colas siguió pataleando y refunfuñando.

—¡Increíble! ¡Esto es increíble! —dijo—. Es cosa de familia. ¿Dónde se ha metido ese chucho asqueroso?

Oí que buscaba a tientas con la trompa.

—Está visto que todos tenemos algo —resopló—. Vosotros os asustasteis, creo, cuando barrité.

—No exactamente —dijo el caballo—. Aunque me pareció que tenía un avispero en la espalda. No vuelvas a hacer eso.

—Yo tengo miedo de un perrito, y el camello, aquí presente, tiene miedo de las pesadillas.

—Es una suerte que no hayamos tenido que combatir todos de la misma manera —señaló el caballo.

—Lo que a mí me gustaría saber —dijo el mulo novato, que llevaba mucho tiempo callado—, lo que me gustaría saber es: ¿por qué tenemos que combatir?

—Pues porque nos lo mandan —dijo el caballo, relinchando con desprecio.

—Son órdenes —añadió el mulo Billy, apretando los dientes.

—*Hukm hai!* (Es una orden) —dijo el camello, haciendo gárgaras. Y Dos Colas y los bueyes repitieron: *«Hukm hai!»*.

—Sí, pero ¿quién da las órdenes? —preguntó el mulo recluta.

—El hombre que va a tu lado. O se sube a tu espalda. O sujeta la brida. O te retuerce la cola —dijeron sucesivamente Billy, el caballo, el camello y los bueyes.

—Y ¿quién les da las órdenes a ellos?

—Tú quieres saber demasiadas cosas, jovencito —dijo Billy— y esa es la mejor manera de que te den una coz. Tú lo que tienes que hacer es obedecer al hombre que va a tu lado y no preguntar.

—Tiene toda la razón —dijo Dos Colas—. Yo no siempre consigo obedecer, porque no soy ni lo uno ni lo otro, pero Billy tiene razón. Si no obedeces al hombre que te da las órdenes, toda la batería tendrá que detenerse por tu culpa, y encima te darán una paliza.

Los bueyes de los cañones se levantaron para marcharse.

—Está amaneciendo —dijeron—. Volvemos a nuestras líneas. Es verdad que solo sabemos ver con los ojos y que no somos muy listos, pero somos los únicos que no nos hemos asustado esta noche. Buenas noches, valientes.

Nadie contestó, y el caballo decidió cambiar de tema.

—¿Dónde está el perrito? —dijo—. Cuando hay un perro siempre hay un hombre cerca.

—Aquí estoy —ladró Vixen—. Debajo de tu cola, amigo mío. Oye, camello idiota, nos has destrozado la tienda. Mi amo está muy enfadado.

—¡Bah! —dijeron los bueyes—. Seguro que es un hombre blanco.

—Pues claro que sí —contestó Vixen—. ¿Os creéis que un boyero negro va a cuidar de mí?

—¡Puaj! ¡Puf! ¡Uj! Vámonos ahora mismo —dijeron los bueyes.

Se alejaron chapoteando por el barro y se las ingeniaron para que la yunta se enganchara en el eje del furgón de munición.

—Ahora sí que la habéis fastidiado —dijo Billy tranquilamente—. No os esforcéis. Vais a tener que quedaros ahí hasta que sea de día. ¿Qué pasa?

Los bueyes empezaron a lanzar esos bufidos largos y suaves típicos del ganado de la India, y a empujarse, retorcerse, patalear y resbalar, hasta que estuvieron a punto de caerse en el barro y gruñeron enfurecidos.

—Os vais a romper el pescuezo —dijo el caballo—. ¿Qué pasa con los hombres blancos? Yo vivo con ellos.

—¡Se nos comen! ¡Tira! —contestó el buey que estaba más cerca. La yunta se partió con un chasquido, y los bueyes se alejaron despacio.

Hasta entonces yo no sabía por qué el ganado indio tenía tanto miedo de los ingleses. Nosotros comemos carne de ganado, mientras que los indios no la prueban. Y, claro, eso al ganado no le gusta.

—¡Que me azoten con mis propias correas! ¿Quién se iba a imaginar que dos

gordos sebosos como esos dos bueyes acabarían perdiendo la cabeza? —dijo Billy.

—Da igual. Yo voy a ver si encuentro a ese hombre. Casi todos los hombres blancos que conozco llevan cosas en los bolsillos —dijo el caballo.

—En ese caso, te dejo. Yo tampoco es que les tenga demasiado cariño. Además, los hombres blancos que no tienen dónde dormir es probable que sean ladrones, y yo llevo encima un montón de cosas que son propiedad del gobierno. Vamos, jovencito. Volvamos a nuestras líneas. ¡Buenas noches, Australia! Hasta mañana en la formación, supongo. ¡Buenas noches, fardo de heno! A ver si aprendes a dominar tus impulsos, ¿eh? ¡Buenas noches, Dos Colas! Si nos ves mañana en la revista, no barrites, que se nos desbarata la formación.

Ya se retiraba el mulo Billy, con ese andar entre arrogante y desgarbado característico de los veteranos, cuando el caballo me dio con el hocico en el pecho y le ofrecí galletas. Y Vixen, que es una perrita muy engreída, le contó la trola de que ella y yo teníamos docenas de caballos.

—Mañana iré a la revista en mi carrito —dijo—. ¿Dónde estarás tú?

—A la izquierda del segundo escuadrón. Yo, señorita, soy el que marca el compás de toda la tropa —dijo con cortesía—. Ahora tengo que volver con Dick. Se me ha llenado la cola de barro y tardará dos horas en prepararme para la revista.

Esa tarde se celebraba el gran desfile de los treinta mil soldados, y Vixen y yo teníamos reservado un buen sitio cerca del virrey y del emir de Afganistán, que lucía un gorro de astracán alto y negro, con un diamante enorme en forma de estrella en el centro. Durante la primera parte del desfile lució el sol, y los regimientos fueron pasando como un oleaje de piernas que se movían al compás, y los cañones todos en fila, hasta que nos mareamos de verlos. A continuación llegó la caballería a medio galope, al son de la preciosa melodía de *Bonnie Dundee*, y Vixen, que estaba en su carrito, ladeó una oreja. El segundo escuadrón de lanceros pasó como una flecha, y con ellos el caballo de la tropa, con su cola reluciente como la seda, la cabeza recogida en el pecho, una oreja adelante y otra atrás, marcando el compás de todo su escuadrón y moviendo las patas como si bailara un vals. Le tocó el turno a la artillería pesada, y vi a Dos Colas y a otros dos elefantes tirando de un cañón de asedio de los que disparan munición de veinte kilos, seguidos de veinte yuntas de bueyes. La séptima pareja, que llevaba una yunta flamante, parecía entumecida y cansada. Por último desfilaron los cañones desmontables, y el mulo Billy tenía un aire muy ufano, como si fuera el comandante en jefe, con su arnés tintineante, bien engrasado y bruñido. Vitoreé al mulo Billy, pero nadie me secundó, y él no miró ni una sola vez a derecha o izquierda.

Otra vez empezó a llover, y por espacio de un buen rato casi no se veía lo que hacían las tropas. Habían formado en la llanura, trazando un gran semicírculo, y se extendían formando un amplio frente. El frente creció y creció hasta alcanzar más de medio kilómetro de extremo a extremo, como una impresionante muralla de hombres, caballos y cañones. Luego avanzó directamente hacia donde estaban el virrey y el

emir, haciendo temblar la tierra a medida que se acercaba como tiembla la cubierta de un vapor cuando se aceleran las máquinas.

Quien no haya estado allí no puede imaginarse el efecto aterrador que causa en los espectadores este continuo ir y venir de tropas, aunque sepan que no es nada más que una revista. Miré al emir. Hasta ese momento no había dado ninguna muestra de asombro o emoción, pero vi que abría los ojos cada vez más, que recogía las riendas de su caballo y volvía la cabeza. Por un instante pareció como si fuera a desenvainar la espada y abrirse paso a mandoble limpio entre la multitud de ingleses, hombres y mujeres, que presenciaban el acontecimiento desde sus carruajes. El avance de las tropas cesó de repente: el suelo dejó de temblar, el frente completo hizo su saludo y treinta bandas de música estallaron al unísono. Así concluía la revista, y los regimientos regresaron a sus campamentos bajo la lluvia. Una banda de la infantería entonó este himno:

De dos en dos pasaban, desfilando,
los mulos y elefantes de nuestras baterías.
De dos en dos pasaban, desfilando,
cuando de pronto empezó a llover:
corriendo a refugiarse todos fueron,
¡hurra!, al Arca de Noé.

Entonces oí que uno de esos caudillos del Asia central, un hombre de pelo largo y entrecano que había venido con el emir, le preguntaba a un oficial indígena:

—¿Cómo se ha hecho esta maravilla?

A lo que el oficial respondió:

—Se les dio la orden y ellos obedecieron.

—Pero ¿y los animales? ¿Son tan inteligentes como los hombres? —preguntó el extranjero.

—Obedecen igual que los hombres. Mula, caballo, elefante o buey, todos obedecen a su guía, y el guía a su sargento, y el sargento a su teniente, y el teniente a su capitán, y el capitán a su comandante, y el comandante a su coronel, y el coronel a su brigadier, que está al mando de tres regimientos, y el brigadier al general, que obedece al virrey que sirve a la emperatriz. Así se ha hecho.

—¡Ojalá fuera igual en Afganistán! —dijo el jefe—. Allí solo obedecemos nuestra propia voluntad.

—Por eso —respondió el oficial indígena, retorciéndose los bigotes—, vuestro emir, al que no obedecéis, tiene que venir aquí y aceptar órdenes de nuestro virrey.

CANCIÓN DE LOS ANIMALES DE LOS CAMPAMENTOS EN EL GRAN DESFILE MILITAR

ELEFANTES DE LOS CAÑONES

¡Abrid paso a los nobles elefantes
que con cabeza clara y patas firmes
a Alejandro le prestan su fuerza de titanes!
Doblando la cerviz a su servicio,
nunca más conocimos otro oficio
que el de arrastrar cañones de combate.

BUEYES DE LOS CAÑONES

Gran héroe del arnés que burlas a las balas
y de la pólvora huyes, presuroso,
afronta con valor esta batalla
y una vez más tu cañón arrastra.
¡Abrid paso a la yunta de los bueyes,
servidores de poderosos reyes!

CABALLOS DE LA CABALLERÍA

Por el que fue marcado a hierro y fuego
entonan las más bellas melodías
húsares, dragones y lanceros.
Pero mejor que música ninguna
resuena, en mis oídos admirados,
el alegre galope de la caballería.

Nos limpian y frotan, nos traen y nos llevan
con buenos jinetes y sacos de avena.
Y en cerradas filas, columnas, escuadras,
nos lanzamos, listos para la batalla.

MULOS DE LOS CAÑONES DESMONTABLES

Monte arriba los compañeros íbamos

y una lluvia de piedras desdibujó el camino.
Sin dudarlo, adelante seguimos.
Trepa, tuerce, persiste, camarada,
que pronto alcanzarás esa cumbre soñada,
y pisarán tus patas las alturas.

Buena suerte al sargento
que elegir el camino nos permite.
Mala suerte al mulero
que la carga no sabe colocarnos.
Trepa, tuerce, persiste, camarada,
que pronto alcanzarás esa cumbre soñada,
y pisarán tus patas las alturas.

CAMELLOS DE INTENDENCIA

Entonemos nuestro himno
para aliviar el camino.
Nuestro cuello es un trombón:
Ro-to-to-tón, ro-to-to-tón.
Y así dice nuestro canto:
¡So! ¡Para! ¡Quieto! ¡No!
¡Pasa la voz, compañero!
¿Quién ha perdido la carga?
¡Ojalá fuese la mía!
Cayó la carga al camino,
se ha detenido la fila.
Se oyen protestas, gruñidos:
a alguien están azotando.

TODOS LOS ANIMALES

Todos en este campamento servimos
y cada cual cumple su cometido:
hijos del yugo y de la pica,
de la carga y el arnés,
de la silla y la armadura,
nos desplegamos por toda la llanura.
Como una gigantesca ola en movimiento,
que crece, se alza y rompe,

cansados, silenciosos, polvorientos,
bestias y hombres a la guerra vamos.
Nadie sabe por qué. Ni nosotros ni ellos.
Todos en este campamento servimos
y cada cual cumple su cometido:
hijos del yugo y de la pica,
de la carga y el arnés,
de la silla y la armadura,
nos desplegamos por toda la llanura.

De cómo llegó el Miedo

Así encojan los arroyos, así se sequen las charcas,
y tú y yo sigamos siendo para siempre camaradas.
Con la mandíbula firme y polvorientos los flancos,
hombro con hombro marchamos por riberas y barrancos.

Y temiendo la sequía que a todos nos amenaza
por poco no renunciamos a la búsqueda y la caza.
Más allá de la represa, el cervatillo asustado,
ve al lobo de la manada hambriento y acobardado.
También el corzo contempla, sin por ello estremecerse,
los colmillos que a su padre un día dieron la muerte.

Han encogido las charcas, se han secado los arroyos,
y aquí seguimos tú y yo, compañero, hombro con hombro.
Esa nube que se acerca viene cargada de agua.
Con ella acaba la tregua: ¡camarada, buena caza!

La Ley de la Selva, que es con diferencia la ley más antigua del mundo, ha previsto casi cualquier accidente que pueda ocurrirle al pueblo de la selva, perfeccionando su código a lo largo del tiempo de acuerdo con las costumbres. Si ya habéis leído las demás historias de Mougli recordaréis que pasó buena parte de su vida con la manada de Sioni, aprendiendo la Ley de Balú, el oso pardo; y fue Balú quien le enseñó, cuando el chico se impacientaba con tantas órdenes, que la Ley era como la liana gigante: podía caerle encima a cualquiera y no había forma de escapar.

—Cuando hayas vivido tanto como yo, hermanito, verás que toda la selva obedece al menos una ley. Y no te gustará lo que verás —dijo Balú.

A Mougli esto le entraba por un oído y le salía por el otro, porque un niño que pasa la vida comiendo y durmiendo no se preocupa por nada hasta que lo tiene delante. Pero llegó el día en que las palabras de Balú se hicieron realidad, y Mougli presenció cómo toda la selva se aliaba bajo una misma ley.

Todo empezó un invierno en que apenas había llovido, y Sahi, el puercoespín, que se encontró con Mougli entre los bambúes, le contó que la batata se estaba secando. Bueno, todo el mundo sabe lo quisquilloso que es Sahi con su alimentación, que solo come los mejores alimentos y los más maduros. Por eso, Mougli se rio y no le hizo caso.

—Y ¿a mí qué más me da eso? —dijo el niño.

—Eso dices ahora, pero ya veremos —contestó Sahi, en tono frío y antipático,

haciendo un ruido con las púas como el de una carraca—. ¿Todavía puedes bucear en esa poza profunda que hay debajo de la Peña de las Abejas, hermanito?

—No, el agua se está yendo, la muy boba, y no quiero romperme la cabeza —dijo Mougli, convencido de que sabía más que cinco animales juntos.

—Pues ahí lo tienes. Por una grieta, por pequeña que sea, puede entrar algo de conocimiento. —Sahi se enroscó a toda prisa para que Mougli no pudiera tirarle de las púas del hocico, y el niño le contó a Balú lo que el puercoespín le había dicho. Balú se puso muy serio.

—Si estuviera solo —murmuró, casi para sus adentros— cambiaría de territorio de caza ahora mismo, antes de que los demás empiecen a pensar. Pero cazar entre desconocidos siempre termina con peleas, y podrían hacer daño a mi cachorro humano. Tendremos que esperar y ver cómo florece el árbol del *mohwa*.

Aquella primavera, el árbol sagrado que tanto gustaba a Balú no floreció. El calor abrasó los brotes verdes y las flores del color de la nata, con sus pétalos suaves como la cera, antes de que llegaran a nacer, y, cuando el oso se levantó sobre las patas traseras para sacudir el árbol, de sus ramas apenas cayó un puñado de pétalos que despedían un olor desagradable. Entonces, centímetro a centímetro, el calor, implacable, se fue abriendo camino hasta el corazón de la selva, volviéndolo todo primero amarillo, después marrón y por último negro. Los brotes que asomaron en las paredes de los barrancos terminaron quemados, como cables partidos y láminas de materia muerta y enroscada; las charcas más recónditas se secaron y su lecho de tierra se agrietó, conservando en sus orillas hasta la más leve huella de unas pisadas, como fundidas en un molde de hierro; las lianas de jugosos tallos caían de los árboles y morían a sus pies; los bambúes, marchitos, crepitaban al paso del aire caliente, y hasta el musgo en lo más profundo de la selva se desprendió de las rocas, que al quedar desnudas quemaban casi tanto como las tambaleantes piedras azules que cubrían el lecho del río.

Los pájaros y los monos se fueron al norte al poco de empezar el año, pues sabían lo que se avecinaba. El ciervo y el jabalí asaltaban los escasos cultivos de las aldeas y a veces morían delante de los hombres, que no tenían fuerzas para matarlos. Chil, el milano real, se quedó en casa y engordó, porque encontraba carroña en abundancia, y todas las noches llevaba a las fieras, que no tenían fuerzas para buscar nuevos territorios de caza, la noticia de que el sol estaba matando la selva en muchos kilómetros a la redonda, tantos como tardaría él en recorrer en tres días.

Mougli, que hasta entonces no conocía el hambre, se contentaba con la miel rancia de tres años que rascaba de las colmenas de las rocas, una miel negra como una endrina y cubierta con una costra de azúcar reseco. También cazaba las larvas que perforaban la corteza y el tronco de los árboles, y robaba los nidos de las avispas. Todos los animales eran poco más que un manojo de huesos, y Baguira podía atrapar hasta tres presas una misma noche sin conseguir una comida completa. Pero lo peor de todo era la falta de agua. Y es que los animales beben con poca frecuencia pero

grandes cantidades.

El calor persistió y absorbió toda la humedad hasta que el cauce principal del Waingunga era el único que llevaba algo de agua, apenas un reguero, entre sus orillas muertas. Y cuando Hati, el elefante, que vive más de cien años, vio asomar en el centro del río una piedra larga y azulada, supo que aquella era la Roca de la Paz, y al momento levantó la trompa y proclamó la Tregua del Agua, como en su día, cincuenta años antes, la había proclamado su padre. El ciervo, el jabalí y el búfalo propagaron la noticia con voz ronca, y Chil, el milano real, comenzó a trazar amplios círculos en lo alto del cielo, voceando el aviso entre silbidos.

La Ley de la Selva castiga con la muerte al que mata en los abrevaderos una vez se ha declarado la Tregua del Agua. Esto es así porque la bebida es más importante que la comida. Todos pueden ir tirando, mejor o peor, cuando escasea la caza, pero el agua es el agua, y, si no hay más que una fuente de abastecimiento, la caza se interrumpe en todas partes para que los animales puedan satisfacer esta necesidad. En las temporadas buenas, cuando el agua era abundante, los que bajaban a beber al Waingunga —o a cualquier otra parte— arriesgaban la vida, y este riesgo forma parte de la fascinación de las correrías nocturnas. Desplazarse con la mayor astucia, sin mover una hoja; vadear, con el agua hasta los corvejones, los rugientes arroyos que ahogan todos los ruidos alrededor; beber, vigilando por encima del hombro, con todos los músculos alerta a la primera sacudida de terror; revolcarse en las orillas arenosas y regresar, con el hocico húmedo y la panza bien llena, junto a los admirados compañeros del rebaño, es algo en lo que se deleita todo venado joven, de cuernos flamantes, precisamente porque sabe que en cualquier momento pueden recibir la embestida de Baguira o Shir Jan. Pero ahora que no existía la emoción de vivir entre la vida y la muerte, los animales, agotados y famélicos —tigre, oso, ciervo, búfalo y jabalí—, bebían todos juntos de aquella agua pestilente y apenas se alejaban de la orilla, tan exhaustos estaban.

El ciervo y el jabalí habían pasado el día buscando algo más nutritivo que la corteza seca y las hojas marchitas. Los búfalos no encontraban charcas en las que refrescarse ni cosechas que robar. Las serpientes, que habían abandonado la selva, bajaron al río con la esperanza de cazar alguna rana despistada. Se enroscaban en las piedras húmedas y no se inmutaban cuando un jabalí se acercaba a hozar y las apartaba con el hocico. Hacía ya tiempo que Baguira, la más lista de las cazadoras, había matado a todas las tortugas de río, y los peces se habían enterrado en lo más hondo del barro reseco. Únicamente la Roca de la Paz asomaba, tendida como una culebra, entre la fina lámina de agua, y las ondas pequeñas y cansadas chisporroteaban al encontrarse con el lado más caliente de la piedra.

Aquí venía Mougli todas las noches, en busca de frescor y compañía. Ni el más hambriento de sus enemigos se interesaría por el niño en aquel momento. Sin pelo que le cubriera el cuerpo, parecía más flaco y abatido que cualquiera de sus compañeros. El sol le había quemado la melena, que parecía un montón de estopa; se

le marcaban las costillas como los mimbres de un cesto, y, en contraste con las bolas de las rodillas y los codos, de los que se servía para andar a cuatro patas, las piernas y los brazos parecían tallos de hierba. A pesar de todo, su mirada seguía siendo firme y serena, porque Baguira, que era su consejera en aquellos momentos tan difíciles, le dijo que se moviera sin hacer ruido, que cazara despacio y que no perdiera los nervios pasara lo que pasara.

—Son malos tiempos —dijo la pantera negra, una tarde en que la selva parecía un horno—. Pero todo irá bien si conseguimos aguantar hasta el final. ¿Tienes el estómago lleno, cachorro humano?

—Tengo algo dentro, pero eso no me tranquiliza. Piénsalo, Baguira: ¿y si la lluvia se hubiera olvidado de nosotros para siempre?

—No quiero pensarlo. Todavía veremos florecer el árbol del *mohwa*, y a los cervatillos con la panza bien llena de hierba. Vamos a la Roca de la Paz a ver qué noticias se han sabido. Sube a mi lomo, hermanito.

—Tú no estás para cargar peso. Aún puedo andar por mi propio pie. Pero está claro que no somos un par de bueyes, ni tú ni yo.

Baguira recorrió con la mirada su flanco flaco y polvoriento.

—Anoche maté un buey atado a su yunta —dijo con un susurro—. Fíjate si estaré débil que creí que no me habría atrevido a atacarlo si lo hubiera encontrado suelto.

Mougli se rio.

—Sí, vaya par de cazadores estamos hechos. Mira tú si soy valiente que ahora como larvas. —Y se adentraron entre la maleza seca hasta la orilla del río, que formaba un encaje de charcas dispersas por todas partes.

—El agua no vivirá mucho más tiempo —dijo Balú, sumándose a ellos—. ¡Mirad! Ahí enfrente hay sendas como los caminos de los hombres.

En el llano de la otra orilla, las resistentes hierbas de la selva habían muerto en pie y parecían momificadas. Las sendas que llevaban al río, trilladas por los ciervos y los jabalíes, formaban en la abrasada llanura zanjas polvorientas entre matorrales de tres metros de alto y, a pesar de que aún era temprano, cada una de las largas avenidas ya estaba abarrotada de animales impacientes por llegar al agua. Se oía toser a las hembras y a los cervatos por culpa del polvo, que parecía tabaco de inhalar.

Aguas arriba, en el meandro de la mansa charca que rodeaba la Roca de la Paz, vigilando la Tregua del Agua, estaba Hati, el elefante, con sus hijos, demacrado y gris a la luz de la luna, balanceándose como siempre de un lado a otro. Un poco más abajo se encontraba la vanguardia de los ciervos, y tras ellos los jabalíes y los búfalos salvajes; y en la orilla contraria, donde los altos árboles llegaban hasta el borde el agua, se encontraba el lugar aparte de los devoradores de carne: el tigre, los lobos, la pantera, el oso y los demás.

—Todos vivimos bajo una misma Ley —dijo Baguira, metiéndose en el agua y observando las hileras de ojos atentos y de cuernos que entrechocaban en la aglomeración de ciervos y jabalíes—. Buena caza a todos los de mi misma sangre —

añadió, tumbándose cuan larga era, con un flanco fuera del agua. Y entre dientes, aún se atrevió a decir—: Aunque habría muy buena caza para todos a los que afecta la Ley.

Los ciervos de oído fino oyeron esta última frase, y un susurro aterrorizado recorrió sus filas: «¡La tregua! ¡Recuerda la tregua!».

—¡Haya paz! —gritó con voz ahogada, Hati, el elefante salvaje—. Hay que cumplir la tregua. No es momento de hablar de cacerías.

—¡Como si no lo supiera! —replicó la pantera, recorriendo la orilla del río con sus ojos amarillos—. Yo como tortugas y pesco ranas. ¡Aaarg! ¡Hasta me conformaría con masticar unas ramas!

—Eso mismo queremos nosotros —bramó un cervatillo que había nacido esa misma primavera y al que no le gustaban nada las ramas. A pesar de lo mal que lo estaba pasando el pueblo de la selva, incluso a Hati se le escapó una risita, y Mougli, que estaba tendido en el agua templada, apoyado en los codos, se rio con ganas y pataleó hasta que salió espuma.

—Bien dicho, jovencito —rugió Baguira—. Cuando termine la tregua, esto contará a tu favor. —Y escudriñó en la oscuridad para estar seguro de reconocer al cervato si volvía a verlo.

Poco a poco, la conversación se fue extendiendo por todos los abrevaderos. Se oían las escaramuzas y los gruñidos de los jabalíes necesitados de espacio; los búfalos deambulaban por los bancos de arena, resoplando sin parar, y los ciervos contaban tristes historias de sus largas caminatas, con las pezuñas desolladas, en busca de alimento. De vez en cuando dirigían alguna pregunta a los devoradores de carne, al otro lado del río, pero todo eran malas noticias, y el viento de la selva, rugiente y abrasador, iba y venía entre las rocas, sacudía las ramas y lanzaba al agua ramitas y tierra.

—También los hombres están muriendo en sus cultivos —anunció un joven sambur—. He pasado por ahí a última hora de la tarde. Los he visto muy quietos, y a sus bueyes con ellos. A nosotros no tardará en pasarnos lo mismo.

—El río ha perdido agua desde anoche —señaló Balú—. Di, Hati, ¿habías visto una sequía como esta?

—Pasará, pasará —contestó el elefante, echándose un chorrito de agua por el lomo y los flancos.

—Aquí hay uno que no aguantará mucho —dijo Balú, mirando al niño al que tanto quería.

—¿Yo? —preguntó Mougli, indignado. Y se sentó en el agua—: Es verdad que no tengo pelo en el cuerpo pero, si te arrancáramos a ti el pellejo, Balú…

Hati se estremeció solo de pensarlo, y Balú contestó con severidad:

—Cachorro humano, esa no es manera de hablar a un maestro de la Ley. Jamás se me ha visto a mí sin mi pellejo.

—No quería ofenderte, Balú. Lo que quería decir es que eres como la cáscara que

cubre el coco. Y yo, que estoy desnudo, soy el coco. Porque esa cáscara marrón tuya… —Mougli se había sentado, con las piernas cruzadas, y estaba explicando algo, señalando con el dedo índice, como de costumbre, cuando Baguira extendió una zarpa almohadillada, tiró de él y lo lanzó al agua de espaldas.

—Lo estás empeorando —dijo la pantera negra cuando el niño asomó la cabeza, resoplando—. Primero dices que hay que despellejar a Balú y después lo comparas con un coco. Ten cuidado no vaya a hacer lo que hacen los cocos maduros.

—Y ¿qué hacen? —quiso saber Mougli, que no había entendido el chiste, aunque era de los más viejos de la selva.

—Romperte la cabeza —respondió tranquilamente Baguira. Y volvió a meter a Mougli debajo del agua.

—No está bien reírse de los maestros —dijo el oso, después de la tercera zambullida de Mougli.

—¡Que no está bien! ¿Qué esperabas? Ese bicho desnudo va de un lado a otro burlándose de los buenos cazadores, y se divierte tirándonos de los bigotes. —Era Shir Jan, el tigre cojo, que se acercaba al agua renqueando. Esperó unos momentos para disfrutar de la sensación que su llegada había causado en la otra orilla, entre los ciervos; luego agachó la cabeza, ancha y bordeada de flecos, y empezó a beber a lengüetazos—. La selva se ha convertido en territorio de mocosos. ¡Mírame, cachorro humano!

Mougli lo miró, más bien le clavó los ojos, con la mayor insolencia posible, y Shir Jan al momento dio media vuelta, lleno de inquietud.

—Que si el cachorro humano tal, que si el cachorro humano cual —rugió, y siguió bebiendo—. El cachorro no es ni hombre ni cachorro. Si lo fuera se habría asustado. A este paso, el año que viene tendré que pedirle permiso para beber. ¡Aaarg!

—Eso es posible —contestó Baguira, mirando al tigre fijamente entre los ojos—. Eso es posible. ¡Di, Shir Jan! ¿Qué nueva fechoría te trae por aquí?

Después de que el tigre cojo hundiera el morro en el agua, un reguero de rayas oscuras y aceitosas se alejó flotando río abajo.

—¡Hace una hora he matado a un hombre! —dijo Shir Jan tranquilamente. Y siguió rugiendo y refunfuñando para sus adentros.

Un estremecimiento recorrió al grupo de animales de punta a punta, y los murmullos se convirtieron en un clamor.

—¡Un hombre! ¡Un hombre! ¡Ha matado a un hombre! —Y a continuación todos miraron a Hati, que pareció no oírlos. Hati nunca hace nada hasta que llega el momento: por eso, entre otras cosas, vive tantos años.

—¿Has matado a un hombre? ¿En un momento como este? ¿No había más caza? —dijo Baguira con desprecio, saliendo del agua sucia y sacudiendo sus garras una por una, como hacen los felinos.

—Lo he matado porque he querido, no porque tuviera hambre. —Se repitió el

mismo murmullo de horror, y Hati esta vez movió sus ojillos vigilantes hacia donde estaba el tigre—. Porque he querido —volvió a decir Shir Jan—. Ahora vengo a beber y a lavarme. ¿Alguien me lo va a prohibir?

El lomo de Baguira empezó a arquearse como una caña de bambú cuando sopla un viento fuerte, pero Hati, levantando su trompa, habló con tranquilidad.

—¿Lo has matado porque sí? —preguntó. Y cuando Hati hace una pregunta, más vale contestar.

—Aunque así fuera. Estoy en mi perfecto derecho. Tú lo sabes muy bien, oh, Hati —dijo el tigre casi con cortesía.

—Sí, lo sé —asintió Hati. Y, tras un breve silencio—: ¿Has bebido ya suficiente?

—Por esta noche sí.

—Entonces, vete. El río es para beber, no para ensuciarlo. Nadie más que el tigre cojo se atrevería a alardear de sus derechos en un momento en que todos estamos sufriendo por igual, los hombres y el pueblo de la selva. Tanto si ya te has lavado como si no, ¡vuelve a tu guarida, Shir Jan!

Estas últimas palabras resonaron como trompetas de plata, y los tres hijos de Hati dieron medio paso al frente, aunque no era necesario. Shir Jan se escabulló, sin atreverse siquiera a gruñir, pues sabía, como todo el mundo, que el elefante, en resumidas cuentas, es el rey de la selva.

—¿De qué derecho habla Shir Jan? —susurró Mougli al oído de Baguira—. Matar a un hombre siempre es deshonroso. Así lo dice la Ley. Pero Hati ha dicho…

—Pregúntaselo a él. Yo no lo sé, hermanito. Con derecho o sin él, si Hati no hubiese hablado, ya le habría dado yo una buena lección a ese carnicero cojo. ¡Venir a la Roca de la Paz justo después de haber matado a un hombre y presumir de su hazaña! ¡Eso no lo haría ni un chacal! Y encima, ha ensuciado el agua.

Mougli esperó unos momentos, mientras se armaba valor, pues nadie se atrevía a dirigirse a Hati.

—¿Qué derecho tiene Shir Jan, oh, Hati? —dijo por fin. Sus palabras se repitieron como el eco en las dos orillas, porque el pueblo de la selva es sumamente curioso, y acababan de presenciar algo que, por lo visto, nadie más que Balú entendía, y el oso parecía muy pensativo.

—Es una historia muy antigua —respondió el elefante—, más antigua que la selva. Guardad silencio en las orillas y os la contaré a todos.

Los jabalíes y los búfalos se empujaron y se apartaron con los hombros hasta que los jefes de las manadas bramaron uno tras otro: «Estamos preparados». Y Hati echó a andar hasta que el agua de la charca de la Roca de la Paz le llegó a las rodillas. Aunque estaba flaco y arrugado y tenía los colmillos amarillentos, seguía siendo el señor de la selva.

—Ya sabéis, niños —empezó a decir—, que debéis temer al hombre por encima de todas las cosas. —Hubo un murmullo de asentimiento.

—Esta historia te afecta a ti, hermanito —le dijo Baguira a Mougli.

—¿A mí? Yo soy miembro de la manada, un cazador del pueblo libre. ¿Qué tengo yo que ver con el hombre?

—Y ¿sabéis por qué hay que temer al hombre? —continuó Hati—. Os contaré el porqué. Al principio, y nadie sabe cuándo fue eso, todos los habitantes de la selva caminábamos juntos, sin temor los unos de los otros. En aquellos tiempos no había sequía, y en un mismo árbol crecían hojas, flores y frutos. Todos comíamos únicamente hojas, flores, hierbas, frutos y corteza.

—Cuánto me alegro de no haber nacido en esos tiempos —dijo Baguira—. La corteza solo sirve para afilarse las uñas.

—Y el señor de la selva era Tha, el primero de los elefantes. Él sacó la selva con su trompa de las aguas profundas, y allí donde clavaba sus colmillos en la tierra fluían los ríos, y donde ponía el pie se abrían pozas de agua clara, y cuando resoplaba derribaba los árboles. Fue así como Tha creó la selva, y así me contaron a mí esta historia.

—No ha perdido peso con los años —susurró Baguira, y Mougli se tapó la boca para reírse.

—En aquel entonces no había maíz ni melones ni pimientos ni caña de azúcar, y tampoco había chozas como las que habéis visto todos. El pueblo de la selva no conocía al hombre, y los animales convivían como una única familia. Pero un día empezaron a pelear por la comida, a pesar de que había pastos suficientes para todos. Eran perezosos y querían comer sin moverse del sitio, donde estaban acostados, como a veces podemos hacer cuando la primavera trae buenas lluvias. Tha, el primero de los elefantes, estaba ocupado creando nuevas selvas y guiando a los ríos por sus cauces. Como no podía ir andando a todas partes, nombró al primero de los tigres jefe y juez de la selva, para que todos acudieran a él con sus diferencias. En aquellos días, el primero de los tigres comía fruta y hierba, igual que los demás. Era tan grande como yo, y precioso, de un color amarillo como la flor de la enredadera. Aún no tenía listas ni rayas en la piel en esos primeros tiempos, cuando la selva estaba recién creada. Todos se acercaban a él sin temor, y su palabra era Ley. Éramos, como ya se ha dicho, una misma familia. Bueno, pues, una noche dos ciervos se pelearon (tuvieron una pelea sin importancia, como cuando os embestís con la cabeza y las patas delanteras); y cuentan que, cuando los dos ciervos fueron a hablar con el primero de los tigres, que estaba acostado entre las flores, uno de ellos lo empujó con los cuernos, y el tigre, olvidando que era el juez de la selva, se lanzó contra el ciervo y le rompió el pescuezo.

»Hasta esa noche no había muerto nadie, y el primero de los tigres, viendo lo que había hecho y alterado por el olor de la sangre, corrió a esconderse en las marismas del norte. Y el pueblo de la selva, al quedar sin juez, empezó a pelear entre sí. Tha oyó el alboroto y regresó con los demás. Unos decían que tal y otros decían que cual, pero el ciervo muerto seguía entre las flores, y Tha quería saber quién lo había matado. Nadie quería decirlo, porque el olor de la sangre nos alteraba, como nos

sigue alterando hoy. Los animales empezaron a dar vueltas de un lado a otro, a saltar, a gritar y a sacudir la cabeza. Entonces Tha ordenó a los árboles que inclinasen sus ramas, y a las plantas rastreras que señalasen al que había matado al ciervo, para que él lo reconociera. Y preguntó: “¿Quién será ahora el jefe del pueblo de la selva?”. El mono gris, que vive en las ramas, dio un salto y dijo: “Yo seré ahora el jefe de la selva”. Riéndose, Tha contestó: “Así sea”. Y se marchó, muy enfadado.

»Niños, todos conocéis al mono gris. Entonces era igual que hoy. Al principio puso cara de sabio, pero al poco rato ya había empezado a rascarse y a brincar y, a su vuelta, Tha lo encontró colgado de una rama, cabeza abajo, burlándose de los que estaban en el suelo, y estos burlándose de él. Y así fue como la selva quedó sin Ley, y solo se decían tonterías y cosas sin sentido.

»Entonces Tha nos convocó a todos y nos dijo: “El primero de los jefes ha traído la Muerte a la selva, y el segundo ha traído la Vergüenza. Es hora de que tengamos una Ley; una Ley que todos respetemos. Ahora conoceréis el Miedo, y cuando os encontréis con él veréis que es vuestro dueño, y a partir de ahí vendrá todo lo demás”. El pueblo de la selva preguntó: “¿Qué es el Miedo?”. A lo que Tha respondió: “Buscadlo hasta que lo encontréis”. Conque nos fuimos todos en busca del Miedo por toda la selva, y entonces los búfalos…

—¡Uy! —dijo Mysa, el jefe de los búfalos, desde el banco de arena donde estaban reunidos.

—Sí, Mysa, fueron los búfalos. Volvieron con la noticia de que el Miedo estaba sentado en una cueva de la selva: no tenía pelo, y andaba apoyado en las patas traseras. El pueblo de la selva siguió al rebaño hasta aquella cueva. El Miedo salió a la puerta, y era tal como habían dicho los búfalos: no tenía pelo y andaba apoyado en las patas traseras. Al vernos gritó, y su voz nos llenó del miedo que ahora sentimos, y huimos, pisoteándonos y corneándonos los unos a los otros, porque estábamos asustados. Esa noche, según me contaron, los miembros del pueblo de la selva no durmieron como siempre, todos juntos, sino que cada familia se fue por su cuenta: el jabalí con el jabalí, el ciervo con el ciervo. Cuernos con cuernos y pezuñas con pezuñas. Iguales con iguales. Y así, temblando, pasaron la noche.

»Pero el primero de los tigres no estaba con los demás, porque se había escondido en las marismas del norte, y cuando le llegó la noticia de lo que habíamos visto en la cueva, dijo: “Iré a ver a esa Cosa y le romperé el pescuezo”. Y no paró de correr en toda la noche, hasta que llegó a la cueva. Pero los árboles y las enredaderas del camino recordaron la orden que Tha les había dado y, bajando sus ramas, marcaron al tigre con los dedos mientras corría: en el lomo, los flancos, la frente y la cara. En todas partes donde le tocaban dejaban una marca y una raya en su pelaje amarillo. Y ¡esas mismas rayas llevan sus hijos hasta hoy! Bueno pues, cuando el tigre llegó a la cueva, el Miedo, la Cosa sin pelo, tendió una mano y le dio este nombre: “Cosa con rayas que viene de noche”. Y el primero de los tigres se asustó de la Cosa sin pelo, y aullando regresó a los pantanos.

Mougli se rio en voz baja, con la barbilla dentro del agua.

—Tales fueron sus rugidos que Tha lo oyó y dijo: «¿Qué pena tienes?». Y el primero de los tigres, levantando el hocico al cielo recién creado, hoy tan antiguo, contestó: «Devuélveme mi poder, oh, Tha. He quedado en vergüenza delante de toda la selva, y he huido del que no tiene pelo, y él me ha insultado». «Y eso ¿por qué?», preguntó Tha. «Porque estoy manchado con el fango de las marismas», contestó el primero de los tigres. «Pues ve a bañarte y revuélcate en la hierba mojada; si es barro seguro que se limpia», dijo Tha. Y el primero de los tigres se dio un baño, y se revolcó hasta que la selva empezó a dar vueltas y vueltas a su alrededor, pero las rayas de su pie seguían estando ahí, y Tha lo observaba sin parar de reírse. Entonces, el primero de los tigres dijo: «¿Qué he hecho para que me ocurra esto?». Y Tha le respondió: «Mataste al ciervo, y has liberado a la Muerte en la selva, y con la Muerte ha llegado el Miedo, y ahora el pueblo de la selva tiene miedo, se temen los unos a los otros, igual que tú temes al que no tiene pelo». El primero de los tigres dijo: «A mí no me temerán nunca, porque nos conocemos desde el principio». Tha le dijo: «Ve a verlo». Y el primero de los tigres fue corriendo por todas partes, llamando a voces al venado, al jabalí, al sambur y al puercoespín; a todo el pueblo de la selva. Pero todos huían del que había sido su primer juez, pues estaban asustados.

»Regresó entonces el primero de los tigres con su orgullo hecho pedazos y, dándose cabezazos contra el suelo, rasgó la tierra con sus garras y habló así: "¡Recuerda que antes era el jefe de la selva! ¡No me olvides, oh, Tah! ¡Deja que mis hijos me recuerden como era al principio, sin vergüenza ni miedo!". Y respondió Tha: "Así lo haré, porque tú y yo juntos hemos presenciado la creación de la selva. Una noche de cada año todo será, para ti y para tus hijos, como era antes de que mataras al ciervo. Esa noche, si os encontráis con el que no tiene pelo, el que se llama hombre, no lo temeréis, sino que será él quien os tema, como si aún fuerais jueces de la selva y señores de todas las cosas. Tened clemencia con él en su noche de miedo, pues también vosotros habéis conocido el miedo".

»El primero de los tigres dijo: "Estoy contento". Pero la siguiente vez que fue a beber agua y vio las rayas negras en sus flancos y sus costados, se enfureció al recordar cómo le había llamado el que no tiene pelo. Pasó un año en los pantanos, esperando que Tha cumpliera su promesa. Y una noche en que el Chacal de la Luna (Venus) iluminó la selva, el primero de los tigres sintió que había llegado su momento y regresó a la cueva del que no tiene pelo. Sucedió tal como Tha había prometido: el hombre cayó a sus pies y quedó tendido en el suelo, y el tigre lo atacó y le rompió la espalda, creyendo que no había más que una de aquellas cosas sin pelo en la selva y que así había matado al Miedo. Entonces oyó que Tha se acercaba desde los bosques del norte, y poco después resonó la voz del primero de los elefantes, que es la voz que ahora estamos oyendo…

El trueno retumbó en las colinas secas y desgarradas, pero no trajo consigo la lluvia, solo relámpagos que bailaban por detrás de las cumbres. Y Hati prosiguió su

relato:

—Esa fue la voz que él oyó. Y la voz dijo: «¿Dónde está tu clemencia?». El primero de los tigres se humedeció los labios antes de responder: «¿Qué más da eso? He matado al Miedo». A lo que Tha contestó: «¡Ah insensato y ciego! Has desatado los pies de la Muerte, que ahora seguirá tu rastro hasta que mueras. ¡Has enseñado al hombre a matar!».

»El tigre estaba tenso, al lado de su presa. “Ahora está igual que el ciervo —dijo —. Ya no hay Miedo. Ahora volveré a ser el juez del pueblo de la selva”.

»Y respondió Tha: “Nunca más acudirá a ti el pueblo de la selva. Jamás cruzará tu rastro ni dormirá cerca de ti, ni te seguirá ni se acercará a tu guarida. Únicamente el Miedo irá contigo, y con un golpe que no podrás ver te ordenará que hagas lo que le plazca. Hará que la tierra se abra bajo tus pies, que las lianas se enrosquen alrededor de tu cuello, que los troncos de los árboles crezcan juntos y altos, de manera que no puedas saltarlos, y para terminar te arrancará el pellejo para envolver con él a sus cachorros cuando tengan frío. No has tenido clemencia con él y tampoco él la tendrá contigo”.

»El primero de los tigres estaba envalentonado, porque aquella seguía siendo su noche, y contestó: “La promesa de Tha es la promesa de Tha. ¿No irá a quitarme mi noche?”. “Tu noche es tuya, tal como dije, pero eso tiene un precio. Has enseñado al hombre a matar, y él aprende deprisa”, dijo Tha.

»Y dijo el tigre: “Está aquí, debajo de mis patas, con la espalda rota. Que la selva sepa que he matado al Miedo”.

»Y Tha, riendo, respondió: “Has matado a uno, pero hay muchos más. Tú mismo podrás contárselo a la selva, porque ¡tu noche ha terminado!”.

»Así llegó el día, y de la boca de la cueva salió otra Cosa sin pelo. Vio la matanza, y al primero de los tigres al lado, y empuñó un palo con la punta afilada…

—Ahora lanzan una cosa que corta —dijo Sahi, que se acercaba por la orilla entrechocando sus púas. El puercoespín era un manjar para la tribu de los *gond* (que lo llamaba *ho-igoo*), por eso conocía la malvada hachuela que surcaba el claro volando como una libélula.

—Entonces era un palo con la punta afilada, como los que ponen alrededor de una trampa —explicó Hati—. Bueno, pues lo lanzó y alcanzó al primero de los tigres en el flanco. Entonces se cumplió lo que Tha había anunciado, porque el tigre escapó aullando por toda la selva hasta que logró sacarse el palo, y toda la selva supo que el que no tenía pelo podía atacar desde lejos, con lo que a partir de ese día todos lo temieron aún más. Fue así como el primero de los tigres enseñó a matar al que no tiene pelo, y todos sabéis cuánto daño nos han hecho desde entonces: con sogas, pozos, trampas escondidas, y ese palo que vuela, y esa mosca que pica y que sale del humo blanco (Hati se refería al rifle) y la flor roja que nos obliga a salir de la selva. Pero, por una noche al año, el hombre teme al tigre, tal como prometió Tha, y el tigre nunca le ha dado motivos para temerlo menos. Allí donde lo encuentra, lo mata,

recordando cómo se cubrió de vergüenza el primero de los tigres. Para todos los demás, el Miedo anda por la selva a sus anchas, de día y de noche.

—¡Aii! ¡Auu! —dijo el ciervo, pensando en lo que esto significaba para ellos.

—Y solo cuando hay un miedo mayor que todos los demás, como en este momento, podemos los pueblos de la selva olvidar nuestros pequeños miedos y reunirnos como estamos haciendo.

—Por una noche solamente ¿el hombre teme al tigre? —preguntó Mougli.

—Solamente por una noche —contestó Hati.

—Pero yo… Nosotros… Toda la selva sabe que Shir Jan mata hombres hasta dos y tres veces en una misma luna.

—Aun así. En esos casos ataca por la espalda, y en el momento de atacar aparta la cabeza, porque está lleno de miedo. Si el hombre lo mirase, escaparía. Pero, cuando llega su noche, baja a la aldea sin esconderse. Deambula entre las casas y asoma la cabeza por la puerta. Los hombres se caen del susto, y entonces los mata. Esa noche solo mata a uno.

—¡Ah! —dijo Mougli para sus adentros, dando media vuelta en el agua—: Ahora sé por qué Shir Jan me pidió que lo mirase. No le sirvió de nada, porque no fue capaz de aguantarme la mirada, y yo no me tiré a sus pies. Claro que yo no soy un hombre; yo pertenezco al pueblo libre.

—¡Hmmm! —dijo Baguira, con su voz profunda y suave—. Y ¿sabe el tigre cuándo es su noche?

—Solo cuando el Chacal de la Noche brilla en el cielo sin niebla. Unas veces toca en la estación seca y otras en la temporada de lluvias. Pero para el primero de los tigres nunca fue así; de lo contrario ninguno sabríamos lo que es el miedo.

El ciervo mugió con pena, y los labios de Baguira se curvaron, formando una sonrisa maliciosa.

—¿Conocen los hombres esta historia? —preguntó la pantera.

—Ninguno. Únicamente los tigres la conocen, y nosotros, los elefantes, los hijos de Tha. Ahora todos la conocéis.

Hati hundió la trompa en el agua, para indicar que no quería decir más.

—Pero… Pero… Pero —dijo Mougli, volviéndose a Balú— ¿por qué no siguió el primero de los tigres comiendo hierbas y hojas? Solo le rompió el pescuezo al ciervo. No se lo comió. ¿Qué lo llevó a comer carne caliente?

—Los árboles y las lianas lo marcaron, hermanito, y lo convirtieron en esa cosa a rayas. Nunca más quiso probar sus frutos. Desde ese día, se vengó del ciervo y de todos los demás comedores de hierba —dijo Balú.

—Ah, ¿tú ya habías oído esta historia? ¿Por qué yo no la conocía?

—Porque la selva está llena de historias como esta. Si empezara a contártelas, no terminaría nunca. Deja de tirarme de la oreja, hermanito.

LA LEY DE LA SELVA

Para que te hagas una idea de lo inmensa que es la Ley de la Selva, he traducido en verso (porque Balú siempre lo recitaba como con una especie de soniquete) unas cuantas leyes de los lobos. Hay cientos y cientos más, pero estas servirán como muestra de las normas más sencillas.

Esta es la Ley de la Selva:
como el cielo cierta y vieja.
Será próspero el lobo que la cumpla,
pero muere el que no la respeta.

Igual que la liana se enrosca entre los árboles,
la ley gobierna y manda en todas partes.
Pues la fuerza de la manada está en el lobo,
y la fuerza del lobo en la manada.

De la nariz a la cola te lavarás a diario;
y también beberás mucho, sin que sea demasiado.
Al abrigo de la noche de caza podrás salir,
y luego, durante el día, tranquilo podrás dormir.

El chacal puede ir en pos del tigre;
tú, cachorro, harás bien en saber,
cuando te hayan crecido los bigotes,
que el lobo es cazador y nadie le da de comer.

Vive en paz con los amos de la selva:
con el tigre, la pantera y el oso.
Ni importunes a Hati, el Silencioso;
ni te burles del jabalí en su cueva.

Si un buen día coinciden dos manadas,
y ninguna se aparta del sendero,
espera a que los jefes parlamenten
y tal vez encuentren un remedio.

Si te enfrentas a un lobo de tu misma manada,
que sea a solas, donde nadie os vea.
Que ningún otro lobo se sume al combate
y se desate así una guerra sin tregua.

La guarida del lobo es su refugio,
y en ella todo lobo construye su cubil.
Ni el jefe de la tribu, ni siquiera el Consejo,
tiene derecho a este hogar invadir.

La guarida del lobo es su refugio,
pero debe cavarla muy bien.
Si no quiere que todo el Consejo
le ordene cavarla otra vez.

Si mataras antes de medianoche,
que sea con sigilo, sin despertar al bosque.
Podrías ahuyentar al ciervo con tu aullido,
y dejarnos a todos con el estómago vacío.

Puedes matar para ti, para tus compañeros
y para tus lobatos, cuanto necesitéis.
Matar por placer: ¡nunca!
Y ¡siete veces nunca a los hombres matéis!

Si a un animal más débil le robaras su presa,
sé decente y comparte con todos los demás.
La manada protege al más débil de todos:
pellejo y cabeza para él siempre serán.

Así mata la manada, así come.
Comerás al momento la carne de tu presa.
Si no quieres morir en el intento
no deberás llevarla nunca a tu madriguera.

Lo que el lobo ha matado, el lobo come.
Con su carne puede hacer lo que quiera.
Y mientras no conceda a los demás permiso,
nadie puede atreverse a reclamar la pieza.

El lobato de menos de un año
al cuidado de todos está.
Comerá cuanto quiera, después del cazador,
y nadie este honor le negará.

Madre Loba manda en el cubil,
y es derecho suyo pedir a cualquiera

un trozo de carne para sus lobatos:
sin que nadie pueda negarle este trato.

Padre Lobo es señor de su cueva:
la manada tiene que dejarlo en paz
si un buen día quisiera ir de caza solo.
Tan solo el Consejo lo puede juzgar.

En todo aquello que la ley no alcanza,
por sus fuertes zarpas y su valentía
será Ley la palabra del jefe,
por sus muchos años y sabiduría.

Son estas algunas de las numerosas
Leyes de la Selva, todas poderosas.
Pero ten presente, recuérdalo bien,
que la Ley de Leyes es: ¡obedecer!

El milagro de Purun Bhagat

Esa noche, sintiendo que la tierra se abría,
en su ayuda sin dudarlo acudimos,
pues era grande nuestro amor por él,
aunque ese amor nunca entendimos.

Y al caer nuestro mundo entre el diluvio,
y ver la ladera rugir y reventar,
nosotros, pobres gentes, lo salvamos.
Pero ¡sabemos, ay, que no va a regresar!

Llorad ahora, porque lo salvamos
con ese pobre amor que sentimos las fieras.
¡Llorad!, pues nuestro hermano no despierta,
y ¡los suyos ahora nos ahuyentan!

Elegía de los langures

Hubo una vez en la India un hombre que era el primer ministro de uno de los estados indígenas, casi independientes, de la zona noroeste del país. Era un brahmán de tan alta casta que las castas ya nada significaban para él, y había sido su padre un destacado oficial de esos de turbante de vivos colores y coleta a la antigua usanza hindú. Sin embargo, conforme se iba haciendo mayor, Purun Dass comprendió que el viejo orden de las cosas estaba cambiando y, si alguien quería llevarse bien con el mundo, no tenía más remedio que adaptarse a los ingleses e imitar lo que ellos consideraban bueno. Por otro lado, un oficial indígena debía ganarse el favor de su señor. La empresa era difícil, pero el tranquilo y callado joven brahmán, que había recibido una buena educación inglesa en una Universidad de Bombay, la acometió con serenidad, y paso a paso llegó a ser primer ministro del reino. Esto significa que su poder en realidad superaba al de su señor, el marajá.

A la muerte del viejo soberano —que recelaba de los ingleses, de sus ferrocarriles y sus telégrafos—, Purun Dass siguió al lado de su joven sucesor, educado por un tutor inglés, y entre los dos, aunque Purun Dass siempre se aseguraba de que era el príncipe quien recibía todos los méritos, crearon colegios para niñas, construyeron carreteras, habilitaron los primeros dispensarios públicos, celebraron ferias de maquinaria agrícola y publicaron un anuario sobre «El progreso moral y material del Estado»; tanto los ingleses como el gobierno de la India se mostraron encantados. Eran muy pocos los estados indígenas que adoptaban el progreso inglés, pues no

creían, como decía Purun Dass, que lo que era bueno para el inglés tuviera que ser el doble de bueno para el asiático. El primer ministro gozaba de la amistad de virreyes, gobernadores y subgobernadores, de misioneros médicos y misioneros corrientes, de oficiales de caballería ingleses que cazaban en las reservas del estado, así como de todas las hordas de turistas que viajaban por la India en los meses de la estación fría, demostrando cómo había que hacer las cosas. En su tiempo libre asignaba becas para el estudio de la medicina y la industria en la línea de la más estricta tradición inglesa, y escribía cartas al *Pioneer*, el principal diario de la India, en las que explicaba los fines y objetivos de su señor.

Visitó Inglaterra y, a su regreso, tuvo que pagar importantes sumas de dinero a los sacerdotes, pues incluso un brahmán de tan alta casta como Purun Dass perdía su distinción cuando cruzaba las aguas negras. En Londres conoció a todas las personas a quienes valía la pena conocer —hombres famosos hoy en el mundo entero—, conversó con ellas y vio muchas más cosas de las que contó más tarde. Recibió títulos honoríficos de universidades de prestigio y pronunció discursos sobre la reforma social hindú ante damas vestidas de gala, hasta que todo Londres exclamó: «¡Es el hombre más fascinante con el que hemos coincidido en una cena desde que la humanidad se cubre con vestidos!».

Volvió a la India envuelto en un resplandor de gloria, pues el propio virrey lo visitó para imponer al marajá la Gran Cruz de la Estrella de la India, toda cubierta de diamantes, encajes y lazos; y en esa misma ceremonia, mientras tronaban los cañones, Purun Dass fue nombrado caballero mayor de la Orden del Imperio indio, de ahí que su nombre pasara a ser el de *sir* Purun Dass, caballero comandante de la Orden del Imperio británico.

Esa misma noche, durante la cena que se ofreció en la gran carpa del virrey, Purun Dass, que lucía en su pecho la banda y el collar de la Orden, se puso en pie y, como respuesta al brindis por la salud de su señor, pronunció un discurso que pocos ingleses habrían podido superar.

Un mes más tarde, cuando la ciudad había recuperado su soleada tranquilidad, Purun Dass hizo algo que ningún inglés habría soñado jamás, pues lo cierto es que murió, en lo que a los asuntos del mundo concernía. Devolvió su insignia de caballero al gobierno indio, que tuvo que designar un nuevo primer ministro al tiempo que se desencadenaba la competición entre quienes ocupaban los puestos subordinados. Los sacerdotes sabían lo que había ocurrido, y el pueblo lo sospechaba, pero la India es el único lugar del mundo donde un hombre puede hacer lo que le plazca sin que nadie le pida explicaciones; y el hecho de que el primer ministro, *sir* Purun Dass, caballero comandante de la Orden del Imperio británico, cambiara su posición, su palacio y su poder por el cuenco del mendigo y la túnica ocre del *sunnyasi*, del hombre santo, no se vio como un hecho extraordinario. Tal como dicta la Antigua Ley, Purun Dass había sido por veinte años joven, por veinte guerrero —aunque jamás en la vida llevó un arma— y por veinte jefe de una casa. Se había

servido de su salud y de su poder para hacer lo que a su juicio merecía la pena; había aceptado los honores cuando estos llamaron a su puerta; había conocido hombres y ciudades, próximos y lejanos, y hombres y ciudades se habían puesto en pie para honrarlo. Ahora, se desprendería de todas estas cosas como se desprende el hombre de un manto que ya no necesita.

A sus espaldas, cuando cruzaba las puertas de la ciudad —cubierto con una piel de antílope y llevando bajo el brazo un bastón con la empuñadura de bronce; el cuenco de coco pulido del mendigo en la mano; descalzo, solo, la mirada en el suelo — se lanzaban salvas de fuego desde los bastiones de las murallas en honor de su feliz sucesor. Purun Dass asintió. Aquella vida había concluido, y la miraba sin más orgullo o rencor del que experimenta un hombre al contemplar un sueño insípido. Era un *sunnyasi*, un hombre sin hogar, un vagabundo, un mendigo cuyo pan diario dependía de sus vecinos; y en la India, mientras haya un bocado que repartir, ni un sacerdote ni un mendigo pasan hambre jamás. Nunca había probado la carne y muy rara vez comía pescado. Un billete de cinco libras habría sido suficiente para cubrir sus gastos de alimentación cualquiera de los muchos años en los que fue dueño absoluto de millonarias sumas de dinero. Incluso cuando en Londres lo trataron como a una personalidad, no perdió de vista su sueño de paz y de serenidad: la larga, blanca y polvorienta carretera india, cubierta de huellas de pies descalzos, con su tráfico lento e incesante y el intenso olor a humo de leña enroscándose por el cielo desde los pies de las higueras al atardecer, cuando los caminantes se sientan a tomar un bocado.

Llegado el momento de hacer su sueño realidad, el primer ministro dio los pasos oportunos y, en cuestión de tres días, habría sido más fácil encontrar una burbuja en las inmensas simas atlánticas que a Purun Dass entre los millones de indios errantes que se juntan y se separan.

De noche tendía su piel de antílope cuando la oscuridad lo sorprendía, a veces en algún monasterio o a la orilla del camino; a veces junto a un altar de barro erigido en honor de Kala Pir, donde los yoguis, que son otra imprecisa categoría de hombres santos, lo recibían como saben quienes conocen el valor de las divisiones y las castas; a veces también en las afueras de una pequeña aldea hindú, donde los niños hurtaban la comida que preparaban sus padres; y otras veces en el corazón de las estepas desnudas, donde la llama de su hoguera despertaba a los camellos somnolientos. Todo era uno para Purun Dass, o Purun Bhagat, como ahora se hacía llamar. Tierra, gente, alimentos eran una misma cosa. Pero sus pies lo llevaban inconscientemente hacia el norte y el este; del sur a Rohtak; de Rohtak a Kurnool; de Kurnool a las ruinas de Samanah; y después, cauce arriba, siguiendo el lecho seco del río Gugger, que únicamente se llena de agua cuando llueve en las montañas. Y así hasta el día en que a lo lejos avistó el gran perfil del Himalaya.

Purun Bhagat sonrió entonces, pues recordaba que su madre procedía de una familia de brahmanes rajputas, de la región de Kulu; era una mujer de las montañas, que siempre añoraba las nieves, y un hombre que lleva en las venas siquiera una gota

de sangre montañesa siempre vuelve al lugar al que pertenece.

«Allá arriba —se dijo Purun Bhagat, emprendiendo el ascenso por las laderas de los Sewalik, donde los cactos crecen como candelabros de siete brazos—. Allá arriba me sentaré y adquiriré conocimiento». Y el viento frío del Himalaya siguió silbando en sus oídos mientras recorría el camino que conduce hasta Simla.

La última vez que había visitado aquellas tierras llegó en su condición de dignatario, acompañado por un séquito a caballo, para reunirse con el más gentil y afable de los virreyes, con quien pasó una hora conversando de los amigos comunes que tenían en Londres y de lo que los indios de a pie en realidad pensaban de las cosas. Esta vez Purun Bhagat no visitó a nadie, sino que se apoyó en el pretil del paseo a contemplar la gloriosa vista de las llanuras que se extendían a lo largo de sesenta kilómetros, hasta que un policía musulmán se acercó a decirle que estaba entorpeciendo el tráfico, y Purun Bhagat saludó respetuosamente al agente de la ley con un «Salam», pues reconocía el valor de su trabajo, y él mismo andaba en busca de su propia Ley. Reemprendió su camino y esa noche durmió en una choza vacía, en Chota Simla, un lugar que parece el fin del mundo, pero que no era sino el comienzo de su viaje. Siguió la ruta del Himalaya y el Tíbet, la estrecha senda de tres metros abierta por una voladura en la roca viva o tendida con tablones sobre abismos de cientos de metros de profundidad; la que se interna por angostos valles templados y húmedos, y trepa por veredas de montaña cubiertas de hierba, donde el sol corta como un cristal incandescente; la que a veces serpentea entre bosques chorreantes y oscuros, donde los helechos, grandes como árboles, visten los troncos de la cabeza a los pies, y el faisán macho llama a su compañera. En el camino se cruzó con pastores tibetanos que, acompañados de sus perros, salían con sus rebaños de ovejas, y cada oveja llevaba en el lomo su bolsita de borra; y con leñadores errantes, y con lamas tibetanos ataviados con túnicas y abrigados con mantas, que acudían a la India en peregrinación; y con emisarios llegados de las pequeñas y remotas provincias de las montañas, que cabalgaban con furia a lomos de sus ponis rayados o pintos; y con la caballería de algún rajá de visita. Pero igualmente podía pasar un día entero sin encontrarse con nadie más que un jabalí que gruñía y hozaba en el fondo del valle. Al principio de su viaje, el rugido del mundo que había dejado atrás siguió resonando en sus oídos, tal como resuena el rugido de un túnel mucho después de que el tren lo haya atravesado; pero después de cruzar el Paso de Mutteeanee, eso se acabó, y Purun Bhagat quedó a solas consigo mismo, caminando, reflexionando y maravillándose, con sus ojos en la tierra y sus pensamientos en las nubes.

Una noche cruzó el paso de montaña más elevado hasta el momento —llevaba dos días de ascenso— y a lo lejos vislumbró una sucesión de cumbres nevadas que ribeteaban el horizonte; montañas de entre cinco y seis mil metros de altitud que parecían casi a tiro de piedra, aunque se encontraban a ochenta o noventa kilómetros de distancia. Coronaba el paso un bosque denso y oscuro, de cedros y nogales, además de cerezos, olivos y perales silvestres, en el que predominaban los cedros del

Himalaya; y a la sombra de los cedros encontró un pequeño templo a Kali, que es también Durga y Sitala, y a quien a veces se reza para que cure la viruela.

Purun Dass barrió el suelo de piedra, sonrió a la estatua sonriente, improvisó un pequeño hogar de barro a espaldas del altar, tendió su piel de antílope sobre un lecho de pinocha fresca, apretó su *bairagi* —su bastón con empuñadura de bronce— debajo de la axila y se sentó a descansar.

La ladera de la montaña caía justo a sus pies, limpia y sin obstáculos a la vista, a medio kilómetro de profundidad, y al fondo se entreveía una aldea con casitas de piedra y tejados de barro, encaramada en la abrupta ladera. Las pequeñas terrazas cultivadas se extendían alrededor de la montaña como mandiles confeccionados con retazos de colores; y las vacas, no mayores que escarabajos, pacían entre los círculos de piedra pulimentada de las eras. Al contemplar el valle, la vista engañaba en cuanto al verdadero tamaño de las cosas, y en un principio costaba comprender que lo que parecían matorrales, en el flanco contrario de la montaña, era en realidad un bosque de pinos de treinta metros de altura. Purun Bhagat vio planear un águila sobre el gigantesco precipicio, pero antes de haber recorrido la mitad del trayecto, el ave se convirtió en un punto perdido en el cielo. Varios cúmulos de nubes dispersas colgaban por encima del valle, se posaban en alguna cornisa de la montaña o ascendían hasta deshilacharse en la entrada del paso. «Aquí encontraré la paz», se dijo Purun Bhagat.

Sucede que, para un montañés, cien metros arriba o abajo no son nada, y al ver humo en el templo desierto, el sacerdote de la aldea subió trepando por las terrazas de la ladera para dar la bienvenida al forastero.

Al cruzarse sus ojos con los de Purun Bhagat —los ojos de un hombre acostumbrado a dominar a miles—, el sacerdote se dobló hasta tocar el suelo, cogió el cuenco del mendicante sin decir palabra y regresó a la aldea anunciando: «Por fin tenemos un hombre santo. En la vida había visto a un hombre igual. Es de las llanuras, aunque de tez pálida, un brahmán de brahmanes». Y todas las mujeres de la aldea preguntaron: «¿Crees que se quedará con nosotros?». Y cada cual se esmeró más y mejor para preparar la comida más sabrosa y ofrecérsela al bhagat. La comida de montaña es muy sencilla, pero con trigo sarraceno y maíz indio, con arroz y pimienta roja, con pescado del río que surca el valle y miel de las colmenas que parecen chimeneas construidas en las paredes de piedra, con albaricoques secos y cúrcuma, jengibre silvestre y harina, una mujer devota puede preparar muy buenos platos, y fue un cuenco bien abundante el que el sacerdote le presentó al bhagat. ¿Pensaba quedarse allí?, preguntó el sacerdote. ¿Necesitaría un chela —un discípulo — que rezase por él? ¿Tenía una manta para el frío? ¿Estaba rica la comida?

Purun Bhagat comió y dio las gracias. Tenía previsto quedarse. Con eso bastaba, dijo el sacerdote. El bhagat debía dejar el cuenco al lado del altar, en el hueco que formaban dos raíces retorcidas, y cada día recibiría su alimento, pues era un honor para las gentes de la aldea que un hombre como él —miró tímidamente al bhagat—

deseara quedarse con ellos.

Ese día concluyó el viaje de Purun Bhagat. Había llegado al lugar perfecto para él, por su silencio y su amplitud. A partir de entonces el tiempo se detuvo, y Purun Bhagat, sentado a la entrada del templo, no podía decir si estaba vivo o muerto; si era un hombre con poder sobre sus extremidades o era una parte de las montañas y de las nubes, de la lluvia y de la luz del sol. Cientos y cientos de veces repetía con voz suave el mismo nombre para sí, hasta que con cada repetición parecía distanciarse un poco más de su cuerpo, como si algo lo barriese hacia las puertas de un descubrimiento colosal; pero, justo cuando las puertas empezaban a abrirse, su cuerpo tiraba de él hacia abajo y, apenado, volvía a verse atrapado en la carne y los huesos de Purun Bhagat.

Cada mañana, en silencio, alguien depositaba su cuenco de comida entre las raíces, a la entrada del templo. Unas veces era el sacerdote quien lo traía, otras un comerciante de Ladaj que se alojaba en la aldea y, deseoso de hacer méritos, subía montaña arriba; pero casi siempre era la mujer que aquella noche había preparado la comida quien se la llevaba personalmente, murmurando con aspereza: «Reza por mí a los dioses, bhagat. Reza por mengana, la mujer de fulano». De vez en cuando era un niño atrevido quien tenía el honor, y Purun Bhagat le oía dejar el cuenco y salir corriendo a todo lo que daban sus piernas. Pero el bhagat nunca bajaba a la aldea, que yacía a sus pies como un mapa. Desde el templo veía las reuniones que celebraban los vecinos por las tardes en el círculo de la era, por ser el único espacio llano; contemplaba el indescriptible color verde del arroz joven, los azules índigo del maíz indio, los bancales de trigo sarraceno, parecidos a dársenas, y los brotes rojos del amaranto en sazón, cuyas semillas diminutas no eran ni grano ni legumbre y procuraban un alimento que a los hindúes les estaba permitido comer en tiempo de ayuno.

Con el cambio del año, los tejados de las chozas se cubrieron del oro más puro cuando los aldeanos tendieron en ellos el maíz para que se secara. La recogida de los panales, la cosecha, la siembra y el descascarillado del arroz desfilaban ante los ojos del bhagat como un bordado a sus pies, en las distintas parcelas, y en todas estas cosas pensaba él, preguntándose a qué conducían en última instancia.

Ni siquiera en un país tan poblado como la India puede un hombre pasar un día sentado sin que las criaturas de la naturaleza se acerquen a corretear por su cuerpo como si fuera una roca; y, en aquel espacio natural, estas criaturas, que conocían bien el templo de Kali, no tardaron en acercarse a observar al intruso. Los langures, los grandes monos de bigotes grises del Himalaya, fueron naturalmente los primeros en llegar, pues son animales muy curiosos, y, después de trastear con el cuenco del bhagat y hacerlo rodar por el suelo, y probar con los dientes la empuñadura de bronce del bastón, y hacer muecas delante de la piel de antílope, decidieron que el ser humano que estaba allí, tan quieto, era inofensivo. Al atardecer saltaban desde los pinos y, después de suplicar con las manos algo de comer, hacían divertidas piruetas.

También les gustaba el calor del fuego, y se acurrucaban alrededor de la hoguera hasta que Purun Bhagat tenía que apartarlos para alimentar las brasas; y al despertar, por la mañana, casi siempre veía que había compartido su manta con un mono peludo. Uno u otro miembro de la tribu de los langures pasaba el día sentado a su lado, contemplando las nubes, cantando con voz suave y adoptando una expresión indescriptible sabia y lastimera.

Después de los monos llegó el *barasingh*, ese venado parecido a nuestro ciervo, pero más fuerte. Le gustaba frotar sus cuernos aterciopelados contra la piedra fría de la estatua de Kali, y piafó al ver que había un hombre en el templo. Pero, como el hombre nunca se movía, poco a poco el regio animal se fue acercando, hasta que se atrevió a restregar su hocico en el hombro de Purun Bhagat. El bhagat deslizó una mano fresca por la cornamenta caliente para apaciguar a la bestia inquieta, que inclinó entonces la cabeza. Purun Bhagat lo acarició muy suavemente, despeinando su piel de terciopelo. Poco después el ciervo trajo a su compañera y su cervato —dulces criaturas que farfullaban tendidas en la manta del hombre santo—, aunque otras veces venía solo, de noche, con los ojos verdes encendidos por el fuego, en busca de su ración de nueces frescas. El último en llegar fue el ciervo almizclero, el más tímido y pequeño de su especie, con sus grandes orejas de conejo muy erguidas; y hasta el silencioso *mushick-nabha*, de piel moteada, quiso descubrir qué era aquella luz del altar, y un día apoyó su hocico de ratón en el regazo de Purun Bhagat, yendo y viniendo al compás de las sombras del fuego. A todos los llamaba Purun Bhagat «mis hermanos», y a su suave llamada de *¡Bhai! ¡Bhai!* acudían los animales del bosque a mediodía si se encontraban cerca para oírlo. Más de una vez pasó por allí el jabalí del Himalaya, el huraño y receloso Sona, que luce en su pecho una marca blanca en forma de V; y, como el bhagat no aparentaba ningún temor, tampoco Sona se mostraba agresivo sino que lo observaba y se acercaba un poco más a pedir su ración de caricias y un pedazo de pan o cerezas silvestres. En la quietud del alba, cuando el bhagat subía hasta la cresta del paso a contemplar el paseo del rojo amanecer sobre las cumbres nevadas, sucedía con frecuencia que Sona le pisaba los talones, resollando y bufando, introduciendo con curiosidad una de sus pezuñas delanteras debajo de los troncos caídos para sacarla a continuación con impaciente alboroto; o que las pisadas del bhagat a esta hora temprana despertaban al gran jabalí, que dormía enroscado, y Sona se erguía con intención de ataque hasta que oía la voz del bhagat y reconocía a su mejor amigo.

Casi todos los ermitaños y hombres santos que viven alejados de las grandes ciudades tienen fama de obrar milagros en la naturaleza, pero todo el milagro consiste en quedarse quieto, en no hacer nunca un movimiento brusco y no mirar nunca directamente al animal, al menos en un principio. Los aldeanos veían la silueta del *barasingh* acechando como una sombra en el bosque oscuro, por detrás del altar; veían al *minaul*, el faisán del Himalaya, con su resplandeciente plumaje de exquisitos colores delante de la estatua de Kali; y a los langures que, sentados dentro del templo,

jugaban con las cáscaras de nuez. También algunos niños habían oído canturrear a Sona para sus adentros, como hacen los jabalíes, detrás de las rocas caídas, y con todas estas cosas iba fortaleciéndose la reputación del bhagat como obrador de milagros.

Sus pensamientos se hallaban sin embargo muy alejados de los milagros. Todas las cosas eran para él un milagro, y, cuando un hombre sabe tanto, sabe algo para ir más allá. Sabía con certeza que no hay en este mundo nada grande ni nada pequeño, y día y noche se esforzaba para abrirse camino hasta el corazón de las cosas y regresar al lugar del que su alma había surgido.

Y, así pensando, el pelo llegó a cubrirle los hombros; la punta del bastón con la empuñadura de bronce hizo una muesca en la losa de piedra, junto a la piel de antílope; el hueco entre los troncos de los árboles, donde el cuenco del bhagat descansaba día tras día, se fue agrandando y puliendo hasta volverse casi tan suave como la propia cáscara del coco; y cada uno de los animales conocía el lugar exacto que el bhagat ocupaba junto al fuego. Los campos cambiaban de color con las estaciones; las eras se llenaban con las mieses, se vaciaban y volvían a llenarse una y otra vez; y una y otra vez, con la llegada del invierno, los langures retozaban entre las ramas transformadas en plumas al cubrirse con una ligera capa de nieve, hasta que las madres mono llevaban a sus crías de ojos tristes a los valles templados con la llegada de la primavera. Eran pocos los cambios en la aldea. El sacerdote envejeció, y muchos de los niños que subían la montaña con un cuenco de comida para el bhagat iban ahora con sus propios hijos, y, si alguien preguntaba a los aldeanos cuánto tiempo llevaba el hombre santo viviendo en el templo de Kali, en la entrada del paso, la respuesta era: «Desde siempre».

Un verano cayeron en las montañas unas lluvias como no se recordaban en muchas temporadas. Tres meses seguidos estuvo el valle envuelto en las nubes, sumido en una niebla que lo empapaba todo; la lluvia caía sin tregua, implacable, y trueno y aguacero se sucedían con insistencia. El templo de Kali quedaba casi siempre por encima de las nubes, y el bhagat pasó un mes entero sin ver su aldea, sepultada bajo aquel manto de nubes que oscilaban, se movían, se enroscaban y se hinchaban sin separarse nunca de sus pilares, en los flancos del valle anegado por las lluvias.

En todo este tiempo no oyó Purun Bhagat más que el ruido de un millón de gotas de agua, en los árboles y en la tierra, que caían de las acículas de los pinos, se deslizaban por las lenguas de los helechos y arañaban las laderas hasta abrir en ellas surcos de barro. Por fin salió el sol, arrancando el aroma del incienso de los cedros y los rododendros, y ese otro olor limpio y remoto que las gentes de las montañas llaman «el olor de las nieves». El sol lució por espacio de toda una semana, hasta que las lluvias se concentraron para lanzar su última descarga, y el agua cayó como una cortina, desollando la piel de la tierra y salpicando lodo por todas partes. Esa noche, Purun Bhagat amontonó su leña, seguro de que sus hermanos necesitarían calentarse,

pero ni un solo animal se acercó al templo, por más que el hombre santo los llamó a todos hasta que se quedó dormido preguntándose qué habría ocurrido en los bosques.

En el negro corazón de la noche, cuando la lluvia golpeaba como un millar de tambores, el bhagat se despertó con la sensación de que alguien tiraba de su manta y, al moverse, rozó la mano de un langur.

—Aquí se está mejor que entre los árboles —dijo el bhagat adormilado, levantando un pliegue de manta—. Cúbrete con esto. —Pero el mono le cogió de la mano y tiró con fuerza—. ¡Ah! ¿Quieres comida? —dijo el bhagat—. Espera un momento; te prepararé algo.

Mientras Purun Bhagat se arrodillaba para echar leña al fuego, el langur fue corriendo hasta la puerta del altar, canturreó y volvió inmediatamente, aferrándose esta vez a las rodillas del hombre santo.

—¿Qué sucede? ¿Qué te preocupa, hermano? —preguntó el bhagat, viendo que los ojos del langur estaban llenos de cosas que no podía expresar—. A menos que uno de los tuyos haya caído en una trampa, y aquí nadie viene a tender trampas, no pienso salir con este tiempo. ¡Mira, hermano, también el *barasingh* viene a guarecerse!

La cornamenta del ciervo chocó contra el altar y volvió a chocar contra la sonriente estatua de Kali. El ciervo dirigió la cabeza al bhagat, la agachó y empezó a piafar con inquietud, resoplando por el hocico entreabierto.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! —dijo el bhagat, chasqueando los dedos—. ¿Así es como me pagáis el abrigo que os ofrezco?

Pero el ciervo lo empujó hacia la puerta del templo, y el hombre santo oyó entonces un ruido, como si algo se abriera con un siseo, y vio que dos de las losas del suelo se separaban y la tierra asomaba sus labios viscosos.

—Ahora lo entiendo —dijo—. No es raro que mis hermanos no quieran sentarse junto al fuego esta noche. La montaña se está desmoronando. Pero ¿por qué habría de marcharme? —Su expresión cambió al ver el cuenco de comida vacío—. Me han alimentado a diario desde… Desde que llegué, y, si no me doy prisa, mañana no quedará una sola boca en el valle. Tengo que bajar a avisarlos. ¡Apártate, hermano! Deja que me acerque al fuego.

El ciervo retrocedió de mala gana mientras Purun Bhagat arrimaba una rama de pino a la hoguera y empezaba a darle vueltas hasta que prendía.

—Has venido a avisarme —dijo, incorporándose—. Haremos algo mejor; mucho mejor. Préstame tu cuello, hermano, que yo solo tengo dos pies.

Dicho esto subió a la hirsuta cruz del ciervo, asiéndose con la mano derecha, y con la antorcha alejada en la otra mano salió del templo para adentrarse en la noche desesperada. No soplaba el viento, pero la lluvia casi ahogaba la antorcha mientras el ciervo bajaba la montaña a la carrera, resbalando a veces con las patas traseras. Poco después de salir del bosque se sumaron a ellos otros hermanos. Aunque no veía nada, el bhagat sí oía que los langures corrían a su lado y que tras ellos venía mugiendo Sona. La lluvia le empapaba el pelo largo y blanco, que colgaba como cuerdas; el

agua le salpicaba los pies desnudos, y la túnica amarilla se pegaba a su cuerpo anciano y frágil, que a pesar de todo se aferraba con fuerza al cuello del ciervo. En ese momento no era un hombre santo, sino *sir* Purun Dass, caballero comandante del Imperio británico y primer ministro de un estado no precisamente pequeño, un hombre acostumbrado al mando, que se disponía a salvar vidas. Descendieron en tropel por la pendiente encharcada el bhagat y sus hermanos hasta que las pezuñas del ciervo se estrellaron contra el muro de una era y el animal bufó al detectar el olor del hombre. Habían llegado a la entrada de una de las sinuosas callejuelas de la aldea, y el bhagat golpeó con su bastón las rejas de las ventanas de la casa del herrero, mientras su antorcha brillaba al abrigo de los aleros.

—¡Arriba y afuera! —gritó Purun Bhagat. Y no reconoció su propia voz, pues llevaba años sin hablar en voz alta con un hombre—. ¡La montaña se derrumba! ¡La montaña se derrumba! ¡Arriba y afuera, los que estáis dentro!

—Es nuestro bhagat —dijo la mujer del herrero—. Ha venido con sus animales. Reúne a los niños y da el aviso.

El aviso corrió de casa en casa, mientras las bestias se apiñaban en la estrecha callejuela alrededor del bhagat y Sona no paraba de resoplar de impaciencia.

Los vecinos salieron corriendo a la calle —no había en la aldea más que setenta almas en total— y, a la luz de las antorchas vieron que su bhagat intentaba tranquilizar al aterrorizado ciervo, mientras los monos le tiraban lastimeramente de la túnica y Sona mugía, sentando en sus cuartos traseros.

—¡Cruzad el valle y subid a la otra ladera! —ordenó Purun Bhagat—. ¡Que nadie se rezague! ¡Nosotros vamos detrás!

Los aldeanos corrieron como solo corren las gentes de las montañas, pues saben que cuando se produce un deslizamiento de tierras hay que trepar por la ladera contraria lo más arriba posible. Cruzaron el río a la carrera, chapoteando, y entre resuellos acometieron el ascenso por las terrazas, seguidos del bhagat y sus hermanos. Treparon sin descanso monte arriba, llamándose los unos a los otros, haciendo el recuento de los vecinos, seguidos por el ciervo, que les pisaba los talones con Purun Bhagat subido a su lomo, cada vez más débil. El ciervo se detuvo por fin a la sombra de un pino frondoso, a ciento cincuenta metros sobre el valle. El mismo instinto que le había prevenido del inminente corrimiento de tierras le indicaba ahora que aquel era un lugar seguro.

Purun Bhagat se tumbó a su lado, sin fuerzas, pues el frío de la lluvia y el duro ascenso lo estaban matando; pero dirigió su voz a las antorchas desperdigadas.

—Parad y haced recuento —dijo. Y, al ver que las luces se trenzaban, le susurró al ciervo—: Quédate conmigo, hermano. ¡Quédate… hasta… que… me vaya!

Se oyó un suspiro que creció y se tornó en murmullo, y un murmullo que creció y se tornó en rugido, y un rugido completamente ensordecedor, y la ladera donde se habían refugiado los aldeanos se estremeció en la oscuridad con una fuerte sacudida. Después, una nota tan profunda y sostenida como el do bajo de un órgano lo ahogó

todo por espacio de unos cinco minutos, haciendo temblar incluso las raíces de los pinos. La nota se extinguió, y el ruido de la lluvia al caer sobre muchos kilómetros de hierba y tierra endurecida se transformó en el suave tamborileo del agua en suelo blando. Eso lo decía todo.

Ningún aldeano, ni siquiera el sacerdote, se atrevía a dirigirse al bhagat que les había salvado la vida. Acuclillados bajo los pinos vieron que lo que antes eran bosques, cultivos en terrazas y pastos entrelazados por senderos, se había transformado en una única mancha roja, en forma de abanico, cubierta de árboles derribados. La mancha roja subía por la ladera contraria a la de la aldea, represando el río, que empezaba a dilatarse como un lago del color del ladrillo. De la aldea, del camino que conducía al templo, del propio templo, del bosque que había tras él, no quedaba ni rastro. Por espacio de casi dos kilómetros a lo ancho y seiscientos metros hacia el fondo del valle, la ladera de la montaña se había desmoronado por completo, como cortada a cuchillo de la cabeza a los pies.

Y, uno a uno, los aldeanos se fueron acercando por el bosque para rezar delante de su bhagat. Vieron que el ciervo, que seguía a su lado, se asustaba al verlos llegar, y oyeron lloriquear a los langures entre las ramas, y a Sona gemir montaña arriba; pero su bhagat estaba muerto: sentado, con las piernas cruzadas, la espalda apoyada en un árbol, su bastón bajo el brazo y la cabeza vuelta hacia el nordeste.

Y el sacerdote dijo:

—¡Contemplad este milagro que sigue a otro milagro, pues en esta actitud debe enterrarse a todos los *sunnyasis*! Ahí mismo, donde ahora está, construiremos el templo a nuestro hombre santo.

Construyeron el templo —un pequeño altar de piedra y tierra— antes de que hubiera pasado un año, y bautizaron a la montaña con el nombre de monte del Bhagat; y allí le rinden culto, con velas, flores y ofrendas, hasta el día de hoy. No saben, sin embargo, que el santo al que veneran es el difunto *sir* Purun Dass, caballero comandante de la Orden del Imperio británico, doctor en Derecho y Filosofía, antiguo primer ministro del ilustrado y próspero estado de Mohiniwala, y miembro honorario o activo de más sociedades científicas y doctas de las que este mundo o el otro necesitan.

UNA CANCIÓN DE KABIR[1]

¡Era ligero el mundo que sostenían sus manos!
¡Era grande de sus feudos y proezas!
Mas por el cuenco y el báculo del *bairagi*
quiso él trocar su trono y sus riquezas.

Es ahora su alfombra la blanca carretera,
se refresca a la sombra sagrada del *kikar* y del *sal*[2];
mientras sigue el *bairagi* buscando su Camino:
en cualquier parte, entre la gente, su casa está.

«Había Uno; hay Uno, y solamente Uno», dice Kabir.
Conoce bien al hombre, y sus ojos son claros.
Se ha esfumado la Neblina Rojiza de la Acción.
¡La Senda que buscaba el *bairagi* ha encontrado!

Ahora sabe y distingue a todos sus hermanos:
a su hermano el zoquete del Dios, su otro hermano.
Ha dejado el consejo, no quiere más honores.
Es el *bairagi*, y dice Kabir: «¿Lo oyes?».

El asalto de la selva

Veladlos, cubridlos, rodeadlos con muros
de hierbas y flores, de plantas y musgos.
Dejemos atrás el fragor del mundo,
su vista, su aroma, su tacto, su gusto.

Alto y negro fresno del altar de piedra,
aquí está la lluvia con sus pies tan blancos.
Ya se adentra el gamo por los yermos campos
sin miedo a que el hombre lo ahuyente esta vez,
pues caen a pedazos las ciegas murallas
y a esta ciudadela nadie ha de volver.

Si habéis leído los cuentos del primer *Libro de la selva* recordaréis que, después de que Mougli llevara el pellejo de Shir Jan a la Roca del Consejo, anunció a todos los miembros de la manada de Sioni que, a partir de ese día, saldría a cazar solo; y los cuatro hijos de Madre Loba y Padre Lobo dijeron que ellos lo acompañarían. Pero no es fácil cambiar de vida así como así, y mucho menos en la selva. Lo primero que hizo Mougli, cuando sus alborotados compañeros se retiraron con el rabo entre las patas, fue ir derecho al cubil y dormir un día entero y una noche. Después les contó a Madre Loba y Padre Lobo sus aventuras entre los hombres, hasta donde ellos alcanzaban a entenderlo, y cuando vieron cómo Mougli hacía temblar el sol de la mañana en la hoja de su cuchillo —el mismo con el que había desollado a Shir Jan—, dijeron que el niño había aprendido algo. Akela y Hermano Gris le contaron entonces cómo habían guiado a los búfalos hasta el barranco. Balú subió para enterarse de todo, y Baguira se rascaba de puro placer al oír cómo Mougli había dirigido su batalla.

Aunque la mañana estaba bien avanzada, nadie tenía intención de acostarse y, de vez en cuando, Akela levantaba la cabeza y se le escapaba un resoplido de satisfacción cuando el viento traía el olor del pellejo del tigre desde la Roca del Consejo.

—Pero, si no hubiera sido por Akela y Hermano Gris, aquí presentes —dijo Mougli para terminar—, no habría podido hacer nada. ¡Ah, madre! ¡Ojalá hubieras visto cómo bajaban por el barranco los rebaños de búfalos azules y cómo entraban corriendo en la aldea cuando los hombres me apedreaban!

—Me alegro de no haber visto lo segundo —dijo Raksa con voz fría—. No estoy acostumbrada a ver cómo a mis cachorros los expulsan de todas partes como si fueran chacales. Yo les habría hecho pagar un precio a esa manada de hombres, aunque

habría perdonado a la mujer que te daba la leche. Sí, solo a ella la habría perdonado.

—¡Paz, paz, Raksa! —dijo Padre Lobo con aire perezoso—. Nuestro renacuajo ha vuelto, y es tan sabio que hasta su padre tiene que lamerle los pies. ¿Qué es una herida de más o de menos en la cabeza? Olvídate de los hombres.

Y Balú y Baguira repitieron como el eco:

—Olvídate de los hombres.

Mougli, con la cabeza apoyada en el costado de Raksa, sonrió de contento y dijo que, por su parte, no tenía ningunas ganas de oler, oír o ver a los hombres nunca más.

—Pero —dijo Akela, ladeando una oreja— ¿y si los hombres no te dejan en paz a ti, hermanito?

—Somos cinco —contestó Hermano Gris, recorriendo con la mirada a todos los presentes y cerrando la mandíbula con un chasquido después de pronunciar la última palabra.

—Nosotros también podemos ir a esa cacería —dijo Baguira, moviendo ligeramente la cola y mirando a Balú—. Pero ¿por qué piensas en los hombres, Akela?

—Te voy a decir por qué —contestó el Lobo Solitario—. Cuando el pellejo de ese ladrón amarillo ya estaba tendido en la roca, volví a la aldea siguiendo mi propio rastro, desviándome y borrándolo para confundir a los hombres si alguien nos seguía. Pero, después de enredar el camino tanto que casi ni yo mismo habría podido encontrarlo, apareció Mang, el murciélago, voceando entre los árboles, y se colgó de una rama por encima de mí. Y dijo: «Esa aldea de la manada de los hombres de la que han expulsado al cachorro humano parece un avispero».

—Les he lanzado un buen pedrusco —se rio Mougli, que a veces se divertía tirando bananos de montaña maduros contra los avisperos y echando a correr hasta la poza más cercana antes de que las avispas pudieran alcanzarlo.

—Le pregunté a Mang qué había visto. Dice que la flor roja ha florecido en las puertas de la aldea, y que los hombres se han apostado alrededor de ella, armados con rifles. Y sé por experiencia —dijo Akela, mirando de reojo sus viejas cicatrices en las ijadas y los flancos— que los hombres no llevan armas por diversión. En este momento, hermanito, un hombre armado está buscando nuestro rastro, si es que no lo ha encontrado ya.

—¿Por qué iba a hacer eso? Los hombres me han expulsado. ¿Qué más quieren? —preguntó Mougli, enfadado.

—Tú eres un hombre, hermanito —respondió Akela—. No nos corresponde a nosotros, los cazadores libres, decir qué hacen tus hermanos o por qué lo hacen.

Tuvo el tiempo justo de apartar la pata antes de que el cuchillo se clavara en la tierra. Un hombre corriente no habría visto el ataque de Mougli, por su velocidad, pero Akela era un lobo. Y hasta un perro, que hoy se parece tan poco a su antepasado, el lobo salvaje, se despierta de un sueño profundo si la rueda de un carro le roza los costados, y es capaz de apartarse de un salto y salir ileso antes de que la rueda llegue

a aplastarlo.

—No vuelvas a mezclar a Mougli con la manada de los hombres —dijo el niño, enfundando tranquilamente su cuchillo.

—¡Buf! Eso sí que es un colmillo bien afilado —dijo Akela, resoplando al ver el tajo que la hoja del cuchillo había abierto en la tierra—. Pero creo que has perdido algo de vista desde que vives con la manada de los hombres, hermanito. Yo habría matado un ciervo en lo que tú has tardado en sacar el cuchillo.

Baguira se incorporó de un salto, estiró la cabeza cuanto pudo, olfateó y tensó hasta el último músculo de su cuerpo. Hermano Gris no tardó en imitarla, quedándose un poco a la izquierda de la pantera, para recibir el viento que soplaba por la derecha. Y Akela, que detectaba un olor en el aire a ochenta kilómetros, se agazapó levemente, también en estado de alerta. Mougli los miró con envidia. Muy pocas personas tenían un olfato tan bueno como el suyo, pero ni mucho menos alcanzaba la sensibilidad olfativa, rápida como un gatillo, de los animales de la selva. Y era verdad que los tres meses pasados entre el humo de la aldea le habían restado facultades. No obstante, se chupó un dedo, se frotó con él la nariz y se irguió para captar el aroma de las capas más altas que, aunque más leve, es el más certero.

—¡Un hombre! —gruñó Akela, sentándose en los flancos traseros.

—¡Es Buldeo! —dijo Mougli, sentándose también—. Ha encontrado nuestro rastro y el sol está brillando en su rifle. ¡Mirad!

No fue más que un fogonazo que duró una fracción de segundo al reflejarse el sol en las piezas de bronce del viejo mosquete Tower, pero en la selva no hay nada que parpadee con un solo destello. Únicamente cuando las nubes surcan veloces el cielo, un trozo de mica, o una charca o incluso una hoja muy brillante puede lanzar un resplandor como el de un heliógrafo. Pero aquel día no había nubes ni soplaba el viento.

—Ya sabía yo que los hombres nos seguirían —dijo Akela en tono victorioso—. ¡Por algo he sido el jefe de la manada!

Los cuatro lobos de Mougli, en vez de responder, echaron a correr ladera abajo, casi rozando la panza contra el suelo, agazapados entre los matorrales.

—¿Adónde vais y quién os lo ha dicho? —gritó Mougli.

—¡Calla! ¡Antes de mediodía habremos traído su cabeza rodando! —contestó Hermano Gris.

—¡Volved! ¡Volved y esperad! ¡El hombre no come hombre! —gritó Mougli.

—¿Quién era un lobo hace un momento? ¿Quién ha querido clavarme el cuchillo por pensar que podía ser un hombre? —dijo Akela, mientras los cuatro lobos volvían de mala gana y se sentaban.

—¿Voy a tener que daros explicaciones de todo lo que quiera hacer? —protestó Mougli con furia.

—¡Eso es un hombre! ¡Así es como hablan los hombres! —murmuró Baguira entre sus bigotes—. Incluso los hombres de las jaulas del rey en Udaipur hablaban

así. El pueblo de la selva sabe que el hombre es la más inteligente de todas las criaturas. Aunque a juzgar por lo que oímos también parece la más idiota. —Y, en voz más alta, añadió—: El cachorro humano tiene razón. Los hombres cazan en manada. Matar a uno, sin saber cómo reaccionarán los demás, no es buena idea. Veamos primero con qué intenciones viene este.

—Nosotros no iremos —rugió el Hermano Gris—. Ve a cazar tú solo, hermanito. ¡Nosotros tenemos otra opinión! Esa cabeza ya estaría rodando ahora mismo.

Mougli miraba a sus amigos alternativamente, con los ojos llenos de lágrimas y una sensación de ahogo en el pecho. Dio un paso al frente y clavó una rodilla en el suelo.

—¿Creéis que no sé lo que me digo? ¡Miradme!

Lo miraron con inquietud y, cada vez que apartaban los ojos, Mougli les ordenaba que lo mirasen, hasta que se erizaron completamente y echaron a temblar de la cabeza a las patas ante la mirada del niño.

—Ahora —dijo Mougli—. De nosotros cinco, ¿quién es el jefe?

—Tú eres el jefe, hermanito —contestó Hermano Gris, lamiendo los pies de Mougli.

—Entonces, seguidme —ordenó el niño. Y los cuatro se pegaron a sus talones con el rabo entre las patas.

—Esto pasa por vivir con la manada de los hombres —dijo Baguira, deslizándose tras ellos—. Ahora, Balú, hay en la selva algo más que la Ley de la Selva.

El oso no dijo nada, pero estaba pensando muchas cosas.

Muy sigiloso, Mougli fue atajando por la selva en ángulo recto al camino de Buldeo, hasta que, separando unos matorrales, vio al cazador, con su mosquete al hombro, que subía por la antigua senda de dos días trotando como un perro.

Recordaréis que Mougli se marchó de la aldea cargado con el pellejo de Shir Jan, que pesaba mucho, y seguido por Akela y Hermano Gris, con lo cual habían dejado un rastro muy claro. En aquel momento, Buldeo llegó al sitio donde Akela, como ya sabéis, había emborronado el rastro. Se sentó, tosió, refunfuñó y empezó a dar vueltas, volviendo al punto de partida, para encontrar el rastro de nuevo, sin saber que lo estaban vigilando a tiro de piedra. No hay nadie más silencioso que un lobo cuando no quiere que lo oigan, y Mougli, aunque muy torpe en opinión de los lobos, se deslizaba como una sombra. Rodearon al cazador a toda prisa, como rodearía una escuela de marsopas un buque de vapor, hablando despreocupadamente mientras tanto, porque su tono de voz se encontraba por debajo del extremo inferior de la escala que puede detectar el oído humano sin un aprendizaje especial. (En el extremo contrario de esta escala se sitúa el grito agudo de Mang, el murciélago, que muchas personas tampoco oyen en absoluto. A partir de esta nota se desarrolla toda la conversación de los pájaros, los insectos y el murciélago).

—Esto es mejor que cualquier cacería —dijo Hermano Gris cuando Buldeo se inclinó hacia delante, miró con mucha atención y resopló—. Parece un cerdo perdido

en la selva a la orilla del río. ¿Qué está diciendo? —Buldeo no paraba de rezongar.

Mougli tradujo sus palabras.

—Dice que varias manadas de lobos han debido de bailar conmigo. Dice que nunca en la vida había visto un rastro como este. Dice que está cansado.

—Pues pronto va a descansar —dijo Baguira con frialdad, deslizándose alrededor del tronco de un árbol, como si jugasen a la gallinita ciega—. ¿Qué está haciendo ahora esa cosa tan flaca?

—Comer o echar humo por la boca —dijo Mougli—. Los hombres siempre están jugando con la boca. —Los sigilosos rastreadores vieron que el cazador llenaba y encendía una pequeña pipa de agua, y tomaron buena nota del olor del tabaco, para asegurarse de que eran capaces de reconocer a Buldeo en la noche más negra, en caso necesario.

En ese momento, un grupo de carboneros bajaba por el camino y, lógicamente, se pararon a hablar con Buldeo, pues su fama de cazador llegaba como poco a cuarenta kilómetros a la redonda. Se sentaron todos a fumar mientras Baguira y los demás se acercaban. Y Buldeo empezó a contar la historia de Mougli, el niño diablo, de pe a pa, con invenciones y añadidos de su propia cosecha. Que era él quien había matado a Shir Jan. Y que Mougli se había convertido en lobo y se había pasado toda la tarde peleando con él, y luego había vuelto a convertirse en niño y había embrujado el rifle de Buldeo; por eso la bala había doblado la esquina cuando el cazador apuntó a Mougli y terminó matando a uno de sus búfalos. Y que en la aldea, como todos sabían que era el cazador más valiente de la región de Sioni, le habían pedido que matase al niño diablo. Mientras tanto, los vecinos habían ido a buscar a Mesua y a su marido, que sin duda eran los padres del niño diablo; los habían encerrado en su choza y pensaban torturarlos hasta que confesaran que eran un brujo y una bruja, y entonces los quemarían en la hoguera.

—¿Cuándo? —preguntaron los carboneros, pensando que les gustaría mucho presenciar la ceremonia.

Buldeo dijo que no harían nada hasta que él regresara, porque los vecinos querían que matase primero al niño de la selva. Después se ocuparían de Mesua y su marido, y se repartirían sus tierras y sus búfalos entre todos. El marido de Mesua también tenía algunos búfalos magníficos. Era estupendo acabar con los brujos, según Buldeo. Y los que cuidaban de los niños lobo tenían que ser brujos de la peor especie.

Los carboneros preguntaron qué sucedería si el caso llegaba a oídos de los ingleses. Los ingleses, según tenían entendido, estaban locos de remate, y no tolerarían que unos honrados campesinos matasen en paz a unos brujos.

A lo que Buldeo contestó que el jefe de la aldea diría que Mesua y su marido habían muerto por una mordedura de serpiente. Ya estaba todo pensado y solo quedaba matar al niño lobo. ¿Por casualidad lo habían visto en alguna parte?

Los carboneros miraron cautamente alrededor y dieron las gracias a sus estrellas por no haberse encontrado con aquella criatura. Estaban seguros de que, si había

alguien capaz de encontrarlo, sería un cazador tan valiente como Buldeo. El sol estaba bastante bajo, y a los carboneros se les ocurrió la idea de acercarse a la aldea para ver a aquella bruja malvada. Buldeo dijo que, aunque era su deber matar al niño demonio, no podía dejar solos en la selva a un grupo de hombres desarmados, pues aquel lobo demonio podía atacarlos en cualquier momento si él no los escoltaba. Así pues, los acompañaría y, si el hijo de los brujos apareciese, todos verían cómo manejaba la situación el mejor cazador de Sioni. Dijo que el brahmán había hecho un conjuro para protegerlo por completo de semejante criatura.

—¿Qué dice? ¿Qué dice? ¿Qué dice? —preguntaban los lobos a cada momento. Mougli se lo tradujo todo menos la parte de los brujos, porque eso era una barbaridad. Les explicó que habían atrapado al hombre y a la mujer que habían sido tan buenos con él.

—¿Los hombres atrapan a los hombres? —preguntó Hermano Gris.

—Eso ha dicho él. Yo no lo entiendo. Están todos locos. ¿Qué tienen que ver conmigo Mesua y su marido para que los encierren? Y ¿qué es eso que dicen de la flor roja? Tengo que enterarme. No sé qué le harán a Mesua, pero no le harán nada hasta que Buldeo haya vuelto. Por eso… —Mougli se quedó muy pensativo, jugando con el mango de su cuchillo, mientras Buldeo y los carboneros echaban a andar, muy valientes ellos, en fila india—. Voy a volver corriendo con la manada de los hombres —dijo por fin.

—Y ¿qué pasa con esos? —preguntó Hermano Gris, contemplando las espaldas oscuras de los carboneros con gesto voraz.

—Aullad un poco para que vuelvan a casa —dijo Mougli, con una sonrisa—. No quiero que lleguen a la aldea hasta que haya oscurecido. ¿Podréis retenerlos?

Hermano Gris enseñó con desprecio los dientes blancos.

—Los rodearemos en círculo y los guiaremos como si fueran cabras atadas a una cuerda. Si no lo conseguimos es que yo no conozco a los hombres.

—No hace falta hacer eso. Cantadles un poco, para que no se sientan solos en el camino. Y, Hermano Gris, que la canción no sea demasiado dulce. Tú ve con ellos, Baguira, y ayúdalos. Cuando caiga la noche, venid a la aldea. Hermano Gris ya sabe dónde encontrarme.

—Seguir el rastro de un cachorro humano no es tarea fácil. ¿Cuándo voy a dormir? —preguntó la pantera, bostezando, aunque sus ojos delataban que lo estaba pasando en grande—. ¡Yo cantando a los hombres!

Agachó la cabeza, para que el sonido se propagase y lanzó un «Buena caza» muy, muy largo, un grito de medianoche que a esa hora de la tarde resultaba espeluznante. Mougli lo oyó retumbar, subir, bajar y terminar con un gemido que daba escalofríos, y se rio para sus adentros mientras corría por la selva. Se imaginó a los carboneros acurrucados y a Buldeo apuntando con el cañón del rifle, como si fuera una hoja de plátano, hacia los cuatro puntos cardinales. Entonces Hermano Gris entonó el *Ya-la-hi! Yalaha!*, la llamada a rodear al rebaño cuando la manada se dispone a atacar al

nilgó, el gran antílope azul, y el grito pareció llegar de todos los rincones de la tierra, acercándose cada vez más, hasta que se cortó en seco con un alarido.

Un momento más tarde no arrojaba
su sombra en la llanura nuestro cuerpo.
Negros y claros siguen nuestro rastro,
y en busca de refugio a casa corremos.
Al alba, cuando arbustos y peñascos
elevan sus perfiles contra el cielo,
resuena la llamada: «¡Bien descanse
aquel que la Ley de la Selva acate!».

Ya se reúnen los cuernos y las pieles,
a cobijo se guardan, todos a una.
Ya, sigilosos, vuelven a sus cuevas
nuestros nobles barones de la jungla.
Recio, austero, amarrado a su yunta,
el buey esforzado se acerca a su surco.
Rompe el amanecer temible, rojo,
en las serenas aguas de la laguna.

¡Eh! ¡Vuelve a casa! El sol está brillando,
y, allá donde la hierba dulcemente retoza
y cruje entre los jóvenes bambúes,
corre ahora la señal de boca en boca.
Nos desconcierta el día y avanzamos
con ojos vigilantes por bosques y sendas.
Y allá, en las alturas, vocifera el pato:
¡El día: el día es para el hombre!

Se ha secado el rocío que nos cala,
que nos limpia la piel en el camino.
Está agrietado y seco el fango de la charca
donde a beber y a revolcarnos vamos.
La artera Oscuridad por igual marca
a los que tienen zarpas o pezuñas.
Y suena la llamada: «¡Bien descanse
aquel que la Ley de la Selva acate!».

Pero ninguna traducción puede reproducir el efecto que tenía, y tampoco el desprecio con que los cuatro lobos acentuaron cada una de las palabras, al oír el crujido de los

árboles cuando los hombres treparon a sus ramas sin pensarlo dos veces y Buldeo empezó a recitar encantamientos y conjuros. Después se tumbaron a dormir, pues como todo el que vive de su propio esfuerzo, eran de mentalidad metódica, y nadie puede trabajar si no ha dormido bien.

Mientras tanto Mougli hacía kilómetros a un ritmo de quince por hora, saltando, muy contento de verse en tan buena forma después de los meses que había vivido apretujado entre los hombres. Tenía en la cabeza una sola idea: sacar a Mesua y a su marido de aquella trampa, fuera la que fuese, pues por naturaleza desconfiaba de las trampas. Ya saldaría después sus cuentas pendientes con la aldea.

Caía el crepúsculo cuando avistó los pastos que tan bien recordada, y el árbol del *dhak* donde Hermano Gris lo había esperado la mañana en que mató a Shir Jan. A pesar de lo enfadado que estaba con la especie humana y su comunidad, se le hizo un nudo en la garganta y le faltó el aire al ver los tejados de la aldea. Reparó en que todos habían vuelto de los campos mucho antes de lo normal y, en lugar de irse a preparar la cena, se habían reunido bajo el árbol de la aldea, y allí estaban discutiendo y gritando.

—Los hombres siempre tienen que estar inventando trampas para los hombres; si no no están contentos —dijo Mougli—. Hace dos noches eran para Mougli, aunque parece que ha llovido mucho desde entonces. Hoy son para Mesua y su marido. Mañana, y muchas más noches después, volverá a tocarle el turno a Mougli.

Se acercó a hurtadillas, pegado a la muralla, hasta que llegó a la choza de Mesua y se asomó por la ventana. Allí estaba la buena mujer, amordazaba y atada de pies y manos, gimiendo y sin apenas poder respirar. A su marido lo habían atado a la cama pintada de alegres colores. La puerta de la choza que daba a la calle estaba cerrada y vigilada por tres o cuatro vecinos sentados en el umbral.

Mougli conocía bastante bien las costumbres de los aldeanos. Pensó que, mientras pudieran comer, hablar y fumar no harían nada, pero cuando hubieran comido se volverían peligrosos. Buldeo no tardaría mucho en regresar y, si quienes lo seguían habían cumplido con su deber, el cazador podría contar a los vecinos una historia interesantísima. Así, Mougli entró por la ventana y, agachándose junto a los prisioneros, cortó las cuerdas, les quitó la mordaza y buscó con la mirada un poco de leche.

Mesua estaba desquiciada de dolor y de miedo (habían estado apedreándola y azotándola toda la mañana), y Mougli le tapó la boca con una mano justo a tiempo de que no gritara. Su marido estaba desconcertado y rabioso, y se quedó sentado en el suelo, sacudiéndose el polvo de la barba medio destrozada y sacándose lo que se había enredado en ella.

—Lo sabía… Sabía que vendría —dijo Mesua por fin, entre sollozos—. Ahora sé que es mi hijo. —Y estrechó a Mougli contra su pecho.

Hasta ese momento Mougli estaba muy tranquilo, pero entonces se estremeció por completo, y eso le sorprendió muchísimo.

—¿Qué son esas correas? ¿Por qué os han atado? —preguntó pasados unos momentos.

—Para matarnos por tener un hijo como tú. ¿Por qué iba a ser? —contestó el hombre con resentimiento—. Mira, estoy sangrando.

Mesua no dijo nada, pero Mougli se fijó en sus heridas y rechinó los dientes al ver que también ella tenía sangre.

—¿Quién ha hecho esto? Tendrá que pagar por ello.

—Ha sido todo el pueblo. Porque soy rico. Porque tengo mucho ganado. Y porque somos brujos, por acogerte en nuestra casa.

—No lo entiendo —dijo Mougli—. Deja que lo cuente Mesua.

—Yo te di leche, Natu. ¿Te acuerdas? —dijo Mesua tímidamente—. Porque eras mi hijo, el que se llevó el tigre, y porque te quería mucho. Y entonces dijeron que yo era tu madre, la madre de un diablo, y por eso merecía la muerte.

—Y ¿qué es un diablo? —preguntó Mougli—. A la Muerte ya la he visto.

Los ojos del hombre se velaron de tristeza, pero Mesua se rio.

—¿Lo ves? —le dijo a su marido—. Lo sabía. Ya te dije que no era ningún brujo. Es mi hijo. ¡Mi hijo!

—Tanto si es hijo como si es brujo, ¿qué bien puede hacernos? —respondió el marido—. Ya estamos muertos.

—El camino que va a la selva está aquí al lado —señaló Mougli, volviéndose hacia la ventana—. Os he desatado las manos y los pies. Podéis iros.

—Nosotros no conocemos la selva tan bien como tú, hijo mío —empezó a decir Mesua—. Además, no creo que pueda llegar muy lejos.

—Y los vecinos nos seguirían y nos volverían a traer aquí —añadió el marido.

—Hmm —dijo Mougli, haciéndose cosquillas en la palma de la mano con la punta de su cuchillo—. No quiero hacer daño a nadie en esta aldea, pero… No creo que vayan a perdonaros. Dentro de poco van a tener mucho que pensar. ¡Ah! —Levantó la cabeza y prestó atención a las voces y las pisadas que se oían fuera—. ¿Al final han soltado a Buldeo y ya ha llegado a la aldea?

—Lo enviaron a matarte esta mañana —dijo Mesua, sollozando—. ¿Te encontraste con él?

—Sí… Nos encontramos con él. Ahora querrá contar una historia, y mientras tendremos tiempo de hacer muchas cosas. Pero primero voy a ver qué intenciones tienen. Pensad adónde podéis ir y decídmelo cuando vuelva.

Saltó por la ventana y otra vez rodeó el pueblo pegado a la muralla, pasando muy cerca de la higuera sagrada. Buldeo estaba tendido en el suelo, tosiendo y gimiendo, y todos le hacían preguntas. Llevaba el pelo suelto sobre los hombros, tenía las manos y las piernas despellejadas de trepar a los árboles y casi no acertaba a hablar. Sin embargo, era muy consciente de su importante posición. De vez en cuando decía algo de unos diablos que cantaban y de unos conjuros mágicos, para que la gente se fuera haciendo una idea de lo que vendría a continuación. Después pidió agua.

—¡Bah! —dijo Mougli—. ¡Charla y más charla! ¡Siempre parloteando! Los hombres son hermanos de sangre de los bandar-log. Primero se lavará la boca con agua; después soplará un poco de humo, y por fin contará su historia. Son muy listos los hombres. Nadie se quedará vigilando a Mesua hasta que se hayan hartado de escuchar los cuentos de Buldeo. Y ¡yo me estoy volviendo tan perezoso como ellos!

Volvió a la choza con sigilo. Justo cuando se acercaba a la ventana notó que algo le rozaba el pie.

—Madre —dijo, pues conocía bien aquella lengua—, ¿qué haces aquí?

—Oí a mis hijos cantando por los bosques y he seguido al más querido de todos. Renacuajo, quiero conocer a la mujer que te dio leche —dijo Madre Loba, que venía empapada de rocío.

—Quieren matarla. Los he desatado y ahora tendrán que cruzar la selva.

—Yo iré con ellos. Soy vieja, pero todavía tengo dientes —dijo Raksa, levantándose sobre las patas traseras para asomarse por la ventana a la choza oscura.

Al momento se apartó sin hacer ruido.

—Yo te di tu primera leche, pero Baguira tiene razón. El hombre, al final vuelve con el hombre.

—Puede ser —contestó Mougli, con una expresión muy poco complacida—, aunque esta noche no estoy pensando en eso. Quédate aquí, pero que Mesua no te vea.

—Tú nunca tuviste miedo de mí, renacuajo —dijo Raksa, volviendo a esconderse entre las hierbas, camuflándose como tan bien sabía.

—Bueno —anunció Mougli alegremente mientras volvía a saltar por la ventana —, están todos sentados alrededor de Buldeo, que les está contando una historia que no ha pasado. Cuando terminen, seguro que vienen aquí con la flor roja, con el fuego, para quemaros a los dos. ¿Qué decís?

—He hablado con mi marido —dijo Mesua—. Kaniwara está a cuarenta y cinco kilómetros, y allí podemos encontrar a los ingleses y…

—¿Qué manada es esa? —preguntó Mougli.

—No lo sé. Son blancos, y dicen que gobiernan todo el país, y no permiten que quemen a nadie o que le den una paliza si no es en presencia de testigos. Si conseguimos llegar allí esta noche, viviremos. Si no, moriremos.

—Entonces viviréis. Nadie saldrá de la aldea esta noche. Pero ¿qué está haciendo? —El marido de Mesua estaba a cuatro patas, cavando la tierra en un rincón de la choza.

—Está buscando su dinero —dijo Mesua—. No podemos llevarnos nada más.

—Ah, sí. Eso que pasa de mano en mano y siempre está frío. ¿Lo necesitáis también fuera de aquí? —preguntó Mougli.

El hombre lo miró con gesto airado.

—Esto no es un diablo —dijo—. Es un idiota. Con el dinero compraré un caballo. Estamos magullados y no podremos andar mucho. Y dentro de una hora todo el

pueblo nos estará siguiendo.

—Ya he dicho que no os seguirán hasta que yo quiera, pero lo del caballo es buena idea, porque Mesua está cansada.

El hombre se levantó y se guardó hasta la última rupia en el cinturón. Mougli ayudó a Mesua a salir por la ventana, y la mujer se animó con el aire fresco de la noche. De todos modos, la selva parecía muy oscura a la luz de las estrellas y le daba pavor.

—¿Conocéis el camino que va a Kaniwara? —susurró Mougli.

Asintieron los dos.

—Muy bien. Ahora escuchadme: no tengáis miedo. No tenéis necesidad de correr. Lo único es que… Quizá oigáis cánticos en la selva, por delante y por detrás.

—¿Crees que íbamos a atrevernos a pasar la noche en la selva si no fuera por el miedo a morir quemados? Es mejor que lo maten a uno las fieras que ver cómo lo matan los hombres —dijo el marido de Mesua. Pero ella miró a Mougli y sonrió.

—Digo —continuó Mougli, como hacía Balú, cuando repetía una antigua Ley de la Selva por centésima vez a un lobato que no prestaba atención—, digo que nadie, en toda la selva, os enseñará los colmillos. Ni hombres ni fieras os impedirán llegar a Kaniwara. Iréis escoltados. —Se volvió deprisa a Mesua, y añadió—: Él no me cree, pero ¿me crees tú?

—Claro que sí, hijo mío. Lo mismo me da que seas hombre, espíritu o lobo de la selva. Yo te creo.

—Él se asustará cuando oiga cantar a los míos —dijo Mougli—. Tú lo entenderás. Ahora, en marcha. Y despacio, porque no hay ninguna prisa. Las puertas están cerradas.

Mesua, sollozando, se arrojó a los pies de Mougli, pero él la levantó de inmediato y sintió un escalofrío. Ella lo abrazó entonces y le dio todas las bendiciones que le vinieron a la cabeza, pero su marido miró sus campos con rencor.

—Si llegamos a Kaniwara —dijo— y consigo que los ingleses me escuchen, pienso denunciar al brahmán, a Buldeo y a todos los demás, y desplumarlos a todos. Me van a pagar el doble de lo que valen mis campos sin labrar y mis búfalos sin alimentar. Exigiré justicia.

Mougli se echó a reír.

—Yo no sé lo que es la justicia, pero vuelve aquí para la próxima temporada de lluvias y verás lo que ha quedado.

Se alejaron hacia la selva, y Madre Loba salió de su escondite de un salto.

—¡Síguelos! —ordenó Mougli—. Y asegúrate de que nadie les hace nada. Ve corriendo la voz. Avisa a Baguira.

Raksa emitió un aullido bajo y prolongado, y Mougli vio que el marido de Mesua se estremecía y daba media vuelta, casi dispuesto a volver a la cabaña.

—Seguid —gritó Mougli con voz alegre—. Ya os dije que oiríais cánticos. Esta llamada os seguirá hasta Kaniwara. Es el Favor de la Selva.

Mesua instó a su marido a que siguiera andando. La oscuridad ya había envuelto a los fugitivos y a Madre Loba cuando Baguira se levantaba, muy cerca de Mougli, temblando de placer, pues la noche entusiasma al pueblo de la selva.

—Me avergüenzo de tus hermanos —rugió la pantera.

—¿Verdad que le han cantado de maravilla a Buldeo? —dijo el niño.

—Estupendamente. Estupendamente. Hasta yo me he olvidado de mi dignidad y, por el cerrojo roto que me dio la libertad, he paseado por la selva cantando como si fuera la época del cortejo. ¿No nos has oído?

—Tenía que cazar otras presas. Pregúntale a Buldeo si le ha gustado la canción. Pero ¿dónde están los cuatro? No quiero que nadie cruce las puertas de la aldea esta noche.

—Y ¿para eso necesitas a los cuatro? —dijo Baguira, cambiando el peso del cuerpo de una pata a la otra, con los ojos encendidos y rugiendo con más fuerza que nunca—. Yo se lo impediré, hermanito. ¿Por fin podré matar? Con tantos cánticos y tantos hombres subidos a los árboles me han entrado muchas ganas. ¿Quién es el hombre? ¿Por qué debemos tener consideración con él? Esa cosa desnuda, sin pelo y sin dientes, que escarba la tierra y come de ella. He seguido a esos hombres todo el día (a mediodía) a pleno sol. Los he guiado a mi antojo, como los lobos guían a los ciervos. ¡Baguira! ¡Baguira! ¡Baguira! Lo mismo que bailo con mi sombra he bailado con ellos. ¡Mira! —Y la enorme pantera saltó como un gatito que quiere atrapar una hoja arrastrada por el viento, produciendo un silbido al lanzar las zarpas al aire, y aterrizó sin hacer el más mínimo ruido y volvió a saltar una y otra vez, con un sonido mitad ronroneo, mitad rugido, que se fue concentrando hasta que retumbó como el vapor dentro de un caldero—. Soy Baguira y estoy en la selva, de noche, y dispongo de toda mi fuerza. ¿Quién puede resistir mi ataque? Para que lo sepas, cachorro humano, ¡de un solo zarpazo podría aplastarte la cabeza como aplasto a las ranas en verano!

—¡Atrévete! —contestó Mougli, en el dialecto de la aldea, no en el idioma de la selva. Y, al oír las palabras del hombre, Baguira se paró en seco y se sentó con tal golpe que le temblaron las ijadas y la cabeza a la misma altura que la del niño. Una vez más, este la miró fijamente a los ojos verdes como el berilo, igual que había mirado a los lobatos rebeldes, hasta que el resplandor rojizo se apagó en ellos como la luz de un faro a veinte millas visto desde el mar. Hasta que la pantera bajó los ojos y con ellos también la cabeza, cada vez más, y terminó lamiendo el empeine de Mougli con su áspera lengua.

—¡Hermana! ¡Hermana! ¡Hermana! —susurró el niño, acariciando con suavidad el cuello y el lomo arqueado de la pantera—. ¡Tranquila, tranquila! Es culpa de la noche; no es culpa tuya.

—Han sido los olores de la noche —dijo Baguira, arrepentida—. Este aire me llama a gritos. Pero ¿tú cómo lo sabes?

El ambiente de una aldea india está lleno de olores, y a un animal que piensa casi

exclusivamente a través del olfato los olores pueden alterarlo tanto como la música y las drogas a los seres humanos. Mougli siguió haciendo caricias a la pantera unos minutos, y Baguira se acostó como un gato al calor del fuego, con las garras recogidas debajo del pecho y los ojos entrecerrados.

—Tú eres de la selva y a la vez no lo eres —dijo por fin—. Y yo no soy nada más que una pantera negra. Pero te quiero, hermanito.

—Están hablando mucho debajo de la higuera sagrada —dijo Mougli, que no había oído la última frase de Baguira—. Buldeo debe de haber contado un montón de mentiras. Pronto irán a sacar de la trampa al hombre y a la mujer para arrojarlos a la flor roja. Y verán que en su trampa ya no hay nadie. ¡Ja, ja!

—Escúchame —dijo Baguira—. La fiebre ya ha abandonado mi sangre. ¡Deja que me encuentren a mí en esa trampa! Muy pocos se atreverán a salir de casa después de encontrarse conmigo. No es la primera vez que he estado en una jaula. Y no creo que vayan a atarme con cuerdas.

—Ten cuidado —dijo Mougli, riéndose, pues empezaba a exaltarse tanto como la pantera, que ya estaba dentro de la choza.

—¡Buf! —resopló Baguira—. Aquí apesta a hombre, pero hay una cama como la que tenía para dormir en las jaulas del rey, en Udaipur. Me voy a acostar. —Mougli oyó cómo crujían las cuerdas del catre con el peso de la pantera—. Por el cerrojo roto que me dio la libertad, ¡creerán que han cazado una buena presa! Ven a sentarte a mi lado, hermanito. Les daremos «buena caza» los dos juntos.

—No. Las tripas me están diciendo otra cosa. La manada de los hombres no debe saber que soy parte del juego. La cacería es solo tuya. Yo no quiero verlos.

—Como quieras —dijo Baguira—. ¡Ya están aquí!

En el otro extremo del pueblo, la reunión de la higuera sagrada se fue acalorando poco a poco y acabó a gritos. Una marea de hombres y mujeres echó a andar calle arriba, con garrotes, cañas, hoces y cuchillos. A la cabeza iban Buldeo y el brahmán, y la muchedumbre les pisaba los talones. Todos gritaban:

—¡El brujo y la bruja! ¡Vamos a ver si unas monedas calientes les hacen confesar! ¡Quemad la choza con ellos dentro! ¡Vamos a enseñarles lo que pasa por dar cobijo a diablos lobos! ¡No, quemadlos primero! ¡Las antorchas! ¡Más antorchas! Buldeo, ¡calienta el cañón de tu rifle!

No les fue fácil abrir el cerrojo de la puerta. Lo habían asegurado muy bien, pero la gente lo arrancó sin miramientos y la luz de las antorchas se derramó en la habitación donde, tendida en la cama en toda su longitud, con las zarpas cruzadas y ligeramente colgadas por el borde, negra como un pozo y aterradora como un demonio, estaba Baguira. Hubo medio minuto de silencio sobrecogedor, mientras los que encabezaban a la muchedumbre retrocedían entre empujones y arañazos, y, en ese intervalo, Baguira levantó la cabeza y bostezó —con exageración, con cuidado, con ostentación— como bostezaba cuando quería insultar a otra pantera. Abrió la boca, replegando y levantando los labios; curvó la lengua roja; dejó caer despacio la

mandíbula inferior, enseñando la mitad de la garganta candente y los gigantescos colmillos hasta la raíz, que se unieron a continuación, los de arriba con los de abajo, encajando como las clavijas de acero de una caja fuerte. En cuestión de segundos no quedaba un alma en la calle. Baguira saltó por la ventana y se detuvo al lado de Mougli mientras los vecinos, entre gritos y alaridos, tropezaban en mitad del tumulto, presa del pánico, en su urgencia por cobijarse en su casa.

—No se moverán hasta el amanecer —dijo Baguira tranquilamente. Y ¿ahora qué?

Un silencio como el de la siesta de la tarde parecía haberse adueñado de la aldea, pero, aplicando el oído, oyeron el chirriar de los cajones de cereal arrastrados por el suelo de tierra para bloquear las puertas. Baguira tenía razón. Nadie se movería hasta el amanecer. Mougli se sentó a pensar, y su expresión se fue volviendo más y más sombría.

—¿He hecho algo mal? —preguntó la pantera, en tono lisonjero.

—Lo has hecho muy bien. Ahora, vigila hasta que sea de día. Yo voy a dormir.

Mougli se adentró en la selva, se tumbó en una roca y durmió de un tirón el día entero, hasta la noche siguiente.

Al despertar vio que Baguira estaba a su lado y acababa de cazar un ciervo. La pantera observó con curiosidad cómo Mougli desollaba la presa con su cuchillo, comía, bebía y se tendía en el suelo con la barbilla apoyada en las manos.

—El hombre y la mujer llegaron a salvo a las puertas de Kaniwara —dijo Baguira —. Tu madre mandó recado con Chil. Encontraron un caballo antes de la medianoche y se alejaron muy deprisa. ¿Verdad que está bien?

—Está bien —dijo Mougli.

—Y la manada de los hombres, en la aldea, no se ha movido hasta que el sol estaba bien alto esta mañana. Han comido y han vuelto corriendo a su casa.

—¿Te han visto, por casualidad?

—Puede ser. He estado revolcándome en la tierra delante de las puertas de la aldea, al amanecer, y puede que haya cantado un poquito para mis adentros. Bueno, hermanito, ya no hay nada más que hacer. Ven a cazar con Balú y conmigo. Quiere enseñarnos unas colmenas nuevas y todos queremos que vuelvas. No pongas esa cara, que hasta a mí me da miedo. Al hombre y a la mujer no los pondrán dentro de la flor roja y en la selva todo va bien. ¿No? Olvídate de la manada de los hombres.

—Me olvidaré… Pronto. ¿Dónde comerá Hati esta noche?

—Donde quiera. ¿Quién sabe lo que hará el Silencioso? ¿Por qué lo preguntas? ¿Qué puede hacer Hati que nosotros no podamos?

—Pídele que venga y que traiga a sus tres hijos.

—Bueno, hermanito, tú ya sabes que a Hati no se le puede andar pidiendo que vaya a ninguna parte. Ten en cuenta que es el señor de la selva, y antes de que tu expresión cambiara, por culpa de la manada de los hombres, él te daba las órdenes.

—Por eso mismo. Ahora voy a dárselas yo. Pídele que venga a ver a Mougli, el

renacuajo. Y, si al principio no te hiciera caso, dile que es por el saqueo de los campos de Bharatpur.

—El saqueo de los campos de Bharatpur —Baguira lo repitió tres veces, para aprendérselo—. Iré. Lo peor que puede pasar es que Hati se enfade, y daría la caza de todo un mes por ver al Silencioso cumpliendo una orden.

Dicho esto la pantera se marchó y dejó al niño clavando su cuchillo con furia en la tierra. Mougli nunca había visto ni olido la sangre humana —y esto último era mucho más importante para él— hasta que olió la sangre de Mesua en las cuerdas con que la habían atado. Mesua había sido muy buena con él y, en la medida en que Mougli sabía lo que era el cariño, quería a Mesua tanto como odiaba al resto de la humanidad. Y era tan grande su desprecio por los hombres, su charlatanería, su crueldad y su cobardía que por nada de lo que la selva pudiera ofrecerle estaba dispuesto a vivir como ellos y volver a sentir el olor de la sangre. Su plan era muy sencillo, pero mucho más concienzudo. Y se rio para sus adentros al pensar que había sido uno de los cuentos que Buldeo contó una tarde, debajo del árbol sagrado, lo que le había dado la idea.

—Era una orden de verdad —susurró Baguira al oído de Mougli—. Estaban comiendo a la orilla del río y obedecieron como si fueran bueyes. Mira ¡ya están aquí!

Hati y sus tres hijos habían aparecido como de costumbre, sin el más mínimo ruido. El lodo del río aún no se había secado en sus flancos, y Hati seguía rumiando a conciencia el tallo verde de un banano de montaña que había arrancado con sus colmillos. Pero hasta la última arruga de su cuerpo enorme le indicaba a Baguira, que sabía ver las cosas cuando las tenía delante, que Hati no se dirigía a Mougli como el señor de la selva a un cachorro humano, sino como un ser asustado a otro que no lo está. Los tres hijos de Hati se balanceaban de un lado a otro, detrás de su padre.

Mougli apenas levantó la cabeza cuando el elefante lo saludó con un «Buena caza». Siguió meciéndose un buen rato y cambiando el peso del cuerpo de una pata a otra antes de decir nada, y cuando por fin abrió la boca fue para hablar con Baguira, no con los elefantes.

—Voy a contar una historia que me contó el cazador al que has cazado hoy —dijo Mougli—. Trata de un elefante, viejo y sabio, que un día cayó en una trampa y se clavó una estaca muy afilada, desde el talón hasta la cresta del hombro, que le dejó una cicatriz blanca. —Mougli extendió la mano y Hati dio media vuelta, para mostrar, a la luz de la luna, una cicatriz larga y blanca en su costado del color de la pizarra, como si le hubieran azotado con un látigo al rojo vivo—. Unos hombres fueron a sacarlo de la trampa —continuó Mougli—, pero él rompió las cuerdas, porque era fuerte, y se escondió hasta que se le curó la herida. Entonces volvió, furioso, a los campos de aquellos cazadores. Y ahora recuerdo que tenía tres hijos. Esto ocurrió hace muchas, muchas lluvias, y muy lejos de aquí, en los campos de Bharatpur. ¿Qué les pasó a los campos cuando llegó la cosecha, Hati?

—Que los cosechamos mis tres hijos y yo —dijo Hati.

—Y ¿qué paso con la siembra, después de la cosecha? —preguntó Mougli.

—No hubo siembra.

—Y ¿qué les pasó a los hombres que viven de las verdes cosechas de la tierra?

—Se marcharon.

—Y ¿qué les pasó a las chozas en las que dormían los hombres?

—Hicimos pedazos los tejados y la selva se tragó los muros —dijo Hati.

—Y ¿qué más?

—Todo el terreno que puedo recorrer en dos noches, de este a oeste, y todo el que puedo recorrer en tres noches, de norte a sur, se lo comió la selva. Dejamos que la selva asaltara cinco aldeas, y en todas ellas, en su tierras, en sus pastos y en sus cultivos, no queda hoy un solo hombre que pueda obtener su alimento de la tierra. Así fue como mis tres hijos y yo hicimos el saqueo de los campos de Bharatpur. Y ahora yo te pregunto, cachorro humano, ¿cómo ha llegado hasta ti la noticia?

—Me lo contó un hombre. Ya veo que hasta Buldeo a veces dice la verdad. Lo hiciste muy bien, Hati, con tu cicatriz blanca. Pero la segunda vez lo harás mejor todavía, porque ahora hay aquí un hombre para dirigir la operación. ¿Conoces la aldea de la manada de los hombres que me expulsaron? Son holgazanes, estúpidos y crueles. Juegan con la boca y no matan a los débiles para alimentarse sino por diversión. Cuando tienen la panza llena son capaces de arrojar a la flor roja incluso a los de su misma especie. Lo he visto con mis propios ojos. No está bien que sigan viviendo aquí. ¡Los odio!

—Los mataremos —dijo el menor de los tres elefantes, cogiendo un penacho de hierba para sacudirse el polvo de las patas delanteras y arrojándolo a continuación, a la vez que movía sus ojillos rojos a un lado y a otro con aire furtivo.

—¿Para qué quiero yo unos huesos pelados? —contestó Mougli, con tono fiero —. ¿Soy un lobato que juega al sol con una cabeza pelada? Yo he matado a Shir Jan y su pellejo se pudre ahora en la Roca del Consejo. Pero… pero no sé adónde ha ido Shir Jan, y sigo teniendo el estómago vacío. Ahora tomaré lo que puedo ver y tocar. ¡Asalta esa aldea, Hati!

Baguira se estremeció y se asustó. Comprendía, cuando las cosas se ponían muy mal, que se hiciera una incursión rápida por las calles del pueblo y se dieran unos zarpazos a diestra y siniestra entre la multitud; o se ejecutara una matanza astuta mientras los hombres sembraban al atardecer, pero la idea de borrar una aldea de la faz de la tierra le daba miedo. Ahora entendía por qué Mougli quería ver a Hati. Nadie más que el anciano elefante era capaz de planear y llevar a cabo semejante batalla.

—Que huyan, como huyeron los hombres de los campos de Bharatpur, hasta que sea la lluvia el único arado, y el ruido de la lluvia en las hojas sustituya al golpeteo de sus husos, hasta que Baguira y yo hagamos de la casa del brahmán nuestra guarida y el ciervo beba en el estanque que hay detrás del templo. ¡Que la selva asalte esa

aldea, Hati!

—Pero yo… Nosotros no tenemos nada contra ellos, y hace falta mucha rabia, la que produce un dolor muy grande, para que destrocemos los sitios donde duermen los hombres —contestó Hati, balanceándose con aire dubitativo.

—¿Sois los únicos que coméis hierba en toda la selva? Traed a los vuestros. Que se encarguen el gamo, el jabalí y el toro azul. No hace falta que aparezcáis hasta que los campos estén desnudos. ¡Que la selva asalte esa aldea, Hati!

—¿No habrá matanza? Tras el saqueo de los campos de Bharatpur terminé con los colmillos rojos, y no quiero volver a sentir ese olor.

—Yo tampoco. No quiero ni sus huesos en nuestra tierra limpia. Que vayan a buscar otra guarida. ¡Aquí no pueden quedarse! He visto y olido la sangre de la mujer que me alimentó, la mujer a la que habrían matado si yo no lo hubiese impedido. ¡Solo el olor de la hierba fresca a las puertas de sus casas puede borrar ese recuerdo! Me arde en la boca. ¡Que la selva asalte esa aldea, Hati!

—Sí —asintió el elefante—. También a mí me ardía la herida de la estaca en el costado, hasta que vimos sus aldeas sepultadas por las hierbas de la primavera. Te comprendo. Tu guerra será nuestra guerra. Asaltaremos esa aldea.

Apenas tuvo tiempo Mougli de tomar aire —le temblaba todo el cuerpo de rabia y de odio— cuando vio que los elefantes ya no estaban y que Baguira lo miraba, aterrorizada.

—¡Por el cerrojo roto que me compró! —exclamó por fin la pantera negra—. ¿Eres la misma criatura desnuda a la que yo defendí ante la manada? Señor de la selva, cuando mis fuerzas me abandonen, habla por mí, habla por Balú, ¡habla por todos nosotros! ¡A tu lado somos simples cachorros! ¡Ramitas partidas bajo tus pies! ¡Cervatillos que han perdido a su madre!

La idea de que Baguira fuese un cervatillo perdido desconcertó tanto a Mougli que se echó a reír, se quedó sin aire, sollozó y volvió a reírse, hasta que tuvo que tirarse a una poza para tranquilizarse. Dio varias vueltas nadando de acá para allá, buceando y asomando entre las franjas de luz que formaba la luna, como un renacuajo, según lo apodaban.

Mientras tanto, Hati y sus tres hijos se habían repartido los cuatro puntos cardinales, y cada cual avanzaba por el valle, sigiloso, a más de un kilómetro. Su camino duró dos días, es decir, recorrieron casi cien kilómetros a través de la selva. Cada uno de sus pasos, cada movimiento de su trompa, era visto, notado y comentado por Mang y por Chil y también por el pueblo de los monos, y por todos los pájaros. Por fin pararon a comer, y pasaron alrededor de una semana comiendo tranquilamente. Hati y sus hijos son como Ka, la pitón de las rocas. Solo se dan prisa cuando es imprescindible.

Al final de este intervalo —sin que nadie supiera de dónde venía—, corrió por la selva el rumor de que había mejor comida y bebida en tal y cual valle. El jabalí, que como todo el mundo sabe es capaz de ir al fin del mundo cuando se trata de comer,

fue el primero en ponerse en camino, en manada, corriendo entre las rocas, seguido del ciervo, y este a su vez de los zorros, que viven de los ejemplares muertos o agonizantes de las manadas; y al lado de los ciervos iban los fornidos toros azules, y los búfalos salvajes de los pantanos seguían a los toros. El más leve contratiempo podía obligar a regresar a las manadas dispersas, que se rezagaban, pacían, deambulaban, bebían y volvían a pastar; pero, cada vez que cundía la alarma, alguien iba a tranquilizarlas. Una vez era Sahi, el puercoespín, cargado de noticias de buenos alimentos justo un poco más adelante; otras veces era Mang el que voceaba alegremente y bajaba aleteando por una cañada para demostrar que estaba vacía; o Balú, que, con la boca llena de raíces, acompañaba arrastrando los pies a una titubeante fila de animales y, entre amenazas y juegos, los hacía volver al camino. Fueron muchos los que se marcharon de estampida, huyeron o perdieron el interés, pero también fueron muchos los que siguieron adelante. Y, al final de otros diez días, aproximadamente, la situación era la siguiente: los ciervos, los jabalíes y los toros azules formaban un enjambre de dieciocho o veinte kilómetros de radio, mientras que los devoradores de carne merodeaban por sus contornos. Y en el centro de dicho círculo se encontraba la aldea, y en torno a la aldea las cosechas en sazón, y sentados junto a las cosechas, los hombres, en lo que ellos llamaban sus *machans*, unas plataformas parecidas a las perchas de las palomas, hechas con palos y apoyadas en cuatro postes, que servían para ahuyentar a los pájaros y otros ladrones de los cultivos. Y entonces no hubo necesidad de convencer a los ciervos para que avanzasen. Los devoradores de carne les pisaban los talones, obligándolos a avanzar entre los campos sembrados.

Fue una noche oscura cuando Hati y sus tres hijos atravesaron la selva y rompieron con su trompa los postes de los *machans*, y las plataformas se quebraron como el tallo de una cicuta en flor, y en los oídos de los hombres, al caer, retumbó el gorgoteo profundo de los elefantes. La vanguardia del desconcertado ejército de los ciervos irrumpió entonces en las cosechas y los pastos de la aldea, arrasándolos por completo. Y con los ciervos llegaron los jabalíes de afiladas pezuñas, y lo que el ciervo dejaba, el jabalí lo destrozaba, y de vez en cuando las manadas se estremecían con una falsa alarma de lobos, y se lanzaban a la carrera desesperadamente, por todas partes, pisoteando el centeno joven y aplastando las orillas de las acequias. Antes de que despuntara el día la presión ejercida en el perímetro del círculo hizo una grieta en un punto. Los devoradores de carne se habían replegado, abriendo una senda hacia el sur, para salir al encuentro de los ciervos que huían por ella. Otros, más valientes, se agazaparon entre la vegetación para terminar su festín la noche siguiente.

Pero el trabajo estaba prácticamente hecho. Por la mañana, cuando llegaron los aldeanos, las cosechas estaban perdidas. Eso significaba la muerte de todos los vecinos, pues año sí año no veían la hambruna tan cerca como veían la selva. Cuando fueron a pacer, los búfalos hambrientos vieron que los ciervos habían arrasado los pastos, y tuvieron que internarse en la selva, con sus compañeros salvajes; y, cuando

cayó el crepúsculo, los tres o cuatro ponis que había en la aldea estaban en sus establos con la cabeza destrozada. Únicamente Baguira podía haberlos atacado de esa manera, y solo ella habría tenido la insolencia de arrastrar por la calle el esqueleto de su última víctima.

Los aldeanos no tuvieron fuerzas para encender hogueras en los campos esa noche, así que Hati y sus tres hijos se encargaron de cosechar lo que quedaba. Y por donde pasa Hati no queda nada para nadie. Los vecinos decidieron sustentarse con el maíz que tenían almacenado hasta que pasaran las lluvias, y luego buscar trabajo como sirvientes para compensar las pérdidas; pero, mientras el comerciante de cereal pensaba en sus cajones rebosantes de maíz, y en el precio que iba a pedir por él, Hati metía los colmillos por una esquina de su choza de barro y trituraba el gran arcón de mimbre revestido con bosta de vaca donde se guardaba la preciada mercancía.

Al descubrirse esta última pérdida, fue el brahmán quien tomó la palabra. Había rezado a sus dioses y no había tenido respuesta. Pudiera ser, dijo, que los vecinos hubieran ofendido sin querer a alguno de los dioses de la selva, pues no cabía la menor duda de que la selva se había vuelto contra ellos. Así, fueron en busca del jefe de la tribu más próxima de nómadas *gond*: hombres inteligentes, menudos y muy negros que vivían en el corazón de la jungla, y cuyos antepasados pertenecían a la raza más antigua de la India; los aborígenes y dueños de la tierra. Recibieron a su invitado con lo poco que tenían, y este, apoyado en una pierna, con su arco en la mano y dos o tres flechas envenenadas sujetas con el nudo superior de la cuerda, miró entre temeroso y despectivo a los consternados aldeanos y sus campos devastados. Los aldeanos querían saber si los dioses del *gond*, los dioses antiguos, estaban enfadados con ellos, y qué sacrificios tenían que ofrecerles. En lugar de contestar, el *gond* escogió un trozo del tallo de una *karela*, la planta que produce la calabaza amarga, y lo ató varias veces en la puerta del templo, frente a la imagen roja del dios hindú. Luego, haciendo un gesto con la mano como si empujara el aire a lo largo de la carretera de Kaniwara volvió a la selva y observó los movimientos de los animales. Sabía que cuando la selva se mueve, únicamente los hombres blancos pueden tratar de evitarlo.

No fue necesario preguntar qué quería decir. La calabaza amarga crecería donde los vecinos hubieran venerado a su dios y, cuanto antes se salvaran, mejor para ellos.

Ahora bien, no es fácil que una aldea se decida a soltar sus amarras. Allí se quedaron mientras duró la comida, y trataron de recoger nueces en la selva, pero unos ojos brillantes los vigilaban y les plantaban cara incluso a mediodía, y cuando, muy asustados, volvían corriendo a las murallas de la aldea, veían en la corteza de los árboles por los que acababan de pasar apenas cinco minutos antes las señales de unas garras enormes, en forma de rayas y muescas. Cuanto más se aferraban a su aldea más audaces se volvían las bestias que retozaban y bramaban en los pastos del Waingunga. No tenían ánimos para parchear y enfoscar los muros traseros de los establos, que lindaban con la selva, y así los jabalíes los derribaron, y las lianas de

raíces nudosas no tardaron en abrirse camino por aquel territorio recién conquistado, lo mismo que las hierbas duras como púas. Los hombres solteros fueron los primeros en marcharse, llevando por todas partes la noticia de que la aldea estaba maldita. ¿Quién podía enfrentarse a la selva o a los dioses de la selva, cuando incluso la cobra de la aldea había abandonado su agujero debajo de la higuera sagrada? Así, el escaso comercio con el mundo exterior se hundió cuando los senderos que cruzaban los claros se cerraron y se borraron. Y entonces los barritos nocturnos de Hati y sus tres hijos dejaron de importunar a los vecinos. Allí ya no quedaba nada. Habían acabado con las cosechas que cubrían la tierra y también con las simientes enterradas. Los campos de los alrededores ya empezaban a perder su forma y había llegado la hora, para los aldeanos, de buscar la caridad de los ingleses en Kaniwara.

Fieles a sus costumbres, aplazaban la partida de día en día, hasta que las primeras lluvias se les echaron encima y el agua entraba a chorros por los tejados sin reparar, encharcaba los pastos hasta los tobillos y hacía brotar las plantas a toda prisa después del calor del verano. Una mañana, por fin se pusieron en camino —hombres, mujeres y niños— bajo una cegadora cortina de lluvia caliente, volviendo la cabeza para despedirse de sus hogares con la mirada.

Cuando la última familia, cargada con todos sus bártulos, cruzó las puertas de la aldea, se oyó el crujido de unas vigas, y una techumbre de paja se desplomó al otro lado de las murallas. Y por unos instantes vieron una trompa lustrosa y negra que se levantaba como una serpiente, esparciendo la paja empapada. La trompa desapareció y poco después se oyó otro crujido seguido de un berrido. Hati estaba arrancando los tejados de las casas como si arrancara un nenúfar, y una viga, al rebotar, se le había clavado. Esto bastó para que desatara todas sus fuerzas, pues no hay en toda la selva animal más terco en su afán destructor que un elefante enfadado. Dio una patada a un muro de barro, que se desmoronó al instante, convirtiéndose bajo el aguacero en fango amarillo. Después dio media vuelta, barritando, e irrumpió en las callejuelas, embistiendo las casas a diestra y siniestra, haciendo temblar las puertas y aplastando los aleros; y tras él iban sus tres hijos, animados por la misma furia que inspiró el saqueo de los campos de Bharatpur.

—La selva se comerá esos caparazones —dijo una voz suave en mitad de la destrucción—. Ahora tiene que caer la muralla. —Y con la lluvia chorreando por los hombros y los brazos desnudos, Mougli saltó de una pared inclinada como un búfalo cansado.

—Cada cosa a su tiempo —dijo Hati—. Pero ¡en Bharatpur mis colmillos se volvieron rojos! ¡A las murallas, hijos! ¡Con la cabeza! ¡Todos juntos! ¡Ya!

Empujaron los cuatro al tiempo: la muralla se combó, se rajó y cayó, y los vecinos, mudos de espanto, vieron asomar por una grieta la cabeza chorreante de barro de los causantes de tanto destrozo. Y huyeron por el valle, despojados de su hogar y su alimento, mientras su aldea destrozada, arrasada, pisoteada, se fundía con la lluvia.

Al cabo de un mes solo quedaba un montículo informe, cubierto de brotes verdes y suaves; y al final de la temporada de las lluvias, la rugiente selva había invadido lo que apenas seis meses antes eran tierras de labranza.

LA CANCIÓN QUE CANTA MOUGLI CONTRA LA GENTE

Lanzaré contra ti lianas de pies veloces
y llamaré a la selva para arrasar tus campos.
Se partirán las vigas, los tejados caerán.
Y la karela, la amarga karela,
¡todo lo cubrirá!

Vendrá a cantar mi pueblo cuando tengáis Consejo,
anidará el murciélago en los viejos graneros.
Y será la serpiente centinela
bajo la piedra del hogar vacío.
Pues la karela, la amarga karela,
¡florecerá donde antes dormías!

No verás a mi ejército, pero tal vez comprendas,
que ha llegado, cuando en la noche oscura exija mis ofrendas.
Será el lobo pastor de tus rebaños
en prados desiertos y lejanos.
Pues la karela, la amarga karela,
¡arraigará donde antes amabas!

A saquear tus tierras acudirán mis huestes,
cosecharás la espiga que mis labriegos dejen.
Será el ciervo la yunta de tu arado
al pie de un yermo otero.
Pues la karela, la amarga karela,
¡brotará donde antes tu casa construías!

He lanzado contra ti lianas de pies deformes,
a la selva he pedido que arrase tus cultivos.
Cuidado con los árboles: se te caerán encima.
Las vigas de las casas desplomarse verás.
Y la karela, la amarga karela,
¡del todo te cubrirá!

Los encargados de las pompas fúnebres

Si a Tabaqui lo tratas de «hermano»,
y tu carne compartes con la hiena,
es como si pactaras con Yacala,
panza que corre sobre sus cuatro patas.

Ley de la Selva

—¡Respetad a los ancianos!

Era una voz densa, una voz terrosa que daba escalofríos, una voz que sonaba como algo blando cuando se rompe. Tenía algo de temblor, de ronquera y de gemido.

—¡Respetad a los ancianos! Oh, compañeros del río, ¡respetad a los ancianos!

Nada se veía en la amplia extensión del río, aparte de una flotilla de barcazas de velas cuadradas y clavijas de madera, cargadas de piedra de construcción, que pasaban corriente abajo después de atravesar el puente del ferrocarril. Los barqueros pusieron los toscos timones de través para esquivar el banco de arena que había formado el agua al rozar los pilares del puente y, mientras pasaban, de tres en fondo, volvió a oírse la horrible voz:

—Oh, brahmanes del río, ¡respetad a los ancianos y los enfermos!

Uno de los hombres, que iba sentado en la borda, volvió la cabeza, levantó una mano, dijo algo que no era precisamente una bendición, y las barcas siguieron su camino, chirriando en la penumbra. El ancho río indio, que más que un curso de agua parecía una sucesión de pequeños lagos, estaba terso como un cristal y en su centro se reflejaba el cielo del color de la arena roja, mientras que, cerca de las orillas bajas, la luz salpicaba el agua de manchas amarillas y la teñía de un color púrpura oscuro. En la temporada de las lluvias desembocaban en estas aguas pequeños arroyos, cuyas bocas, ahora secas, quedaban claramente suspendidas por encima de la marca del cauce. En la margen izquierda, casi debajo del puente del ferrocarril, se encontraba un pueblecito de barro y ladrillo, troncos y paja, comunicado directamente con el río por su calle principal, abarrotada de ganado que regresaba a sus establos. La calle terminaba en una especie de tosco embarcadero de ladrillo donde la gente que iba a lavar podía entrar en el agua paso a paso. Esta orilla, o ghaut, daba al pueblo su nombre de Magar-Ghaut.

La noche caía deprisa sobre los campos de lentejas, arroz y algodón en las tierras bajas que el río anegaba todos los años; sobre el cañaveral que bordeaba el recodo y sobre la densa jungla de los pastos, detrás del carrizo inmóvil. Los loros y los cuervos, que tanto parloteaban y gritaban cuando iban a beber, a última hora de la tarde, habían vuelto a sus nidos, tierra adentro, cruzándose con los batallones de

murciélagos fructívoros que salían entonces; y grandes bandadas de aves acuáticas venían, entre graznidos y bocinazos, a refugiarse en el carrizo. Había gansos con el lomo negro y la cabeza en forma de barril, cercetas, patos, ánades reales y tadornas, además de zarapitos y algún que otro flamenco.

Cerraba torpemente la marcha una grulla ayudante, que volaba como si cada uno de sus lentos aletazos fuese a ser el último.

—¡Respetad a los ancianos! ¡Brahmanes del río, respetad a los ancianos!

La grulla ladeó la cabeza, viró ligeramente hacia la voz y aterrizó, entumecida, en el banco de arena, pasado el puente. Fue entonces cuando de verdad reveló su tamaño bestial. Tenía un lomo muy respetable, de casi un metro ochenta de largo, y su aspecto era el de un cura calvo y circunspecto. Vista de frente era muy distinta. Se parecía a Ally Sloper[3]: no tenía ni una sola pluma en la cabeza y el cuello, y sí un buche horrible, de piel pelada, al que iba a parar todo lo que robaba con su afilado pico. Tenía las patas largas y flacas, pero las movía con delicadeza y las contemplaba con orgullo cuando se acicalaba las plumas de la cola, grises como la ceniza, mirando por encima del hombro y tensándose luego como si le ordenaran cuadrarse.

Un chacal pequeño y sarnoso que ladraba de hambre en un acantilado levantó las orejas y el rabo y echó a correr por la orilla para reunirse con la grulla.

Era de lo peor de su casta y, si ni aun el mejor de los chacales vale gran cosa, este era especialmente ruin: mitad mendigo, mitad delincuente, desvalijador de los vertederos de los pueblos, timidísimo unas veces y temerario otras, eternamente hambriento y poseído por una astucia que nunca le hacía ningún bien.

—¡Buf! —exclamó, sacudiéndose con aire compungido—. ¡Ojalá que la sarna roja acabe con los perros de este pueblo! Tengo tres picaduras por cada pulga que llevo encima, y todo por mirar (solamente por mirar, fíjate) un zapato viejo en un establo de vacas. ¿Es que voy a tener que alimentarme de barro? —Y se rascó por debajo de la oreja izquierda.

—He oído —dijo la grulla, con una voz que parecía una sierra mellada pasando a través de un tablero grueso—, he oído que había un cachorro recién nacido en ese mismo zapato.

—Del dicho al hecho hay mucho trecho —contestó el chacal, que había aprendido muchos refranes escuchando a los hombres, cuando se reunían por las noches alrededor de las hogueras.

—Eso es verdad. Por eso, para asegurarme, me ocupé de ese cachorro mientras los perros estaban ocupados en otra parte.

—Estaban «muy» ocupados —dijo el chacal—. Entonces, por algún tiempo no podré ir de caza a por las sobras de la aldea. Y ¿dices que de verdad había un cachorro ciego en ese zapato?

—Aquí está —dijo la grulla, mirando por encima del pico su buche lleno—. No es gran cosa, pero no está mal en estos tiempos en que no queda caridad en el mundo.

—¡Sí! El mundo se ha vuelto duro como el hierro —se lamentó el chacal. Sus

ojos, que nunca descansaban, captaron entonces una levísima onda en el agua, y añadió rápidamente—: La vida es dura para todos, y no tengo la menor duda de que incluso nuestro excelente jefe, el Orgullo del Ghaut y la Envidia del Río…

—Un embustero, un adulador y un chacal empollados todos en un mismo huevo —señaló la grulla, sin dirigirse a nadie en particular, pues también ella sabía ser una embustera de la mejor especie cuando quería.

—Sí, la Envidia del Río —repitió el chacal, levantando la voz—. Incluso él, no me cabe duda, se ha dado cuenta de que desde que se construyó el puente escasea la buena comida. Pero, por otro lado, aunque por nada del mundo diría esto en su noble presencia, es tan sabio y tan virtuoso… Al contrario que yo, para mi desgracia…

—Cuando el chacal dice que es gris, ¡qué negro debe de ser el chacal! —murmuró la grulla. No se imaginaba lo que iba a ocurrir.

—… Nunca le falta comida. Y por eso…

Se oyó un roce suave, como si una barca acabara de encallar en un bajío. El chacal se volvió inmediatamente y se encaró (siempre es mejor encarar las cosas) con la criatura de la que estaba hablando. Era un cocodrilo de más de siete metros, embutido en lo que parecía la plancha de una caldera con triples remaches, tachonada, carenada y rematada por una cresta; las puntas amarillas de los dientes superiores sobresalían por encima de la elegante mandíbula inferior aflautada. Era el magar, el cocodrilo de morro chato que había dado su nombre al pueblo de Magar-Ghaut, más viejo que cualquier vecino del lugar; el demonio del vado del río antes de que se construyera el puente: asesino, comedor de hombres y fetiche local, todo en uno. Apoyó la barba en la orilla y se puso en guardia, con una levísima ondulación de la cola; y el chacal sabía muy bien que un solo coletazo bastaba para impulsar al cocodrilo por la ribera con la velocidad de una máquina de vapor.

—¡Qué auspicioso encuentro, Protector de los Pobres! —aduló el chacal, retrocediendo con cada palabra—. Hemos oído una voz deliciosa y nos hemos acercado con la esperanza de disfrutar de una grata conversación. Mi desmedida presunción me ha llevado, mientras esperaba aquí, a hablar de ti. Confío en que no hayas oído nada.

Ahora bien, el chacal había hablado precisamente con la intención de que se le oyera, pues sabía que el elogio era el mejor modo de encontrar comida, pero el cocodrilo sabía cuáles eran las intenciones del chacal, y el chacal sabía que el cocodrilo lo sabía, y el cocodrilo sabía que el chacal sabía que el cocodrilo lo sabía. Y así estaban todos muy contentos.

El viejo reptil subió por la orilla entre jadeos y gruñidos, murmurando: «¡Respetad a los ancianos y los enfermos!». Y sus ojillos ardían como las brasas, enmarcados por unos párpados densos y córneos en la parte superior de la cabeza triangular, mientras arrastraba el cuerpo hinchado, como un tonel, sirviéndose de las patas como si fueran muletas. Se detuvo entonces y, por más que estuviera acostumbrado a sus maneras, el chacal no pudo evitar sobresaltarse, por enésima vez,

al ver la exacta imitación de un tronco varado en la arena que ofrecía el cocodrilo. Incluso se tomó la molestia de formar el ángulo natural en que quedaría un leño arrojado en la arena según la corriente en esa parte del río y esa época del año. Todo esto era pura y simple costumbre, claro está, pues el cocodrilo había salido del agua por placer; pero un cocodrilo nunca llega a saciarse y, si el chacal se hubiera dejado engañar por el parecido, no habría vivido para filosofar sobre esta cuestión.

—No he oído nada, hijo —contestó el magar, cerrando un ojo—. Estaba debajo del agua, y débil además, porque tengo hambre. Desde que construyeron el puente del ferrocarril, mi gente ha dejado de quererme, y eso me parte el alma.

—¡Qué vergüenza! —dijo el chacal—. ¡Con el corazón tan noble que tienes! Pero a mí me parece que todos los hombres son iguales.

—No, en realidad son muy distintos —señaló el cocodrilo amablemente—. Unos son flacos como mástiles. Otros gordos como cha… como perros. Yo nunca los insultaría sin motivo. Los hay de todas clases, pero mis muchos años me han enseñado que en general son muy buenos. Hombres, mujeres y niños: no tengo nada que reprocharles. Y, recuerda, hijo, que quien desprecia al mundo recibe el desprecio del mundo.

—La adulación es peor que una lata vacía en el estómago, pero lo que acabas de decir es pura sabiduría —dijo la grulla, extendiendo la pata que tenía recogida.

—Pero piensa en su ingratitud con este ser excelente —empezó a decir el chacal, con voz melosa.

—¡No, no, no es ingratitud! —replicó el cocodrilo—. Es que no piensan en los demás; solo eso. Pero me he dado cuenta, estando sumergido en mi puesto del vado, de que las escaleras del puente nuevo son de lo más crueles para los viejos y los niños. Es cierto que los viejos no merecen tanta consideración, pero me duele, me duele de verdad, por los niños gordos. De todos modos, creo que pronto, cuando haya pasado la novedad del puente, volveremos a ver las piernas oscuras de mi gente vadeando el río como antes. Este viejo cocodrilo volverá a sentirse honrado.

—Pues yo estoy seguro de haber visto guirnaldas de caléndulas flotando por la orilla del Ghaut esta misma mañana —dijo la grulla. Las guirnaldas de caléndulas son señal de reverencia en toda la India.

—Un error… Un error. Era la mujer del repostero. Va perdiendo vista de año en año y ya no distingue un tronco de mí, ¡el magar del Ghaut! Vi que era un error cuando lanzó la guirnalda, porque yo estaba justo en la orilla y, si hubiera dado un paso más, le habría demostrado la diferencia que hay entre un tronco y un cocodrilo. Pero lo ha hecho con buena intención, y lo que cuenta es el ánimo con que se hace la ofrenda.

—¿De qué sirven las guirnaldas de caléndulas cuando uno está en el vertedero? —dijo el chacal, cazando algunas pulgas, pero sin quitar el ojo del Protector de los Pobres.

—Cierto, pero aún no han empezado a hacer el vertedero que pueda conmigo.

Cinco veces he visto retirarse el río del pueblo y ensanchar el terreno. Cinco veces he visto reconstruir el pueblo en las orillas, y volveré a verlo otras cinco más. No soy un gavial desleal que pesca hoy en Kasi, mañana en Prayag, como dice el dicho, sino el fiel y constante guardián del vado. No en vano, hijo, este pueblo lleva mi nombre, y ya dice el refrán que «el que sabe esperar acaba obteniendo su recompensa».

—Yo he esperado mucho, muchísimo, casi toda mi vida, y mi recompensa han sido mordiscos y golpes —dijo el chacal.

—¡Jo, jo, jo! —La grulla soltó una sonora carcajada.

Nació el chacal en agosto,
y diluvió al mes siguiente.
Y dijo, al ver el torrente:
«Nunca he visto cosa igual».

La grulla ayudante tiene una particularidad muy desagradable. De vez en cuando padece intensos hormigueos o calambres en las patas y, aunque reacciona con más dignidad que cualquiera de las grullas de otras especies, todas ellas respetabilísimas, emprende una salvaje danza guerrera y revolotea como un tullido sobre unos zancos, entreabriendo las alas y moviendo la cabeza calva arriba y abajo; aunque por motivos que solo ella conoce, acostumbra a sincronizar sus peores ataques con sus comentarios más desagradables. Con la última palabra de su cancioncilla, volvió a cuadrarse, adoptando un aire de ayudante diez veces mayor que antes.

El chacal se acobardó, pues, aunque contaba ya tres temporadas completas, no podía mostrarse ofendido por un personaje que tenía un pico de un metro de largo y la capacidad de lanzarlo como una jabalina. La grulla era una cobarde reconocida, pero el chacal era aún peor.

—Hay que vivir para aprender —dijo el magar—. Y tienes que saber una cosa. Los chacales jóvenes son muy corrientes, hijo, pero un cocodrilo como yo no es nada corriente. A pesar de todo, no soy orgulloso, porque el orgullo es destructivo. Pero fíjate bien: esto es el Destino, y contra el Destino nadie puede hacer nada, así vuele, nade o camine. Yo estoy contento con el Destino. Con suerte, buen ojo y la costumbre de comprobar si el pantano o el arroyo tienen salida antes de entrar en ellos, se pueden hacer muchas cosas.

—Una vez oí decir que incluso el Protector de los Pobres cometió un error —dijo el chacal con mala intención.

—Cierto, pero el Destino acudió en mi ayuda. Fue antes de que hubiera terminado de desarrollarme por completo; tres hambrunas antes de la última que hubo (¡cuánta agua llevaban los arroyos a derecha e izquierda del Ganges por aquel entonces!). Sí, yo era joven y poco reflexivo y cuando llegaron las inundaciones no había nadie más contento que yo. Entonces me bastaba con muy poco para ser feliz. La aldea se inundó por completo, así que fui nadando tierra adentro, hasta los arrozales, que

estaban sumergidos bajo una capa de fango. Recuerdo también que esa noche encontré un par de brazaletes (eran de cristal, y me dieron muchos problemas). Sí, brazaletes de cristal. Y, si mal no recuerdo, un par de zapatos. Tendría que haberme deshecho de aquellos zapatos, pero tenía hambre. Después aprendí la lección. Sí. El caso es que comí y descansé, pero, cuando quise volver al río, el agua había bajado y tuve que abrirme camino entre el fango de la calle principal. ¿Quién sino yo? Toda mi gente vino a verme (sacerdotes, mujeres y niños) y yo los miré con benevolencia. El fango no es buen sitio para pelear. Y un barquero dijo: «Vamos a por hachas para matarlo. Es el cocodrilo del vado». «No —contestó el brahmán—. ¡Mirad, se está llevando por delante la inundación! ¡Es el dios de la aldea!». Y entonces me lanzaron flores, y uno de ellos tuvo la idea feliz de poner una cabra en mitad de la calle.

—¡Qué buena… qué buena está la cabra! —dijo el chacal.

—Peluda… demasiado peluda, y cuando está en el agua es más que probable que esconda un anzuelo en forma de cruz. Pero acepté aquella cabra, y bajé hasta la orilla sintiéndome muy honrado. Poco después, mi Destino me envió al barquero que quería cortarme con un hacha. Su barca encalló en un banco de arena del que vosotros ya no os acordaréis.

—No todos somos chacales —protestó la grulla—. ¿Era el banco de arena que se formó cuando se hundieron los barcos que iban cargados de piedras, el año de la gran sequía, uno muy largo que duró tres inundaciones?

—Había dos —asintió el magar—. Uno arriba y otro abajo.

—Es verdad, no me acordaba. Un canal los separaba, y después se secó —dijo la grulla, que se preciaba de tener buena memoria.

—Pues en el banco de abajo, niños, encalló la nave de aquel hombre que tan buenos deseos tenía para mí. Se había quedado dormido en la proa y entonces se espabiló y saltó al agua, que le llegaba hasta la cintura (no, no le llegaba más que a las rodillas) para empujar la embarcación. La barca vacía siguió adelante y volvió a chocar pasado el siguiente recodo, según el cauce que el río tenía entonces. Yo la seguí, porque sabía que los hombres vendrían a sacarla del agua.

—Y ¿vinieron? —preguntó el chacal, algo asustado. Le impresionaba la magnitud de la cacería.

—Sí, de ahí y de más abajo. No me acerqué más, y aun así me zampé a tres en un día: *manyis* (barqueros) bien alimentados; y, menos el último, porque a esas alturas ya me daba lo mismo, ni siquiera gritaron para avisar a los que estaban en la orilla.

—¡Ah! ¡Qué noble cacería! Pero ¡cuánta astucia y cuánto juicio requiere! —señaló el chacal.

—Astucia no, hijo, solo pensar. Un poco de pensamiento en la vida es como la sal en el arroz, como dicen los barqueros; y yo siempre he pensado mucho. Mi primo, el gavial, el que come peces, me ha contado lo difícil que es seguir a los peces, y lo distintos que son unos de otros, por eso tiene que conocerlos a todos, juntos y separados. Yo digo que eso es sabiduría. Aunque por otro lado mi primo, el gavial,

vive entre los suyos. Los míos no nadan en grupo con la boca fuera del agua, como hace Rewa; ni asoman continuamente a la superficie y empiezan a dar vueltas, como Mohu y el pequeño Chapta; y tampoco se reúnen en los bajíos después de la riada, como Batchua y Chilva.

—Todos ellos peces muy sabrosos —dijo la grulla, chasqueando el pico.

—Eso dice mi primo, y arma un lío tremendo para atraparlos, pero ellos no se acercan a las orillas, para librarse de sus dientes. Mi gente es diferente. Vive en la tierra, en las casas, entre el ganado. Tengo que saber lo que hacen, lo que se proponen hacer y, sumando la cola a la trompa, como reza el dicho, se construye el elefante. ¿Que hay una rama verde y una argolla de hierro colgada en un dintel? Pues este cocodrilo sabe que un niño ha nacido en la casa y algún día bajará a jugar en la orilla. ¿Se casa una muchacha? El cocodrilo lo sabe, porque ve a la gente llevando regalos de un lado a otro; y también ella baja a la orilla a lavarse antes de la boda y… Ahí está él. ¿Ha cambiado el río su cauce y ha creado nuevas tierras de labranza donde antes solo había arena? El cocodrilo lo sabe.

—Y ¿de qué sirve saber todo eso? —preguntó el chacal—. El río ha cambiado incluso en mi corta vida.

El cauce de los ríos de la India cambia continuamente y a veces se desplaza hasta tres o cuatro kilómetros en una misma temporada, anegando los campos de una orilla y cubriendo la otra de buen cieno.

—No hay conocimiento más útil, porque nuevas tierras significan nuevas riñas —contestó el cocodrilo—. Y el magar lo sabe. ¡Sí, señor! El magar lo sabe. En cuanto el agua se retira, él se desliza por riachuelos tan pequeños que, según creen los hombres, ni un perro podría esconderse en ellos; y allí espera. Viene entonces un labriego diciendo que va a plantar pepinos aquí y melones allá, en las nuevas tierras que el río le ha dado. Palpa con los pies la calidad del cieno. Al poco llega otro y dice que él sembrará cebollas, zanahorias y azúcar de caña en tal y cual sitio. Se encuentran como barcos a la deriva y se miran, tocados con su gran turbante azul. El magar lo ve y lo oye todo. Se llaman «hermano» el uno al otro y juntos van a marcar los límites de las nuevas tierras. El magar los sigue a todas partes, arrastrándose por el fango. ¡Empiezan a discutir! ¡Se dicen palabras muy fuertes! ¡Se quitan los turbantes! Levantan sus *latis* (garrotes) y, al final, uno cae de espaldas en el barro y el otro huye. Cuando vuelve el magar la cuestión ya está zanjada y de ello da fe el bambú reforzado con hierro del perdedor. Pero no le dan las gracias al cocodrilo. No. «¡Asesino!», le gritan. Y sus familias se pelean con palos, veinte en cada bando. Mi gente es buena gente: yats del norte y malváis del Bet. No se pelean por diversión y, cuando la pelea ha terminado, el magar espera en el río, mucho más abajo, donde no puedan verlo desde el pueblo, detrás de unas matas de *kikar* que hay por allí. Entonces bajan mis yats de anchas espaldas: ocho o nueve, bajo las estrellas, con el muerto en parihuelas. Son ancianos, de barba gris y voz tan ronca como la mía. Encienden una hoguera (¡ah, qué bien conozco ese fuego!) y chupan tabaco y

asienten con la cabeza todos a la vez, en círculo, o al lado del difunto que está en la orilla. Dicen que los ingleses vendrán con su ley y su soga por lo ocurrido, y que la familia de tal y cual hombre caerá en desgracia, porque a tal y cual hombre lo ahorcarán en el patio de la cárcel. Y los amigos del muerto dicen entonces: «¡Que lo ahorquen!». Y otra vez se repite la misma conversación, y otras dos y otras veinte veces más, a lo largo de la noche. Así, hasta que uno de ellos, por fin, propone: «La lucha ha sido justa. Aceptemos un dinero por la sangre derramada, un poco más de lo que ofrece el asesino, y no se hable más». Entonces regatean el precio, porque el muerto era un hombre fuerte y deja muchos hijos. Pero antes de *amratvela* (el amanecer) lo arriman un poco al fuego, según la costumbre, y el muerto viene a mí, y él sí que no habla más. ¡Sí, hijos míos! El magar sabe mucho… El magar sabe mucho… ¡Y mis malváis-yats son buena gente!

—Para mi buche son demasiado cerrados, demasiado tacaños —graznó la grulla —. No malgastan el barniz en los cuernos de las vacas, como dice el dicho. Además, ¿qué se puede cosechar por donde ha pasado un malvái?

—Ah, yo los «cosecho» a ellos —dijo el magar.

—Pues en Calcuta del sur, en los viejos tiempos, lo tiraban todo a la calle, y podíamos elegir y escoger —dijo la grulla—. ¡Esos sí que eran buenos tiempos! Pero hoy tienen las calles limpias como la cáscara de un huevo, y mi gente ha volado. Una cosa es ser limpio, y otra limpiar el polvo, barrer y fregar siete veces al día. Eso cansa a los mismos dioses.

—Un chacal de por allí, que lo sabía por su hermano, me contó que en Calcuta del sur los chacales estaban gordos como nutrias en época de lluvias —dijo el chacal. Y solo de pensarlo se le hizo la boca agua.

—Sí, pero allí están los de cara blanca, los ingleses, y traen perros de río abajo, en barcos. Perros grandes y fuertes, para tener a raya a los chacales —dijo la grulla.

—Entonces, ¿tienen el corazón tan duro como la gente de aquí? Tendría que habérmelo imaginado. Ya no hay caridad con los chacales, ni en la tierra, ni en el cielo, ni en el agua. La última temporada vi un campamento de los de cara blanca, después de las lluvias, y cogí una brida amarilla, que estaba nuevecita, para comérmela. Los de cara blanca no saben curtir el cuero como es debido. Me puse malísimo.

—Pues tuviste más suerte que yo —dijo la grulla—. En mi tercera temporada, cuando era yo un pájaro joven y valiente, fui a esa parte del río por donde entran los barcos grandes. Los barcos de los ingleses son tres veces más grandes que esta aldea.

—Ha llegado hasta Delhi, y dice que allí todo el mundo anda con la cabeza en vez de con los pies —murmuró el chacal. El magar abrió el ojo izquierdo y miró a la grulla con interés.

—Es cierto —asintió el ave—. Un mentiroso solo miente cuando confía en que van a creerle. Solo quien haya visto esos barcos podría creer que es verdad.

—Eso es más razonable —dijo el magar—. ¿Y qué pasó?

—De las tripas de uno de esos barcos estaban sacando unas piedras grandes y blancas que al cabo de un rato se convertían en agua. Muchas se rompían y caían en la orilla, y las demás las guardaban enseguida en una casa de muros gruesos. Pero un barquero, que se rio, cogió un trozo del tamaño de un cachorro de perro y me lo lanzó. Yo, como toda mi gente, me trago cualquier cosa sin pensarlo dos veces, y me tragué la piedra, según mi costumbre. Bueno, pues al momento me entró un frío increíble, que empezaba en el buche y me llegaba hasta la punta de los dedos de las patas, y me dejó sin habla. Y mientras, los barqueros se reían de mí. En la vida había tenido tanto frío. Me puse a bailar, de la pena y del asombro, hasta que pude recobrar el aliento, y después seguí bailando y graznando, en protesta por la falsedad de este mundo, y los barqueros se tronchaban de la risa. Lo más curioso del caso, aparte del frío increíble, es que cuando terminé de lamentarme ¡tenía el buche vacío!

La grulla se había esmerado en describir lo que sintió después de tragarse un trozo de hielo de casi cuatro kilos que traían del lago Wenham, en un barco americano, antes de que en Calcuta tuvieran máquinas para fabricar hielo. Pero, como no sabía lo que era el hielo, y el magar y el chacal lo sabían aún menos, su historia no entusiasmó.

—Todo —dijo el magar, volviendo a cerrar el ojo izquierdo—, todo es posible, si sale de un barco que es tres veces más grande que Magar-Ghaut. Mi aldea no es precisamente pequeña.

Se oyó un silbido en lo alto, y el tren correo de Delhi cruzó el puente, con todos sus vagones iluminados, seguido fielmente de sus sombras por el río. Pronto volvió a perderse en la noche, traqueteando, pero el magar y el chacal estaban tan acostumbrados que ni siquiera volvieron la cabeza.

—¿Eso es menos prodigioso que un barco tres veces más grande que Magar-Ghaut? —preguntó el ave, mirando hacia arriba.

—Yo he visto cómo lo construían, hija. Piedra a piedra vi levantarse los pilares del puente, y cuando los hombres caían (en general tenían unos pies estupendos, pero a veces se caían) yo estaba preparado. Cuando acabaron el primer pilar ya no volvieron a molestarse en buscar el cuerpo río abajo para quemarlo. También en eso les ahorré muchos esfuerzos. No hubo nada extraño en la construcción del puente —dijo el magar.

—Pero eso que pasa por encima, tirando de los carros con techo, eso sí es extraño —repitió la grulla.

—Es, sin duda alguna, una nueva especie de bueyes. Algún día ya no podrán seguir sujetándose ahí arriba y caerán, igual que cayeron los hombres. Y el magar estará preparado.

El chacal miró a la grulla, y la grulla al chacal. Si de algo estaban seguros era de que la locomotora podía ser cualquier cosa menos un buey. El chacal se había fijado en ella muchas veces, desde el seto de aloe que bordeaba la línea del ferrocarril, y la grulla conocía las locomotoras desde que la primera llegó a la India. Pero el magar

solo había visto la máquina desde abajo y, desde aquel ángulo, su cúpula de bronce se parecía bastante a la chepa de un buey.

—Sí, una nueva especie de buey —repitió el magar, reflexivamente, como para convencerse.

—Está claro que es un buey —dijo el chacal.

—Aunque también podría ser… —empezó a decir el magar, malhumorado.

—Seguro… Segurísimo —interrumpió el chacal, sin esperar a que el cocodrilo hubiese terminado.

—¿Qué? —dijo el magar con fastidio, consciente de que los otros sabían más que él—. ¿Qué podría ser? No he terminado la frase. Tú has dicho que era un buey.

—Es lo que guste el Protector de los Pobres. Yo soy su siervo: no el siervo de esa cosa que cruza el río.

—Sea lo que sea, es obra de los de cara blanca —dijo la grulla—. Y yo desde luego que no me acostaría en algo que está tan cerca como este banco de arena.

—Tú no conoces a los ingleses tan bien como yo —dijo el magar—. Hubo uno de cara blanca por aquí, cuando construyeron el puente, que al caer la tarde cogía una barca, arrastraba los pies por las tablas del fondo y susurraba: «¿Está aquí? ¿Está allí? Traedme mi fusil». Yo lo oía antes de verlo. Oía todos los ruidos que hacía: los crujidos, los resoplidos y las explosiones del fusil, río arriba y río abajo. En cuanto yo elegía a uno de sus obreros, y con eso le ahorraba un montón de leña que necesitaría para la incineración, se acercaba a la orilla, diciendo a gritos que iba a cazarme, que iba a librar al río de mi presencia: ¡del magar de Magar-Ghaut! ¡De mí! Yo me pasaba horas nadando por debajo de su barca, hijos, oyéndole disparar contra los troncos; y cuando estaba seguro de que estaría cansado, me asomaba y chasqueaba las mandíbulas muy cerca de su cara. Cuando terminaron el puente, se marchó. Todos los ingleses cazan así, menos cuando son ellos los cazados.

—¿Quién caza a los de cara blanca? —preguntó el chacal, muy emocionado.

—Ahora nadie, pero yo en mis tiempos sí los cazaba.

—Recuerdo algo de esa cacería. Yo era joven por aquel entonces —dijo la grulla, con un chasquido del pico muy elocuente.

—Yo ya me había instalado aquí. Estaban reconstruyendo la aldea por tercera vez, si mal no recuerdo, cuando mi primo, el gavial, me habló de la riqueza del río por encima de Benarés. Yo al principio no quería ir, porque mi primo, que come pescado, no siempre sabe distinguir lo bueno de lo malo; pero oí a mi gente hablar por las noches, y lo que decían terminó por convencerme.

—Y ¿qué decían? —quiso saber el chacal.

—Lo suficiente para que yo, el magar de Magar-Ghaut, quisiera dejar el agua y andar con las patas. Me fui de noche, siguiendo el curso de los riachuelos más pequeños, pero estaba empezando el calor y apenas había agua en los arroyos. Crucé caminos polvorientos, campos de hierbas altas, y subí montañas a la luz de la luna. Hasta rocas llegué a escalar, hijos míos, ¡fijaos! Crucé la cola de Sirhind, la llanura

sin agua, antes de encontrar los ríos que desembocan en el Ganges. Me encontraba a un mes de viaje de mi gente y mis orillas. ¡Fue increíble!

—Y ¿qué comiste durante el camino? —preguntó el chacal, porque él tenía el espíritu en el estómago, y los viajes del magar no le impresionaban en absoluto.

—Lo que encontraba, primo —dijo el magar despacio, arrastrando las palabras.

Pues bien, nadie llama a nadie primo en la India si no cree que puede establecer alguna relación de parentesco; y, como solo en los cuentos muy antiguos el magar se ha casado alguna vez con un chacal, el chacal entendió por qué de pronto el magar lo acogía en su círculo íntimo. Habría dado igual si hubieran estado solos, pero los ojos de la grulla chispearon de alegría al oír tan desagradable broma.

—Claro, padre. No sé cómo no se me ha ocurrido —dijo el chacal.

A un magar no le molesta que lo llamen padre de chacales, y así lo manifestó el magar de Magar-Ghaut, junto a muchas otras cosas que no vienen al caso.

—El Protector de los Pobres ha establecido un parentesco. ¿Cómo puedo saber en qué grado exactamente? Además, comemos lo mismo. Él lo ha dicho —fue la respuesta del chacal.

Esto vino a empeorar las cosas todavía más, y es que lo que el chacal insinuaba era que el magar, en aquella expedición terrestre, se había alimentado a diario de carne fresca, en lugar de llevarla encima hasta que estuviera en condiciones, como hacen todo magar que se precie y la mayoría de las fieras cuando pueden. De hecho, uno de los peores insultos que se oyen por el río es «comedor de carne fresca». Es casi tan despectivo como llamar caníbal a un hombre.

—De eso hace treinta temporadas —dijo la grulla tranquilamente—. Aunque sigamos hablando otras treinta temporadas, no volverá a ocurrir. Cuéntanos qué pasó cuando llegaste a esas aguas tan buenas, después de ese increíble viaje por tierra. Si prestáramos atención cada vez que aúlla un chacal, la actividad de la ciudad se interrumpiría, se suele decir.

El magar debió de agradecer esta interrupción, porque enseguida continuó:

—Ni en una ni en otra orilla del Ganges: ¡jamás había visto aguas como aquellas!

—Entonces ¿eran mejores que la gran crecida de la última temporada? —preguntó el chacal.

—¡Mejores! Esas inundaciones solo ocurren cada cinco años: un puñado de extranjeros ahogados, unos cuantos pollos y un buey muerto en el fango por culpa de las corrientes cruzadas. Pero la temporada en la que estoy pensando el río estaba bajo, tranquilo, y no cambiaba; y, tal como me había dicho el gavial, arrastraba montones de ingleses muertos. Me di un buen atracón, y me puse como un tonel. Desde Agra hasta el ensanchamiento de las aguas en Allahabad, pasando por Etawah.

—Ah, ¡el remolino que se formaba debajo de las murallas del fuerte de Allahabad! —evocó la grulla—. Iban allí como va el ánade silbón al carrizo y nadaban dando vueltas sin parar: así.

Otra vez acometió su horrenda danza ante la mirada envidiosa del chacal. Él, por

su edad, no recordaba el año atroz del motín del que estaban hablando[4].

—Sí —prosiguió el magar—. En los alrededores de Allahabad todavía puede uno quedarse quieto en las aguas mansas y dejar que pasen veintidós antes de escoger uno. Además, los ingleses no van llenos de joyas, brazaletes y aros en la nariz, como van hoy mis mujeres. El que en adornos se deleita termina con una soga por collar, como dice el dicho. Los magares de todos los ríos engordaron esos días, pero el destino quiso que yo engordara más que ninguno. Corrió la noticia de que estaban cazando a los ingleses en los ríos, y a ambas orillas del Ganges creímos que era cierto. Yo creí que era cierto mientras iba hacia el sur, y llegué hasta más allá de Monguir y de las tumbas que miran al río.

—Conozco ese sitio —dijo la grulla—. Desde entonces Monguir es una ciudad desierta. Muy pocos viven allí.

—Después remonté la corriente muy despacio, tranquilamente, y un poco más arriba de Monguir vi bajar un barco lleno de caras blancas. ¡Vivas! Recuerdo que eran mujeres y que descansaban debajo de una tela extendida sobre unos palos y que gritaban mucho. Ni una sola vez en aquellos días dispararon contra los vigilantes de los vados. Los cañones estaban ocupados en otra parte. Los oíamos de día y de noche, tierra adentro, según cambiaba el viento de dirección. Levanté todo el cuerpo en el agua, delante del barco, porque nunca había visto a los de caras blancas vivos, aunque al contrario los conocía bien. Un niño blanco, desnudo, estaba arrodillado a un lado del barco, con el cuerpo inclinado hacia delante para meter las manos en el agua. Es bonito ver cuánto les gusta el agua a los niños. Yo ya había comido ese día, pero aún me quedaba un huequecito. De todos modos, si me lancé a las manos del niño fue por placer y no por hambre. Eran una señal tan clara que ni siquiera miré dónde cerraba las mandíbulas; pero eran tan pequeñas que, aunque las cerré (estoy seguro de que oí el chasquido), el niño las apartó rápidamente, ileso. Debieron de colarse entre los dientes, aquellas manitas blancas. Tendría que haberle mordido en los codos, pero, como digo, fue por placer y por ganas de ver cosas nuevas por lo que salí del agua. Todos los que iban en el barco empezaron a gritar, y volví a levantarme del agua para verlos. El barco pesaba demasiado para volcarlo. En él solo iban mujeres, pero ya se sabe que el que confía en una mujer termina pisando sobre helechos de agua, como dice el dicho, y ¡bien cierto que es, en las dos orillas del Ganges!

—Una vez, una mujer me dio la piel de un pez —dijo el chacal—. Yo esperaba llevarme a su hijito, pero más vale pájaro en mano, como dice el dicho. ¿Qué hizo esa mujer tuya?

—Disparó con un arma corta de una clase que yo no había visto antes ni he vuelto a ver después. Cinco tiros, uno tras otro. —El magar seguramente hablaba de un revólver antiguo—. Y me quedé con la boca abierta, jadeando, y con la cabeza envuelta en una nube de humo. Nunca había visto cosa igual. Cinco veces, tan deprisa como muevo yo la cola: ¡así!

El chacal, que poco a poco iba interesándose cada vez más por la historia, tuvo el

tiempo justo de dar un salto atrás cuando la enorme cola osciló como una guadaña.

—Hasta el quinto disparo —continuó el magar, como si no se le pasara por la cabeza que pudiera aburrir a sus oyentes—, hasta el quinto disparo aguanté fuera del agua, y volví a asomar a tiempo de oír cómo un barquero les decía a todas aquellas mujeres blancas que, segurísimo, yo estaba muerto. Una bala me atravesó la coraza en el pescuezo. No sé si todavía sigue ahí, porque no puedo girar la cabeza. Fíjate bien, hijo. Eso demuestra que mi historia es verdad.

—¿Yo? —dijo el chacal—. ¿Cómo uno que come zapatos viejos, uno que parte huesos, va a atreverse a dudar de la palabra de la Envidia del Río? ¡Que me arranquen la cola a mordiscos unos cachorros ciegos si la sombra de tal pensamiento ha pasado alguna vez por mi humilde cabeza! El Protector de los Pobres ha condescendido a contarme, a mí, su esclavo, que una vez resultó herido por una mujer. Con eso basta, y yo les contaré la historia a todos mis hijos, sin pedir ninguna prueba.

—El exceso de cortesía a veces no es mejor que el exceso de descortesía. Con miel también se puede ahogar a un invitado, como se suele decir. No tengo ningún interés en que tus hijos sepan que quien hirió al magar de Magar-Ghaut por única vez en su vida fue una mujer. Tendrán muchas otras cosas en las que pensar si consiguen su carne con artes tan miserables como su padre.

—¡Ya se me ha olvidado por completo! ¡Nunca lo he oído! ¡Nunca existió una mujer blanca! ¡Nunca existió un barco! No ocurrió absolutamente nada.

El chacal movió la cola para demostrar cómo lo borraba todo de su memoria y se sentó después con afectación.

—Al contrario, ocurrieron muchas cosas —contestó el magar, derrotado por segunda vez esa noche en el intento de superar a su amigo (aunque ninguno tenía mala intención. Comer y ser comido era una ley justa en todo el río, y el chacal estaba allí para llevarse su parte del botín cuando el magar hubiese terminado)—. Dejé aquel barco y seguí río arriba, y cuando llegué a los remansos que hay detrás de Arrah[5], ya no quedaban ingleses muertos. El río se quedó vacío temporalmente. Después bajaron uno o dos muertos, con casacas rojas. No eran ingleses sino todos de la misma especie: hindúes y purbeahs. Empezaron a llegar de cinco y seis en fondo, y al final, entre Arrah y más al norte de Agra, parecía como si pueblos enteros se hubieran metido en el agua. Bajaban por los arroyos, uno tras otro, como bajan los troncos con las lluvias. Cuando el río crecía, también ellos subían, en grupos, desde los bajíos, donde antes descansaban; y la inundación los arrastraba por los campos y por la selva, cogidos del pelo largo. Esa noche, yendo hacia el norte, no dejé de oír los cañones, y de día el ruido de pies calzados que hacían los hombres al cruzar los vados, y el de las ruedas de un carro muy grande al entrar en la arena por debajo del agua; y con cada ola llegaban más muertos. Al final, hasta yo tenía miedo, y me dije: «Si esto les pasa a los hombres, ¿cómo va a librarse el magar de Magar-Ghaut?». Varios barcos venían detrás de mí, sin velas, ardiendo sin parar, como arden a veces los barcos cargados de algodón, pero sin hundirse.

—¡Ah! —dijo la grulla—. Esos barcos llegan a Calcuta del sur. Son altos y negros, sacuden el agua a su paso con una cola y…

—Son tres veces más grandes que mi aldea. Mis barcos eran bajos y blancos. Sacuden el agua a los dos lados, y no eran más grandes de lo que deben ser los barcos de quien dice la verdad. Me asusté mucho, salí del agua y volví a este río, escondiéndome de día y caminando de noche, sin encontrar nada más que pequeños arroyos que pudieran ayudarme. Así regresé a mi aldea, aunque no esperaba encontrar a mi gente. Pero ahí estaban, arando, sembrando y cosechando, yendo de acá para allá en sus campos, tan tranquilos como el ganado.

—Y ¿seguía habiendo buena comida en el río? —preguntó el chacal.

—Más de la que quería. Hasta yo (que no como fango), hasta yo estaba cansado y, como digo, un poco asustado de aquel continuo pasar de los silenciosos. Oí decir a mi gente, en la aldea, que todos los ingleses habían muerto, pero los que flotaban boca abajo en la corriente no eran ingleses, según vio mi gente. Al final decidieron que lo mejor era no decir nada, pagar los impuestos y arar la tierra. Pasó mucho tiempo hasta que el río se fue vaciando, y los cuerpos que bajaban eran claramente de ahogados por la crecida. Me alegré mucho, aunque no era tan fácil encontrar comida. No es mala cosa una pequeña matanza aquí y allá, pero hasta el magar a veces se da por satisfecho, como se suele decir.

—¡Maravilloso! ¡Sinceramente maravilloso! —dijo el chacal—. He engordado solo de oír hablar de tan buena comida. Y, después de eso, si se me permite preguntarlo, ¿qué hizo el Protector de los Pobres?

—Me dije (¡y por las dos orillas del Ganges que tengo ese juramento metido en las mandíbulas!), me dije que nunca más volvería a vagar por ahí. Desde entonces he vivido en el Ghaut, muy cerca de mi gente, velando por ellos año tras año. Me quieren tanto que me lanzan coronas de caléndulas a la cabeza cada vez que me ven asomar. Mi destino ha sido benévolo conmigo, y todos en el río tienen la bondad de respetar mi pobre y enferma presencia. Únicamente…

—No hay nadie completamente feliz, del pico a la cola —dijo la grulla, comprensiva—. ¿Qué más necesita el magar de Magar-Ghaut?

—A ese niño blanco que no pude cazar —dijo el magar con un hondo suspiro—. Era un niño muy pequeño, pero no lo he olvidado. Ya soy viejo, pero antes de morir es mi deseo probar algo nuevo. Es verdad que son gente patosa, ruidosa y tonta, y que será una cacería muy modesta, pero recuerdo esos días que pasé más arriba de Benarés, y ese niño, si aún vive, seguro que también se acuerda. Puede que vaya por la orilla de algún río presumiendo de que un día sacó las manos de la boca del magar de Magar-Ghaut y vivió para contarlo. El destino ha sido muy benévolo, pero ese incidente a veces me persigue en sueños: la imagen del niño blanco en la proa de aquel barco. —Bostezó y cerró las mandíbulas—. Y ahora voy a descansar y a pensar un poco. No hagáis ruido, hijos, y respetad a los ancianos.

Dio media vuelta con dificultad y se arrastró hasta lo alto del banco de arena,

mientras el chacal se retiraba con la grulla al abrigo de un árbol varado en la punta más próxima al puente del ferrocarril.

—Eso ha sido una vida agradable y provechosa —observó el chacal con una sonrisa, mirando inquisitivamente a la grulla, alta como una torre—. Ni una vez, fíjate bien, se le ha ocurrido decirme dónde podía encontrar un bocado abandonado en la orilla. Y eso que yo le he dicho a él cientos de veces dónde había cosas buenas flotando en la corriente. ¡Qué razón tiene el refrán: «Todo el mundo se olvida del chacal y del barbero cuando ya se conoce la noticia»! ¡Y ahora se va a dormir! ¡Ay!

—¿Cómo va a cazar un chacal con un magar? —dijo la grulla con frialdad—. Ladrón grande y ladrón pequeño. No es difícil saber quién se quedará el botín.

El chacal dio media vuelta, gimiendo de impaciencia, y estaba a punto de hacerse un ovillo debajo del tronco del árbol cuando de repente se asustó y miró hacia arriba, entre las ramas enredadas, el puente tendido casi por encima de su cabeza.

—¿Y ahora qué? —preguntó la grulla, abriendo un ala con inquietud.

—Esperaremos a ver qué pasa. El viento sopla a favor de esos dos hombres, pero no nos están buscando.

—¿Son hombres? Mi cargo me protege. Toda la India sabe que soy sagrada. —A la grulla ayudante, carroñera de primera clase, se le permite ir donde le plazca: por eso esta nunca se inmutaba por nada.

—No merezco que me zurren con nada mejor que un zapato viejo —dijo el chacal, y otra vez aguzó el oído—. ¡Caramba con esas pisadas! Eso no era cuero del país, era la bota de un cara blanca. ¡Escucha! ¡Hierro contra hierro, ahí arriba! ¡Es un cañón! Amigo, esos insensatos ingleses, con sus botazas, vienen a hablar con el magar.

—Pues ve a avisarlo. Hace un momento, alguien muy parecido a un chacal muerto de hambre lo llamaba Protector de los Pobres.

—Deja que mi primo proteja su propio pellejo. Me ha dicho montones de veces que no hay nada que temer de los de cara blanca. Seguro que son ellos. Ningún vecino de Magar-Ghaut se atrevería a ir tras él. ¿Ves? ¡Ya te dije que era un cañón! Ahora, con un poco de suerte, habremos comido antes de que amanezca. Ese no oye demasiado bien fuera del agua, y ¡esta vez no es una mujer!

Un cañón reluciente destelló unos momentos a la luz de la luna en los pilares del puente. El magar estaba descansando en el banco de arena, tan quieto como su sombra, con los pies ligeramente extendidos hacia fuera y la cabeza entre medias, roncando como un magar.

Una voz susurró en el puente.

—Es un ángulo de tiro extraño, casi de arriba abajo, pero es infalible. Es mejor apuntar debajo del cuello. ¡Caramba! ¡Qué bicho! Los aldeanos se enfadarán si lo matamos. Es el *deota*, el diosecillo de los alrededores.

—Me importa un rábano —contestó otra voz—. Se llevó a unos quince de mis mejores culíes mientras construíamos el puente, y ya va siendo hora de acabar con él.

Llevó semanas buscándolo, metido en un barco. Tú dispara con el Martini en cuanto yo le haya vaciado los dos cañones encima.

—Cuidado con el culatazo. Una escopeta de doble cañón cargada con un calibre cuatro no es ninguna broma.

—Eso ya lo decidirá él. ¡Allá va!

Se oyó un rugido, como el de un cañón pequeño (la escopeta más grande que se emplea para matar elefantes no es muy distinta de algunas piezas de artillería), y se vieron dos fogonazos, seguidos del chasquido agudo de un rifle Martini, que por tener las balas largas de poco sirve contra la coraza de un cocodrilo. Pero los cartuchos ya habían cumplido su cometido. Uno de ellos impactó justo debajo del cuello del magar, a un palmo de la columna vertebral, y el otro un poco más abajo, al principio de la cola. En noventa y nueve de cada cien casos un cocodrilo herido de muerte consigue arrastrarse hasta las aguas profundas y escapar, pero el magar de Magar-Ghaut se había roto literalmente en tres pedazos. Apenas movió la cabeza antes de que la vida lo abandonara, y se quedó tan quieto como el chacal.

—¡Truenos y rayos! ¡Rayos y truenos! —dijo el miserable animal—. ¿Por fin se ha caído esa cosa que arrastra los carros con techo por encima del puente?

—No es más que una escopeta —dijo la grulla, aunque le temblaron hasta las plumas de la cola—. Nada más que una escopeta. Seguro que está muerto. Aquí vienen los de la cara blanca.

Los dos ingleses habían bajado corriendo desde el puente y ya estaban en el banco de arena, admirando la longitud del magar. Un aldeano cortó con un hacha la enorme cabeza del cocodrilo y cuatro hombres lo arrastraron por la arena.

—La última vez que metí la mano en la boca de un magar —dijo uno de los ingleses, inclinándose (era el hombre que había construido el puente)— debía de tener alrededor de cinco años. Fue bajando el río en un barco, camino de Monguir. Fui un niño del Motín, como lo llamaron entonces. Mi pobre madre también iba en el barco, y me ha contado muchas veces cómo disparó a aquella bestia en la cabeza con la pistola de mi padre.

—Pues te has vengado en el jefe del clan, aunque te esté sangrando la nariz del culatazo. ¡Eh, barqueros! Subid esa cabeza por la orilla, que vamos a hervirla para quedarnos con el cráneo. La piel está demasiado estropeada. No vale la pena conservarla. Vamos a la cama. ¿Verdad que ha valido la pena pasar la noche en vela?

Curiosamente, el chacal y la grulla hicieron el mismo comentario tres minutos después de que los hombres se hubieran retirado.

CANCIÓN DE UNA OLA

Una ola mansa se acercó a la orilla
en el ardiente atardecer dorado
y, besando la mano de la joven,
regresó nuevamente junto al vado.

Pie delicado y pecho bondadoso,
cruza sin miedo y ven a descansar.
«Muchacha, espera —le advirtió la ola—.
¡Porque soy la muerte y puedo matar!».

«Si mi amor me llama yo acudo sin falta.
Sería una vergüenza hacerle un desprecio».
Fue un pez descarado quien estas palabras
pronunció en el agua la mar de contento.

Pie delicado y tierno corazón,
espera ver la barcaza llegar.
«Espera, espera —repitió la ola—.
¡Porque soy la muerte y puedo matar!».

Si mi amor me llama yo voy presurosa:
¡dama desdeñosa no se ha de casar!
(Olas y más olas ciñen su cintura,
con una guirnalda de aguas espumosas).

Corazón insensato y mano leal,
pies menudos que la tierra no tocan.
Ya se va la ola lejos de la orilla,
despacio, despacio, ¡se vuelve más roja!

El *ankus* del rey

> Cuatro son los que nunca se dan por satisfechos,
> los que desde el albor del mundo jamás se han saciado:
> las fauces del chacal, el buche del milano,
> la mirada del hombre y del mono las manos.

Ocurrió que Ka, la enorme pitón de roca, había mudado de piel puede que por duocentésima vez desde su nacimiento, y Mougli, que nunca se olvidaba de que le debía la vida, por la ayuda que la serpiente le prestó una noche en las Guaridas Frías, como quizá recordéis, fue a darle la enhorabuena. En el momento de la muda, la serpiente siempre está deprimida y de mal humor, hasta que la nueva piel empieza a brillar y se pone bonita. Ka ya no perseguía a Mougli sino que lo aceptaba, igual que todos los demás, como señor de la selva, y le daba todas las noticias que, como es natural, llegaban a oídos de una pitón de su tamaño. Las cosas que Ka no sabía de la «selva media», como ellos la llamaban —la vida que discurre muy cerca del suelo o bajo tierra, entre peñascos, en madrigueras y en los troncos de los árboles—, podrían escribirse en la más pequeña de sus escamas.

Aquella tarde Mougli estaba sentado en el centro de la espiral que formaba el cuerpo enroscado de Ka, acariciando la piel vieja, escamosa y rota que seguía entrelazada y enredada en las rocas, tal como Ka la había dejado. La serpiente se había amontonado con mucha cortesía debajo de los amplios hombros de Mougli, que así descansaba en un sillón viviente.

—Es perfecta incluso en las escamas de los ojos —dijo Mougli en voz baja, jugando con la piel vieja—. Debe de ser raro ver a los pies de uno la piel que a uno le cubre la cabeza.

—Sí, pero yo no tengo pies —contestó Ka—, y, como es la costumbre de los míos, a mí no se me hace raro. ¿A ti nunca se te pone la piel vieja y dura?

—Cuando me pasa eso voy a lavarme, cabeza plana. Pero es verdad que cuando aprieta el calor a veces me entran ganas de quitarme la piel, sin que duela, y correr por ahí sin ella.

—Yo también me lavo, además de mudar de piel. ¿Qué te parece la nueva?

Mougli deslizó una mano por la retícula diagonal dibujada en el inmenso lomo.

—La tortuga tiene el lomo más duro, pero no es tan vistosa —observó—. La rana es más vistosa, pero no es tan dura. Es muy bonita, como las motas de los lirios.

—Necesita agua. Una piel nueva no llega a cobrar todo su color hasta después del primer baño. Vamos a bañarnos.

—Te llevaré —dijo Mougli.

Y se agachó, riéndose, para levantar la parte central del cuerpo de Ka, justo donde

era más grueso, como un hombre que levantara una tubería de medio metro de diámetro. Ka se quedó quieta y resopló, tranquila y divertida. Entonces empezó su juego habitual de última hora de la tarde: el chico, con la euforia de su fuerza formidable, y la serpiente, con su suntuosa piel, se pusieron frente a frente para librar un combate que era una prueba de fortaleza y rapidez de visión. Claro que Ka habría podido aplastar a una docena de Mouglis si se hubiera dejado llevar, pero jugaba con cuidado y nunca empleaba más de una centésima parte de su fuerza. Desde que Mougli tuvo aguante suficiente para vapulearlo un poco, Ka le había enseñado este juego que daba a las extremidades del chico una flexibilidad única. A veces, Mougli quedaba atrapado casi hasta el cuello en los anillos de Ka y luchaba para liberar un brazo y agarrar a la serpiente del pescuezo. Ka lo soltaba entonces, y Mougli, moviendo los pies a toda velocidad, intentaba agarrar una parte de la enorme cola cuando salía despedida hacia atrás buscando a tientas una roca o un tocón. Se movían de un lado a otro, acercaban la cabeza, cada cual a la espera de su oportunidad, hasta que el hermoso grupo escultórico se fundía en un remolino de anillos negros y amarillos, de brazos y piernas en pugna, que se levantaban una y otra vez.

—¡Ahora! ¡Ahora! ¡Ahora! —decía Ka, haciendo fintas con la cabeza tan deprisa que ni aun la veloz mano de Mougli podía apartarla—. ¡Mira! Te toco aquí, hermanito. ¡Y aquí, y aquí! ¿Es que tienes las manos dormidas? ¡Otra vez aquí!

El juego terminaba siempre igual: con un golpe directo de la cabeza de Ka que derribaba al chico. Mougli no lograba aprender a defenderse de aquella embestida, que era como un rayo, y Ka decía que era inútil intentarlo siquiera.

—¡Buena caza! —gruñó Ka por fin.

Y Mougli, como de costumbre, salió disparado a seis metros, entre risas y jadeos. Se levantó con hierba entre los dedos y siguió a Ka hasta el lugar de baño favorito de la sabia serpiente: una poza profunda y negra como un foso, rodeada de rocas y con interesantes tocones de árboles hundidos. El chico entró en el agua a la manera del pueblo de la selva, sin ningún ruido, y se tumbó de espaldas, las manos por detrás de la cabeza, a contemplar la luna que ya asomaba por encima de las rocas, y a romper con los dedos de los pies el reflejo que formaba en el agua. La cabeza de Ka, en forma de rombo, rasgó la poza como un cuchillo y descansó en el hombro de Mougli. Se quedaron muy quietos, disfrutando del agua fresca.

—Qué bien se está aquí —dijo Mougli, adormilado, al cabo de un rato—. La manada de los hombres, a esta hora, se acuesta en unas cosas de madera dura, dentro de una trampa de barro; lo cierra todo con mucho cuidado, para que no entren los vientos limpios, se cubre la cabeza con un trapo sucio y canta unas canciones feísimas con la nariz. En la selva se está mejor.

Una cobra que iba con prisa se deslizó por encima de una roca, bebió, les deseó «¡Buena caza!», y se marchó por donde había venido.

—¡Sssh! —dijo Ka, como si de repente se hubiera acordado de algo—. Entonces, ¿la selva te da todo lo que siempre has querido, hermanito?

—No todo —contestó Mougli, riendo—. Me gustaría que hubiera un Shir Jan nuevo y fuerte al que matar cada luna. Ahora ya puedo matar con mis propias manos, sin ayuda de los búfalos. Y también me gustaría que brillara el sol en mitad de las lluvias, y que las lluvias cubrieran el sol en mitad del verano; y también, aunque nunca me he quedado con las manos vacías, me gustaría haber matado una cabra; nunca he matado una cabra, pero casi mejor prefiero un ciervo; no, mejor que un ciervo prefiero un nilgó. Pero bueno, esto nos pasa a todos.

—Y ¿no tienes otros deseos? —preguntó la serpiente.

—¿Qué más puedo desear? Tengo la selva y el favor de la selva. ¿Qué más se puede pedir?

—Bueno, la cobra dijo que… —empezó Ka.

—¿Qué cobra? Esa que acaba de irse no ha dicho nada. Estaba cazando.

—Fue otra.

—¿Te relacionas mucho con el pueblo venenoso? Yo les dejo que sigan su camino. Llevan la muerte en los dientes y eso no es bueno. Por eso son tan pequeñas. Pero ¿de qué cobra me hablas?

Ka se deslizó despacio por el agua, como un vapor en la estela de la luna.

—Hace tres o cuatro meses —dijo— fui de caza a las Guaridas Frías, ese sitio que quizá no hayas olvidado. Mi presa huyó, gritando, por detrás de los estanques, hasta esa casa que yo rompí aquel día para salvarte, y se coló por un agujero del suelo.

—Pero la gente de las Guaridas Frías no vive en madrigueras —contestó Mougli, que sabía que Ka se refería al pueblo de los monos.

—Esa cosa no estaba viva sino que intentaba vivir —dijo Ka, con un temblor en la lengua—. Se escondió en una madriguera muy profunda. La seguí, la maté y me eché a dormir. Cuando me desperté, seguí adelante.

—¿Por debajo de la tierra?

—Exactamente. Al final me encontré con una cobra de capucha blanca, que me habló de cosas que yo desconocía y me enseñó muchas cosas que nunca había visto.

—¿Una nueva presa? ¿Fue una buena caza? —quiso saber Mougli, dándose la vuelta rápidamente sobre un costado.

—Nada de eso, me habría roto todos los dientes. Capucha Blanca me dijo que un hombre… Y por su forma de hablar conocía bien a la especie… Que un hombre daría el cálido aliento que guarda debajo de las costillas solo por ver una de aquellas cosas.

—Iremos a verlas —dijo Mougli—. Ahora que me acuerdo, yo he sido un hombre.

—Despacio… Despacio. Fueron las prisas lo que mató a la Serpiente Amarilla que se comió el sol. Estuvimos hablando bajo tierra, y yo le hablé de ti y le dije que eras un hombre. Y Capucha Blanca, que es tan vieja como la selva, contestó: «Hace mucho tiempo que no veo a un hombre. Dile que venga a ver estas cosas, pues muchos hombres morirían incluso por la más pequeña de todas ellas».

—Eso tiene que ser nueva caza. Pero el pueblo venenoso nunca nos indica dónde hay presas. Son poco amables.

—No es caza. Es… Es… No sé decir qué es.

—Iremos allí. Nunca he visto una Capucha Blanca y también me gustaría ver esas otras cosas. ¿Las mató ella?

—Están todas muertas. Dice que ella es quien las guarda.

—¡Ah! Como hace un lobo cuando se queda vigilando la carne que ha llevado a su cubil. Vamos.

Mougli nadó hasta la orilla, se revolcó en el hierba para secarse y se encaminó con Ka a las Guaridas Frías, la ciudad desierta de la que quizá hayáis oído hablar. Por aquel entonces, Mougli no tenía ningún miedo del pueblo de los monos, mientras que ellos tenían pánico de Mougli. De todos modos, se habían ido a la selva, de batida, y la ciudad estaba vacía y silenciosa a la luz de la luna. Ka subió hasta las ruinas del pabellón de la reina, que miraba a la terraza, se deslizó entre la basura y bajó por la escalera medio derruida que se adentraba por debajo de la tierra en el centro del pabellón. Mougli llamó a la serpiente: «Somos de la misma sangre, tú y yo», y continuó a gatas. Recorrieron un buen trecho por un pasadizo en pendiente que giraba varias veces, hasta un punto donde las raíces de un árbol grande, a diez metros de la superficie, había arrancado una piedra del muro. Se colaron por el hueco y entraron en una cámara amplia, con el techo abovedado y agrietado por las raíces, de manera que la luz entraba en algunas partes.

—Es una madriguera muy segura —dijo Mougli, poniéndose de pie—, pero está un poco lejos para venir a diario. Bueno, yo aquí no veo nada.

—¿Me llamas nada? —dijo una voz en el centro de la cámara. Y Mougli vio moverse algo blanco, hasta que, poco a poco, se encontró delante con la cobra más enorme que había visto en su vida: un bicho de dos metros y medio de largo, con la piel de un color blanco marfileño, por vivir siempre en la oscuridad. Hasta las marcas de la capucha, como un par de lentes, eran de un color amarillo claro. Tenía los ojos rojos, como rubíes, y en conjunto era impresionante.

—¡Buena caza! —dijo Mougli, que llevaba su buena educación lo mismo que su cuchillo, y de este nunca se separaba.

—¿Qué ha sido de la ciudad? —preguntó la cobra blanca, sin responder al saludo —. ¿Qué ha sido de la gran ciudad amurallada, de la ciudad de los cien elefantes y los veinte mil caballos y del ganado en número imposible de contar, de la ciudad del rey de los veinte reyes? Aquí me voy quedando sorda y ha pasado mucho tiempo desde que oí sonar los gongs de guerra.

—Por encima de nosotros está la selva —dijo Mougli—. Yo no conozco más elefantes que Hati y sus hijos. Baguira ha matado a todos los caballos de un pueblo, y ¿qué es un rey?

—Ya te lo dije —le susurró Ka a la cobra—. Te dije hace cuatro meses que tu ciudad no existía.

—La ciudad, la gran ciudad de la selva, con sus puertas custodiadas por las torres del rey, no puede desaparecer. La construyeron antes de que el padre de mi padre saliera del huevo, y aún perdurará cuando los hijos de mis hijos sean tan blancos como yo. Salomdi, hijo de Chandrabiya, hijo de Vaiya, hijo de Yesaguri, la edificó en los tiempos de Bapa Rawal. ¿Tú de qué ganado eres?

—He perdido el rastro —le dijo Mougli a Ka—. No sé de qué habla.

—Yo tampoco. Es una cobra muy vieja. Aquí no hay nada más que la selva, padre de cobras, y así ha sido desde los comienzos.

—Entonces —preguntó la cobra blanca— ¿quién es ese que está sentado delante de mí, sin miedo, que no sabe lo que es un rey y habla nuestro idioma con labios de hombre? ¿Quién es el que lleva un cuchillo y conoce la lengua de las serpientes?

—Me llaman Mougli —fue la respuesta—. Soy de la selva. Los lobos son mi pueblo, y Ka es mi hermana. Padre de cobras, ¿quién eres tú?

—Yo soy el guardián del tesoro del rey. El rajá Kurrun construyó la piedra que cubre esta cámara en los días en que mi piel todavía era oscura, para que enseñara lo que es la muerte a quienes vinieran a robar. Después metieron el tesoro por el hueco de la piedra y oí los cánticos de mis maestros, los brahmanes.

—Hmmm —dijo Mougli para sus adentros—. Ya me las he visto con un brahmán, cuando estuve con la manada de los hombres, y sé cómo son. No tardará en ocurrir algo malo.

—Cinco veces, desde que yo la custodio, se ha levantado la piedra, pero siempre para guardar más cosas, nunca para llevarse nada. No hay riquezas como estas: los tesoros de un centenar de reyes. Pero ha pasado mucho tiempo desde que la piedra se movió por última vez, y creo que mi ciudad se ha olvidado.

—No hay ninguna ciudad. Ahí arriba las raíces de los árboles están rajando las piedras. Árboles y hombres no crecen juntos —insistió Ka.

—Dos y tres veces se han abierto camino los hombres hasta aquí —dijo la cobra blanca con fiereza—. Nunca decían nada hasta que yo salía a su encuentro a tientas, en la oscuridad, y entonces gritaban un poco. Pero vosotros habéis venido aquí con mentiras, hombre y serpiente, y queréis hacerme creer que mi ciudad no existe y que mi guardia ha concluido. Los hombres cambian poco con los años. Pero ¡yo no cambio jamás! Hasta que la piedra se retire y los brahmanes bajen entonando los cantos que conozco y me alimenten con leche templada y me lleven de nuevo a la luz, yo… Yo… Yo y nadie más soy el guardián del tesoro del rey. ¿Decís que la ciudad está muerta y que las raíces de los árboles han llegado hasta aquí? Entonces, agachaos y llevaos lo que queráis. No hay en la tierra tesoros como estos. Hombre con lengua de serpiente, si consigues salir con vida por donde has entrado, ¡los reyes menores serán tus siervos!

—Otra vez he perdido el rastro —dijo Mougli sin alterarse—. ¿Habrá podido entrar aquí un chacal y habrá mordido a esta Capucha Blanca? Yo creo que está loca. Padre de cobras, no veo aquí nada que llevarme.

—¡Por los dioses del sol y de la luna! ¡Este chico tiene la locura de la muerte! —silbó la cobra—. Antes de que cierres los ojos, te concederé este favor. ¡Mira bien y verás lo que ningún hombre ha visto jamás!

—No sale bien parado en la selva el que le habla a Mougli de favores —dijo el chico entre dientes—, pero es verdad que la oscuridad lo cambia todo. Miraré si eso te complace.

Entrecerró los ojos y recorrió la cámara con la mirada, y entonces cogió del suelo un puñado de algo brillante.

—¡Ajá! Esto se parece a esa cosa con la que juegan en la manada de los hombres, solo que esta es amarilla y la otra era marrón.

Soltó los trozos de oro y avanzó unos pasos. El suelo de la cámara estaba sepultado bajo un manto de monedas de oro y plata de casi dos metros de profundidad, desde que reventaron los sacos en los que originalmente las habían guardado, y, con el paso de los años, el metal se había amontonado y sedimentado como la arena cuando baja la marea. Por encima, por debajo y asomando en todas partes, como los restos de un barco naufragado, había monturas de elefante, de plata labrada, con incrustaciones de oro, adornadas con carbunclos y turquesas. Había palanquines y literas para transportar a las reinas, con las molduras y los remaches de plata y esmalte, los palos con los mangos de jade y las anillas de las cortinas de ámbar; había candelabros de oro colgados de guirnaldas de esmeraldas que temblaban en las ramas; había imágenes de dioses olvidados, de hasta dos metros de alto, con el cuerpo de plata y los ojos de piedras preciosas; había cotas de malla de acero con incrustaciones de oro, ribeteadas con perlas ennegrecidas; había yelmos con penachos engalanados con rubíes rojos como la sangre de un pichón; había escudos lacados, de carey y de piel de rinoceronte, con correas de cuero ribeteadas de oro rojo y esmeraldas; había espadas, dagas y cuchillos de caza con empuñadura de diamantes; había cuencos y cucharones de oro para ofrecer sacrificios, y altares portátiles de una forma que jamás ha visto la luz del día; había copas y brazaletes de jade; había pebeteros, peines y frascos para perfume, henna o polvo de ojos, todos de oro labrado; había aros para la nariz, pulseras, diademas, anillos y cinturones en número incontable; había fajines de siete dedos de ancho, de diamantes y rubíes, y cofres con triples refuerzos de hierro, con la madera mitad convertida en polvo, llenos de zafiros en forma de estrella, ópalos, ojos de gato, rubíes, diamantes, esmeraldas y granates sin tallar.

La cobra blanca estaba en lo cierto. No había dinero para pagar siquiera una parte del valor de aquel tesoro compuesto por las ganancias acumuladas a lo largo de siglos de guerra, saqueos, comercio e impuestos. Solo las monedas, dejado a un lado las piedras preciosas, alcanzaban un valor incalculable, pues bien podía haber en la cámara dos o tres toneladas de oro y plata. Todos los gobernantes indígenas de la India actual, por pobres que sean, tienen un tesoro escondido que va creciendo poco a poco, y aunque muy de tarde en tarde algún príncipe ilustrado puede enviar cuarenta

o cincuenta carros de bueyes cargados de plata e intercambiarlos por sistemas de seguridad para su gobierno, la mayoría de los soberanos guardan celosamente tanto sus tesoros como la propia existencia de estos.

Mougli, como es natural, no entendía qué eran aquellas cosas. Los cuchillos le despertaron cierto interés, pero le parecieron más incómodos de sujetar que el suyo, y los dejó en el suelo. Al final encontró algo que le fascinó de verdad, delante de una montura de elefante medio sepultada debajo de las monedas. Era un *ankus* de más de medio metro, una especie de lanza o aguijada con que se guía al elefante. El cabezal era un rubí redondo y resplandeciente, y veinte centímetros de la empuñadura estaban engastados con turquesas muy juntas, de manera que se sujetaba muy bien. A continuación tenía un reborde de jade, decorado con flores: las hojas eran esmeraldas, y las flores eran rubíes hundidos en la piedra verde y fresca. El resto de la empuñadura era una vara de marfil puro, mientras que la lanza era de acero, con incrustaciones de oro, y estaba decorada con escenas de capturas de elefantes. Fueron estas escenas las que llamaron la atención de Mougli, pues sabía que algo tenían que ver con su amigo Hati.

La cobra banca lo había seguido de cerca.

—¿Verdad que merece la pena morir para verlo? —dijo—. ¿No te he hecho un gran favor?

—No comprendo —contestó Mougli—. Son cosas duras y frías, es imposible comérselas. Pero esto —levantó el *ankus*— me gustaría llevármelo para verlo a la luz del sol. Aunque dices que todo esto es tuyo. ¿Me lo darías si te traigo unas ranas?

La cobra blanca se estremeció de maligno placer.

—Por supuesto que te lo doy. Te doy todo lo que hay aquí… Hasta que te vayas.

—Pues ya me marcho. Esto está oscuro y hace frío, y me gustaría llevarme a la selva eso que pincha como una espina.

—¡Mira a tus pies! ¿Qué es eso?

Mougli cogió algo blanco y suave.

—Es el cráneo de un hombre —dijo en voz baja—. Y hay otros dos más.

—Vinieron a llevarse el tesoro, hace muchos años. Les hablé en la oscuridad y no volvieron a moverse.

—Pero ¿para qué quiero yo eso que llamas el tesoro? Si quieres darme el *ankus*, será buena caza. Si no quieres, también lo será. Yo no me peleo con el pueblo venenoso, y también he aprendido la contraseña de tu tribu.

—Aquí solo sirve una contraseña. ¡La mía!

Ka se adelantó, con los ojos relucientes.

—¿Quién me pidió que trajese al hombre? —preguntó con un silbido.

—Yo, por supuesto —susurró la vieja cobra—. Hacía mucho tiempo que no veía a un hombre, y este habla nuestro idioma.

—Pero nadie habló de matar a nadie. ¿Cómo voy a volver a la selva y decir que lo he conducido hasta la muerte? —dijo Ka.

—Yo no hablo de matar hasta que llega el momento. Y que te vayas o no te vayas depende de ese agujero en la pared. Y ahora, tranquila, asesina de monos. Me basta con tocarte el cuello para que la selva no vuelva a verte. Ningún hombre ha salido de aquí con aliento debajo de las costillas. ¡Soy el guardián del tesoro de la ciudad del rey!

—Escucha, ¡gusano blanco de la oscuridad! ¡Aquí no hay rey ni ciudad que valga! ¡No hay nada más que selva! —gritó Ka.

—Pero el tesoro sigue estando aquí. De todos modos, podemos solucionarlo. Espera un poco, Ka de las rocas, y veamos cómo corre el chico. Hay espacio de sobra para divertirse un poco. La vida es bella. Hale, ¡a correr un poco, chico! Así harás ejercicio.

Mougli puso la mano, despacio, en la cabeza de Ka.

—La cobra blanca solo ha tratado con hombres de la manada de los hombres hasta hoy. No me conoce —dijo en voz baja—. Ha pedido esta cacería y vamos a dársela.

Mougli estaba de pie, con el *ankus* en la mano. Lo blandió rápidamente en zig-zag y se lo clavó a la serpiente justo detrás de la capucha, hasta hundir la punta de la lanza en el suelo. Como un relámpago, Ka se lanzó contra la cobra, que no paraba de retorcer el cuerpo, y la inmovilizó de la cabeza a la cola. Sus ojos rojos ardían mientras golpeaba, enfurecida, con sus veinte centímetros de cabeza a diestra y siniestra.

—¡Mátala! —dijo Ka, cuando Mougli echó mano de su cuchillo.

—No —dijo el chico, desenfundando la hoja—, no volveré a matar si no es para alimentarme. Pero ¡mira, Ka! —Cogió a la cobra por detrás de la capucha y le abrió la boca a la fuerza, con la hoja del cuchillo, para dejar a la vista los colmillos venenosos en la mandíbula superior, que colgaban de las encías, negros y podridos. La cobra blanca había vivido más que su veneno, como les ocurre a las cobras—. *Duu* —dijo Mougli. Lo que quería decir: «Está seca como un palo podrido». Y, apartando a Ka, levantó el *ankus* y dejó libre a la cobra blanca, añadiendo con gravedad—: El tesoro del rey necesita un nuevo guardián. No lo has hecho bien, palo podrido. Corre tú ahora y haz un poco de ejercicio. ¡Vamos, palo podrido!

—Me avergüenzo. ¡Matadme! —susurró la cobra blanca.

—Ya está bien de hablar de muerte. Nos vamos de aquí. Y me llevo esa cosa con la punta como una espina, porque he peleado y te he vencido.

—Entonces, ten cuidado de que esa cosa no termine matándote, porque es la Muerte. Recuerda lo que te digo: ¡es la Muerte! Ella sola basta para matar a los hombres de toda mi ciudad. No la llevarás mucho tiempo, hombre de la selva, ni tampoco el que a ti te la quite. ¡Todos matarán, matarán y matarán por ella! Mi fuerza se ha agotado, pero el *ankus* hará mi trabajo. ¡Es la Muerte! ¡Es la Muerte! ¡Es la Muerte!

Mougli se arrastró una vez más por el agujero y volvió al pasadizo, y lo último

que vio fue a la cobra blanca encolerizada, arremetiendo con sus inofensivos colmillos contra las caras doradas de los dioses que cubrían el suelo, y susurrando: «¡Es la Muerte!».

Se alegraron de ver de nuevo la luz del día y, ya en su selva, cuando Mougli vio relucir el *ankus* con el sol de la mañana, se puso casi tan contento como si hubiera encontrado un ramo de flores nuevas con las que adornarse el pelo.

—Esto brilla más que los ojos de Baguira —dijo, entusiasmado, dando vueltas al rubí—. Tengo que enseñárselo. Pero ¿a qué se refería ese palo podrido cuando habló de la Muerte?

—No lo sé —dijo Ka—. Siento hasta la punta de la cola que no haya probado tu cuchillo. El mal siempre acecha en las Guaridas Frías, por encima y por debajo de la tierra. Pero ahora tengo hambre. ¿Vienes a cazar conmigo esta madrugada?

—No. Quiero que Baguira vea esto. ¡Buena caza! —dijo Mougli.

Y se alejó brincando y blandiendo el gran *ankus*, parándose de vez en cuando para admirarlo, hasta que llegó a la zona de la selva por donde solía merodear Baguira y encontró a la pantera bebiendo después de una gran matanza. Mougli le contó todas sus aventuras, de principio a fin, y Baguira a cada rato olfateaba el *ankus*. Cuando Mougli llegó a las últimas palabras de la cobra blanca, Baguira lanzó un rugido de satisfacción.

—Y ¿sabes qué dijo entonces Capucha Blanca? —preguntó Mougli muy deprisa.

—Nací en las jaulas del rey, en Udaipur, y en algo conozco a los hombres. Y muchos, muchos hombres matarían tres veces una misma noche solo por esa piedra roja.

—Pero por culpa de esta piedra el *ankus* pesa mucho. Mi cuchillo también brilla y es mejor. Además, ¡mira! La piedra roja no se puede comer. Entonces ¿por qué matarían?

—Mougli, vete a dormir. Tú has vivido entre los hombres y…

—Me acuerdo bien. Los hombres matan por diversión y por placer. Despierta, Baguira. ¿Para qué se hizo esta cosa que pincha como una espina?

Baguira entreabrió los ojos —tenía mucho sueño—, y había en ellos un brillo malicioso.

—Lo hicieron los hombres para clavarlo en la cabeza de los hijos de Hati, para que de ella se derramara la sangre. He visto cosas iguales en las calles de Udaipur, delante de nuestras jaulas. Esta cosa ha probado la sangre de muchos como Hati.

—Y ¿por qué se lo clavan en la cabeza a los elefantes?

—Para enseñarles la Ley de los Hombres. Como ellos no tienen garras ni dientes hacen estas cosas, y otras peores.

—¡Cada vez veo más sangre por todas partes, incluso en las cosas que hace la manada de los hombres! —se lamentó Mougli. Estaba algo cansado del peso del *ankus*—. De haberlo sabido lo habría dejado allí. Primero la sangre de Mesua en las cuerdas y ahora la de Hati. No lo quiero. ¡Mira!

El *ankus* salió volando, lanzando destellos, y se clavó a cincuenta metros, entre los árboles.

—Así no me mancho las manos de sangre —dijo Mougli, frotándolas en la tierra húmeda y fresca—. Ese palo podrido dijo que la Muerte me seguiría. Pero es una cobra blanca, vieja y loca.

—A mí me da igual que sea blanca o negra, o que esté viva o muerta. Yo me voy a dormir, hermanito. No puedo pasarme la noche cazando y el día aullando, como hacen algunos.

Baguira se marchó a una guarida que conocía, a un par de kilómetros, y Mougli siguió adelante hasta que dio con el árbol ideal, anudó tres o cuatro lianas y en un abrir y cerrar de ojos estaba balanceándose en una hamaca a cinco metros del suelo. Aunque no se oponía tajantemente a la luz del día, Mougli seguía la costumbre de sus amigos y en general pasaba el día durmiendo. Cuando lo despertaron las voces de los que viven en los árboles ya estaba cayendo la tarde. Había soñado con aquellas piedras tan bonitas de las que se había deshecho.

—Iré a ver esa cosa por última vez —dijo, y bajó al suelo por una liana. Pero Baguira estaba delante, olfateando en la penumbra.

—¿Dónde está esa cosa con la punta como una espina? —gritó Mougli.

—Un hombre se la ha llevado. Aquí está su rastro.

—Ahora veremos si ese palo podrido dijo la verdad. Si esa cosa afilada es la Muerte, el hombre que se la ha llevado morirá. Sigámoslo.

—Caza primero —dijo Baguira—. El ojo se distrae si el estómago está vacío. Los hombres andan muy despacio y hay en la selva humedad suficiente para conservar hasta la huella más leve.

Cazaron lo más deprisa posible, pero habían pasado casi tres horas cuando por fin terminaron de comer y beber y empezaron a seguir el rastro. El pueblo de la selva sabe que no hay nada por lo que valga la pena apresurarse a la hora de comer.

—¿Te imaginas que esa cosa afilada se da la vuelta en la mano del hombre y lo mata? —preguntó Mougli—. Ese palo podrido dijo que era la Muerte.

—Ya lo veremos —contestó Baguira, que iba trotando con la cabeza baja—. Hay un solo pie —quería decir que era un solo hombre—, y las huellas de los talones están muy hundidas en la tierra, por el peso de esa cosa.

—¡Sí! Son claras como un relámpago de verano —dijo Mougli.

Y emprendieron un trote ligero y entrecortado, entre los parches de luz y sombra de la luna, tras las huellas de aquellos pies desnudos.

—Aquí va corriendo muy deprisa —dijo Mougli—. Los dedos están separados. —Estaban pasando por una zona de tierra húmeda—. Y ¿por qué tuerce aquí?

—¡Espera! —gritó Baguira, y se lanzó hacia adelante con un impulso descomunal. Lo primero que hay que hacer cuando un rastro pierde sentido es dar un salto, para no crear confusión al dejar las propias huellas. Baguira dio media vuelta nada más aterrizar y anunció—: Aquí hay otro rastro que viene al encuentro. Los pies

son más pequeños y los dedos están metidos hacia dentro.

Mougli se acercó a mirarlo.

—Es el pie de un cazador *gond* —dijo—. ¡Mira! Aquí ha arrastrado su arco por la hierba. Por eso el primer rastro ha torcido tan deprisa. Pies Grandes se ha escondido de Pies Pequeños.

—Es verdad —asintió Baguira—. Ahora, para no estropear las huellas mezclando unas con otras, será mejor que cada uno siga un rastro. Yo seré Pies Grandes, hermanito, y tú Pies Pequeños, el *gond*.

Baguira volvió de un salto al rastro original, dejando a Mougli inclinado sobre la curiosa huella del hombrecillo de los bosques, con los dedos de los pies encogidos.

—Ahora —dijo la pantera, siguiendo paso a paso la cadena de huellas—, yo, Pies Grandes, giro aquí. Ahora me escondo detrás de una roca y me quedo muy quieto, sin atreverme a mover los pies. Canta tu rastro, hermanito.

—Ahora, yo, Pies Pequeños, llego a la roca —dijo Mougli, corriendo tras las pisadas de su rastro—. Ahora me siento debajo de la roca, apoyado en la mano derecha y con el arco entre los dedos de los pies. Espero mucho rato, porque la marca de los pies aquí es muy honda.

—Yo también —dijo Baguira, escondida detrás de la roca—. Espero y apoyo en una roca esa cosa que tiene la punta como una espina. La cosa se resbala y araña la roca. Canta tu rastro, hermanito.

—Aquí se han roto dos ramitas y una rama grande —dijo Mougli en voz baja—. A ver cómo canto esto… ¡Ah, sí! Ya está claro. Yo, Pies Pequeños, me alejo haciendo ruido y dando pisotones, para que Pies Grandes me oiga. —Se apartó de la roca paso a paso, entre los árboles, y su voz fue subiendo a lo lejos mientras se acercaba a una cascada pequeña—. Sigo andando hasta donde el ruido de la cascada cubre el mío. Y aquí espero. ¡Canta tu rastro, Pies Grandes!

La pantera miró por todas partes para ver cómo se alejaba de la roca el rastro de Pies Grandes.

—Salgo de detrás de la roca de rodillas, arrastrando la cosa con la punta como una espina —dijo por fin—. No veo a nadie y corro. Yo, Pies Grandes, corro muy deprisa. El rastro es claro. Que cada cual siga el suyo. ¡Corro!

Baguira siguió sus marcas claras y Mougli fue tras los pasos del *gond*. Durante un rato no se oyó ningún ruido en la selva.

—¿Dónde estás, Pies Pequeños? —llamó Baguira. La voz de Mougli le contestó a menos de cincuenta metros a la derecha. Y la pantera carraspeó con fuerza—. ¡Vaya! ¡Van corriendo lado a lado, y se están acercando!

Recorrieron otro kilómetro, guardando siempre aproximadamente la misma distancia, hasta que Mougli, que no tenía la cabeza tan cerca del suelo como Baguira, anunció con un grito:

—Se han encontrado. Buena caza. ¡Mira! Aquí Pies Pequeños se ha parado, con la rodilla apoyada en una roca. Y ahí está Pies Grandes.

A escasos diez metros por delante, tendido sobre un montón de rocas rotas, yacía el cadáver de un aldeano, con una flecha *gond*, pequeña, fina y con plumas, clavada en el pecho y la espalda.

—No estaba tan loco ese palo podrido, hermanito —dijo Baguira con voz suave —. Aquí ya hay un muerto.

—Sigamos adelante. Pero ¿dónde está eso que bebe la sangre del elefante, la espina con un ojo rojo?

—La tiene Pies Pequeños, quizá. Ahora vuelve a verse un solo rastro.

El rastro único de un hombre ligero, que había pasado corriendo, deprisa, con un peso en el hombro izquierdo, había quedado impreso alrededor de un largo espolón de hierba seca, donde cada huella parecía, a ojos de los rastreadores, grabada a hierro y fuego.

Ninguno de los dos dijo nada hasta que el rastro los condujo a las cenizas de un fuego de campamento escondido en un barranco.

—¡Otra vez! —dijo Baguira, frenando en seco, como si se hubiera vuelto de piedra.

El cadáver de un *gond*, menudo y arrugado, yacía con los pies dentro de las cenizas. Baguira miró a Mougli con gesto interrogante.

—Lo han matado con un bambú —dijo el chico, después de echar un vistazo—. Yo llevaba algo parecido cuando vivía con la manada de los hombres y me mandaban con los búfalos a los pastos. El padre de las cobras (siento mucho haberme burlado de él) conocía bien a la especie. No sé cómo no me he dado cuenta antes. ¿No dije yo que los hombres matan por diversión?

—En realidad esta vez han matado por esas piedras rojas y azules —dijo Baguira —. Recuerda que he estado en las jaulas del rey, en Udaipur.

—Uno, dos, tres, cuatro rastros —contó Mougli, agachándose junto a las cenizas —. Cuatro rastros de hombres calzados. No corren tanto como los *gond*. ¿Qué les habrá hecho ese pobre hombrecillo del bosque? Mira, han estado aquí hablando, los cinco, antes de que lo mataran. Tenemos que volver, Baguira. Me pesa el estómago, y al mismo tiempo me baila como el nido de una oropéndola en la punta de una rama.

—No se suelta a la presa en mitad de la cacería. ¡Sigue! —ordenó la pantera—. Esos ocho pies mojados no han podido llegar muy lejos.

No cruzaron palabra en una hora, mientras seguían el amplio rastro de los cuatro hombres calzados.

Ya había amanecido y hacía calor, cuando Baguira dijo:

—Huele a humo.

—Los hombres siempre están más dispuestos a comer que a correr —contestó Mougli, trotando entre los matorrales de aquella selva desconocida que estaban explorando.

Baguira, a su izquierda, hizo un ruido extrañísimo con la garganta.

—Aquí hay uno que ha terminado de comer —señaló. Debajo de unos arbustos

asomaba un bulto de ropa de colores vivos y alrededor había un poco de harina derramada.

—A este también lo han matado con el bambú —dijo Mougli—. ¡Mira! Ese polvo blanco es lo que comen los hombres. Le han quitado a su presa… Él llevaba la comida de todos… Y lo han convertido en presa de Chil, el milano.

—Es el tercero —dijo Baguira.

«Voy a llevarle ranas grandes al padre de las cobras. Se va a poner bien gordinflón —se dijo Mougli—. Esto que bebe la sangre de los elefantes es la misma Muerte. Pero ¡sigo sin entenderlo!».

—¡Sigue! —ordenó Baguira.

No habían recorrido más de medio kilómetro cuando oyeron a Ko, el cuervo, entonando un canto fúnebre en la copa de un tamarisco a cuya sombra había tres hombres acostados. Una fogata medio apagada humeaba en el centro del círculo, debajo de una plancha de hierro en la que se veía una costra de pan ázimo, renegrido y quemado. Cerca del fuego y centelleando al sol estaba el *ankus* de rubí y turquesa.

—Esta cosa trabaja muy deprisa. Aquí termina todo —dijo Baguira—. ¿Cómo han muerto estos, Mougli? No tienen marcas ni señales.

Un habitante de la selva llega a aprender, por la experiencia, tanto como muchos botánicos de plantas y frutos venenosos. Mougli olisqueó el humo de la hoguera, partió un trozo de pan ennegrecido, lo probó y lo escupió inmediatamente.

—Manzana de la muerte —dijo, tosiendo—. El primero debe de haberlo preparado para estos, que lo mataron, después de matar al *gond*.

—¡Esto sí que es buena caza! Varias presas a la vez —dijo Baguira.

La manzana de la muerte es lo que en la selva se conoce como manzana espinosa o datura, un veneno que se encuentra en toda la India.

—Y ahora ¿qué? —preguntó la pantera—. ¿Tenemos que matarnos tú y yo por ese asesino de los ojos rojos?

—¿Puede hablar? —susurró Mougli—. ¿Hice mal al tirarlo y deshacerme de él? A nosotros no puede hacernos daño, porque no deseamos lo mismo que los hombres. Si lo dejamos aquí, seguro que sigue matando a un hombre detrás de otro, tan deprisa como caen las nueces cuando el viento sopla con fuerza. Yo no siento ningún cariño por los hombres, pero, aun así, no me gusta ver morir a seis en la misma noche.

—¿Qué más da? No son más que hombres. Se han matado unos a otros y se han quedado tan contentos —dijo Baguira—. El primero, el hombrecillo del bosque, cazaba bien.

—Son cachorros de todos modos, y un cachorro es capaz de ahogarse para morder el reflejo de la luna en el agua. La culpa ha sido mía —dijo Mougli, que hablaba como si lo supiera todo—. No volveré a traer cosas raras a la selva, aunque sean tan bonitas como las flores. Esto —empuñó el *ankus* con cautela— va a volver con el padre de las cobras. Pero primero tenemos que dormir y no podemos dormir cerca de estos hombres dormidos. Además, tenemos que enterrarlo, no vaya a ser que

se escape y mate a otros seis. Cava un hoyo debajo de ese árbol.

—Pero, hermanito —dijo Baguira, acercándose al sitio señalado—, ya te he dicho que la culpa no es de lo que bebe sangre. La culpa es de los hombres.

—Es lo mismo —insistió Mougli—. Haz un hoyo profundo. Cuando nos despertemos lo desenterraré y lo devolveré.

Dos noches más tarde, mientras la cobra blanca se lamentaba en la oscuridad de la cámara, avergonzada, robada y sola, el *ankus* con su turquesa entró disparado por el agujero de la pared y se estrelló contra el suelo de monedas de oro.

—Padre de las cobras —dijo Mougli, sin cruzar el muro—, busca entre los de tu especie una cobra joven y fuerte que te ayude a guardar el tesoro del rey, para que ningún hombre salga de aquí con vida.

—¡Ajá! ¡Así que lo devuelves! Ya te dije que eso era la Muerte. Y ¿cómo es que tú estás vivo? —musitó la cobra, enroscándose con cariño alrededor del *ankus*.

—¡Por el toro que me compró, no lo sé! Esa cosa ha matado seis veces en una noche. No permitas que vuelva a salir de aquí.

CANCIÓN DEL PEQUEÑO CAZADOR

Antes de que Mor, el pavo real, despliegue su abanico,
antes de que Chil se lance en picado sobre su presa,
antes de que vocifere el pueblo de los monos,
una sombra muy leve y un suspiro atraviesan la selva.
¡Es el miedo! ¡Es el miedo, oh, cazador!

Silenciosa, bajando la cañada, acecha una silueta;
aumenta su susurro, a todas partes llega,
y tu frente, al sentirlo, se cubre de sudor:
¡es el miedo! ¡Es el miedo, oh cazador!

Antes de que la luna escale la montaña
y se vistan las rocas con un festón de luz,
cuando se ven las colas tan tristes y abatidas,
un aliento resopla a tus espaldas,
y olfatea la noche como una exhalación:
¡es el miedo! ¡Es el miedo, oh, cazador!

Híncate de rodillas, tensa el arco;
con mano firme lanza tu hiriente flecha.
Hunde la pica en esos matorrales
vacíos que te hacen befa.
Pero te tiembla el pulso y ha perdido tu rostro su color:
¡es el miedo! ¡Es el miedo, oh cazador!

Cuando se acercan nubes de tormenta,
y los árboles caen segados por el viento,
cuando el diluvio azota como un látigo, ruge y ciega,
entre el fragor del trueno se destaca una voz:
¡es el miedo! ¡Es el miedo, oh cazador!

Se desbordan los cauces de los ríos,
una avalancha arrasa la ladera,
el fulgor de los rayos ilumina la hierba.
Y tú estás mudo, tienes la boca seca,
y te late con fuerza el corazón:
¡es el miedo! ¡Eso es el miedo, oh cazador!

Quiquern

Las gentes de los Hielos del Oriente,
como la blanda nieve se derriten.
Piden café y azúcar a los blancos,
y allá donde estos vayan ellos los siguen.
A robar y a combatir aprenden
las gentes de los Hielos de Occidente,
venden sus pieles en cualquier mercado
y el alma al hombre blanco venden.
Las gentes de los Hielos Australes,
comercian con los barcos balleneros;
sus mujeres se adornan de oropel,
pero sus tiendas son míseras en extremo.
Las gentes de los Hielos Primitivos,
allá donde no llega el hombre blanco,
con cuernos de narval tallan sus lanzas,
en los confines del mundo habitado.

—¡Oye, ha abierto los ojos!

—Vuelve a meterlo en el pellejo. Será un perro fuerte. Cuando cumpla cuatro meses le pondremos nombre.

—¿En honor de quién? —preguntó Amoraq.

Kadlu recorrió con la mirada el iglú, forrado con pieles, hasta que sus ojos se posaron en Kotuko, de catorce años, que estaba sentado en el banco de dormir, tallando un botón con un trozo de marfil de morsa.

—Ponedle mi nombre —dijo con una sonrisa—. Algún día voy a necesitarlo.

Kadlu sonrió a su vez, hasta que sus ojos quedaron casi enterrados en las mejillas regordetas, y asintió, mirando a Amoraq, mientras la orgullosa madre del cachorrito gemía al ver que este había salido a rastras y de la bolsa de piel de foca colgada al calor de una lámpara de grasa de ballena. Kotuko siguió con su talla y Kadlu lanzó un atado de arneses de cuero en el cuartito que se abría a un lado de la casa, se desprendió de su grueso traje de caza, de piel de ciervo, lo guardó en una redecilla de barba de ballena colgada encima de otra lámpara y se tumbó en el banco de dormir a tallar un trozo de carne de foca congelado hasta que Amoraq, su mujer, le sirvió la cena de todos los días: carne hervida y sopa de sangre. Llevaba desde el amanecer en las guaridas de las focas, a trece kilómetros de casa, y había vuelto con tres ejemplares de buen tamaño. En mitad del pasadizo del iglú se oyeron chasquidos y ladridos cuando los perros de la traílla, liberados por fin de su trabajo, entraron en

busca de un hueco caliente.

Cuando el alboroto de los ladridos cobró demasiada fuerza, Kotuko se bajó del banco con desgana y cogió un látigo de esponjosa barba de ballena, de medio metro de longitud, y siete metros de tralla trenzada. Se zambulló en el túnel, donde a juzgar por el escándalo parecía que los perros fueran a comérselo vivo, aunque en realidad no era sino su manera de dar las gracias por la comida. Salió gateando por el otro extremo y media docena de cabezas peludas lo siguieron con la mirada mientras se acercaba a una especie de patíbulo hecho con la mandíbula de una ballena, del que colgaba la carne congelada de los perros, cortaba esta en grandes porciones con un arpón de punta ancha y esperaba unos momentos con el látigo en una mano y la comida en la otra. Entonces fue llamando a los perros por su nombre, empezando por el más débil, y ¡ay del que se saltara su turno!, pues la hiriente punta del látigo saldría disparada a la velocidad del rayo y le arrancaría un par de centímetros de pelo y pellejo. Así, cada uno de los perros gruñía, mordía una sola vez, se atragantaba con su ración y volvía inmediatamente al túnel, mientras el muchacho, parado en la nieve bajo el fulgor de la aurora boreal, impartía justicia. El último en comer fue el líder del equipo, un perro grande y negro que guardaba el orden cuando se aparejaba la traílla y al que Kotuko daba doble ración de carne, además de un restallido extra.

—¡Ah! —exclamó Kotuko, enroscando el látigo—. Encima de la lámpara tengo un pequeñín que aullará de maravilla. *Sarpok!* ¡Entra!

Volvió al iglú, pasando por encima de los perros amontonados, se sacudió la nieve de las pieles con una vara de barba de ballena que Amoraq guardaba al lado de la puerta, tanteó con ella el techo tapizado de pieles, con intención de desprender algún carámbano que pudiese haber caído de la bóveda de nieve, y se acomodó en el banco. En el pasadizo, los perros roncaban y gemían; el niño recién nacido, envuelto en la capucha de pieles de Amoraq, pataleaba, se atragantaba y hacía gorgoritos; y la madre del cachorro al que acababan de poner nombre estaba tendida a un lado de Kotuko, sin apartar la vista de la bolsa de pieles de foca, calentita y colgada en lugar seguro encima de la amplia llama amarilla de la lámpara.

Y todo esto sucedía muy lejos de aquí, en el norte, más allá de la península del Labrador; más alla del estrecho de Hudson, donde las grandes corrientes marinas arrastran el hielo por todas partes: al norte de la península de Melville, incluso al norte de los pequeños estrechos de la Furia y de Hecla, al norte de la costa de la Tierra de Baffin, donde la isla de Bylot flota en el hielo del estrecho de Lancaster como un cuenco vuelto del revés. Al norte del estrecho de Lancaster hay muy pocas cosas que sepamos, aparte de la isla de Devon del norte y la isla de Ellesmere, pero incluso en estas regiones viven gentes aisladas, como quien dice, en la puerta de al lado del polo.

Kadlu era un inuit, lo que comúnmente se llama un esquimal, y su tribu, de unas treinta personas, era la de los tununirmiut: «la tierra que está a la espalda». Esta costa desolada aparece en los mapas con el nombre de fiordo de Navy Board, pero es mejor

su nombre inuit, porque es el último rincón del mundo. Nueve meses al año no hay allí nada más que hielo, nieve, temporal tras temporal y un frío imposible de imaginar para quien no haya visto nunca bajar el termómetro siquiera a los cero grados. Seis de estos nueve meses es de noche, y esto es lo peor de todo. En los tres meses de verano solo hiela muy de vez en cuando, y entonces la nieve se funde y fluye como las lágrimas por las laderas que miran al sur, y unos cuantos sauces de tierra sacan sus yemas algodonosas y alguna siempreviva diminuta hace creer que florece; las playas de gravilla fina y cantos rodados llegan hasta el mar abierto y las rocas pulidas o acanaladas asoman por encima de la nieve granulada. Pero esto dura apenas unas semanas y el crudo invierno vuelve a apoderarse de la tierra una vez más, y el mar se hiela hasta donde alcanza la vista; el hielo se amontona, choca, se rompe, golpea, se abalanza, encalla y se congela, formando una capa de tres metros de grosor desde la costa hasta alta mar.

En invierno, Kadlu seguía a las focas hasta los confines del hielo y las arponeaba cuando se asomaban a tomar aire en los respiraderos. La foca necesita vivir en mar abierto, para poder cazar, y el hielo a veces alcanzaba extensiones de hasta doce kilómetros sin interrupción desde la orilla. En primavera, cuando llegaba el deshielo, Kadlu y los suyos se desplazaban a las zonas rocosas y allí instalaban sus tiendas de pieles, tendían trampas para las aves marinas o cazaban a las focas jóvenes que retozaban en las playas. Más tarde irían al sur, a la Tierra de Baffin, en busca del reno y de sus provisiones de salmón de todo un año en los cientos de ríos y lagos del interior; en septiembre u octubre regresaban al norte y pasaban el invierno cazando focas y bueyes almizcleros. Viajaban en trineos tirados por perros y recorrían entre treinta y cinco y cuarenta kilómetros al día, o por la costa, en grandes canoas abiertas hechas con pieles, en las que los perros y los niños se acostaban entre los pies de los remeros y las mujeres cantaban mientras se deslizaban de cabo en cabo por las gélidas aguas. Todos los lujos que conocían los tununirmiut venían del sur: madera a la deriva para los patines de los trineos, varas de hierro para las puntas de los arpones, cuchillos de acero, cazuelas de hojalata en las que la comida se preparaba mucho mejor que en los cacharros de esteatita de siempre, pedernal y acero, y hasta cerillas y cintas de colores con las que las mujeres se adornaban el pelo, espejitos baratos y tela roja para ribetear los vestidos de piel de reno. Kadlu vendía retorcidos cuernos de narval de color cremoso y dientes de buey almizclero (que son tan valiosos como las perlas) a los inuit del sur, y estos a su vez se los vendían a los misioneros de Exeter y Cumberland Sounds; y así continuaba la cadena, hasta que un hervidor comprado por el cocinero de un barco en el bazar de Bhendy podía terminar sus días encima de una lámpara de grasa de ballena en algún rincón del lado más frío del Círculo Polar Ártico.

Kadlu, que era un buen cazador, tenía muchos arpones de hierro, cuchillos de nieve, dardos para pájaros y demás utensilios que facilitan la vida cuando hace tanto frío, y era el jefe de su tribu o, como ellos dicen «el hombre que lo sabe todo por

experiencia». Esta posición no le daba ninguna autoridad, más allá de la de aconsejar de vez en cuando a sus amigos para cambiar de territorio de caza, pero Kotuko se aprovechaba de ella para mandar un poco, al estilo perezoso de los inuit, a los demás chicos cuando salían de noche a jugar al balón a la luz de la luna o a cantar la *Canción del niño a la aurora boreal*.

Ahora bien, sucede que a los catorce años un inuit ya se siente hombre, y Kotuko estaba harto de hacer trampas para las aves y el zorro de las nieves y más que harto de pasarse el día entero ayudando a las mujeres a masticar piel de foca y de ciervo (no hay nada igual para ablandarla) mientras los hombres se iban de caza. Él quería entrar en el *quaggi*, en la Casa de los Cánticos, donde se reunían los cazadores con fines misteriosos y disfrutaban de los sustos tremendos que les daba el *angekok*, el hechicero, cuando se apagaban las lámparas y se oía al Espíritu del Reno pisoteando el tejado, y la lanza arrojada a la noche negra regresaba cubierta de sangre caliente. Quería lanzar sus botas a la bolsa de red con el aire cansado del cabeza de familia, y jugar con los cazadores a una especie de ruleta casera hecha con una cazuela de hojalata y un clavo. Eran cientos las cosas que quería hacer, pero los hombres adultos se reían de él y le decían: «Ya verás cuando estés metido en faena, Kotuko. Cazar no es solo atrapar a la presa».

Ahora que su padre le había puesto su nombre a un cachorro, las cosas tenían mejor pinta para él. Un inuit no malgasta un buen perro con su hijo hasta que el chico tiene cierta idea de guiar a los perros, y Kotuko estaba más que seguro de saber mucho de todo.

De no haber sido porque tenía una constitución de hierro, el cachorro habría muerto por exceso de alimentación y cuidados. Kotuko le hizo un arnés diminuto, con un tirante, y con él lo llevaba por todo el iglú, gritándole: *Aua! Ya aua!* (A la derecha), *Choiachoi*, *Ya choiachoi* (A la izquierda), *Ohaha!* (Quieto). Al cachorro no le hacía ninguna gracia, pero estos ejercicios eran pura felicidad en comparación con lo que sintió la primera vez que lo engancharon al tiro. Se sentó en la nieve y empezó a jugar con el tirante de piel de foca que sujetaba su arnés al *pitu*, la gran correa de las patas del trineo. Cuando la traílla echó a andar y el cachorro se quedó quieto, el pesado trineo, de tres metros de largo, le pasó por encima del lomo y lo arrastró por la nieve, mientras Kotuko lloraba de la risa. A esto siguieron días y más días de látigo cruel, que silba como el viento sobre el hielo, y de mordiscos de los compañeros, por no hacer bien su trabajo, y de rozaduras del arnés; además, ya no le dejaban dormir con Kotuko sino que lo relegaron al sitio más frío del túnel del iglú. Fue una época muy triste para el cachorro.

El chico aprendió tan deprisa como el perro, y eso que manejar a un perro de trineo es una empresa descorazonadora. Se ata a cada perro —el más débil más cerca del conductor— con su correspondiente tirante, que pasa por debajo de la pata delantera izquierda a la correa central, donde se asegura con una especie de botón y un nudo que puede deslizarse con un giro de muñeca, para soltar al animal. Esto es

muy necesario porque los perros jóvenes a veces se enredan en el tirante con las patas traseras y se cortan la piel hasta el hueso. Además, todos quieren hacer visitas a sus amigos a la vez que corren, y empiezan a saltar entre los tirantes. Entonces se pelean y se enredan más que un sedal mojado por la mañana. Un uso científico del látigo puede ahorrar muchos inconvenientes. Todo chico inuit se enorgullece de su maestría con el látigo largo pero, aunque es fácil acertar una marca en el suelo, es difícil inclinarse cuando el trineo va a toda velocidad y alcanzar al perro que se hace el remolón justo debajo de las paletillas. Si el conductor, para regañar al perro que ha ido «de visita», le da un latigazo a otro sin querer, los dos perros se enzarzarán al instante en una pelea y obligarán a pararse a todos. Además, cuando se va en compañía, si el conductor se pone a hablar con el compañero, o a cantar si va solo, los perros se detienen, dan media vuelta y se sientan a escuchar la conversación. Un par de veces a Kotuko se le escaparon los perros por olvidarse de bloquear el trineo al hacer una parada, y rompió muchos látigos y destrozó unas cuantas correas antes de que se le pudiera confiar el trineo ligero con un tiro de ocho perros. Entonces se sintió importante y, surcaba el hielo negro con corazón valiente y codo rápido, deslizándose como el humo por las llanuras a la velocidad de una jauría a todo correr. Hacía un trayecto de quince kilómetros, hasta los respiraderos de las focas, y cuando llegaba al territorio de caza, soltaba un tirante del *pitu* y dejaba libre al líder, un perro grande y negro que entonces era el más listo del grupo. En cuanto el animal detectaba el olor de un respiradero, Kotuko ponía el trineo del revés y clavaba en la nieve el par de cornamentas que sobresalían como los mangos de un cochecito de niños, para que los perros no se escaparan. Después se arrastraba centímetro a centímetro y esperaba hasta que la foca saliese a respirar. Entonces lanzaba su arpón sin perder un instante, sacaba a la foca del agujero y, con ayuda del líder, la arrastraba por el hielo hasta el trineo. Los perros que seguían atados empezaban a ladrar de entusiasmo y echaban espuma por la boca, y Kotuko les cruzaba la cara con el látigo, como una vara de hierro al rojo vivo, hasta que la presa se congelaba. La vuelta a casa era lo más duro. Había que tirar del trineo cargado por el hielo endurecido, y los perros se sentaban y miraban a la foca con cara de hambre en vez de hacer su trabajo. Por fin llegaban al trillado camino de trineos que llevaba al poblado, tarareando una melodía de aullidos que resonaba en el hielo, con la cabeza baja y la cola alta, mientras Kotuko entonaba *Angutivun tai-na tau-na-ne taina* (la *Canción del cazador que regresa*), y las voces lo saludaban desde todas las casas bajo el tenue cielo estrellado.

Cuando Kotuko, el perro, alcanzó la plenitud de su desarrollo, también él disfrutó de su condición adulta. Pelea tras pelea fue ascendiendo posiciones en la traílla hasta que una tarde, mientras comían, se enfrentó con el líder negro (Kotuko, el chico, lo vio pelear limpiamente) y lo relegó a segundo del tiro, como dicen los inuit. Así consiguió la correa del perro guía, que iba en cabeza, a metro y medio de los demás, y tenía la obligación de poner fin a las peleas, tanto en el arnés como en cualquier parte, y llevaba un grueso collar de alambre de cobre que pesaba bastante. En

ocasiones especiales le daban comida hecha en casa y alguna vez le permitían dormir en el banco, con Kotuko. Era un buen perro cazador de focas y capaz de tener a raya a un buey almizclero corriendo a su alrededor y mordiéndole las patas. Incluso —y esta era la prueba definitiva de valentía para un perro de tiro— era capaz de plantarle cara al adusto lobo ártico, a quien todos los perros del norte, por norma general, temen más que a cualquier otro animal que pise la nieve. Él y su amo —sin aceptar la compañía de los demás perros del tiro— cazaban juntos día tras día y noche tras noche: el chico envuelto en pieles con su perro de pelo largo y rubio, ojos rasgados y colmillos blancos. La única obligación de un inuit es conseguir alimento y pieles para él y su familia. Las mujeres se encargan de hacer la ropa, con las pieles, y a veces ayudan a tender trampas a las presas pequeñas, pero el grueso del alimento —y comen una barbaridad— tienen que buscarlo los hombres. Si se agotan las provisiones, allí no hay dónde comprar ni a quién mendigar o pedir prestado, y la gente se muere de hambre.

Un inuit no piensa en esta posibilidad hasta que no le queda más remedio. Kadlu, Kotuko, Amoraq y el chiquitín que pataleaba dentro de la capucha de piel y se pasaba el día mordisqueando grasa de ballena eran tan felices como cualquier familia del mundo. La suya era una raza muy pacífica —un inuit rara vez pierde la paciencia y casi nunca pega a un niño— que no sabía exactamente lo que era mentir y menos aún robar. Se contentaban con un arpón con el que arrancar su sustento al corazón de aquel frío implacable y glacial; con lucir sus sonrisas empalagosas y contar por las noches extraños cuentos de hadas y fantasmas; y con comer hasta hartarse y cantar luego la interminable canción de la mujer: *Amna aya, aya amna, ah! Ah!* Así, día tras día, a la luz de las lámparas, mientras reparaban sus redes y sus utensilios de caza.

Pero un invierno aciago, todo falló para los tununirmiut. Regresaron de pescar el salmón, como todos los años, y levantaron sus casas en el hielo reciente, al norte de la isla de Bylo, con idea de ir en busca de focas en cuanto el mar se helara. Pero el otoño se adelantó y fue feroz. A lo largo de todo el mes de septiembre se sucedieron los temporales, que rompían el hielo en las zonas en que este alcanzaba un grosor de entre un metro y metro y medio y lo arrastraban tierra adentro, hasta que se formó una gigantesca barrera de bloques de hielo resquebrajado y picado, de unos treinta y cinco kilómetros de ancho, imposible de sortear con los trineos. El borde de la banquisa en la que solían pescar las focas en invierno se encontraba a unos treinta y cinco kilómetros por detrás de esta barrera, fuera del alcance de los tununirmiut. Aun así, podían aguantar el invierno con sus reservas de salmón congelado y grasa de ballena, además de lo que les dieran las trampas, pero, en el mes de diciembre, uno de sus cazadores encontró en un *tupik*, una tienda hecha con pieles, a tres mujeres y una niña al borde de la muerte: los hombres de la familia, que venían de algún lugar del norte lejano, habían muerto aplastados en sus pequeñas embarcaciones cuando salieron en busca del narval de largos cuernos. Kadlu, como es lógico, alojó a las mujeres en distintas casas del poblado de invierno, pues ningún inuit se atreve a

negarle el alimento a un desconocido. Nunca se sabe cuándo puede verse uno en situación de pedir. Amoraq se llevó a su casa a la niña, que tenía unos catorce años, y la tomó como una especie de criada. Por el corte de su capucha, muy afilada, y el estampado de rombos de sus polainas blancas de piel de ciervo, supusieron que venía de la isla de Ellesmere. La chica nunca había visto cacharros de hojalata ni trineos con patines de madera, pero tanto Kotuko el niño como Kotuko el perro le tomaron mucho cariño.

Poco después, todos los zorros se fueron al sur, y ni siquiera la comadreja de las nieves, esa ladronzuela refunfuñona, de cabeza pequeña, se molestaba en seguir la hilera de trampas vacías que Kotuko había tendido. La tribu perdió a dos de sus mejores cazadores, que resultaron gravemente heridos en el combate con un buey almizclero, y esto incrementó la carga de trabajo para los demás. Kotuko salía día tras día con un trineo de caza ligero y seis o siete perros de los más fuertes, y buscaba con la mirada, hasta que le dolían los ojos, algún bloque de hielo en el que quizá una foca hubiese abierto un respiradero. Kotuko el perro exploraba a lo largo y a lo ancho, y en el silencio sepulcral de la llanura helada, Kotuko el chico oía sus gemidos de entusiasmo cuando detectaba un respiradero a cinco kilómetros con tanta claridad como si lo tuviera delante. Cuando el perro encontraba un agujero, el chico construía una pared de nieve para guarecerse del viento gélido, y allí esperaba diez, doce, veinte horas a que la foca saliera a respirar, sin apartar la vista de la diminuta marca que había hecho junto al agujero para guiar el lanzamiento del arpón, con una alfombrilla de piel de foca debajo de los pies, y las piernas atadas con el *tutareang*, la doble hebilla del tirante de la que hablaban los cazadores más veteranos, para evitar los temblores en las piernas mientras esperan y esperan y esperan a que aparezca la foca. Aunque nada emocionante, es fácil comprender que la tarea de sentarse y atarse las piernas cuando el termómetro marca quizá cuarenta grados bajo cero es la más dura que conoce un inuit. Cuando cazaban una foca, el perro daba un salto y se lanzaba a la carrera, dejando un rastro a su paso, para ayudar al chico a arrastrar la presa hasta el trineo, donde sus compañeros, cansados, hambrientos y de mal humor, esperaban acostados al abrigo de una placa de hielo rota.

Una foca no cundía demasiado, pues había muchas bocas que alimentar, aunque de ella se aprovechaba hasta el último hueso, el pellejo y los tendones. La ración de los perros se destinó a los hombres. Amoraq les echaba trozos de piel de las tiendas de campaña del verano anterior por debajo del banco de dormir, y los perros no paraban de aullar y se despertaban gimiendo de hambre. También las lámparas de los refugios anunciaban la hambruna. En las épocas buenas, cuando había grasa de ballena en abundancia, la llama del los cuencos en forma de barca pasaba del medio metro, y era alegre, densa y amarilla. Ahora apenas alcanzaba los quince centímetros: Amoraq apagaba con cuidado la mecha de musgo cada vez que en ella prendía una llamita inoportuna, y los ojos de toda la familia seguían el movimiento de su mano. El horror de la hambruna en estas gélidas tierras no es tanto morir como morir en la

oscuridad. Los inuit temen la oscuridad que los envuelve sin tregua por espacio de seis meses al año; y, cuando la luz de las lámparas se atenúa en las casas, la gente se desanima y se impacienta.

Pero lo peor aún estaba por llegar.

Los perros, sin alimento, ladraban y gruñían en los túneles, desafiando con la mirada a las frías estrellas y olfateando el viento gélido noche tras noche. Cuando cesaban sus aullidos, el silencio se volvía sólido y pesaba como la nieve amontonada contra una puerta, y los hombres oían las pulsaciones de la sangre en los finos conductos del oído, y los latidos de su corazón, que resonaban con tanta fuerza como los tambores de los hechiceros en la nieve. Una noche, Kotuko el perro, que ese día había estado hosco en el tiro, y eso no era propio de él, se levantó de un salto y empujó la rodilla de Kotuko con la cabeza. El chico lo acarició, pero el perro seguía empujando ciegamente, buscando cariño. Kadlu se despertó, sujetó al perro de la cabeza y lo miró a los ojos vidriosos. El animal gimió como si se asustara y se echó a temblar entre las rodillas de Kadlu. Se le erizó el pelo del pescuezo y gruñó como si hubiera un desconocido en la puerta. Después se puso a ladrar de contento y a revolcarse en el suelo, rozando las botas de Kotuko, como si fuera un cachorro.

—¿Qué pasa? —preguntó el chico, que empezaba a preocuparse.

—Es el mal —contestó Kadlu—. El mal del perro.

El perro levantó el hocico y empezó a aullar.

—Nunca lo he visto así. ¿Qué pasará? —dijo Kotuko.

Kadlu se encogió ligeramente de hombros y fue en busca de su arpón corto. El perro lo miró, aulló de nuevo y se escabulló por el túnel, mientras sus compañeros se apartaban a los lados para dejarle espacio. Una vez fuera, en la nieve, ladró con furia, como si detectara el rastro de un buey almizclero, y ladrando, saltando y retozando se perdió de vista. El problema no era la rabia sino la locura pura y simple. El frío, el hambre y, sobre todo, la oscuridad lo habían trastornado y, cuando este terrible mal se manifiesta en un perro, no tarda en propagarse como un fuego sin control entre todos los demás. El siguiente día de caza enfermó otro perro, y Kotuko lo mató en el acto, cuando se rebeló en el arnés. El perro negro que antes ocupaba el puesto de jefe anunció entonces el descubrimiento de una imaginaria senda de renos, y cuando lo soltaron del *pitu*, se lanzó de cabeza por un acantilado de hielo y huyó igual que Kotuko, con el arnés colgado del lomo. A raíz de esto nadie volvió a salir con los perros. Los necesitaban para otra cosa, y los perros lo sabían; y, aunque los tenían atados y les daban de comer con la mano, en sus ojos se veía la desesperación y el miedo. Para colmo de males, las mujeres más ancianas empezaron a contar cuentos de fantasmas y a decir que se habían encontrado con los espíritus de los cazadores muertos ese otoño y que les habían profetizado toda clase de horrores.

Lo que más entristecía a Kotuko era la pérdida de su perro, y es que un inuit, aunque come una barbaridad, también sabe pasar hambre. Aun así el hambre, sumada a la oscuridad, el frío y la congelación mermaron sus fuerzas, y el chico empezó a oír

voces dentro de la cabeza, y a ver, por el rabillo del ojo, gente que en realidad no estaba allí. Una noche —se había desatado las piernas después de diez horas de espera al borde de un respiradero «ciego»— apoyó la espalda contra una roca que reposaba en un saliente de hielo. Su peso alteró el equilibrio de la roca, que cayó con fuerza y, mientras Kotuko se apartaba de un salto, se deslizó chirriando y silbando por la pendiente helada.

Esto acabó con los nervios de Kotuko. Lo habían educado en la creencia de que cada roca y cada piedra tenían su dueño (su *inua*), que era, por lo general, una criatura tuerta parecida a una mujer que se llamaba *tornaq*, y cuando una *tornaq* quería ayudar a un hombre, rodaba tras él dentro de su casa de piedra y le pedía que la tomase como espíritu guardián. (En verano, con el deshielo, las rocas caían por todas partes, lo que explica el origen de la idea de que las piedras tienen vida). Kotuko oyó el latido de la sangre en sus oídos, como llevaba oyéndolo todo el día, y pensó que era la *tornaq* de la piedra que le hablaba. Antes de llegar a casa, estaba convencido de que había tenido una larga conversación con ella y, como esto a todos les parecía muy posible, nadie le llevó la contraria.

—Me dijo: «Voy a saltar, voy a saltar desde mi sitio en la nieve» —contó Kotuko, con la mirada perdida y el cuerpo echado hacia delante, en la media luz del iglú—. Y me dijo: «Seré tu guía. Te llevaré a los mejores respiraderos de las focas». Mañana pienso salir, y la *tornaq* me guiará.

Entonces vino el *angekok*, el hechicero de la tribu, y Kotuko volvió a contar su historia sin olvidar ningún detalle.

—Sigue a las *tornait* (los espíritus de las piedras) y ellas nos darán alimento —dijo el *angekok*.

La muchacha que llegó del norte llevaba unos días acostada junto a la lámpara, comiendo muy poco y sin hablar apenas, pero, cuando al día siguiente Amoraq y Kadlu prepararon un pequeño trineo de mano para Kotuko y cargaron en él su equipo de caza, además de toda la grasa de ballena y la carne de foca congelada que podían darle, la joven cogió la cuerda de arrastrar el vehículo y se acercó a Kotuko con aire decidido.

—Tu casa es mi casa —dijo, mientras el pequeño trineo con patines de hueso crujía y rebotaba a sus espaldas en la atroz noche ártica.

—Mi casa es tu casa —contestó Kotuko—, aunque creo que iremos juntos en busca de Sedna.

Pues bien, Sedna es la Dama del Inframundo, y los inuit creen que todo el que muere debe pasar un año en su horroroso país antes de llegar a Quadliparmiut, el Sitio Feliz, donde nunca hiela y el reno se acerca trotando cuando uno lo llama.

En el poblado, la gente voceaba: «Las *tornait* le han hablado a Kotuko. Le enseñarán el hielo abierto. Volverá a traernos focas». La oscuridad vacía y gélida no tardó en tragarse sus voces, y Kotuko y su compañera se arrimaron, hombro con hombro, mientras tiraban del trineo o lo animaban a arrastrase por el hielo hacia el

océano Ártico. Kotuko insistía en que la *tornaq* de la piedra le había dicho que fuese al norte, así que al norte iban, siguiendo al Reno Tuktuqdyung, la constelación que nosotros llamamos Osa Mayor.

Ningún europeo sería capaz de recorrer ocho kilómetros al día por aquel hielo de pésima calidad y con aquel viento que cortaba como un cuchillo. Pero ellos dos sabían hacer el giro exacto de muñeca para animar al trineo a rodear un montículo, dar el tirón preciso para levantarlo limpiamente cuando se atascaba en una grieta de hielo o dar unos golpes suaves con la cabeza del arpón empleando la fuerza justa para volver transitable un camino cuando todo parece imposible.

La chica iba callada, con la cabeza gacha, y el amplio borde de pelo de comadreja que remataba su capucha de armiño le sacudía la cara amplia y oscura. El cielo, de un negro intenso y aterciopelado, mostraba franjas de color rojo indio en el horizonte, donde las estrellas ardían como faroles. De vez en cuando una onda verdosa de la aurora boreal surcaba el cielo en las alturas, ondeaba como una bandera y desaparecía; o un meteoro estallaba en la oscuridad dejando a su paso una lluvia de chispas. En esos momentos veían las crestas y los pliegues que formaban los bloques de hielo, con puntillas y lazos de extraños colores: rojo, cobre y azulado; pero a la luz de las estrellas todo cobraba una misma tonalidad gris gélida. Los temporales de aquel otoño, como quizá recordéis, habían sacudido y azotado las masas de hielo flotante hasta ocasionar un terremoto. Había cauces, barrancos y agujeros como graveras perforadas en el hielo, y los montones y bloques desperdigados terminaron adheridos a la masa de hielo original; había manchas de hielo viejo y ennegrecido que alguna tormenta había empujado por debajo de la placa y vuelto a levantar; había bloques de hielo redondeados; había placas de hielo con los bordes de sierra tallados por la nieve arrastrada por el viento, y hondonadas de dos o tres metros de profundidad que abarcaban extensiones de hasta ochenta y noventa hectáreas. A lo lejos, los témpanos de hielo podían confundirse con focas o morsas, trineos volcados, hombres de cacería y hasta con el mismísimo Espíritu del Oso Blanco de Diez Patas, pero, a pesar de estas formas fantásticas, todas a punto de cobrar vida, no se oía ningún ruido, ni siquiera el más leve eco. Y en mitad de este silencio y esta desierta inmensidad salpicada de luces intermitentes, el trineo y quienes de él tiraban avanzaban muy despacio, como las cosas en una pesadilla: una pesadilla del fin del mundo en el fin del mundo.

Cuando se cansaban, Kotuko construía lo que los cazadores llaman una «media casa», un refugio de nieve muy pequeño, en el que se acurrucaban con su lámpara de viaje y trataban de descongelar la carne de foca. Después de dormir reanudaban la marcha: recorrían cuarenta y cinco kilómetros al día para acercarse ocho kilómetros al norte. La chica siempre iba muy callada, pero Kotuko murmuraba para sus adentros y cantaba canciones que había aprendido en la Casa de los Cánticos: canciones de verano y canciones de renos y salmones, todas ellas fuera de lugar en aquel momento. De pronto decía que la *tornaq* le había gruñido, y corría como loco

por un montículo, con los brazos abiertos, gritando en un tono de lo más amenazador. A decir verdad, a estas alturas, Kotuko ya se había vuelto casi loco del todo, pero su compañera estaba convencida de que su espíritu guardián le indicaba el camino y todo terminaría bien. Así, ni se extrañó cuando, al final del cuarto día de viaje, Kotuko, a quien le ardían los ojos como si tuviera dos bolas de fuego dentro de la cabeza, le dijo que su *tornaq* los estaba siguiendo bajo la apariencia de un perro de dos cabezas. Ella miró donde señalaba Kotuko y creyó ver algo que se deslizaba por un barranco. Estaba claro que no era humano, pero, como todo el mundo sabía, las *tornait* preferían aparecerse con forma de osos, focas y animales por el estilo.

Quizá fuera el propio Espíritu del Oso Blanco de Diez Patas, o cualquier otra criatura, porque los dos caminantes estaban tan hambrientos que su vista no era nada fiable. No habían cazado ni visto la más mínima señal de caza desde que dejaron el poblado; les quedaba comida para una semana a duras penas y se avecinaba un temporal. Una tormenta polar pude durar diez días sin tregua, y estar a la intemperie en tales circunstancias significa una muerte segura. Kotuko construyó un iglú del tamaño suficiente para meter el trineo de mano (no es prudente separarse de la comida), y estaba dando forma al último bloque de hielo irregular que compone la clave de arco del tejado cuando vio algo que lo observaba desde un pequeño acantilado de hielo, a algo menos de un kilómetro. El ambiente estaba brumoso, y parecía que aquella cosa medía trece metros de largo y tres de alto, y tenía una cola de siete metros, y una silueta que no paraba de temblar. La chica también lo vio, pero en vez de gritar de terror, dijo tranquilamente:

—Ese es Quiquern. Y ahora ¿qué pasará?

—Me hablará —dijo Kotuko, pero el cuchillo le tembló en la mano, pues, por más que un hombre crea ser amigo de espíritus feos y desconocidos, rara vez le gusta que tomen sus palabras al pie de la letra. Además, Quiquern es el fantasma de un perro gigantesco, sin dientes ni pelaje, que supuestamente vive en el extremo norte y vaga por ahí cuando va a ocurrir algo. Pueden ocurrir tanto cosas buenas como cosas malas, pero ni siquiera a los hechiceros les gusta hablar de Quiquern. Los perros se vuelven locos. Como el Espíritu del Oso, tiene varios pares de patas —seis u ocho—, y aquella Cosa que saltaba entre la bruma tenía más patas de las que un perro necesitaba.

Kotuko y su compañera se escondieron rápidamente en el refugio. Claro que si Quiquern hubiese querido habría podido destrozar el iglú, pero la sensación de que una pared de nieve de dos palmos de grosor los separaba de la malvada oscuridad era muy reconfortante. El temporal estalló con un alarido del viento comparable al silbato de un tren, y duró tres días y tres noches, sin variar en grado alguno ni amainar siquiera por un momento. Alimentaron la lámpara de piedra, sujetándola entre las rodillas, y mordisquearon la carne de foca medio tibia, viendo cómo el hollín ennegrecía el techo por espacio de setenta y dos largas horas. La chica hizo recuento de la comida que llevaban en el trineo: tenían provisiones solo para dos días, y

Kotuko repasó las cabezas de hierro, las sujeciones hechas con tendón de ciervo de su arpón, su lanza de matar focas y su dardo de matar pájaros. No había otra cosa que hacer.

—Pronto llegaremos a Sedna, muy pronto —susurró la chica—. Dentro de tres días nos acostaremos y nos marcharemos. ¿No nos hará nada tu *tornaq*? Cántale una canción de *angekok* para que vuelva.

Kotuko empezó a entonar el aullido agudo de las canciones mágicas y la tempestad se apaciguó poco a poco. En mitad del canto, la chica apoyó en el suelo de hielo del iglú las manos enfundadas en unas manoplas y después la cabeza. Kotuko siguió el ejemplo, y los dos se quedaron arrodillados, mirándose a los ojos y escuchando con todas las fibras de su cuerpo. Kotuko arrancó una astilla fina de barba de ballena del borde de una trampa para pájaros que llevaba en el trineo y, después de estirarla, la introdujo en vertical en un orificio del hielo y la sostuvo con la manopla. El artilugio se ajustaba casi con la delicadeza de una aguja a su brújula, y ahora, en vez de escuchar, los jóvenes observaron. La varilla tembló muy levemente —con la sacudida más suave del mundo—, a continuación vibró unos segundos con ritmo regular, se detuvo y vibró de nuevo, esta vez señalando en otra dirección del horizonte.

—¡Demasiado pronto! —dijo Kotuko—. Ahí se ha partido una placa de hielo flotante.

Su compañera señaló la varilla y negó con la cabeza.

—Se ha partido en todas partes —dijo—. Escucha el hielo de tierra firme. Está sonando.

Esta vez, al arrodillarse, oyeron unos gruñidos sordos de lo más extraño, y también golpes, aparentemente debajo de donde estaban. A veces sonaba como si un cachorro que aún no hubiera abierto los ojos estuviese gritando por encima de la lámpara; otras veces como si alguien frotara una piedra contra el hielo duro; y, una vez, como los golpes amortiguados de un tambor. Pero el ruido siempre sonaba empequeñecido y lejano, como si recorriera una distancia agotadora a través de un cuerno.

—No iremos a Sedna —dijo Kotuko—. El hielo se está rompiendo. La *tornaq* nos ha engañado. Moriremos aquí.

Todo esto puede parecer absurdo, pero Kotuko y su compañera se enfrentaban a un peligro muy real. El temporal llevaba tres días empujando hacia el sur las aguas profundas de la bahía de Baffin y amontonándolas en las orillas de la larga extensión de hielo que se extiende hacia el oeste desde la isla de Bylot. También la fuerte corriente que pasa al este de Lancaster Sound arrastraba consigo, milla tras milla, lo que ellos llaman masas de hielo flotante, hielo duro que no se ha congelado en tierra, y estas masas estaban bombardeando la banquisa a la vez que el oleaje, en el mar azotado por la tempestad, la iba minando y debilitando progresivamente. Lo que habían oído los jóvenes eran los ecos débiles de este combate, a cuarenta y cinco o

cincuenta kilómetros de donde estaban, y la varilla adivina tembló con la sacudida.

Ahora bien, como dicen los inuit, una vez que el hielo despierta de su largo sueño invernal no hay forma de saber lo que puede ocurrir, porque los bloques cambian de forma casi a la misma velocidad que las nubes. Lo cierto es que el temporal era una tormenta de primavera extemporánea y cualquier cosa era posible.

Pese a todo, estaban los dos algo más contentos. Si la banquisa se rompía, su sufrimiento y su espera habrían concluido. Espíritus, duendecillos y otros seres semejantes iban de un lado a otro por el hielo ingobernable, y en cualquier momento podían Kotuko y su compañera adentrarse en la región de Sedna junto a un sinfín de criaturas extrañas antes de haberse recuperado de la emoción. Cuando abandonaron su refugio, pasado el temporal, el ruido en el horizonte iba en aumento, y el hielo duro gemía y zumbaba por todas partes.

—Sigue esperando —dijo Kotuko.

La Cosa de ocho patas que habían visto tres días antes estaba sentada o agazapada en la cima de un promontorio, lanzando unos aullidos espeluznantes.

—Sigámoslo —dijo la chica—. Puede que conozca algún camino que no lleve a Sedna.

Pero tembló de debilidad al coger la cuerda del trineo. La Cosa se alejó por los riscos, despacio y con torpeza, siempre hacia el oeste y tierra adentro, y los jóvenes siguieron sus pasos mientras el estruendo de la masa de hielo flotante se acercaba cada vez más. El borde de la masa de hielo estaba roto y agrietado a lo largo de cuatro o cinco kilómetros tierra adentro y las placas de tres metros de grosor, con una superficie de entre pocos metros hasta casi diez hectáreas, chocaban, se hundían y se embestían unas a otras o se lanzaban contra las zonas en las que el hielo aún estaba intacto, sacudidas y zarandeadas por la furia de las olas. Este ariete de hielo era, por así decir, la vanguardia de las tropas con que el mar atacaba la banquisa. Las colisiones y temblores constantes casi ahogaban el ruido desgarrado de las placas que el mar desprendía de la masa de hielo flotante y empujaba por debajo de la banquisa como naipes escondidos apresuradamente debajo de un tapete. En las zonas menos profundas, las placas se iban apilando unas encima de otras hasta que la primera tocaba el fango a quince metros de profundidad y el mar, descolorido, impactaba contra el hielo enfangado de tal forma que la presión volvía a empujarlo todo hacia delante una vez más. Además de la banquisa, el vendaval y las corrientes estaban arrastrando auténticos icebergs, montañas de hielo arrancadas de las costas de Groenlandia o el litoral norte de la bahía de Melville. Avanzaban despacio, solemnes, rodeados por la espuma blanca de las olas como una flota de la Antigüedad, con todas sus velas desplegadas. Pero uno de estos icebergs, que parecía dispuesto a llevarse el mundo por delante, encalló sin remedio, se tambaleó y revolcó formando una masa de espuma, barro y hielo pulverizado, a la vez que otro mucho más pequeño y de menor altura embestía y rajaba la banquisa, despedía toneladas de residuos a uno y otro lado y cortaba, antes de detenerse, una brecha de más de un kilómetro y medio de

longitud. Algunos de estos icebergs caían como espadas, abriendo un canal de bordes afilados; otros se resquebrajaban y lanzaban una lluvia de bloques de varias docenas de toneladas cada uno y caían girando y silbando entre los montículos. Otros sacaban el cuerpo entero del agua después de encallar, como si se retorcieran de dolor, y se desplomaban sobre un costado mientras el mar azotaba su espalda. Toda esta actividad del hielo, que atropellaba, se amontonaba, se doblaba, se torcía y se arqueaba, cobrando toda clase de formas imaginables, se repetía a lo largo de la línea norte de la banquisa, hasta donde alcanzaba la vista. Desde la posición de Kotuko y su compañera, la confusión parecía poco más que una serie de inquietas ondulaciones en el horizonte, pero se acercaba por momentos y, a lo lejos, tierra adentro, se oyó una fuerte explosión, como el disparo de un cañón en la niebla. Esto significaba que la banquisa había encallado en los férreos acantilados de la isla de Bylot, que se encontraba al sur, a sus espaldas.

—Esto no había pasado nunca —dijo Kotuko, mirando a un lado y otro como alelado—. No es el momento. ¿Por qué se rompe el hielo precisamente ahora?

—Síguelo —gritó la chica, señalando a la Cosa que, medio cojeando, medio corriendo, iba como loca por delante de ellos.

Continuaron tirando del trineo de mano mientras el rugido del hielo en su avance se oía cada vez más cerca. Al final, todo cuanto los rodeaba empezó a partirse, y las grietas se abrían y chasqueaban como las fauces de un lobo. Sin embargo, donde estaba la Cosa, en un montón de bloques de hielo viejo de unos quince metros de altura, no se observaba ningún movimiento. Arrastrando a su compañera, Kotuko consiguió alcanzar el pie del montículo. Las voces del hielo sonaban cada vez más fuertes, pero el montículo resistía firmemente y, cuando la chica miró a Kotuko, él levantó el codo derecho en perpendicular, la señal con que los inuit indican que hay una isla. Y a una isla los había conducido la renqueante criatura de ocho patas: a un islote con un saliente de granito y playas de arena, calzado, vestido y forrado de hielo, de tal modo que nadie habría podido distinguirlo de la banquisa. Pero debajo de esta superficie helada había tierra firme y no más placas de hielo en movimiento. Los bordes de las masas flotantes se iban astillando al chocar y rebotar con estrépito contra las orillas, y un amable banco de arena que se extendía hacia el norte desviaba los bloques más grandes lo mismo que la reja de un arado separa las piedras. Existía el peligro, claro está, de que alguna plancha de hielo muy compactada pudiera embestir la playa y rebanar la parte superior del islote, pero esto no preocupaba a los dos jóvenes cuando construyeron su iglú y empezaron a comer, atentos a los golpes y el deslizamiento del hielo en la playa. La Cosa había desaparecido y Kotuko, muy emocionado, agazapado junto a la lámpara, hablaba de su poder sobre los espíritus. En mitad de este acalorado parlamento, su compañera empezó a reírse y a balancear el cuerpo adelante y atrás.

Por encima de su hombro, arrastrándose paso a paso hasta el iglú, se veían dos cabezas, una rubia y otra negra, de los perros más tristes y avergonzados que quepa

imaginar. Uno de ellos era Kotuko, y el otro el antiguo jefe de tiro. Estaban gordos, tenían buen aspecto y parecían completamente curados de la locura, pero iban atados el uno al otro de una manera rarísima. Quizá recordéis que, cuando el jefe negro se escapó, llevaba puesto el arnés. Pues bien, debía de haberse encontrado con Kotuko y haber jugado o peleado con él, porque la correa que le pasaba por los hombros se había enganchado en el collar de cobre trenzado de Kotuko y se había tensado de tal forma que ninguno de los dos alcanzaba a morderla, y así estaban pegados el uno al cuello del otro. Esta circunstancia, sumada a la libertad para cazar a su antojo, quizá les había ayudado a vencer la locura. Estaban muy tranquilos.

La chica empujó a los avergonzados perros hacia Kotuko, casi llorando de la risa.

—Ahí tienes a Quiquern, el que nos ha salvado. ¡Mira sus ocho patas y sus dos cabezas!

Kotuko cortó la correa para separar a los perros, que se echaron a sus brazos como si trataran de explicar cómo habían recobrado el juicio. El chico les acarició las costillas y vio que estaban gordos y bien protegidos.

—Han encontrado comida —dijo, con una sonrisa—. Creo que no iremos a Sedna todavía. Mi tornaq nos ha enviado a los perros. La enfermedad los ha abandonado.

En cuanto terminaron de saludar a Kotuko, los dos perros, que llevaban varias semanas obligados a dormir, comer y cazar juntos, se lanzaron el uno al cuello del otro y riñeron un hermoso combate en el iglú.

—Los perros no se pelean cuando tienen el estómago vacío —dijo Kotuko—. Han encontrado a la foca. Vamos a dormir. Pronto tendremos comida.

Cuando se despertaron, había agua en la playa del norte de la isla y el mar había arrastrado tierra adentro todos los bloques de hielo sueltos. El ruido de las olas es uno de los más queridos para los inuit, pues significa que la primavera está en camino. Los jóvenes se cogieron de la mano y sonrieron: el nítido rugido del oleaje entre las masas de hielo les hizo evocar la temporada del salmón y del reno, y el olor de los sauces enanos. El mar espumeaba entre los bloques de hielo, de tan intenso como era el frío, pero un resplandor rojizo iluminaba el horizonte, y eso era la luz del sol. Más que verlo salir era como oírlo bostezar en sueños, y el resplandor duró apenas unos minutos, pero era el signo del cambio de estación. Y esto, así lo sintieron Kotuko y su compañera, nada podía alterarlo.

Kotuko encontró a los perros delante del iglú, peleándose por una foca que acababan de cazar y que iba siguiendo a los peces desorientados por el temporal. Era la primera de las veinte o treinta focas que llegaron a la isla a lo largo del día y, hasta que el mar se congeló del todo, se vieron cientos de cabezas pequeñas y oscuras retozando en la orilla y flotando entre los bloques de hielo.

Era estupendo volver a comer hígado de foca, rellenar las lámparas de grasa de ballena sin escatimar y ver cómo la llama alcanzaba un metro de altura; pero, en cuanto el hielo del mar se endureció lo suficiente, Kotuko y su compañera cargaron el trineo e hicieron tirar a los perros como no habían tirado en su vida, pues temían que

algo hubiera ocurrido en el poblado. El tiempo seguía siendo implacable, pero es más fácil tirar de un trineo cargado de comida que cazar con hambre. Dejaron veinticinco focas enterradas en el hielo de la playa, listas para aprovecharlas, y se apresuraron a regresar con los suyos. Los perros les indicaron el camino en cuanto Kotuko les explicó lo que quería y, aunque no se veía ninguna señal por ninguna parte, dos días más tarde estaban ladrando a las puertas del poblado de Kadlu. Solo tres perros contestaron a los ladridos; a los demás se los habían comido, y las casas estaban casi a oscuras. Pero cuando Kotuko gritó: *Oio!* (carne hervida), varias voces respondieron débilmente; y, cuando pasó lista a todos los habitantes del poblado, uno por uno y con voz clara, vio que nadie faltaba.

Una hora más tarde las lámparas resplandecían en casa de Kadlu, donde las cazuelas ya empezaban a humear y del techo caían gotas de agua, porque Amoraq estaba preparando comida para todo el poblado. El hermanito de Kotuko mordisqueaba una sabrosa tira de grasa seca, y los cazadores despacio y metódicamente se atiborraban de carne de foca hasta que ya no podían más. Kotuko y su compañera contaron sus aventuras. Los dos perros estaban sentados entre los jóvenes y cada vez que oían decir su nombre ladeaban una oreja y miraban completamente avergonzados. Un perro que se vuelve loco y se recupera, dicen los inuit, está a salvo para siempre de la enfermedad.

—Así que la *tornaq* no se olvidó de nosotros —dijo Kotuko—. Se desató la tormenta, se rompió el hielo y las focas siguieron a los peces asustados por el temporal. Los nuevos respiraderos están ahora a menos de dos días de camino. Que vayan mañana los buenos cazadores y traigan las focas que he matado: he dejado veinticinco enterradas en el hielo. Cuando nos las hayamos comido todas, iremos a por las que hay en las masas de hielo flotante.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó el hechicero, con la misma voz con que se dirigía a Kadlu, el más rico de los tununirmiut.

Kotuko miró a la chica del norte.

—Vamos a construir una casa —dijo en voz baja, señalando al noroeste de la casa de Kadlu, pues el hijo o la hija que se casan se instalan siempre en esa dirección.

La chica volvió las palmas de las manos hacia arriba y se estremeció ligeramente de desesperanza. Era una extranjera, la habían recogido medio muerta de hambre y no podía aportar nada a su nuevo hogar.

Amoraq se levantó de un salto del banco en el que estaba sentada y empezó a amontonar cosas en las rodillas de la muchacha: lámparas de piedra, espátulas de hierro para curtir las pieles, cazuelas de hojalata, pieles de reno bordadas con dientes de buey almizclero y agujas grandes, como las que usan los marineros; la mejor dote que jamás se había visto en los confines del Círculo Polar Ártico. Y la joven se inclinó hasta tocar el suelo con la cabeza.

—¡Estos también! —dijo Kotuko, riéndose y señalando a los dos perros, que acercaron los hocicos fríos a las mejillas de la muchacha.

—Ah —dijo el *angekok*, y carraspeó con aires de importancia, como si hubiera estado reflexionando sobre todo aquello—. En cuanto Kotuko dejó el poblado, fui a la Casa de los Cánticos y entoné las palabras mágicas. Pasé largas noches cantando, invocando al Espíritu del Reno. Fueron mis cánticos los que desataron la tempestad que rompió el hielo. Mi cuerpo estaba en el *quaggi*, muy quieto, pero mi espíritu iba corriendo por el hielo, guiando a Kotuko y a los perros en todo lo que hacían. Eso hice.

Como todos tenían sueño y la tripa llena, nadie le llevó la contraria. Y el *angekok* se sirvió otro trozo de carne hervida y se acostó para dormir al lado de los demás, en la casa bien caldeada, iluminada e impregnada de olor de grasa.

Kotuko, que dibujaba muy bien al estilo inuit, dibujó todas estas aventuras en una placa de marfil alargada que tenía un agujero en un extremo. Cuando se marchó con su compañera al norte de la isla de Ellesmere, el año del Maravilloso Invierno Abierto, dejó su narración dibujada al cuidado de Kadlu, que la perdió un verano entre las piedras de una playa cuando se rompió su trineo a orillas del lago Netilling, en Nikosiring. Allí la encontró la primavera siguiente un inuit del lago, que se la vendió en Imigen al intérprete de un ballenero en Cumberland Sound, y este, a su vez, se la vendió a Hans Olsen, que más tarde sería el contramaestre de un vapor noruego que llevaba turistas al cabo Norte. Cuando terminaba la temporada turística, el vapor hacía la ruta entre Londres y Australia, con escala en Ceilán, y fue allí donde Olsen le vendió la placa de marfil a un joyero cingalés, a cambió de unos zafiros falsos. Yo la encontré en una casa de Colombo, entre un montón de trastos, y la he traducido de principio a fin.

ANGUTIVUM TINA

Esta es una traducción muy libre de la *Canción del cazador que regresa*, tal como la cantaban los hombres cuando volvían de cazar focas. Los inuit siempre repiten las cosas muchas veces.

Con los guantes tiesos de sangre congelada
y las pieles cubiertas de nieve amontonada,
cargados de focas —¡de focas!— volvemos
desde el filo de una placa de hielo.

Au yana! Aua! Oha! Haq!
Y en el tiro aúllan los perros:
y el látigo restalla fiero;
y volvemos los hombres, ya volvemos,
desde el filo de una placa de hielo.

Seguimos a las focas a sus respiraderos.
¡Ahí se oye un movimiento!
Uno señala el sitio, yo la espero,
en el filo de una placa de hielo.

Cuando asoma el hocico, la lanza levantamos,
y, ¡así, deprisa!, la asaeteamos
hasta que vemos que el animal ha muerto
en el filo de una placa de hielo.

Con los guantes pegajosos de sangre congelada
y los ojos cegados por la nieve arrastrada;
junto a nuestras mujeres ya volvemos,
¡desde el filo de una placa de hielo!

Au yana! Aua! Oha! Haq!
Y en el tiro aúllan los perros.
Así saben las mujeres que los hombres volvemos
desde el filo de una placa de hielo.

Los perros rojos

Por nuestras noches blancas y grandiosas.
Por esas noches de veloz carrera,
¡cazadores resueltos, intrépidos, sagaces!
Por la fragancia pura de la aurora,
y los campos perlados de rocío.
Por el trote ligero entre la bruma
y en su espantada el terror de la presa.
Por el grito de nuestros compañeros
cuando el *sambur* acorralado queda.
¡Por el tumulto y riesgo de la noche!
Por el sueño en la boca de la cueva.
Entramos en combate:
¡aullad! ¡Aullad sin tregua!

Fue después del asalto de la selva cuando comenzó la parte más agradable de la vida de Mougli. Tenía la conciencia tranquila del que ha pagado una deuda justa y en la selva todos eran sus amigos, porque todos lo temían. Con las cosas que había hecho, visto y oído mientras fue de pueblo en pueblo, a solas o acompañado por sus cuatro compañeros, podrían escribirse muchísimos cuentos, todos ellos tan largos como este. Pero nunca os contarán su encuentro con el elefante loco de Mandla, el que mató veintidós bueyes que tiraban de once carros cargados con monedas de plata para llevarlos a las arcas del Tesoro Público, y esparció las rupias relucientes por el suelo. O cómo peleó con Yacala, el cocodrilo, toda una larga noche en las marismas del norte, y su cuchillo de desollar acabó partiéndose en la dura coraza del lomo de la bestia. O cómo encontró un cuchillo nuevo y más largo, colgado del cuello de un hombre al que había matado un jabalí, y cómo siguió el rastro del jabalí y lo mató, para pagar un precio justo por el cuchillo. O cómo, cuando se declaró la Gran Hambruna[6] y se vio sorprendido por una migración de ciervos, casi muere pisoteado por las manadas enloquecidas. O cómo salvó a Hati el Silencioso de quedar atrapado en un foso con una estaca en el fondo, y cómo, al día siguiente, él mismo cayó en una trampa para leopardos de lo más astuta y Hati destrozó los gruesos barrotes de madera. O cómo ordenó a las búfalas del pantano que…

Pero no podemos contar más de un cuento a la vez. Cuando murieron Padre Lobo y Madre Loba, Mougli empujó una piedra bien grande hasta la boca de la cueva y lloró por ellos, entonando el *Canto de la muerte*. Balú estaba viejo y agarrotado, y hasta Baguira, que tenía los nervios de acero y los músculos de hierro, parecía más lenta en la caza. El pelo de Akela había pasado del gris al blanco lechoso, de pura

vejez; se le marcaban las costillas y andaba como si fuera de madera, así que Mougli cazaba para él. Pero los lobos jóvenes, los hijos de la manada de Sioni, ahora disuelta, prosperaban y se multiplicaban, y cuando llegaron a ser cerca de cuarenta lobos, sin jefe, de cinco años y pies ligeros, Akela les aconsejó que se unieran bajo el mando de un líder y siguieran la Ley, como corresponde al pueblo libre.

Este era un asunto en el que Mougli no quiso intervenir, pues, como él decía, había probado la fruta agria y sabía de qué árbol colgaba; pero cuando Fao, hijo de Faona (su padre era el Rastreador Gris de los tiempos de Akela), peleó por la jefatura de la manada, de acuerdo con la Ley de la Selva, y cuando las antiguas voces y las antiguas canciones volvieron a resonar bajo las estrellas, Mougli regresó a la Roca del Consejo para recordar los viejos tiempos. Si quería hablar, nadie le interrumpía, y se sentaba en la Roca al lado de Akela, por encima de Fao. Eran tiempos de buena caza y buen sueño. Ningún forastero se atrevía a adentrarse en los territorios del pueblo de Mougli, como llamaban a la manada. Los lobos jóvenes crecían sanos y fuertes, y había muchos lobatos que llevar al Reconocimiento de los demás. Mougli siempre participaba en el Reconocimiento, pues recordaba muy bien la noche en que una pantera negra llevó a un niño desnudo, de piel oscura, para que la manada lo reconociese, y cada vez que oía repetirse la llamada: «Mirad, mirad bien, oh lobos», su corazón se estremecía y se llenaba de sensaciones extrañas. Aparte de estas ocasiones, siempre estaba lejos, en la selva, saboreando, tocando, viendo y experimentando cosas nuevas.

Iba un día, al atardecer, trotando tranquilamente por los montes para darle a Akela la mitad de un ciervo que había matado, seguido de sus cuatro lobos, que a veces discutían y tropezaban unos con otros, de pura alegría de vivir, cuando oyó un grito que no había vuelto a oír desde los malos tiempos de Shir Jan. Era lo que en la selva llaman el *fial*, una especie de aullido que emite el chacal cuando va a la zaga de un tigre que está cazando o cuando se está tramando una gran matanza. Imaginad una mezcla de odio, triunfo, miedo y desesperación, con un toque de recelo y podréis haceros una idea del *fial* que creció, menguó y se propagó, temblando, por todo el Waingunga. Los cuatro lobos gruñeron y se erizaron. Mougli echó mano de su cuchillo y también él se detuvo, como petrificado.

—Ninguna fiera a rayas se atrevería a matar aquí —dijo al fin.

—Esa no es la señal de alarma —dijo Hermano Gris—. Es una matanza grande. ¡Escuchad!

Otra vez resonó el mismo aullido, entre sollozante y ahogado, como si el chacal tuviera los labios suaves de los seres humanos. Mougli respiró hondo y fue corriendo a la Roca del Consejo, adelantando en el camino a otros lobos de la manada que corrían como él. Fao y Akela ya estaban en la Roca, y debajo, tensos hasta la última fibra, se encontraban los demás. Las madres y los lobatos volvieron a sus cubiles a medio galope, pues cuando se oye el *fial* los más débiles tienen que recogerse.

No se oía nada más que el borboteo del Waingunga en la oscuridad y los vientos

del atardecer en las copas de los árboles, cuando de repente, una voz llamó desde la otra orilla del río. No era un lobo de la manada, pues todos se habían congregado en la Roca. La llamada se convirtió en un aullido largo y desconsolado que decía «¡Dole! ¡Dole! ¡Dole!». Poco después oyeron unos pasos cansados en las rocas, y un lobo demacrado y chorreante, con los flancos tiznados de rojo y las patas delanteras destrozadas, echando espuma por la boca, irrumpió en el círculo y se tumbó, jadeando, a los pies de Mougli.

—¡Buena caza! ¿Quién es tu jefe? —preguntó Fao con voz grave.

—¡Buena caza! Soy Wontola —fue la respuesta. Quería decir que era un lobo que vivía apartado de los demás, que se valía por sí mismo y había dejado a su compañera y a sus lobatos en algún cubil recóndito. Wontola significa «el que no pertenece a ninguna manada». Cuando jadeaba, se veía cómo le latía el corazón.

—¿Qué se mueve? —dijo Fao, pues esta es la pregunta que se hace en la selva cuando se oye el *fial*.

—Los doles, los doles del Decán: los perros rojos, ¡los asesinos! Han venido al norte, desde el sur, diciendo que el Decán estaba vacío y matando por el camino. Esta última luna nueva tenía yo cuatro bocas que alimentar: mi compañera y tres lobatos. Ella les estaba enseñando a cazar en las llanuras de hierba, escondidos para guiar a los ciervos, como hacemos en campo abierto. A medianoche los oí ladrar mucho. Con el viento del amanecer los encontré tiesos en la hierba: a los cuatro, del pueblo libre, a los cuatro, ¡esta misma luna nueva! Entonces fui en busca de mi deuda de Sangre y encontré a los doles.

—¿Cuántos eran? —quiso saber Mougli. Y un profundo gruñido salió de todas las gargantas.

—No lo sé. Tres de ellos no volverán a matar, pero al final me han echado como al ciervo; con tres patas me han echado. ¡Mirad, pueblo libre!

Enseñó la pata delantera destrozada, cubierta de sangre oscura y seca. Tenía unas dentelladas brutales en los flancos y el gaznate desgarrado.

—Come —dijo Akela, apartándose de la carne que Mougli le había llevado.

El lobo hambriento se abalanzó sobre la comida.

—No habéis desperdiciado esta carne —dijo humildemente cuando terminó de saciar su hambre—. Dadme un poco de fuerzas, pueblo libre, y ¡también yo mataré! Mi cubil, lleno esta misma luna nueva, está ahora vacío, y voy a cobrarme la deuda de sangre.

Fao oyó el chasquido de su mandíbula y asintió con un gruñido.

—Necesitaremos esas mandíbulas —dijo—. ¿Iban los perros rojos con sus cachorros?

—No, no. Eran todos cazadores, perros adultos, grandes y fuertes.

Esto significaba que los doles, los perros rojos del Decán, estaban en pie de guerra, y los lobos sabían muy bien que incluso un tigre se rinde ante ellos y les cede su presa. Atraviesan la selva atacando y despedazando a cuantos se cruzan en su

camino. Aunque no son tan grandes como el lobo, y ni siquiera la mitad de astutos, son muy fuertes y son muchos. Los doles no se llaman manada hasta que se reúnen cien ejemplares fuertes, mientras que cuarenta lobos ya componen una buena manada. Mougli, en sus correrías, había llegado hasta el borde de las llanuras del Decán, cubiertas de altas hierbas, y había visto con frecuencia a los perros rojos, que no saben lo que es el miedo, durmiendo, jugando y rascándose entre los pequeños agujeros y matorrales que les sirven de guarida. Mougli los despreciaba y los odiaba porque no olían como el pueblo libre, porque no vivían en cuevas y, sobre todo, porque tenían pelo entre los dedos, mientras que él y sus amigos tenían los pies limpios. Sabía, sin embargo, pues Hati se lo había contado, que una manada de perros rojos era una cosa horrible. Incluso él se apartaba de su camino. Y es que, hasta que los matan a todos, o hasta que escasea la caza, los perros rojos siguen adelante y acaban con todo lo que encuentran.

Akela también los conocía un poco. En voz baja, le dijo a Mougli:

—Es mejor morir entre toda la manada que sin guía y solo. Esta será una buena cacería, y la última para mí. Tú, hermanito, con lo que viven los hombres, aún tienes por delante muchas noches y muchos días. Ve al norte y escóndete, y, si algún lobo ha sobrevivido al paso de los perros rojos, te contará cómo ha sido el combate.

—Vaya, vaya —dijo Mougli, con voz grave—. ¿Quieres que vaya a las marismas a pescar peces pequeños y a dormir en un árbol, o mejor pido ayuda a los bandar-log y me dedico a comer nueces mientras la manada pelea a mis pies?

—Será un combate a muerte —dijo Akela—. No conoces al dole, al asesino rojo. Hasta el tigre…

—¡Eh! ¡Eh! —interrumpió Mougli en tono cariñoso—. Yo he matado a un mono con rayas. Y ahora, escúchame bien. Hubo un lobo, mi padre, y una loba, mi madre, y un lobo viejo y gris (no demasiado sabio y ahora blanco) que fue mi padre y mi madre. Por eso —levantó la voz—, por eso digo que cuando vengan los perros rojos, si es que vienen, Mougli y el pueblo libre serán una misma piel en ese combate. Y digo, por el toro que me compró, por el toro que Baguira ofreció por mí hace mucho tiempo, en una época de la que no os acordáis, digo para que me oigan los árboles y el río, y me recuerden mi promesa si la olvido, digo que este cuchillo mío será como un colmillo de la manada, y no creo que le falte filo. Esta es mi palabra, y así os la he contado.

—Tú no conoces a los perros rojos, hombre con lengua de lobo —respondió Wontola—. Yo solo busco cobrar mi deuda de sangre, no que me despedacen. Se mueven despacio, matando a su paso, pero en dos días habré recuperado un poco de fuerza e iré a cobrar mi deuda. A vosotros, pueblo libre, os aconsejo que os vayáis al norte, aunque paséis un poco de hambre, hasta que los perros rojos se hayan marchado. No hay tregua en esta lucha.

—¿Habéis oído al ermitaño? —dijo Mougli con una carcajada—. ¡Nos manda al norte, a los del pueblo libre, a comer lagartijas y ratas de la orilla, no vaya a ser que

nos encontremos con los perros rojos! Quiere quedarse matando en nuestro territorio mientras nosotros nos escondemos en el norte hasta que él quiera devolvérnoslo. ¡Son perros rojos (y perros cobardes), con la panza amarilla, sin guarida y con pelo entre los dedos! Tienen camadas de hasta seis y ocho cachorros, como Chikái, esa rata pequeña y saltarina. Está claro que tenemos que huir, pueblo libre, y pedir a los pueblos del norte que nos dejen las sobras del ganado muerto. Ya conocéis el dicho: «En el norte bichos y en el sur piojos». Nosotros somos la selva. Elegid, lobos. Elegid. ¡Es una buena caza! ¡Por la manada, por toda la manada, por el cubil y la camada! ¡Por los que han muerto dentro y fuera; por la compañera que conduce a los gamos y los lobatos dentro de la cueva! ¡Luchemos, luchemos, luchemos!

La manada respondió con un profundo aullido que resonó en la noche como un árbol que cae.

—Luchemos —gritaron.

—Quedaos con ellos —dijo Mougli a los cuatro—. Vamos a necesitar hasta el último colmillo. Fao y Akela que preparen la batalla. Yo voy a contar cuántos son esos perros.

—¡Será la muerte! —gritó Wontola, incorporándose a medias—. ¿Qué puede hacer una criatura sin pelo contra los perros rojos? Recuerda que incluso el tigre…

—Se nota que no eres de ninguna manada —dijo Mougli—. Ya hablaremos cuando los perros rojos estén muertos. ¡Buena caza a todos!

Echó a correr, en la oscuridad, muy agitado, sin apenas mirar dónde pisaba, y, como es natural, acabó cayendo, cuan largo era, encima de los grandes anillos de Ka, que andaba al acecho de los ciervos en una senda, cerca del río.

—¡Ksssa! —protestó la serpiente, enfadada—. ¿Son estas maneras de ir por la selva, pisoteando, alborotando y estropeando una noche de cacería, cuando la caza se presentaba tan bien?

—Lo siento —dijo Mougli, incorporándose—. La verdad es que te estaba buscando, cabeza plana, pero cada vez que nos encontramos has crecido y ensanchado un trozo tan grande como mi brazo. No hay nadie en toda la selva como tú, sabia, anciana, fuerte y bellísima Ka.

—¿Adónde lleva este rastro? —preguntó Ka, suavizando el tono—. No ha pasado ni una luna desde que un hombrezuelo con un cuchillo me tiró piedras a la cabeza y me llamó cosas muy feas por dormir al aire libre.

—Sí, y por espantar a los ciervos cuando Mougli estaba cazando, porque esta cabeza plana estaba sorda y no oyó su silbido para que dejara libres las sendas de los ciervos —contestó Mougli sin inmutarse, sentándose entre los anillos de colores.

—Y ahora el mismo hombrezuelo viene con palabras tiernas a dar coba a esta cabeza plana y a decirle que si es sabia y fuerte y bonita, y esta cabeza plana se lo cree y se enrosca para hacerle un huequecito, así, porque este hombrezuelo que le tiraba piedras y… ¿Estás cómodo? ¿Puede ofrecerte Baguira un asiento así de bueno?

Ka, como de costumbre, había formado una especie de hamaca con su cuerpo

debajo de Mougli, que buscó a tientas con la mano para alcanzar el cuello flexible como un cable y apoyar la cabeza de la serpiente en su hombro, y acto seguido le contó todo lo que había pasado esa noche en la selva.

—Sabia no sé si soy, pero sorda, desde luego. De otro modo tendría que haber oído el *fial*. No me extraña que los comedores de hierba estén tan nerviosos. ¿Cuántos son esos perros rojos?

—Todavía no lo sé. He venido a verte a ti primero. Eres más vieja que Hati, pero ¡ay, Ka —y aquí Mougli se retorció de alegría—, será una gran cacería! Pocos de nosotros volveremos a ver otra luna.

—¿Tú también vas a participar? Recuerda que eres un hombre, y recuerda que la manada te expulsó. Deja que los lobos se encarguen de los perros. Tú eres un hombre.

—Las nueces de ayer son hoy tierra fértil —dijo Mougli—. Es verdad que soy un hombre, pero el estómago me dice que esta noche he dicho que soy un lobo. He pedido al río y a los árboles que me lo recuerden. Pertenezco al pueblo libre, Ka, hasta que los perros rojos se vayan de aquí.

—Pueblo libre —gruñó Ka—. ¡Ladrones libres! Y ¡tú te atas con el nudo de la muerte por honrar la memoria de unos lobos muertos! Esto no es buena caza.

—He dado mi palabra. Los árboles lo saben; el río lo sabe. Hasta que se vayan los perros rojos, mi palabra no es mía.

—¡Ksss! Eso cambia todos los rastros. Había pensado llevarte conmigo a las marismas del norte, pero la palabra, incluso la de un hombrezuelo desnudo y sin pelo, es lo primero. Por eso, yo, Ka, te digo…

—Piénsalo bien, cabeza plana, no vayas a atarte tú también con el nudo de la Muerte. No necesito tu palabra, pues sé muy bien…

—Así sea entonces —dijo la serpiente—. No te daré mi palabra. Pero ¿te dice el estómago cuándo llegarán los perros rojos?

—Tienen que cruzar el Waingunga. Pensaba matarlos con mi cuchillo en la orilla, con ayuda de la manada. Así, entre mis cuchilladas y sus ataques, quizá consigamos que vuelvan río abajo o que se les enfríe un poco la garganta.

—Los perros rojos no huyen y siempre tienen la garganta caliente —dijo Ka—. No quedará ni rastro del hombrezuelo y de los lobatos cuando esa cacería haya terminado. No quedarán más que huesos secos.

—Si morimos, pues morimos. Habremos disfrutado de una buena caza. Pero mi estómago es joven, y aún no he visto muchas lluvias. No soy ni sabio ni fuerte. ¿Se te ocurre un plan mejor, Ka?

—Yo he visto cientos y cientos de lluvias. Antes de que Hati echara los colmillos de leche mi rastro ya estaba grabado en la tierra. Por el primer huevo, soy más vieja que muchos árboles, y he visto todo cuanto se ha hecho en la selva.

—Pero esta caza es diferente —dijo Mougli—. Es la primera vez que los perros rojos se cruzan en nuestro rastro.

—Lo que es ha sido. Lo que será no es más que un año olvidado que vuelve atrás al recibir un golpe. Estate quieto mientras repaso mis años.

Una hora larga estuvo Mougli tumbado entre los anillos, jugando con su cuchillo, mientras Ka, con la cabeza inmóvil en la tierra, pensaba en todo lo que había visto y aprendido desde el día en que salió del huevo. Parecía que la luz había abandonado sus ojos, convirtiéndolos en dos ópalos viejos, y de vez en cuando, con el cuello muy tieso, movía la cabeza a un lado y a otro, como si cazara en sueños. Mougli se echó una siesta tranquilamente, pues sabía que no hay nada como un buen sueño antes de ir de caza, y era capaz de quedarse dormido a cualquier hora del día o de la noche.

Notó entonces que el cuerpo de la enorme pitón crecía, se ensanchaba y se inflaba, silbando como una espada al salir de una vaina de acero.

—He visto todas las estaciones muertas —dijo Ka por fin— y a los árboles más grandes y a los elefantes más viejos, y las rocas desnudas y afiladas antes de cubrirse de musgo. ¿Sigues vivo, hombrezuelo?

—Acaba de salir la luna —dijo Mougli—. No entiendo…

—¡Chsss! Vuelvo a ser Ka. Ya sabía yo que solo ha pasado un rato. Ahora iremos al río y te enseñaré cómo hay que enfrentarse con los perros rojos.

Dio media vuelta y, recta como una flecha, se lanzó hacia la corriente principal del Waingunga, zambulléndose un poco más arriba de la charca que cubría la Roca de la Paz, con Mougli a su lado.

—No, no nades. Yo voy más deprisa. Sube a mi espalda, hermanito.

Mougli se agarró al cuello de Ka con el brazo izquierdo, dejó el derecho pegado al cuerpo y estiró los pies. Ka remontó la corriente como solo ella sabía, y la ondulación del agua frenada se levantó como una orla alrededor del cuello de Mougli, que iba dando bandazos con los pies en el remolino que formaban los costados como látigos de la serpiente. A unos dos kilómetros de la Roca de la Paz, aguas arriba, el Waingunga se estrecha y atraviesa una garganta de rocas de mármol de unos veinticinco o treinta metros de altura, y la corriente corre como un saetín entre una infinidad de piedras peligrosas. Pero Mougli iba muy tranquilo: no había en el mundo agua que lo asustara. Contemplaba las paredes de la garganta y olisqueaba con disgusto, pues notaba en el ambiente un olor agridulce, muy parecido al de un hormiguero grande en un día de calor. Se sumergió instintivamente, asomando la cabeza lo justo para respirar, y Ka se ancló a una roca hundida, rodeándola con una doble vuelta de la cola, y sujetó a Mougli en el hueco de uno de sus anillos mientras el agua pasaba a toda velocidad.

—Este es el Lugar de la Muerte —dijo el chico—. ¿Por qué hemos venido aquí?

—Están durmiendo —contestó Ka—. Hati no se aparta del camino del tigre. Pero Hati y el tigre juntos se apartan del camino del dole, y dicen que el dole no se aparta del camino de nadie. Pero ¿de quién se aparta el pueblo pequeño de las rocas? Dime, amo de la selva, ¿quién es el amo de la selva?

—Ellas —susurró Mougli—. Es el Lugar de la Muerte. Vámonos de aquí.

—No, mira bien, porque están dormidas. Todo está igual que cuando yo no era más grande que tu brazo.

Las rocas de la garganta del Waingunga, partidas y erosionadas, eran desde los orígenes de la selva el hogar del pueblo pequeño de las rocas: las frenéticas, feroces y agresivas abejas de la India. Y, como bien sabía Mougli, todas las sendas se desviaban un kilómetro y medio para alejarse de su territorio. El pueblo pequeño llevaba siglos enjambrando, pululando de grieta en grieta y volviendo a enjambrar, tiñendo el mármol blanco de miel vieja y haciendo panales altos, profundos y negros en la oscuridad de sus cuevas, que ni hombre ni bestia ni fuego ni agua habían tocado jamás. Las dos paredes de la garganta estaban tapizadas, por así decir, por unas cortinas de brillante terciopelo negro, y Mougli se sumergió mientras las contemplaba, pues eran millones de abejas apiñadas y dormidas. Había en la cara de la roca abultamientos, festones y formas con apariencia de troncos carcomidos —eran panales viejos, de años pasados, o nuevas ciudades construidas a la sombra de la garganta en la que no entraban los vientos—, y enormes masas de residuos podridos y esponjosos enganchadas en los árboles y las lianas que crecían en las paredes. Prestando atención, más de una vez oyó Mougli el chasquido y el roce de un panal cargado de miel que se volcaba o caía en algún rincón de las oscuras galerías, seguido de un aleteo enfurecido y el triste gotear de la miel derramada, que se deslizaba hasta el borde de alguna cornisa al aire libre y caía muy despacio sobre las ramas. A un lado del río había una playa diminuta, de menos de un metro y medio de ancho, en la que se habían ido amontonando los desechos de años y años: abejas muertas, zánganos, hojarasca, panales endurecidos y alas de polillas y escarabajos voladores que se adentraban atraídos por la miel, todos revueltos en suaves montones de un finísimo polvo negro. El olor tan intenso que desprendían bastaba por sí solo para asustar a cualquier ser sin alas que conociese al pueblo pequeño.

Ka volvió a lanzarse río arriba hasta un banco de arena que se extendía en la cabecera de la garganta.

—Aquí está la matanza de la temporada —dijo—. ¡Mira!

En la orilla se veían los esqueletos de un búfalo y un par de ciervos jóvenes. Mougli se fijó en que los huesos tenían una posición natural, porque ningún lobo o chacal los había tocado.

—Cruzaron la línea sin darse cuenta —murmuró Mougli— y el pueblo pequeño los mató. Vámonos antes de que se despierten.

—No se despertarán hasta que amanezca —dijo Ka—. Ahora te voy a contar. Un ciervo acorralado vino del sur, hace muchas, muchas lluvias. Vino del sur, sin conocer la selva, perseguido por una manada. Cegado por el terror, saltó desde el acantilado, al ver que la manada enfurecida y rabiosa le pisaba los talones. El sol estaba alto. Los del pueblo pequeño eran muchos y estaban muy enfadados. También eran muchos los de la manada, que de un salto se lanzaron al Waingunga, pero murieron antes de entrar en el agua. Los que no saltaron también murieron en el filo

de las rocas. Pero el ciervo sobrevivió.

—¿Cómo?

—Porque llegó primero, corrió mucho y saltó antes de que las abejas se dieran cuenta: cuando se concentraron para matar, él ya estaba en el agua. La manada, que lo seguía, se lanzó contra la masa del pueblo pequeño, a quien el ciervo había despertado.

—¿El ciervo sobrevivió? —repitió Mougli despacio.

—Al menos no murió ese día, a pesar de que no había nadie esperándolo abajo con un cuerpo fuerte para protegerlo del choque del agua, como sí haría cierta cabeza plana vieja, gorda, sorda y amarilla, si el que saltara fuera cierto hombrezuelo. Sí, aunque todos los perros rojos del Decán le siguieran el rastro. ¿Qué te dicen las tripas?

Ka tenía la cabeza apoyada en el hombro húmedo de Mougli y su lengua vibró junto a la oreja del chico. Hubo un largo silencio hasta que Mougli susurró:

—Esto es como tirar del bigote a la mismísima Muerte, pero… Ka, tú eres sin duda la más sabia de toda la selva.

—Eso dicen muchos. Y ahora escucha, si los perros rojos te siguen…

—Seguro que me seguirán. ¡Ja, ja! Tengo muchas espinas debajo de la lengua para clavárselas en los flancos.

—Si te persiguen cegados por la rabia, sin perderte de vista, los que no mueran arriba se tirarán al agua, o aquí o más abajo, porque el pueblo pequeño se levantará y los envolverá por completo. Ahora bien, las aguas del Waingunga son voraces, y ellos no contarán con una Ka que los recoja. Los que no mueran irán río abajo, hasta las orillas de las guaridas de Sioni, y allí tu manada podrá atacarlos.

—¡Ahai! ¡Aiouaua! No puede haber nada mejor hasta que caigan las lluvias en la estación seca. Ya solo queda el asuntillo de la carrera y el salto. Llamaré la atención de los perros, para que me sigan de cerca.

—¿Has visto las rocas que tienes encima? ¿Desde arriba?

—La verdad es que no. Se me había olvidado.

—Pues ve a verlas. El terreno está podrido, lleno de zanjas y agujeros. Un paso en falso con esos pies patosos y se acabó la caza. Bueno, aquí te dejo. Y por tu bien, a la manada solo le diré dónde tiene que esperar a los perros rojos. No soy yo muy amiga de ningún lobo.

Cuando Ka le tomaba manía a alguien, podía ser más desagradable que nadie en toda la selva, descontando tal vez a Baguira. Se fue nadando río abajo y enfrente de la Roca se encontró con Fao y Akela, atentos a los ruidos de la noche.

—¡Chsss, perros! —saludó alegremente—. Los doles bajarán por el río. Si no tenéis miedo podéis matarlos en los bajíos.

—¿Cuándo vendrán? —preguntó Fao.

—Y ¿dónde está mi cachorro humano? —dijo Akela.

—Vendrán cuando vengan —respondió Ka—. Ya lo veréis. Y tu cachorro

humano, que ha dado su palabra y con ello se ha expuesto a la Muerte, tu cachorro humano está conmigo, y si no está muerto ya no es gracias a ti, ¡perro desteñido! Esperad aquí a esos perros rojos, y alegraos de que el cachorro humano y yo os cubramos el flanco.

Ka volvió a lanzarse corriente arriba y amarró en el centro de la garganta, observando la línea del acantilado en lo alto. Entonces vio la cabeza de Mougli perfilada contra las estrellas. Se oyó un silbido en el aire, el «plof» nítido y limpio de un cuerpo que cae con los pies por delante; y al momento el chico estaba otra vez descansando en un anillo del cuerpo de Ka.

—Es un salto de nada —dijo Mougli en voz baja—. He saltado el doble de esa altura por pura diversión. Pero esa parte de arriba está muy mal: hay matorrales bajos y grietas muy profundas, y el pueblo pequeño está por todas partes. He puesto varias piedras grandes, unas encima de otras, al lado de tres grietas. Cuando pase corriendo por encima, las tiraré, y el pueblo pequeño se enfadará y me perseguirá.

—Así habla un hombre astuto —dijo Ka—. Eres listo, pero el pueblo pequeño siempre está furioso.

—No, al caer la tarde, todas las alas descansan un rato. Jugaré con los perros rojos entonces, porque ellos cazan mejor de día. ¡Ahora estarán siguiendo el rastro de la sangre de Wontola!

—Chil jamás renuncia a un buey muerto, ni un dole a un rastro de sangre —dijo Ka.

—Entonces, haré un nuevo rastro de sangre, de su propia sangre si puedo, y les daré de comer tierra. ¿Te quedarás aquí hasta que venga con mis perros rojos, Ka?

—Sí, pero… ¿y si te matan en la selva o si el pueblo pequeño te ataca antes de que puedas saltar al río?

—La caza de mañana llegará mañana —dijo Mougli, citando un refrán de la selva. Y añadió—: Cuando muera será el momento de cantar el *Canto de la muerte*. Buena caza, Ka.

Soltó el brazo del cuello de la pitón, bajó por la garganta como un tronco en una riada, chapoteando hasta el banco de arena, donde el agua estaba mansa, y soltó una carcajada de felicidad. Nada gustaba más a Mougli que, como él decía, «tirar de los bigotes a la Muerte» y demostrar a la selva quién mandaba. Muchas veces, con ayuda de Balú, había robado nidos de abeja en los árboles, y sabía que al pueblo pequeño no le gustaba el olor del ajo. Así, cogió un manojo, lo ató con una tira de corteza y siguió el rastro de la sangre de Wontola unos ocho kilómetros al sur, mirando los árboles con la cabeza ladeada y riendo para sus adentros.

—Mougli el renacuajo he sido —se dijo—. Mougli el lobo he dicho que soy. Ahora Mougli el mono tengo que ser antes de Mougli el ciervo. Y al final seré Mougli el hombre. ¡Ja! —Y acarició con el pulgar el filo de su cuchillo de cuarenta y cinco centímetros.

El rastro de Wontola, salpicado de manchas de sangre oscura, atravesaba un

bosque de árboles grandes y muy juntos, que se extendía hacia el nordeste, clareando poco a poco, y terminaba a tres kilómetros de las Rocas de las Abejas. Entre el último árbol y el primer matorral de las Rocas de las Abejas todo era campo abierto, con apenas maleza para que un lobo pudiera esconderse. Mougli iba trotando entre los árboles, calculando las distancias entre rama y rama y trepando de vez en cuando por un tronco para hacer la prueba de saltar de un árbol a otro, hasta que salió del bosque y estudió el terreno, muy atento, por espacio de una hora. Entonces regresó para retomar el rastro de Wontola donde lo había dejado, se acomodó en la rama de un árbol a unos dos metros del suelo, colgó el manojo de ajos en una horquilla segura y se quedó muy quieto, afilando su cuchillo en la planta del pie.

Un poco antes del mediodía, cuando el sol calentaba bien, oyó ruido de pasos y le llegó el olor apestoso de la manada de perros rojos, que seguía el rastro de Wontola a un trote constante sin ninguna piedad. Vistos desde arriba los perros rojos eran la mitad de grandes que un lobo, pero Mougli sabía lo fuertes que eran sus zarpas y sus mandíbulas. Observó la cabeza afilada y cobriza del jefe, que se guiaba olfateando el camino, y le deseó «¡Buena caza!».

El dole levantó la vista y sus compañeros se pararon tras él: docenas y docenas de perros rojos, con la cola larga y caída, las paletillas fuertes, los flancos traseros delgados y una dentadura sanguinaria. Estos animales son en general muy silenciosos y no tienen modales, ni siquiera cuando están en su casa, en el Decán. A los pies de Mougli había lo menos doscientos perros, pero vio que los líderes parecían ávidos por encontrar el rastro de Wontola, y trataban de incitar a la manada para seguir adelante. Eso no podía ser, porque entonces llegarían a las colmenas a plena luz del día, y Mougli se proponía retenerlos a los pies del árbol hasta el atardecer.

—¿Con qué permiso estáis aquí? —dijo.

—Todas la selvas son nuestras —fue la respuesta. Y el dole que la había dado enseñó sus dientes blancos. Mougli lo miró, sonriente, y después hizo una imitación perfecta de la vocecilla de Chikái, la rata saltarina del Decán, para dar a entender a los perros que no los consideraba mejores que una rata. La manada se aglomeró alrededor del tronco y el jefe lanzó un aullido espeluznante y llamó a Mougli mono de los árboles. Él, por toda respuesta, estiró una pierna y movió los dedos justo encima de la cabeza del jefe. Esto fue más que suficiente para despertar la absurda ira de la manada. A los que tienen pelo entre los dedos de los pies no les gusta que se lo recuerden. Mougli apartó el pie mientras el jefe saltaba y dijo con voz dulce:

—¡Perro, perro rojo! ¡Vuelve al Decán a comer lagartijas! ¡Vuelve con tu hermana Chikái, perro, perro, perro rojo! ¡Tienes pelo entre los dedos! —Y otra vez volvió a mover los deditos.

—Baja si no quieres morir de hambre, mono sin pelo —aulló la manada. Y esto era justo lo que Mougli quería. Se tumbó en la rama, con la mejilla pegada a la corteza y el brazo derecho libre, y dedicó cinco minutos a decir a los perros rojos lo que pensaba y sabía de ellos, de sus modales, sus costumbres, sus compañeras y sus

cachorros. No hay en el mundo forma de hablar más hiriente y rencorosa que la del pueblo de la selva cuando quiere demostrar su desprecio y su desdén. Si uno se para a pensarlo, no tarda en ver que así tiene que ser. Como Mougli le había dicho a Ka, tenía muchas espinas debajo de la lengua, y muy despacio, deliberadamente, fue llevando a los dole del silencio a los gruñidos, de los gruñidos a los ladridos y de los ladridos a un delirio ronco y babeante. Intentaban responder a las provocaciones de Mougli lo mismo que un cachorro intentaría responder a la furia de Ka, y, mientras tanto, él seguía con la mano derecha preparada para entrar en acción, enganchado con los pies a la rama. El gran líder cobrizo había dado muchos saltos, pero Mougli no se atrevía a acometer un ataque en falso. Al final, sacando fuerzas de la rabia, se levantó más de dos metros y medio del suelo. La mano de Mougli salió disparada como la cabeza de una serpiente y agarró al dole del pescuezo, pero al echar el cuerpo hacia atrás, la rama tembló con la sacudida y el chico estuvo a punto de caer al suelo. Sin embargo, no llegó a soltarse, y centímetro a centímetro fue subiendo a la bestia, como un chacal ahogado, hasta la rama. Con la mano izquierda cogió el cuchillo, le cortó la cola roja y peluda y lanzó al dole al suelo. Ya no necesitaba hacer nada más. Los perros rojos ya no seguirían el rastro de Wontola hasta que hubieran matado a Mougli, o él a ellos. Los vio reunirse en círculos, con un temblor en las ancas que significaba venganza a muerte, y así, trepó a una rama más alta y apoyó la espalda cómodamente para dormir un rato.

Tres o cuatro horas más tarde, se despertó y contó la manada. Allí seguían todos, callados, broncos y huraños, con la mirada de acero. El sol empezaba a ponerse. En cuestión de media hora el pueblo pequeño de las rocas estaría terminando sus tareas y, como ya se ha dicho, los doles no pelean bien al anochecer.

—No necesitaba guardianes tan fieles —dijo Mougli, poniéndose de pie en una rama—, pero me acordaré de esto. Sois verdaderos doles, aunque para mi gusto demasiado iguales. Por eso, no pienso devolverle su cola al que come lagartijas. ¿Qué te parece, perro rojo?

—Yo mismo te rajaré las tripas —aulló el líder, mordiendo los pies del árbol.

—Piénsalo bien, rata sabia del Decán. Ahora habrá muchas camadas de perritos rojos sin cola; sí, con muñones rojos en carne viva que escocerán cuando la arena esté caliente. Vuelve a casa, perro rojo, y di que esto te lo ha hecho un mono. ¿No quieres? Entonces ven conmigo, y te haré sabio.

Pasó como un mono al árbol siguiente, y al siguiente y al siguiente, seguido por la hambrienta manada, con las cabezas en alto. De vez en cuando, fingía caerse, y los perros pasaban unos encima de otros con las prisas por matarlo. Era una escena extraña: el chico con el cuchillo, reluciente a la luz del sol del atardecer que se filtraba entre las copas de los árboles, perseguido por la manada amontonada y silenciosa, con su pelambre cobriza encendida. Cuando llegó al último árbol se frotó todo el cuerpo a conciencia con el manojo de ajos, y los perros rojos aullaron con desprecio:

—Mono con lengua de hombre, ¿crees que así vas a ocultar tu rastro? Te seguiremos hasta la muerte.

—Toma tu cola —dijo Mougli, lanzándola adelante, por el camino que había tomado. Como es natural, la manada retrocedió ligeramente al olor de la sangre—. Y ahora, sígueme… ¡Hasta la muerte!

Se había descolgado por el tronco del árbol y, con los pies descalzos, se lanzó como el viento hacia las Rocas de las Abejas, antes de que los doles viesen lo que hacía.

Con un aullido profundo, salió a galope tendido, cosa que a la larga agota a todo bicho viviente. Sabía que el ritmo de la manada era mucho más lento que el de los lobos: de lo contrario por nada del mundo se habría arriesgado a hacer una carrera de tres kilómetros y medio a plena vista. Los perros rojos estaban seguros de que el chico al final sería suyo, y él estaba seguro de que podía jugar con ellos a su antojo. Solo tenía que lograr que lo siguieran, enfurecidos, para que no dieran media vuelta demasiado pronto. Corría limpiamente, a grandes zancadas y sin perder el ritmo. El jefe sin cola lo seguía a escasos cinco metros, mientras que la manada, enloquecida y ciega de ira, se iba rezagando y ya estaba a unos cuatrocientos metros por detrás. Así, Mougli guardó la distancia de oído, reservando su último esfuerzo para el ataque en las Rocas de las Abejas.

El pueblo pequeño se había retirado cuando empezaba a caer la noche, pues no era la época de las flores que se abren a esa hora; pero, cuando las primeras pisadas de Mougli retumbaron en el terreno hueco, el chico oyó un ruido extraño, como si toda la tierra zumbara. Entonces corrió como no había corrido en toda su vida, volcando uno, dos, los tres montones de piedras en las grietas oscuras que despedían un olor tan dulce. Oyó un rugido, como el rugido del mar en una cueva, y con el rabillo del ojo vio que una nube negra se levantaba a sus espaldas, y muy lejos, a sus pies, vio la corriente del Waingunga, y en el agua, una cabeza plana en forma de rombo. Saltó con todas sus fuerzas, sintiendo el chasquido de la mandíbula del dole en el aire, al lado de su hombro, y entró de pie en las aguas seguras del río, jadeante y victorioso. Ni un solo aguijón se había clavado en su cuerpo, porque el olor del ajo había ahuyentado al pueblo pequeño los segundos justos para que Mougli pudiera llegar a las rocas. Cuando salió a la superficie, los anillos de Ka lo recogieron, y un montón de cosas empezaron a despeñarse por el borde del acantilado: parecían enjambres de abejas que caían a plomo, y, a medida que cada enjambre tocaba el agua, las abejas remontaban el vuelo y el cuerpo de un dole se alejaba dando vueltas en la corriente. De lo alto llegaban gritos feroces que se ahogaban en un rugido semejante a un trueno: el rugido del aleteo del pueblo pequeño de las Rocas de las Abejas. Algunos doles habían caído en las grietas que comunicaban con las cuevas subterráneas, y allí se ahogaban, peleaban y se defendían a mordiscos, entre los panales volcados, hasta que las oleadas de abejas los levantaban, ya muertos, y los lanzaban por algún agujero que daba al río a los montones de desperdicios negros.

Otros se habían refugiado en los árboles de los acantilados, borrados por las nubes de abejas, pero la mayoría, enloquecidos por los picotazos, se habían tirado al río y, tal como había dicho Ka, las aguas del Waingunga estaban hambrientas.

Ka sujetó a Mougli con fuerza hasta que el chico recobró la respiración.

—No podemos quedarnos aquí —dijo—. El pueblo pequeño está muy enfadado. ¡Vamos!

Nadando a ras del agua y sumergiéndose el mayor tiempo posible, Mougli bajó por el río cuchillo en mano.

—¡Despacio! ¡Despacio! —dijo Ka—. Con un colmillo no se mata a cien, a menos que sea el de una cobra, y muchos de los doles se tiraron al agua enseguida, al ver que el pueblo pequeño se despertaba. Están ilesos.

—Más trabajo tendrá entonces mi cuchillo. ¡Buf! El pueblo pequeño nos sigue —dijo Mougli. Y volvió a sumergirse. Un manto de abejas furibundas cubría la superficie del agua, zumbando con resentimiento y picando todo lo que se cruzaba en su camino.

—Hasta hoy nunca se ha perdido nada por guardar silencio —dijo Ka, cuyas escamas no había aguijón capaz de atravesar—, y tienes toda la noche para la caza. ¡Fíjate en cómo aúllan!

La mitad de la manada, aproximadamente, había visto la trampa a la que iban derechos sus compañeros, y corrió a lanzarse al agua desde las abruptas orillas de la garganta. Su alaridos de rabia y sus amenazas al «mono» responsable de su vergüenza se mezclaban con los aullidos y los gruñidos de las víctimas del pueblo pequeño. Quedarse en tierra significaba la muerte, y todo dole lo sabía. La manada se dejó llevar por la corriente, río abajo, hasta la poza de la Roca de la Paz, pero hasta allí la persiguió el pueblo pequeño, y una vez más tuvo que lanzarse al agua. Mougli oyó la voz del jefe sin cola, pidiendo a los suyos que resistieran y matasen a todos los lobos de Sioni. Pero no perdió el tiempo escuchando.

—¡Alguien está matando en la oscuridad detrás de nosotros! —anunció un dole—. ¡Aquí el agua está teñida!

Mougli se había zambullido como una nutria, había retorcido el pescuezo a un dole por debajo del agua, antes de que pudiera abrir la boca, y la poza de la Roca de la Paz se había llenado de círculos sucios y oscuros, al salir el cuerpo a la superficie, con un «plop», flotando de costado. Los doles intentaron dar la vuelta, pero la corriente los empujaba y el pueblo pequeño se lanzó como un dardo contra sus cabezas y sus orejas al tiempo que la amenaza de la manada de Sioni resonaba con fuerza creciente en la densa oscuridad. Mougli volvió a sumergirse, y otra vez un dole desapareció bajo el agua y reapareció muerto, y otra vez el clamor estalló en la retaguardia de la manada. Unos aullaban diciendo que era mejor salir del agua, otros le pedían al jefe que los llevase al Decán, y otros exigían a Mougli que se dejara ver para poder matarlo.

—Han venido al combate con dos estómagos y muchas voces —dijo Ka—. Los

demás están con tus hermanos, ahí abajo. El pueblo pequeño vuelve a dormir, y yo también me marcho. Yo no ayudo a los lobos.

Un lobo se acercó por la orilla corriendo a tres patas, rebotando, con la cabeza ladeada y pegada al suelo y el lomo arqueado, y lanzó dos patadas al aire como si jugara con sus lobatos. Era Wontola, el ermitaño, y sin decir palabra prosiguió su macabra diversión con los perros rojos. A estas alturas los doles llevaban un buen rato en el agua y les costaba nadar, con el pelaje empapado y las colas hinchadas como esponjas, además del cansancio y la emoción, así que ellos también estaban muy callados, observando el par de ojos relucientes que se deslizaba a su lado.

—Esto no es buena caza —dijo por fin uno de ellos.

—¡Buena caza! —dijo Mougli, saltando con valentía a un lado del animal y hundiendo el largo cuchillo debajo de la paletilla a la vez que hacía fuerza para impedir que el moribundo lo mordiese.

—¿Estás ahí, cachorro humano? —llamó Wontola desde la orilla.

—Pregúntaselo a los muertos, ermitaño —respondió Mougli—. ¿No los has visto bajar por el río? Les he llenado la boca de tierra a esos perros. Los he engañado a plena luz del día, y su jefe se ha quedado sin cola, pero unos cuantos todavía te siguen. ¿Adónde quieres que los lleve?

—Esperaré —dijo Wontola—. Tengo una larga noche por delante. Ya veremos.

Los lobos estaban cada vez más cerca. «¡La manada, la manada al completo se había reunido!», y en un recodo del río los doles salieron disparados a las playas y las orillas de la ribera contraria del territorio de Sioni.

Entonces se dieron cuenta de su error. Tenían que haber salido del río un kilómetro y medio más arriba y atacar a los lobos en tierra firme. Ahora ya era demasiado tarde. Una hilera de ojos enfurecidos bordeaba la orilla, y aparte del horroroso *fial*, que no había dejado de oírse desde que se puso el sol, reinaba en la selva un silencio absoluto. Parecía que Wontola los incitara a acercarse a la orilla. «¡Media vuelta y aguantad!», dijo el jefe de los doles. La manada al completo se lanzó a la orilla, salpicando y amontonándose en las zonas menos profundas hasta que el rostro del Waingunga se desgarró y se volvió blanco, y las olas se abrieron a ambos lados como al paso de la proa de un barco. Mougli seguía apuñalando y rebanando a los perros que, amontonados, subían como la marea por la playa del río.

Y allí empezó la gran batalla: alzándose, empujando, separándose, dispersándose, concentrándose y desplegándose por la arena mojada y roja, entre las enmarañadas raíces de los árboles, a través de los arbustos, entrando y saliendo de los matojos, pues todavía los doles doblaban en número a sus enemigos. Pero los lobos pelearon con uñas y dientes, y no solo los cazadores de la manada, de patas cortas, amplio pecho y colmillos blancos, sino que también las lahinis de ojos ávidos —las lobas de los cubiles, como se suele decir— lucharon por sus camadas, y aquí y allá algún que otro lobato de un año, con su primera piel algodonosa, embestía y forcejeaba al lado de su madre. Hay que saber que un lobo se lanza al gaznate o muerde en el flanco,

mientras que el dole prefiere morder en la tripa: por eso cuando los doles intentaban salir del agua y tenían que levantar la cabeza, los lobos llevaban las de ganar, pero en tierra sufrieron lo suyo. El cuchillo de Mougli, por su parte, no paraba ni en tierra ni en agua. Los cuatro se abrieron camino para acudir en su ayuda. Hermano Gris, agazapado entre las rodillas del chico, le protegía el vientre, y los otros le guardaban las espaldas y los costados o lo cubrían cuando la sacudida de un dole, que aullaba de dolor al ensartarse de un salto en la hoja del cuchillo, lo derribaba. Lo demás era una maraña confusa, una turba cerrada y oscilante que barría la orilla de derecha a izquierda y de izquierda a derecha o daba vueltas y vueltas, despacio, alrededor de su propio centro. Aquí se levantaba un montón, como una burbuja de agua en un remolino, y como una burbuja estallaba, lanzando por los aires a cuatro o cinco perros enredados que luchaban por volver al centro; allá un solo lobo sucumbía al ataque de dos o tres doles, arrastrándolos consigo y sucumbiendo en el intento; en otro lado, un cachorro de un año era izado por la presión de la masa, aunque ya había muerto en el combate, y su madre, enloquecida y ciega de ira, se revolcaba por todas partes, a dentelladas, y moría a su vez; y en el centro, donde quizá se libraba la peor parte del combate, un lobo y un dole, olvidados de todo lo demás, maniobraban para dar el primer mordisco, hasta que una ola de rugientes guerreros se los llevaba por delante. Una vez, Mougli pasó al lado de Akela, al que un dole atrapaba de cada flanco mientras clavaba la mandíbula, casi sin dientes, en el lomo de un tercero. Y en otra ocasión vio a Fao, con los dientes hundidos en el gaznate de un dole, arrastrando a la bestia renuente para que los lobatos de un año pudieran rematarla. Pero el grueso de la batalla era pura confusión y asfixia en la oscuridad; golpes, tropezones, revolcones, aullidos, gruñidos e inquietud y más inquietud para Mougli, alrededor, por detrás y por delante.

A medida que avanzaba la noche, aquel vertiginoso tiovivo fue cobrando más y más velocidad. Los perros estaban cansados y no se atrevían a atacar a los lobos más fuertes, pero tampoco se animaban a retirarse. No obstante, Mougli presentía que el final estaba cerca, y así se contentaba con atacar a los heridos. Los lobos jóvenes se volvían cada vez más atrevidos. Había tiempo para respirar, y ahora a veces bastaba el mero destello del cuchillo para que un dole se apartara.

—Ya solo queda la carne pegada al hueso —jadeó Hermano Gris, que tenía heridas por todas partes y estaba sangrando.

—Pero hay que romper el hueso —dijo Mougli—. ¡Aiouaua! ¡Así hacemos las cosas en la selva! —La hoja, ensangrentada, resplandeció como una llama en el costado de un dole con los cuartos traseros escondidos por el cuerpo de un lobo que lo tenía agarrado.

—¡Es mi presa! —resopló el lobo con el hocico arrugado—. ¡Déjamelo a mí!

—¿Todavía tienes el estómago vacío, ermitaño? —dijo Mougli.

Wontola llevaba encima una buena paliza, pero tenía paralizado al dole, que no podía volverse para morderlo.

—Por el toro que me compró —gritó Mougli, con una carcajada implacable—. ¡Es el que no tiene cola! —Y, efectivamente, era el jefe, de color cobrizo—. No es buena idea matar lobatos y lahinis —prosiguió Mougli, con aire filosófico, limpiándose la sangre de los ojos— y dejar vivo al padre del cubil. Y las tripas me dicen que este es el padre del cubil y va a matarte.

Un perro acudió en ayuda de su jefe pero, antes de que sus dientes encontraran el flanco de Wontola, Mougli le había clavado el cuchillo en el pecho y Hermano Gris se ocupaba de lo demás.

—Y también así hacemos las cosas en la selva —dijo Mougli.

Wontola no decía palabra: seguía hincando las mandíbulas en el espinazo del dole mientras la vida los abandonaba poco a poco a los dos. El dole se estremeció, dobló la cabeza y se quedó inmóvil, y Wontola se desplomó encima de él.

—¡Ja! La deuda de sangre ya está pagada —dijo Mougli—. Canta la canción, Wontola.

—Ese ya no volverá a cazar —dijo Hermano Gris—. Y también Akela lleva un buen rato callado.

—¡Hemos roto el hueso! —rugió Fao, hijo de Faona—. ¡Alla van! ¡Matad, matad, cazadores del pueblo libre!

Uno tras otro, los perros huían de las arenas cubiertas de sangre, al río, a la espesura de la selva, aguas arriba o aguas abajo, en cuanto veían el terreno despejado.

—¡La deuda! ¡La deuda! —gritó Mougli—. ¡Pagad la deuda! ¡Han matado a Akela, el Lobo Solitario! ¡Que no escape ni un perro!

Iba volando al río, cuchillo en mano, para acabar con cualquier dole que se atreviera a tirarse al agua, cuando, de debajo de un montón de nueve muertos, asomaron la cabeza y los hombros de Akela, y Mougli se hincó de rodillas al lado del Lobo Solitario.

—¿No dije que esta sería mi última batalla? —dijo Akela, con voz jadeante—. Ha sido una buena caza. ¿Y la tuya, hermanito?

—Estoy vivo y he matado a muchos.

—Eso está bien. Yo me muero, y quisiera… Quisiera morir a tu lado, hermanito.

Mougli apoyó en sus rodillas la maltrecha cabeza de Akela, llena de heridas, y abrazó su cuello destrozado.

—Han pasado muchos años desde los tiempos de Shir Jan y el cachorro humano que retozaba desnudo en la tierra —dijo Akela.

—No, no. Soy un lobo. Soy de la misma sangre que el pueblo libre —gritó Mougli—. No quiero ser un hombre.

—Eres un hombre, hermanito, mi lobato querido. Eres un hombre de los pies a la cabeza. Si no lo fueras, la manada habría huido de los perros rojos. Te debo la vida, y hoy has salvado a la manada lo mismo que un día yo te salvé a ti. ¿Lo has olvidado? Ahora todas las deudas están pagadas. Ve con tu pueblo. Te lo vuelvo a decir, ojos de mis ojos, esta caza ha terminado. Ve con tu pueblo.

—No iré jamás. Cazaré solo en la selva. Ya te lo he dicho.

—Después del verano vienen las lluvias, y después de las lluvias viene la primavera. Vuelve antes de que te veas obligado.

—Y ¿quién va a obligarme?

—Mougli obligará a Mougli. Vuelve con tu pueblo. Vuelve con el hombre.

—Iré cuando Mougli obligue a Mougli —contestó el chico.

—No hay más que hablar —dijo Akela—. Ahora, me dirigiré a los míos. ¿Me ayudas a levantarme, hermanito? También yo soy un jefe del pueblo libre.

Con mucho cuidado y mucho cariño, Mougli levantó a Akela, abrazándolo, y el Lobo Solitario, después de un hondo suspiro, entonó el *Canto de la muerte,* el que debe cantar el jefe de la manada antes de morir. Su voz fue cobrando fuerza, elevándose cada vez más y resonando al otro lado del río, hasta el «¡Buena caza!» final. Akela se apartó entonces de Mougli, dio un salto en el aire y cayó de espaldas, muerto, en la última y más impresionante de sus cacerías.

Mougli se quedó sentado, con la cabeza en las rodillas, ajeno a todo lo demás, mientras las lahinis, sin ninguna clemencia, alcanzaban y abatían a los doles moribundos. Los gritos se extinguieron poco a poco y los lobos regresaron, cojeando al enfriarse las heridas, para hacer recuento de los muertos. Quince lobos y media docena de lahinis habían muerto en la orilla del río, y ni uno solo de los demás había salido ileso. Mougli no se movió de donde estaba hasta que llegó el frío amanecer, cuando Fao apoyó en su mano el hocico mojado y lleno de sangre, y entonces se retiró para enseñarle el cuerpo destrozado de Akela.

—¡Buena caza! —dijo Fao, como si Akela aún estuviera vivo. Y dirigiéndose a los otros por encima del hombro desgarrado, añadió—: ¡Aullad, perros! ¡Un lobo ha muerto esta noche!

Pero ninguno de los doscientos guerreros doles del Decán, que presumen de que no hay en la selva quien se les resista, volvió a casa para dar aquella noticia.

LA CANCIÓN DE CHIL

Esta es la canción que cantó Chil cuando los milanos reales bajaron al río, una vez terminada la gran batalla. Chil es amigo de todo el mundo, pero es un ser de corazón frío, porque sabe que a la larga todos los habitantes de la selva acaban llegando a él.

Iban mis compañeros en la noche,
(¡A Chil! ¡Buscad a Chil!)
y me acerqué a silbarles el fin de la batalla.
(¡Chil! ¡La vanguardia de Chil!).
Desde arriba me dieron la noticia
de una presa muerta recién hallada.
Desde abajo también les hablé yo,
de los ciervos que surcan las tierras llanas.
¡Pero todos los rastros aquí acaban!
¡No volverán a hablar!

Los que dieron el grito de la caza,
los que rápidamente se sumaron.
(¡A Chil! ¡Buscad a Chil!).
Los que al sambur pidieron que girase
y después sin dudarlo acorralaron
(¡Chil! ¡La vanguardia de Chil!),
los que iban en cabeza,
los que siguiendo el rastro quedaron rezagados,
los que huían de aquellas cornamentas
o los que dominaban sin cansancio.
Para todos aquí termina el rastro:
no habrá más cacería.
Eran mis compañeros. ¡Lástima que hayan muerto!
(¡A Chil! ¡Buscad a Chil!).
A consolar hoy vengo a quienes hace un día
valientes y orgullosos conocía.
(¡A Chil! ¡La vanguardia de Chil!).
Costado hecho jirones, aplastados los ojos,
boca roja de sangre,
lánguidos y atrapados yacen solos,
son un montón de cadáveres.
Aquí termina el rastro para todos.
Y ¡aquí vienen mis huestes para saciar su hambre!

La escapada primaveral

¡El hombre vuelve al hombre!
¡Resuena la advertencia por la selva!
Se nos va el que fuera nuestro hermano.
Escuchad y juzgad, ¡oh pueblo de la selva!
Decid: ¿quién lo acompaña?
¿Quién se queda?

¡El hombre vuelve al hombre!
Llorando está en la selva.
¡Está afligido el que fuera nuestro hermano!
¡El hombre vuelve al hombre!
(¡Ah, cuánto lo quisimos!).
Por la senda del hombre ya se aleja,
y esa senda, compañeros, no es la nuestra.

Dos años después de la gran batalla con los perros rojos y de la muerte de Akela, Mougli debía de tener unos diecisiete años. Parecía mayor, pues el ejercicio intenso, la mejor de las comidas y los baños que se daba cada vez que tenía un poco de calor o se sentía sucio y pegajoso le habían dado una fuerza y un tamaño muy superiores a los de cualquier chico de su edad. Era capaz de ir saltando de rama en rama, por las copas de los árboles, una hora seguida, siempre que se le presentaba la ocasión. Era capaz de embestir a un ciervo joven que corría a medio galope y derribarlo de un cabezazo. Incluso era capaz de tumbar al feroz jabalí azul que vivía en los pantanos del norte. El pueblo de la selva, que antes lo temía por su inteligencia, ahora lo temía por su fuerza y, cuando Mougli iba tranquilamente a alguna parte, ocupado en sus asuntos, el rumor de su llegada despejaba todos los caminos del bosque. Sin embargo, sus ojos siempre tenían una expresión amable. Nunca, ni siquiera cuando peleaba, se encendían sus ojos como los de Baguira. Sí se advertía en ellos un interés y un entusiasmo cada vez mayores, y esta era una de las cosas que Baguira no entendía.

Un día le preguntó a Mougli, y él se rio.

—Cuando se me escapa una presa me enfado —dijo—. Y cuando paso dos días con el estómago vacío me enfado mucho. ¿Hablan mis ojos entonces?

—La boca tiene hambre —contestó Baguira—, pero los ojos no dicen nada. Cazar, comer o nadar, todo es lo mismo; como una piedra: llueva o no llueva.

Mougli le dirigió una mirada perezosa, enmarcada por sus largas pestañas y, como de costumbre, la pantera bajó la cabeza. Baguira sabía quién era su amo.

Estaban tumbados en la parte alta de una ladera que miraba al Waingunga, con las

brumas de la mañana tendidas a sus pies en jirones blancos y verdes. A medida que subía el sol, se transformaban en burbujeantes mares rojos y dorados, se arremolinaban y dejaban que los rayos más bajos se tendieran en la hierba seca en la que descansaban Mougli y Baguira. La temporada fría tocaba a su fin; hojas y árboles parecían mustios y fatigados, y crepitaban con un crujido seco al paso del viento. Una hoja pequeña sacudía con furia una ramita, como ocurre cuando una corriente de aire azota una hoja solitaria. Esto llamó la atención de Baguira, que empezó a olfatear el aire con una tos ronca y cavernosa, se tumbó de espaldas y lanzó las zarpas a la hoja que cabeceaba por encima de ella.

—Termina el año —dijo—. La selva sigue adelante. Se acerca la temporada de las voces nuevas. Esta hoja lo sabe. Qué bien.

—La hierba está seca —contestó Mougli, arrancando un penacho. Hasta el ojo de la primavera (una flor roja con forma de trompeta y los pétalos como la cera que corre entre las hierbas), hasta el ojo de la primavera está cerrado y… Baguira, ¿te parece bonito que la pantera negra se tumbe así a lanzar zarpazos al aire como un gato montés?

—¡Aou! —dijo Baguira, que parecía estar pensando en otras cosas.

—Digo que si te parece bonito que la pantera negra hable y tosa y aúlle y se revuelque de ese modo. No olvides que somos los amos de la selva, tú y yo.

—Sí, claro. Te he oído, cachorro humano. —Baguira dio media vuelta apresuradamente y se sentó, con los flancos pelados y cubiertos de polvo. (Estaba mudando el pelaje, y apenas empezaba a salirle el de invierno)—. ¡Por supuesto que somos los amos de la selva! ¿Quién hay más fuerte que Mougli? ¿Quién tan sabio? —Baguira arrastraba las palabras de una manera curiosa que hizo que Mougli se volviera a mirar si por casualidad se estaba burlando de él, porque en la selva hay muchas palabras que suenan a una cosa y significan otra—. Digo que no hay duda de que somos los amos de la selva —repitió—. ¿He hecho algo mal? No sabía que el cachorro humano ya no se tumbara en el suelo. ¿Es que ahora vuela?

Mougli estaba sentado, con los codos apoyados en las rodillas, contemplando la luz del día en el valle. Abajo, en algún rincón del bosque, un pájaro de voz ronca y aflautada entonaba las primeras notas de su canción de primavera. No era más que una sombra de la algarabía que entonaría más tarde a voz en grito, pero Baguira lo había oído.

—Digo que se acerca la temporada de las voces nuevas —rugió, moviendo el rabo.

—Ya lo oigo —contestó Mougli—. ¿Por qué te tiembla todo el cuerpo, Baguira? El sol ya calienta.

—Ese es Ferao, el picapinos escarlata —dijo Baguira—. No se ha olvidado. Yo también tengo que recordar mi canción. —Y empezó a ronronear y a cantar con voz suave, pero volvía a empezar una y otra vez, descontenta con el resultado.

—No hay caza por aquí —dijo Mougli con pereza.

—¿Qué pasa, hermanito? ¿Se te han taponado los oídos? No es un aviso de caza sino mi canción. Estoy ensayando para cuando haga falta.

—Se me había olvidado. Sabré cuando llega la temporada de las voces nuevas, porque tú y los demás saldréis corriendo y me dejaréis solo —dijo Mougli, en un tono bastante violento.

—Pero, hermanito… —empezó a decir Baguira—. Nosotros no siempre…

—Pues yo digo que sí —contestó Mougli, agitando con furia el dedo índice—. Sí que salís corriendo, y yo, que soy el amo de la selva, tengo que andar solo. ¿Qué pasó la temporada pasada, cuando estuve cogiendo caña de azúcar en los campos de una manada de hombres? Envié a un mensajero, ¡a ti!, a pedirle a Hati que viniera esa noche para arrancar la hierba dulce con su trompa.

—Llegó dos noches después —dijo Baguira, un poco asustada—, y arrancó muchos más tallos de esa hierba larga y dulce que tanto te gusta de los que podría comer un cachorro humano todas las noches a lo largo de las lluvias. No fue culpa mía.

—No vino la noche que yo se lo pedí. No, andaba correteando y barritando por los valles a luz de la luna. Dejó un rastro como el de tres elefantes, porque no se escondió entre los árboles. Estuvo bailando a la luz de la luna delante de las casas de la manada de los hombres. Yo lo vi, pero él no quiso venir. ¡Y soy el amo de la selva!

—Era la temporada de las voces nuevas —dijo la pantera, siempre con mucha humildad—. A lo mejor, hermanito, no dijiste las palabras de autoridad para llamarlo. ¡Escucha a Ferao!

A Mougli se le pasó el mal humor. Se tendió de espaldas, con los brazos de almohada y los ojos cerrados.

—Ni lo sé ni me importa —dijo, con voz adormilada—. Vamos a dormir, Baguira. Tengo el estómago lleno. Hazme un hueco para apoyar la cabeza.

La pantera volvió a acostarse con un suspiro, pues oía a Ferao ensayando y volviendo a ensayar su canción para la primavera, la estación que ellos llaman la temporada de las voces nuevas.

En las selvas de la India, las estaciones se suceden casi sin cambios. Parece que solo hubiera dos: la de las lluvias y la seca. Pero, si uno se fija bien, además de los torrentes de lluvia y las nubes de hollín y polvo, verá que las cuatro estaciones siguen su curso regular. La primavera es estupenda, porque no tiene que cubrir de hojas y flores nuevas un campo limpio y desnudo sino llevarse por delante los restos resistentes de las cosas medio verdes que han aguantado y sobrevivido al suave invierno y hacer que la tierra vieja y medio vestida vuelva a sentirse nueva y joven. Y esto lo hace tan bien que no hay primavera en el mundo como la primavera en la selva.

Hay un día en el que todas las cosas están cansadas, y los olores que arrastra el aire denso son todos viejos y gastados. No se puede explicar, pero esa es la sensación. Otro día, aunque a simple vista nada en absoluto haya cambiando, todos los olores

son nuevos y deliciosos y a los habitantes de la selva les tiemblan los bigotes hasta la raíz, y el pelo estropeado del invierno se les cae a mechones en los costados. Luego, quizá llueva un poco y los árboles, los matorrales, los bambúes, los musgos y las plantas de hojas suculentas se despiertan y crecen con una sacudida que casi llega a oírse, y por debajo de este ruido, día y noche, corre un zumbido profundo. Es el ruido de la primavera: un estruendo vibrante que no es de las abejas ni de las cascadas ni del viento en las copas de los árboles, sino el ronroneo del mundo cálido y feliz.

Hasta aquel año, Mougli siempre había disfrutado con el cambio de las estaciones. Normalmente era él quien veía antes que nadie el primer ojo de primavera escondido entre las hierbas, y el primer banco de nubes primaverales, que no se parecen a nada en la selva. Su voz resonaba a la luz de las estrellas en todos los sitios húmedos donde hubiera flores, sumándose a los coros de las ranas o imitando a los búhos jóvenes que se cuelgan boca abajo de los árboles y ululan en las noches blancas. Como todos los suyos, la primavera era la estación elegida por Mougli para sus escapadas, por el mero placer de sentir el aire templado mientras corría una distancia de cincuenta, cincuenta y cinco o sesenta kilómetros entre el crepúsculo y el lucero del alba, y volvía jadeando, risueño y con coronas de flores extrañas. Los cuatro no lo acompañaban en estas excursiones salvajes por la selva sino que se iban a cantar con otros lobos. El pueblo de la selva está muy ocupado en primavera, y Mougli los oía gruñir, gritar y silbar, según su especie. Sus voces se transforman en esta época del año: por esta, entre otras razones, se llama a la primavera la temporada de las voces nuevas.

Pero aquella primavera, como le dijo a Baguira, Mougli notaba una sensación rara en el estómago. Desde que los brotes de bambú se cubrieron de manchas marrones, no veía la hora de que llegara la mañana en que cambiaban todos los olores. Por eso, cuando llegó esa mañana y Mor, el pavo real, con sus plumas azules, doradas y del color del bronce la proclamó a pleno pulmón por los bosques cubiertos de bruma, y Mougli abrió la boca para repetir el aviso, las palabras se le atascaron entre los dientes y una sensación que empezaba en los dedos de los pies y terminaba en el pelo recorrió todo su cuerpo: una sensación de felicidad pura que le hizo mirarse de arriba abajo para asegurarse de que no había pisado una espina. Mor anunció los nuevos olores, las demás aves repitieron la noticia, y desde las rocas de las orillas del Waingunga Mougli oyó el rugido ronco de Baguira, a medio camino entre el grito de un águila y el relincho de un caballo. Oyó las voces y el alboroto de los bandar-log en las ramas cubiertas de brotes y allí se detuvo, llenando su pecho para responder a Mor y estremeciéndose de pura felicidad mientras soltaba el aire.

Buscó atentamente con la mirada, pero no veía nada más que a los socarrones bandar-log deslizándose por los árboles y a Mor, con su cola desplegada en todo su esplendor, bailando allá abajo, en las laderas de la montaña.

—Los olores han cambiado —gritó Mor—. ¡Buena caza, hermanito! ¿Dónde está tu respuesta?

—¡Hermanito, buena caza! —silbaron Chil, el milano real, y su compañera, que bajaban en picado por el aire. Pasaron por debajo de la nariz de Mougli, tan cerca que al rozarse se les desprendió una pizca de plumón blanco.

Una ligera lluvia primaveral —lluvia del elefante, como ellos la llaman— recorrió la selva en un cinturón de un kilómetro y medio de ancho, mojando las hojas nuevas y haciéndolas temblar a su paso, y terminó con un doble arco iris y un leve retumbar del trueno. El zumbido de la primavera se interrumpió unos momentos y todo quedó en silencio, pero parecía que todos los habitantes de la selva hablaban a la vez. Todos menos Mougli.

«He comido cosas buenas —se dijo—. He bebido agua buena. No me arde y se me cierra la garganta, como me pasó cuando mordí esa raíz con motas azules que Oo, la tortuga, dijo que se podía comer. Pero me pesa el estómago, y no sé por qué le he hablado muy mal a Baguira, a los míos y a otros habitantes de la selva. Además, tan pronto tengo calor como tengo frío, o no tengo ni frío ni calor, pero me enfado por algo que no consigo ver. Sí, sí. ¡Es hora de hacer una escapada! Esta noche cruzaré los prados, haré una carrera primaveral hasta los pantanos del norte y volveré. No he tenido que esforzarme nada para cazar desde hace mucho tiempo. Los cuatro vendrán conmigo, porque se están poniendo gordos como larvas blancas».

Los llamó, pero ninguno respondió a su llamada. Estaban muy lejos, cantando las canciones de primavera —las de la luna y el sambur— con los lobos de la manada, porque en primavera, los habitantes de la selva apenas distinguen entre el día y la noche. Lanzó el aullido agudo, pero la única respuesta fue un miau burlón del gato montés moteado, que merodeaba entre las ramas en busca de los primeros nidos de los pájaros. Al oírlo, Mougli tembló de rabia y casi llegó a desenfundar el cuchillo. Luego se puso muy altivo, aunque allí no había nadie para verlo, y se fue monte abajo con aire severo, la barbilla en alto y el ceño fruncido. Pero ninguno de los suyos le hizo una sola pregunta, pues estaban todos muy atareados con sus propios asuntos.

«Sí —dijo para sus adentros, aunque en el fondo supiera que no tenía ninguna razón—. Que vengan los perros rojos del Decán o que baile la flor roja entre los bambúes. Y toda la selva se acercará a Mougli gimoteando y llamándole nombres dignos de un elefante. Pero ahora, como el ojo de la primavera está rojo, y Mor tiene que enseñar las patas desnudas para bailar su danza de primavera, la selva se ha vuelto tan loca como Tabaqui… ¡Por el toro que me compró! ¿Soy o no soy el amo de la selva? ¡Callad! ¿Qué hacéis aquí?».

Un par de lobatos de la manada iban trotando por un sendero, buscando un espacio abierto para pelear. (Seguramente recordaréis que la Ley de la Selva prohíbe pelear en presencia de la manada). Tenían el pelo del cogote erizado como púas de alambre, y aullaban con fiereza, agazapándose para acometer el primer ataque. Mougli dio un salto adelante y agarró con cada mano los dos cuellos estirados, como había hecho tantas veces jugando, o cuando iba de caza con la manada. Nunca, sin embargo, se había inmiscuido en una pelea de primavera. Los dos lobos lo

embistieron, lo tiraron al suelo y, sin decir palabra, se enzarzaron el uno con el otro y empezaron a rodar y rodar.

Mougli se levantó casi antes de tocar tierra, enseñando el cuchillo y los dientes, y en ese momento habría sido capaz de matarlos solo por pelearse cuando él quería que se estuvieran quietos, aunque, según la Ley, todo lobo tiene pleno derecho a pelear. Empezó a bailar alrededor de los contendientes con los hombros agachados y la mano temblorosa lista para dar una doble cuchillada en cuanto hubiera pasado la confusión del primer ataque, pero, mientras esperaba, las fuerzas lo abandonaron, bajó el cuchillo, lo enfundó y se quedó mirando.

—He comido algún veneno —dijo por fin—. Desde que aparecí en el Consejo con la flor roja, desde que maté a Shir Jan, ningún lobo de la manada había podido apartarme de un empujón. Y ¡encima estos dos son cazadores de poca monta, de los que van a la cola de la manada! He perdido la fuerza y no tardaré en morir. Ay, Mougli, ¿por qué no los matas a los dos?

El combate continuó hasta que uno de los lobos huyó, y Mougli se quedó entonces a solas en el campo de batalla destrozado y cubierto de sangre, mirando ahora su cuchillo, ahora sus piernas y sus brazos, mientras una sensación de tristeza que jamás había experimentado lo invadía como el agua cubre un tronco.

Esa noche, a primera hora, cazó y comió algo, para estar en buena forma para su carrera primaveral, y comió solo, porque todos los habitantes de la selva estaban cantando o peleando. Era una perfecta noche blanca, como dicen ellos. Parecía como si todas las cosas verdes hubieran crecido desde aquella mañana lo que normalmente crecen en un mes. La rama que el día anterior tenía las hojas amarillas rezumaba savia cuando Mougli la partió. El musgo se hundía, mullido y cálido, bajo sus pies; la hierba joven no tenía el filo cortante y las voces de la selva brotaban con un arpa profunda tañida por la luna, por la luna llena de las voces nuevas, que derramaban su luz sobre las rocas y las charcas, se colaban entre los troncos y las lianas, y se filtraban entre un millón de hojas. Olvidando lo triste que estaba, Mougli empezó a cantar en voz alta de puro placer al compás de sus zancadas. Iba casi volando, pues había elegido la larga pendiente que lleva a los pantanos del norte atravesando el corazón de la parte principal de la selva, donde el terreno blando amortiguaba el ruido de sus pasos. Un hombre educado entre hombres habría tropezado montones de veces por la engañosa luz de la luna, pero los músculos de Mougli, enseñados por años de experiencia, lo llevaban como si fuera una pluma. Cuando pisaba un tronco podrido o una piedra escondida, no necesitaba frenar y seguía adelante, sin esfuerzo y sin darle importancia. Cuando se cansaba de ir por la tierra, se colgaba como un mono de la liana más próxima y más que trepar por ella parecía subir volando a las ramas más finas, desde las que seguía uno de los caminos de los árboles hasta que cambiaba de humor, y se lanzaba en picado entre las hojas trazando una curva larga hasta volver al suelo. Había hondonadas calurosas y tranquilas, rodeadas de rocas húmedas, en las que apenas se podía respirar, tan fuertes eran los aromas de las flores nocturnas y los

brotes de las enredaderas; avenidas oscuras en las que la luz de la luna formaba franjas tan regulares como las losas de mármol de la nave de una iglesia; matorrales en los que la maleza húmeda y joven le llegaba hasta el pecho y se enredaba en su cintura; y cumbres coronadas de rocas, por las que Mougli saltaba de piedra en piedra por encima de las madrigueras de los zorrillos asustados. Desde muy lejos, muy débil, llegaba a sus oídos el roce y el resoplido de un jabalí que se afilaba los colmillos en un tronco, y poco después se cruzaba con la fiera solitaria, empeñada en marcar y desgarrar la corteza roja de un árbol, echando espuma por la boca y llamaradas de fuego por los ojos. Otras veces se apartaba del camino al oír un choque de cuernos y unos bufidos, y pasaba a toda velocidad al lado de una pareja de sambures enfurecidos que se tambaleaban de un lado a otro con la cabeza agachada y el cuerpo cubierto de sangre que a la luz de la luna parecía negra. O en un vado, donde el río corría deprisa, oía a Yacala, el cocodrilo, mugiendo como un toro; o pisaba el nudo que formaba el pueblo venenoso, pero, antes de que las serpientes pudieran atacarlo, ya estaba lejos, entre los guijarros brillantes, y otra vez volvía a internarse en la selva.

Así siguió corriendo, a veces gritando, a veces canturreando para sus adentros, y no hubo aquella noche en la selva nadie más feliz, hasta que el olor de las flores le indicó que estaba cerca de los pantanos, muy lejos del límite de su territorio de caza.

Aquí, una vez más, un hombre educado entre hombres se habría hundido hasta la cabeza al dar los tres primeros pasos, pero los pies de Mougli tenían ojos y pasaban de una mata de hierba a otra y de un montón de tierra a otro sin pedir ayuda a los ojos que tenía en la cabeza. Fue derecho al centro del pantano, molestando a los patos con su carrera, y se sentó en el tronco de un árbol cubierto de musgo y lamido por el agua negra. El pantano bullía de actividad en todas partes, porque en primavera el pueblo de las aves duerme muy poco, y no pararon de ir y venir, en grupo, toda la noche. Pero nadie se fijó en Mougli, que, sentado entre los altos cañaverales, tarareaba melodías sin letra y se miraba las plantas de los pies, encallecidas y oscuras, en busca de alguna espina olvidada. Parecía que hubiese dejado atrás toda su tristeza en su propia selva, y estaba empezando una canción cuando la pena volvió a asaltarle de repente, diez veces peor que antes. Por si fuera poco, la luna se estaba poniendo.

Esta vez Mougli se asustó.

—¡Está aquí también! —dijo a media voz—. Me ha seguido. —Y miró por encima del hombro para ver si Aquello estaba detrás de él—. Aquí no hay nadie. —Los ruidos de las marismas no cesaban, pero ningún ave o bestia se dirigió a él, y aquel sufrimiento desconocido siguió creciendo—. He comido veneno —dijo, con voz de pánico—. Tiene que ser que haya comido veneno sin darme cuenta y me esté quedando sin fuerzas. Me asusté cuando… En realidad no era yo el que se asustó… Mougli se asustó cuando los dos lobos se pelearon. Akela, incluso Fao, los habrían separado. Pero Mougli se asustó. Eso es una señal clara de que he comido veneno… Pero ¿eso qué más les da a los de la selva? Ellos siguen cantando, aullando, peleando

y corriendo en grupo bajo la luna, mientras yo (*Hai mai!*[7]) me muero en los pantanos por culpa de ese veneno que he comido. —Tanta lástima le daba de sí mismo que estuvo a punto de romper a llorar—. Y luego —continuó— me encontrarán tendido en el agua negra. No, volveré a mi selva y moriré en la Roca del Consejo, y Baguira, a quien tanto quiero, si no anda rugiendo por el valle, Baguira quizá guarde algún tiempo lo que quede de mí, para que Chil no haga conmigo lo que hizo con Akela.

Una lágrima cálida y grande cayó en su rodilla y, a pesar de lo triste que estaba, se alegraba de estar tan triste, si es que se puede entender esta clase de felicidad al revés.

—Como hizo Chil, el milano real, con Akela —repitió—, la noche en que salvé a la manada del ataque de los perros rojos. —Se quedó un rato callado, pensando en las últimas palabras del Lobo Solitario, de las que seguro que os acordáis—. Bueno, es verdad que Akela me dijo muchas tonterías antes de morir, porque cuando nos estamos muriendo nos cambia el estómago. Dijo que… Sin embargo, ¡yo soy de la selva!

En su agitación, mientras rememoraba la batalla a orillas del Waingunga, gritó con fuerza estas últimas palabras, y una búfala salvaje que estaba entre el cañizo se arrodilló de un salto y resopló:

—¡Un hombre!

—¡Bah! —dijo Mysa, el búfalo salvaje (Mougli lo oyó revolcarse en el lodo)—. Eso no es un hombre. Es el lobo sin pelo de la manada de Sioni. En noches como esta va corriendo por todas partes.

—¡Bah! —dijo la hembra, bajando la cabeza para seguir pastando—. Me pareció que era un hombre.

—Pues yo te digo que no. Eh, Mougli, ¿hay algún peligro? —mugió Mysa.

—Eh, Mougli, ¿hay algún peligro? —repitió el chico, con voz burlona—. Eso es lo único que le preocupa a Mysa: si hay algún peligro. Pero de Mougli, que va de un lado a otro por la selva, de noche, vigilando, ¿quién se preocupa?

—¡Cómo grita! —dijo la hembra.

—Así es como gritan los que arrancan la hierba y luego no saben comerla —contestó Mysa con desprecio.

—Por mucho menos —gruñó Mougli para sus adentros—, por mucho menos habría sacado a Mysa del fango en las últimas lluvias, le habría puesto un ronzal de juncos y me habría paseado por todo el pantano montado en su lomo. —Alargó la mano para romper uno de los juncos suaves como plumas, pero la retiró con un suspiro. Mysa siguió rumiando, y las hierbas ondularon donde estaba pastando la hembra—. No pienso morirme aquí —se dijo, con enfado—. Mysa, que es de la misma sangre que Yacala y el jabalí, se burlaría de mí. Voy a llegar hasta más allá del pantano, a ver qué pasa. Nunca había hecho una carrera primaveral como esta: con calor y frío a la vez. ¡Arriba, Mougli!

No pudo resistir la tentación de acercarse a hurtadillas por el cañaveral hasta

donde estaba Mysa y pincharle con la punta del cuchillo. El toro, enorme y chorreante, salió del lodo como si explotase una granada, mientras Mougli se revolcaba de risa.

—Ahora puedes decir que el lobo sin pelo de la manada de Sioni te pastoreó una vez, Mysa.

—¡Lobo! ¿Tú? —resopló el búfalo, pisoteando el fango—. Todos saben en la selva que fuiste pastor de ganado manso… Uno de esos mocosos que dan voces en el polvo al lado de los cultivos. ¡Tú, de la selva! ¿Qué cazador se habría arrastrado como una serpiente entre las sanguijuelas para gastarme una broma sucia, una broma de chacal, y dejarme en ridículo delante de mi búfala? Ven a tierra firme y ya verás… Te voy a… —Mysa echaba espuma por la boca, porque es casi el que peor genio tiene de toda la selva.

Mougli lo oyó bufar y resoplar con aquellos ojos que nunca cambiaban de expresión. Por fin consiguió hacerse oír entre el chapoteo de la ducha de fango.

—¿Qué manada de hombres tiene su cubil aquí, al lado de las marismas, Mysa? Esta selva es nueva para mí.

—Pues vete al norte —bramó el búfalo muy enfadado, porque Mougli le había pinchado con bastante fuerza—. Eso ha sido una broma de pastor de vacas sin pelo. Ve a contarlo en la aldea que está al pie de los pantanos.

—A la manada de los hombres no le gustan los cuentos de la selva. Además, no creo yo que un rasguño más o menos sea para tanto. Pero iré a ver esa aldea. Sí, voy a ir. Anda, no te enfades. No ocurre todas las noches que el amo de la selva venga a ser tu pastor.

Salió del cañaveral al terreno tembloroso que bordeaba los pantanos, sabiendo que Mysa nunca lo embestiría en esa zona, y se rio, cuando ya echaba a correr, al pensar en la furia del búfalo.

—No he perdido las fuerzas del todo —dijo—. Puede que el veneno no haya llegado al hueso. Ahí veo una estrella muy baja. —Cubriéndose la cara con las manos, la miró fijamente entre los dedos—. ¡Por el toro que me compró! ¡Es la flor roja! La flor roja junto a la que me acostaba antes… Antes de llegar a la primera manada de Sioni. Ahora que la he visto, terminaré la escapada.

Los pantanos desembocaban en una llanura amplia en la que parpadeaba una luz. Hacía mucho tiempo que Mougli no se interesaba por los asuntos de los hombres, pero aquella noche el resplandor de la flor roja lo atrajo como si fuera una nueva presa.

—Iré a echar un vistazo y veré cuánto ha cambiado la manada de los hombres.

Olvidando que ya no estaba en su selva, donde podía hacer lo que se le antojara, echó a andar despreocupadamente por la hierba empapada de rocío hasta que llegó a la choza de la que salía la luz. Tres o cuatro perros anunciaron con ladridos su llegada, pues estaba en las afueras de una aldea.

—¡Chsss! —dijo Mougli. Y se sentó sin hacer ruido después de silenciar a los

chuchos con un profundo gruñido de lobo—. Lo que tenga que venir vendrá. ¿Qué tienes tú que ver con las madrigueras de la manada de los hombres, Mougli? —Se frotó la boca en el sitio donde le habían dado con una piedra hacía unos años, cuando lo expulsaron de la otra manada de hombres.

La puerta de la choza se abrió, y una mujer se asomó a escudriñar en la oscuridad. Un niño lloró, y la mujer le habló por encima del hombro.

—Duerme —le dijo—. No era más que un chacal que ha despertado a los perros. Falta muy poco para que amanezca.

Mougli, escondido entre las hierbas, empezó a temblar como si tuviera fiebre. Conocía bien aquella voz, pero quiso asegurarse y llamó en voz baja, sorprendido de cómo recordaba la lengua de los hombres:

—¡Mesua! ¡Ay, Mesua!

—¿Quién anda ahí? —contestó la mujer con la voz quebrada.

—¿Te has olvidado? —dijo Mougli. Y notó que tenía la garganta seca.

—Si eres tú, ¡di qué nombre te puse! —La mujer había entornado la puerta y se apretaba el pecho con una mano.

—¡Natu! ¡Natu! —dijo Mougli, pues, como recordaréis, fue el nombre que le puso Mesua cuando llegó a la manada de los hombres.

—Ven, hijo mío.

Mougli se acercó a la luz y miró de pies a cabeza a Mesua, la mujer que había sido buena con él, y que él había salvado de la manada de los hombres hacía muchos años. Había envejecido y tenía el pelo gris, pero sus ojos y su voz no habían cambiado. Esperaba ver a Mougli como cuando se separaron, y lo miró muy sorprendida, desde el pecho hasta la cabeza, que casi rozaba el dintel de la puerta.

—Hijo mío —balbució. Y se arrodilló a sus pies—. Aunque ya no es mi hijo. ¡Ahora es un dios de los bosques! ¡Sí!

Tal como estaba, iluminado por la luz roja de una lamparilla de aceite, fuerte, alto y hermoso, con el pelo largo y negro cayéndole sobre los hombros, el cuchillo colgado del cuello y una corona de jazmín blanco en la cabeza, era fácil confundirlo con alguno de los dioses salvajes de las leyendas de la selva. El niño, medio dormido en una cuna, se levantó de un salto y gritó de terror. Mesua se volvió a tranquilizarlo mientras Mougli seguía sin moverse, mirando las jarras de agua y las cazuelas, el cesto del grano y todos los demás enseres humanos de los que tan bien se acordaba.

—¿Qué quieres comer o beber? —murmuró Mesua—. Todo esto es tuyo. Te debemos la vida. Pero ¿eres de verdad ese al que yo llamo Natu o eres un dios?

—Soy Natu —dijo Mougli—. Estoy muy lejos de mi casa. Vi esta luz y me acerqué. No sabía que estabas aquí.

—Cuando llegamos a Kaniwara —dijo Mesua tímidamente—, los ingleses nos protegieron de aquellos aldeanos que querían quemarnos. ¿Te acuerdas?

—Claro, no se me ha olvidado.

—Pero, cuando la ley inglesa lo dispuso, volvimos a la aldea de esa gente

malvada y ya no la encontramos.

—Eso también lo recuerdo —dijo Mougli, con un temblor en las aletas de la nariz.

—Entonces mi marido empezó a trabajar en los campos y por fin, porque era un hombre fuerte, compramos unos terrenitos aquí. La tierra no es tan fértil como en la otra aldea, pero nosotros dos nos arreglamos con poco.

—¿Dónde está el hombre que cavaba la tierra aquella noche, cuando estaba asustado?

—Murió… Hace un año.

—¿Y él? —Mougli señaló al niño.

—Mi hijo nació hace dos lluvias. Si eres un dios, concédele el favor de la selva para que esté a salvo entre los tuyos, como lo estuvimos nosotros aquella noche.

Mesua levantó al niño, y este, olvidando su miedo, se acercó a jugar con el cuchillo colgado del cuello de Mougli, quien le apartó los deditos con mucho cuidado.

—Y, si eres Natu, el que se llevaron los tigres —continuó Mesua, con la voz ahogada—, entonces este es tu hermano. Dale la bendición del hermano mayor.

—*Hai mai!* ¿Qué es una bendición? Yo no soy un dios, ni tampoco su hermano y… ¡Ay, madre, madre, me pesa el corazón! —Tembló al dejar al niño en el suelo.

—Claro —dijo Mesua, poniéndose a trajinar entre las cazuelas—. Eso te pasa por correr de noche por los pantanos. No hay duda de que la fiebre te ha calado hasta el tuétano. —Mougli sonrió ante la idea de que algo en la selva pudiera hacerle daño—. Encenderé el fuego y tomarás un poco de leche templada. Quítate esa corona de jazmín. Huele muy fuerte en un sitio tan pequeño.

Mougli se sentó, murmurando para sus adentros, y se cubrió el rostro entre las manos. Tenía unas sensaciones muy extrañas, como si se hubiera envenenado, y estaba aturdido y un poco mareado. Se tomó la leche caliente de un par de tragos. Mesua le daba palmaditas en la espalda de vez en cuando. No estaba completamente segura de que aquel fuera su hijo Natu, al que había perdido hacía mucho tiempo, o una criatura fantástica de la selva, aunque se alegraba al ver que por lo menos era de carne y hueso.

—Hijo —dijo por fin, con los ojos llenos de orgullo—, ¿te han dicho alguna vez que eres el más hermoso de los hombres?

—¿Eh? —contestó Mougli, que, como es natural, nunca había oído nada parecido. Mesua soltó una suave carcajada de felicidad. Le bastaba con ver la expresión de Mougli.

—Entonces ¿soy la primera en decírtelo? Me alegro, aunque no es frecuente que una madre le diga a su hijo estas cosas. Eres muy guapo. Nunca he visto un hombre como tú.

Mougli movió la cabeza y trató de verse por encima del hombro, y Mesua volvió a reírse tanto que él, sin saber por qué, también se rio, mientras el niño corría del uno

a la otra riéndose también.

—No te burles de tu hermano —le dijo Mesua, cogiéndolo en brazos—. Cuando seas la mitad de guapo te casaremos con la hija menor de un rey y montarás elefantes magníficos.

Mougli no entendía una de cada tres palabras. La leche templada empezaba a hacerle efecto, después de la carrera de sesenta y cinco kilómetros, así que se acurrucó y en menos de un mintuo estaba profundamente dormido. Mesua le apartó el pelo de los ojos, le cubrió con una tela y se sintió feliz. Según la costumbre de la selva, durmió toda la noche y todo el día siguiente, pues su instinto, que jamás llegaba a dormirse por completo, le indicaba que no tenía nada que temer. Por fin se despertó dando un salto que retumbó en toda la cabaña, porque la tela que le cubría la cara le hizo soñar con trampas. Y allí estaba, cuchillo en mano, con los ojos aún cargados de sueño, preparado para enfrentarse a lo que fuera.

Mesua se rio y le preparó la cena. No había más que unas tortas de pan cocidas en el fuego humeante, un poco de arroz y unos tamarindos en conserva: lo suficiente para aguantar hasta que saliera de caza esa noche. El olor del rocío en los pantanos le abría el apetito y le causaba cierta inquietud. Quería terminar su carrera de primavera, pero el niño se empeñaba en que lo cogiese en brazos y Mesua dijo que había que peinarle el pelo negro azulado. Así, mientras lo peinaba, Mesua cantó cancioncillas tontas para niños pequeños, y tan pronto decía que Mougli era su hijo como le rogaba que le diera al chiquitín una parte de sus poderes. La puerta de la cabaña estaba cerrada, pero Mougli oyó un ruido que le resultó familiar y vio el gesto de horror de Mesua cuando una zarpa grande y gris asomó por debajo de la puerta y Hermano Gris gimió débil y lastimeramente, con una mezcla de miedo e inquietud.

—Espera ahí fuera. No viniste cuando te llamé —dijo Mougli en la lengua de la selva, sin volver la cabeza en ningún momento. Y la pezuña grande y gris desapareció de la vista.

—No traigas… No traigas a tus siervos contigo —dijo Mesua—. Yo… Nosotros siempre hemos vivido en paz con la selva.

—Viene en son de paz —contestó Mougli, levantándose—. Acuérdate de aquella noche en el camino de Kaniwara. Ibas acompañada por docenas de lobos, por delante y por detrás. Pero veo que el pueblo de la selva no olvida ni siquiera en primavera. Me voy, madre.

Mesua se apartó humildemente. Mougli era en verdad un dios de los bosques, pensó. Pero al ver que ponía la mano en la puerta, sus sentimientos de madre la impulsaron a abrazarlo.

—¡Vuelve! —susurró—. Seas o no seas mi hijo, vuelve, porque te quiero. Y, mira, él también está triste.

El niñito lloró al ver que el hombre del cuchillo reluciente se marchaba.

—Vuelve —repitió Mesua—. Esta puerta siempre estará abierta para ti, de día o de noche.

Mougli sintió que se le hacía un nudo en la garganta y le costó sacar la voz.

—Volveré sin falta —dijo. Y, apartando la cabeza del lobo lisonjero que esperaba en el umbral, añadió—: Estoy un poco enfadado contigo, Hermano Gris. ¿Por qué no vinisteis, los cuatro, cuando os llamé hace mucho tiempo?

—¿Hace mucho tiempo? Fue anoche mismo. Yo… Nosotros… Estábamos cantando en la selva las nuevas canciones. Es la temporada de las voces nuevas. ¿No te acuerdas?

—Claro, claro.

—Y, en cuanto terminamos de cantar —siguió diciendo Hermano Gris, muy serio —, seguí tu rastro. Me separé de los demás y seguí tus pasos. Pero ¿qué has hecho, hermanito? ¿Por qué has comido y dormido con la manada de los hombres?

—Si hubierais venido cuando os llamé nada de esto habría pasado —dijo Mougli, corriendo mucho más deprisa.

—Y ahora ¿qué va a pasar? —preguntó Hermano Gris.

Mougli estaba a punto de responder cuando una joven con una túnica blanca bajó por el sendero que salía de las afueras de la aldea. El Hermano Gris se perdió de vista al instante y Mougli se escondió sin hacer ruido en un campo de altas mieses. Casi habría podido tocarla con la mano cuando los tallos verdes y tibios se cerraron a su paso y desapareció tras ellos como un fantasma. La chica gritó, creyendo que había visto un espíritu, y suspiró después. Mougli separó los tallos con las manos y la miró hasta que la perdió de vista.

—No lo sé —dijo, suspirando a su vez—. ¿Por qué no vinisteis cuando os llamé?

—Te seguimos… Te seguimos —musitó Hermano Gris, lamiendo los talones de Mougli—. Te seguimos siempre, menos en la temporada de las voces nuevas.

—Y ¿me seguirías hasta la manada de los hombres? —susurró Mougli.

—¿No te seguí aquella noche, cuando los de nuestra antigua manada te expulsaron? ¿Quién te despertó cuando dormías en los cultivos?

—Sí, pero ¿volverías a hacer lo mismo?

—¿No estoy aquí esta noche?

—Sí, pero ¿vendrás siempre, Hermano Gris?

Hermano Gris guardó silencio. Por fin gruñó para sus adentros:

—La negra dijo la verdad.

—¿Qué dijo?

—Que el hombre al final se va con el hombre. Y Raksa, nuestra madre, dijo que…

—Lo mismo dijo Akela, la noche de los perros rojos —murmuró Mougli.

—Y también lo dijo Ka, que es más sabia que todos nosotros.

—Y ¿tú qué dices, Hermano Gris?

—Una vez te expulsaron, con insultos. Te hirieron en la boca con piedras. Mandaron a Buldeo para que te matase. Te habrían arrojado a la flor roja. Eres tú, no yo, quien dice que son estúpidos y malvados. Tú y no yo (yo sigo a los míos), quien

lanzó a toda la selva contra ellos. Tú y no yo quien inventó esa canción, más insultante que la nuestra contra los perros rojos.

—Te he preguntado qué dices tú.

Iban corriendo mientras tenían esta conversación. Hermano Gris siguió trotando un rato sin responder, hasta que por fin habló entre bote y bote, por así decir:

—Cachorro humano —dijo—. Amo de la selva. Hijo de Raksa. Hermano de mi cubil. Aunque me haya olvidado unos momentos, porque estamos en primavera, tu rastro es mi rastro, tu cubil es mi cubil, tu presa es mi presa y tu combate a muerte es mi combate a muerte. Hablo en nombre de los otros tres. Pero ¿qué vas a decirle a la selva?

—Bien pensado. Cuando se ha visto a la presa no hay tiempo que perder. Adelántate y diles a todos que vayan a la Roca del Consejo. Les contaré lo que tengo en el estómago. Aunque puede que no vengan. Estando en la temporada de las voces nuevas, puede que se olviden de mí.

—¿Tú no te olvidas de nada? —replicó Hermano Gris por encima del hombro cuando ya se lanzaba al galope. Y Mougli fue tras él, pensativo.

En cualquier otra época del año la noticia habría congregado a todos los habitantes de la selva, con el pescuezo erizado, pero en ese momento estaban todos muy ocupados, cazando, peleando, matando y cantando. Hermano Gris iba gritando por todas partes:

—El amo de la selva se va con los hombres. ¡Venid a la Roca del Consejo!

Y los animales, contentos y alterados, se limitaban a responder:

—Volverá con el calor del verano. Las lluvias lo llevarán al cubil. Ven a correr y a cantar con nosotros, Hermano Gris.

—Pero es que el amo de la selva se va con los hombres —repetía Hermano Gris.

—¿Iii… ioua? ¿Va a ser peor por eso la temporada de las voces nuevas? —contestaban los demás. Así, cuando Mougli, muy triste, subía por aquellas rocas tan familiares hasta donde un día lo presentaron a la manada, no encontró allí más que a los cuatro, a Balú, casi ciego por los años, y a la enorme serpiente de sangre fría, Ka, enroscada alrededor del asiento vacío de Akela.

—¿Es aquí entonces donde termina tu rastro, hombrezuelo? —dijo Ka cuando Mougli se lanzó al suelo y se cubrió la cara con las manos—. Llora tu llanto. Somos de la misma sangre, tú y yo: hombre y serpiente juntos.

—Ojalá me hubieran matado los perros rojos —gimió Mougli—. La fuerza me ha abandonado, y no es culpa de ningún veneno. Día y noche oigo unos pasos que siguen mi rastro. Vuelvo la cabeza y me parece que alguien se ha escondido en ese mismo instante. Voy a mirar detrás de los árboles y no está. Llamo y nadie responde, pero parece que alguien escucha y se guarda la respuesta. Me acuesto y no descanso. Hago la escapada primaveral y no me tranquilizo. Me doy un baño y no me refresco. Me repugna matar, pero solo si mato tengo valor para luchar. La flor roja está dentro de mi cuerpo, mis huesos son de agua… Y ya no sé lo que sé.

—No hace falta decir nada —contestó Balú, despacio, volviendo la cabeza adonde estaba Mougli—. Akela lo dijo a la orilla del río: que Mougli tendría que regresar con la manada de los hombres. Y yo lo dije. Pero ya nadie escucha a Balú. Baguira… ¿Dónde está Baguira? Ella también lo sabe. Es la Ley.

—Yo lo sé desde el día en que nos conocimos en las Guaridas Frías, hombrezuelo —dijo Ka, girando levemente sus poderosos anillos—. El hombre al final se va con el hombre, aunque la selva no lo expulse.

Los cuatro se miraron y miraron a Mougli, desconcertados pero obedientes.

—Entonces, ¿la selva no me expulsa? —dijo Mougli, con la voz entrecortada.

Hermano Gris y los tres lobos lanzaron un gruñido feroz y empezaron a decir:

—Mientras nosotros vivamos, nadie se atreverá a…

Pero Balú los interrumpió.

—Yo te he enseñado la Ley. Yo soy quien tiene que hablar —dijo—. Aunque ya no veo las rocas que tengo delante, mi vista alcanza hasta muy lejos. Sigue tu propio rastro, renacuajo. Construye tu cubil con los de tu propio pueblo y tu propia manada. Pero, cuando necesites una zarpa o un colmillo o un ojo, o dar un aviso veloz en la noche, recuerda, amo de la selva, que la selva está a tus órdenes.

—La selva media también es tuya —dijo Ka—. No hablo por el pueblo pequeño.

—*Hai mai*, hermanos —exclamó Mougli, abriendo los brazos y sollozando—. No sé lo que sé. No me iría, pero mis pies me arrastran. ¿Cómo voy a renunciar a noches como esta?

—Vamos, mírame, hermanito —dijo Balú—. No te avergüences de esta cacería. Cuando nos hemos comido toda la miel dejamos atrás el panal vacío.

—Cuando mudamos la piel no podemos volver a meternos en ella. Es la Ley.

—Escucha, mi alumno más querido —dijo Balú—. No hay ni palabra ni voluntad que pueda retenerte aquí. ¡Mírame! ¿Quién puede enfrentarse al amo de la selva? Te he visto jugar con esas piedrecitas blancas cuando eras un renacuajo; y Baguira, que te compró por un toro joven y recién matado, también te ha visto. De aquel Reconocimiento solo quedamos nosotros dos como testigos, porque Raksa, tu madre de cubil, ha muerto, lo mismo que tu padre; la antigua manada de los lobos murió hace mucho tiempo. Sabes cómo terminó Shir Jan, y Akela murió en la batalla con los doles, donde, de no haber sido por tu fuerza y tu sabiduría, la segunda manada de Sioni también habría muerto. No quedan de ella nada más que huesos viejos. Ya no es el cachorro humano el que pide permiso a su manada, sino el amo de la selva que cambia su senda. ¿Quién va a poner en duda las costumbres del hombre?

—Pero Baguira y el toro que me compró —empezó a decir Mougli—. Yo no…

Un rugido y un chasquido en la maleza cortaron en seco sus palabras, y Baguira, sigilosa, fuerte y aterradora como siempre apareció delante del chico.

—Por esto —dijo, extendiendo la zarpa delantera empapada de sangre— no he venido antes. La caza ha sido larga, pero ahora yace muerto entre los matorrales… Un toro de dos años: el toro que te da la libertad, hermanito. Ya están pagadas todas

las deudas. En todo lo demás, mi palabra es la palabra de Balú. —Y le lamió un pie a Mougli—. Recuerda que Baguira te quiere —gritó. Y se alejó de un salto. Ya al pie de la montaña, volvió a gritar con fuerza—: ¡Buena caza en tu nueva senda, amo de la selva! Recuerda que Baguira te quiere.

—Ya lo has oído —dijo Balú—. No hay más que hablar. Vete, pero antes acércate a mí. ¡Acércate a mí, sabio renacuajo!

—Es muy duro mudar la piel —dijo Ka al ver que Mougli no paraba de sollozar, con la cabeza hundida en el costado del oso ciego y abrazado a su cuello, mientras Balú intentaba lamerle los pies.

—Ya clarean las estrellas —dijo Hermano Gris, olfateando el viento del amanecer —. ¿Dónde nos refugiamos hoy? Porque de ahora en adelante, todos seguiremos nuevos rastros.

Y esta es la última de las historias de Mougli.

CANCIÓN DE DESPEDIDA

Esta es la canción que Mougli oyó a su paso por la selva hasta que otra vez llegó a la puerta de Mesua.

BALÚ

Este maestro, el mismo que enseñaba,
la selva y sus caminos a un renacuajo sabio,
este oso, viejo y ciego, te recuerda:
respeta, entre los hombres, la Ley de su manada.
Ya sea nueva o sea vieja, esté limpia o manchada,
síguela día y noche, cual si tu rastro fuera,
sin apartar de ella tu mirada.
Por Balú, que te quiere más que a nada,
si algún día tu manada te hiriese,
debes decir: «Ya se vuelve a oír el canto de Tabaqui».
Y si enfermar te hicieran a fuerza de trabajo,
di: «Todavía hay que dar muerte a Shir Jan».
Cuando el cuchillo veas a punto de clavar,
cumple la Ley y sigue tu camino.
(Raíz y miel, palma y corola,
guardad a este lobato de todo mal).
Viento y arroyos, árboles y madera:
¡te ofrece su favor la selva entera!

KA

Del huevo de la rabia nace el miedo:
solo el ojo sin párpado ve con claridad.
El veneno de la cobra mata a todos,
y lo mismo sucede con su forma de hablar.
Conviene que con ella abiertamente hables,
pues la fuerza es hermana de la amabilidad.
No grites más de lo que tu voz pueda.
No le prestes tu mano a una rama podrida.
Calcula bien las cabras o ciervos que devoras,
no dejes que tus ojos te atraganten,
y si vas a dormir después de alimentarte
busca un cubil bien hondo y escondido,

no vaya a ser que por torpe descuido
a tu asesino ayudes a encontrarte.
Mira al Norte y al Sur, al Este y al Oeste,
lava bien tu pelaje y cierra bien tu boca.
(Charca de agua azul y rebosante, pozo y fisura,
¡la selva media es tuya!).
Viento y arroyos, árboles y madera:
¡te ofrece su favor la selva entera!

BAGUIRA

En una jaula comenzó mi vida;
y por eso conozco las costumbres del hombre.
Por el cerrojo roto que me liberó un día
te digo, renacuajo: ¡del hombre desconfía!
Cuando pálidas se vuelvan las estrellas
y sientas la fragancia del rocío
ten cuidado: no persigas un rastro a la ligera.
En manada o consejo, en guarida o en caza,
no hagas ninguna tregua con los hombres chacales.
Y si te dicen: «Ven; no hay riesgo ni amenaza»,
responde con silencio a sus palabras.
Y también con silencio contesta si tu ayuda
para herir a los débiles pidieran.
No presumas de tener la habilidad de un bandar-log,
nunca pierdas la calma en la matanza.
Que no te aparte de tu rastro y cacería
ni alarido ni canto ni llamada.
¡Servidle todos: brumas de la aurora,
atardeceres claros, guardianes de los ciervos!
Viento y arroyos, árboles y madera:
¡te ofrece su favor la selva entera!

LOS TRES

Por la senda que han de seguir tus pasos,
hasta el umbral que a todos amedrenta,
allí donde la flor da brotes rojos,
y también por las noches, cuando te veas

de nuestro Cielo madre distanciado,
querido compañero, nos oirás pasar cerca.
Al alba, cuando tus ojos se abran
y venga la nostalgia de la selva
a acrecentar la carga del trabajo diario,
recuerda estas palabras:
Viento y arroyos, árboles y madera:
¡te ofrece su favor la selva entera!

Apéndice

En el ruj[8]

Otra vez el hijo único sueña que sueña un sueño.
Cae la última ceniza en la hoguera moribunda,
salta con leve chasquido una chispa entre las brasas.
Y el hijo único dice en la oscuridad profunda:
«¿Nací, acaso, de mujer y dormí en pecho de madre?
En mi sueño en el flanco de una fiera reposaba.
¿Nací, acaso, de mujer y dormí en brazos de padre?
En mi sueño, unos colmillos del peligro me guardaban.
¿Nací, acaso, de mujer y de niño jugué a solas?
En mi sueño tenía hermanos que jugando me mordían.
¿No comí pan de cebada y no lo mojé en la leche?
Soñé con un cabritillo que del establo traían.
Faltan horas y más horas para que salga la luna,
y ¡yo veo los tejados claros como en pleno día!
A muchas leguas de aquí, las cataratas de Lena
acogen a los sambures que en manadas ya se acercan.
¡Y yo oigo al cervatillo que bala tras de la cierva!
A muchas leguas de aquí, en las cataratas de Lena,
la falda del monte llega a las tierras de cultivo.
Pero ¡yo noto en el aire el tibio aroma del viento
que susurra en los trigales y me anuncia que estoy vivo!

El hijo único

De todo el engranaje de servicios públicos que gira bajo el mando del gobierno de la India, no hay ninguno más importante que el Departamento de Bosques y Selvas. En sus manos está la repoblación forestal de todo el país. O lo estará, cuando el gobierno tenga dinero para gastar. Sus empleados tienen que vérselas con tortuosos torrentes de arena y dunas en continuo movimiento que intentan contener levantando empalizadas por los flancos, frenar con diques por delante y compactar plantando en ellas hierbajos y pinos larguiruchos, según los procedimientos aprendidos en Nancy[9]. Estos hombres son responsables de toda la madera de los bosques nacionales del Himalaya y también de las peladas laderas que los monzones barren hasta convertirlas en gargantas secas y dolientes barrancos, como bocas abiertas que proclaman a gritos lo que es capaz de hacer el abandono. Experimentan con batallones de árboles llegados de otros países y miman al eucalipto para que arraigue y tal vez para que seque la fiebre del Canal[10]. En las llanuras, su deber consiste

principalmente en garantizar la limpieza del cinturón de cortafuegos para que, cuando venga la sequía y el ganado pase hambre, puedan abrir la reserva a los rebaños de los lugareños y permitir que la población recoja leña. Podan copas y ramas para abastecer de combustible a las líneas del ferrocarril que no emplean carbón. Calculan los beneficios de las plantaciones con decimales de cinco cifras; son los médicos y las parteras de los bosques de gigantescas tecas de la Alta Birmania, del caucho de las selvas orientales y de los robledales del sur, y padecen una eterna escasez de fondos. Ahora bien, al desempeñar su tarea lejos de los caminos trillados y los destinos habituales, el funcionario forestal aprende a cosechar sabiduría más allá de las tradiciones de los bosques; aprende a conocer a los habitantes de la selva y su sistema de gobierno; a toparse con el tigre, el jabalí, el leopardo, el perro salvaje y ciervos de toda especie no en una o dos ocasiones al cabo de varios días de expedición sino continuamente, mientras desempeña su tarea. Pasa mucho tiempo en una montura o una tienda de campaña —amigo de los árboles recién plantados, aliado de los toscos guardabosques y los peludos rastreadores— hasta que los bosques, en los que se aprecian sus cuidados, dejan a su vez una honda impronta en él, y entonces ya no vuelve a cantar las canciones francesas subidas de tono que aprendió en Nancy sino que se suma al silencio de las cosas silenciosas que viven entre la maleza.

Gisborne, funcionario de Bosques y Selvas, lleva cuatro años en este servicio. Al principio, adoraba su trabajo sin llegar a comprenderlo, porque le permitía vivir al aire libre y montar a caballo y le daba autoridad. Después lo aborreció con todas sus fuerzas, y habría dado el sueldo de un año a cambio de un mes de esa vida social que ofrece la India. Superada esta crisis, los bosques volvieron a adueñarse de él y disfrutaba sirviéndolos, ahondando y ensanchando los cortafuegos, contemplando la neblina verde de las nuevas plantaciones en contraste con el follaje más antiguo, drenando los arroyos atascados y acompañando y reforzando al bosque en su última batalla, allí donde se daba por vencido y moría entre las altas hierbas. Los días en que no hacía viento quemaban estas hierbas, y un centenar de bestias que tenían en ellas su hogar huían de las pálidas llamas a mediodía. Después, el bosque invadía el suelo ennegrecido en ordenadas líneas de arbolillos jóvenes, y Gisborne se sentía muy satisfecho al contemplarlo. Su *bungalow*, una casita de dos habitaciones, muros encalados y techo de paja, se encontraba en un extremo del gran *ruj*[11]. Gisborne no pretendía cultivar un jardín, pues el *ruj* llegaba hasta su puerta y se adentraba, trazando una curva, en unas matas de bambú, de tal manera que montaba a caballo en su terraza y al momento ya estaba en el corazón del bosque, sin necesidad de atravesar ningún camino.

Cuando Gisborne estaba en casa, su mayordomo Abdul Gafur, un musulmán gordinflón, le servía las comidas y pasaba el resto del día cotilleando con el pequeño grupo de criados indígenas que tenían sus chozas detrás del *bungalow*. Había dos mozos de cuadra, un cocinero, un aguador y un limpiador. Gisborne se ocupaba de limpiar sus armas personalmente y no tenía perro. Los perros ahuyentaban la caza y a

Gisborne le gustaba saber dónde irían a beber los súbditos de su reino cuando saliera la luna, dónde a comer antes del alba y dónde a pasar tumbados las horas de calor del día. Los exploradores y los guardabosques vivían en chozas, lejos de allí, en el corazón del *ruj*, y solo se presentaban en casa de Gisborne cuando alguien resultaba herido por un árbol caído o una fiera salvaje. Así, Gisborne estaba solo.

En primavera, el *ruj* echaba pocas hojas nuevas y seguía seco y quieto, sin dejarse conmover, a la espera de las lluvias. Solo entonces crecían las llamadas y los rugidos en la oscuridad de la noche serena; el tumulto de una batalla real entre los tigres, el mugido de los arrogantes ciervos o los continuos golpes en la madera de un jabalí viejo afilándose los colmillos en un tronco. En esta época del año, a Gisborne le parecía un pecado matar y apartaba por completo su escopeta muy poco usada. En verano, con el calor abrasador de mayo, la neblina envolvía el *ruj* y Gisborne montaba guardia, atento a la primera voluta de humo que indicara la presencia de fuego en el bosque. A continuación llegaban las lluvias, con un rugido, y el *ruj* desaparecía bajo las incursiones de la neblina cálida que goteaba sin tregua toda la noche en las grandes hojas con el son de un tambor; por todas partes se oía correr el agua y crujir los tallos jugosos al sacudirlos el viento, mientras los relámpagos entretejían sus dibujos por detrás de la densa cortina del follaje hasta que el sol quedaba libre de nuevo y el *ruj*, con sus flancos calientes y humeantes, se alzaba contra el cielo recién lavado. El calor y el frío seco volvían entonces a cubrirlo todo de un color tigresco. Y así, poco a poco, Gisborne llegó a conocer muy bien su *ruj* y a sentirse muy feliz. Recibía su paga mes a mes, pero necesitaba muy poco dinero y los billetes de banco se iban acumulando en el cajón donde guardaba sus cartas de casa y la máquina de recargar cartuchos. Solo gastaba para hacer alguna compra en el Jardín Botánico de Calcuta o indemnizar a la viuda de un explorador a la que el gobierno de la India nunca había compensado por la muerte de su marido.

La compensación económica estaba bien, pero también la venganza era necesaria, y Gisborne se la cobraba cuando podía. Una de tantas noches, un mensajero llegó corriendo y jadeando, con la noticia de que habían encontrado a un guardabosques muerto en la orilla del arroyo de Kanye, con un lado de la cabeza machacado como una cáscara de huevo. Gisborne salió al amanecer en busca del asesino. Únicamente los viajeros, y algún que otro soldado joven, llegan a ser conocidos como grandes cazadores. Para los funcionarios de Bosques, el uso de su rifle, el *shikar*, forma parte de su trabajo cotidiano, de ahí que nadie se entere. Gisborne fue andando hasta el lugar de la matanza: la viuda sollozaba encima del cadáver tendido en un catre y dos o tres hombres buscaban pisadas en la tierra húmeda.

—Ha sido el Rojo —dijo uno de los hombres—. Ya sabía yo que acabaría volviendo tarde o temprano. Lo raro es que hay caza suficiente, incluso para él. Esto lo ha hecho por pura maldad.

—El Rojo vive arriba, entre las peñas, detrás de los árboles del sal —dijo Gisborne, que conocía al tigre del que se sospechaba.

—Ahora no, *sahib*. Ahora no. Andará de un lado a otro hecho una furia. Ya se sabe que la primera matanza siempre es triple. Nuestra sangre los vuelve locos. Puede estar acechándonos mientras hablamos.

—O puede que haya ido a la choza de al lado —dijo otro—. Está a solo cuatro koss[12] de aquí. ¿Qué es esto, Wallah?

Gisborne dio media vuelta con los demás. Un hombre iba andando por el lecho seco del arroyo, cubierto únicamente con un taparrabos y coronado con una guirnalda de campanillas de la enredadera blanca llamada correhuela. Tal era el sigilo con que se movía entre los guijarros que incluso Gisborne, acostumbrado a las suaves pisadas de los rastreadores, se sobresaltó.

—El tigre que ha matado —empezó a decir, sin saludo previo— se ha ido a beber y ahora estará durmiendo debajo de una roca, detrás de esa montaña.

Su voz era clara como una campana, completamente distinta del quejido de los nativos, y al levantar el rostro al sol, sus facciones bien podían ser las de un ángel extraviado en el bosque. La viuda dejó de gemir encima del cadáver, miró al desconocido con los ojos muy abiertos y reanudó su tarea con redobladas fuerzas.

—¿Quiere el *sahib* que se lo enseñe? —preguntó el joven con sencillez.

—Si está usted seguro —empezó a decir Gisborne.

—Lo estoy. Lo vi hace apenas una hora… a ese perro. No le corresponde comer carne humana todavía, porque aún le quedan doce dientes sanos en esa malvada cabeza.

Los hombres, arrodillados alrededor de las huellas, se escabulleron sin decir palabra, por miedo a que Gisborne les pidiera que lo acompañasen, y el joven se rio para sus adentros.

—Venga, *sahib* —dijo, volviendo sobre sus pasos y echando a andar por delante de su compañero.

—No tan deprisa. No puedo seguir tus pasos —dijo Gisborne—. Espera. No te conozco.

—Es normal. Soy un recién llegado en este bosque.

—¿De qué pueblo vienes?

—No soy de ningún pueblo. Vengo de allá —contestó, señalando hacia el norte.

—¿Eres gitano?

—No, *sahib*. Soy un hombre sin casta, y sin padre también.

—¿Cómo te llaman?

—Mougli, *sahib*. Y ¿cómo se llama el *sahib*?

—Soy el encargado de este *ruj*. Me llamo Gisborne.

—¿Cómo? ¿Es que cuentan los árboles y las briznas de hierba que hay aquí?

—Exactamente. Por si los gitanos como tú les prenden fuego.

—¡Yo! Yo no haría daño a la selva por nada del mundo. Es mi hogar —miró a Gisborne con una sonrisa irresistible a la vez que levantaba una mano en señal de advertencia—. Ahora, *sahib*, vamos sin hacer ruido. Más vale no despertar a ese

perro, aunque está profundamente dormido. Quizá sería mejor que yo me adelantara y lo trajera hacia el *sahib* siguiendo la dirección del viento.

—¡Por Alá! ¿Desde cuándo un hombre desnudo puede llevar y traer a un tigre como si fuera ganado? —preguntó Gisborne, pasmado por la audacia del joven.

El desconocido volvió a reír con suavidad.

—Bueno, entonces, venga conmigo y dispare a su manera con ese rifle inglés.

Gisborne fue tras los pasos de su guía, y tuvo que encogerse, arrastrarse, trepar, agacharse, pasar, en suma, por todas las penurias de un rastreo en la selva. Estaba congestionado y chorreando de sudor cuando Mougli por fin le pidió que levantara la cabeza y se asomara por encima de un peñasco azulado que había cerca de una poza minúscula. El tigre estaba cómodamente tendido en la orilla, aseando a lametones perezosos un codo y una zarpa enormes. Era viejo, tenía los dientes amarillos y estaba no poco sarnoso, pero en aquel entorno y a la luz del sol imponía lo suyo.

Gisborne no se hacía ilusiones de disfrutar de la caza, tratándose del devorador de hombres. Era una alimaña y había que matarla lo antes posible. Esperó a recuperar el aliento, apoyó el rifle en la roca y silbó. La fiera volvió la cabeza despacio, a escasos seis metros de la boca del cañón, y Gisborne, sabiendo lo que hacía, le metió dos balas: una detrás de la paletilla y otra ligeramente por debajo del ojo. A tan corta distancia, los fuertes huesos del animal de poco servían contra las balas desgarradoras.

—Bueno, de todos modos no vale la pena quedarse con la piel —dijo Gisborne, cuando el humo se disipó y vieron patalear al tigre en los últimos estertores de la agonía.

—Una muerte de perro para un perro —dijo Mougli en voz baja—. La verdad es que no hay en ese montón de carroña nada que merezca la pena llevarse.

—Los bigotes. ¿No quieres los bigotes? —preguntó Gisborne, que sabía lo mucho que los exploradores de la selva valoraban esas cosas.

—¿Yo? ¿Cree que soy uno de esos cazadores piojosos, un *shikari*, para ensuciarme las manos con el hocico de un tigre? Que se pudra. Ya están aquí sus amigos.

Un milano real cayó en picado, con un silbido penetrante, cuando Gisborne expulsaba los cartuchos del rifle y se secaba el sudor de la frente.

—Si no eres un *shikari*, ¿dónde has aprendido tus conocimientos del tigre? —dijo —. Un rastreador no lo habría hecho mejor.

—Odio a los tigres —contestó Mougli con voz cortante—. Deme el *sahib* su rifle para que se lo lleve. Es un buen rifle. ¿Adónde va el *sahib*?

—A mi casa.

—¿Puedo ir yo también? Nunca he visto la casa de un hombre blanco por dentro.

Gisborne volvió a su *bungalow*. Mougli iba delante, sin hacer ningún ruido, con su piel morena brillando a la luz del sol.

Estudió con curiosidad la terraza y sus dos sillas, pasó la mano con recelo por la

cortina de bambú rajada, y entró en la vivienda sin dejar de mirar a sus espaldas. Gisborne soltó una cortina para que no entrara el sol. La cortina cayó con mucho alboroto y, antes de que tocara el suelo de piedra de la terraza, Mougli se había apartado de un salto y estaba al aire libre, jadeante.

—¡Es una trampa! —dijo apresuradamente.

—Los hombres blancos no hacen trampas para los hombres —se rio Gisborne—. No cabe duda de que eres completamente de la selva.

—Ya veo que no atrapa. Nunca había visto cosas como estas.

Entró en el *bungalow* de puntillas y abrió unos ojos como platos al ver los muebles de las dos habitaciones. Abdul Gafur, que estaba sirviendo la comida, lo miró con profundo disgusto.

—Tanto esfuerzo para comer y tanto esfuerzo para acostarse después de comer —dijo Mougli con una sonrisa—. En la selva hacemos las cosas mejor. Esto es estupendo. Está lleno de cosas muy caras. ¿No teme el *sahib* que puedan robarle? Nunca había visto cosas tan fantásticas. —Le llamó la atención una fuente de bronce de Benarés, cubierta de polvo, colocada sobre un soporte tembloroso.

—Solo un ladrón de la selva vendría a robar aquí —dijo Abdul Gafur, dejando un plato en la mesa con estrépito. Mougli agrandó los ojos y miró con perplejidad al mahometano de barba blanca.

—En mi país, a las cabras que balan demasiado, les cortamos el pescuezo —dijo alegremente—. Pero no temas. Ya me voy.

Dio media vuelta y desapareció en el *ruj*. Gisborne lo siguió con la mirada y soltó una carcajada que terminó en un suspiro. No había gran cosa, aparte de su trabajo habitual, que interesara al funcionario de Bosques, y el encuentro con aquel hijo de la selva, que parecía conocer a los tigres como otros conocen a los perros, había sido una diversión para él.

«Es un muchacho extraordinario —pensó—. Se parece a las ilustraciones del Diccionario clásico. Me habría gustado tomarlo como ayudante de caza. No es divertido ir de caza solo, y este chico habría sido un *shikari* perfecto. ¿De dónde habrá salido?».

Esa noche se sentó en la terraza, a la luz de las estrellas, a fumar y a pensar. Una bocanada de humo salió de la cazoleta de la pipa formando una voluta. Al disiparse esta, Gisborne vio a Mougli sentado en el borde de la terraza, cruzado de brazos. Ni un fantasma habría podido aparecerse con mayor sigilo. El guardabosques se sobresaltó y se le cayó la pipa.

—No hay con quién hablar ahí en el *ruj* —dijo Mougli—. Por eso he venido. —Cogió la pipa y se la devolvió a Gisborne.

—Ah —contestó el guardabosques, tras un largo silencio—. ¿Qué noticias traes del *ruj*? ¿Has visto algún otro tigre?

—Los nilgós han cambiado de pastos con la luna nueva, como tienen por costumbre. Los jabalíes se han ido cerca del río Kanye, para no tener que comer con

los nilgós; y a una de las hembras la ha matado un leopardo entre las hierbas altas que crecen en el nacimiento del manantial. No sé nada más.

—Y ¿cómo te has enterado de todo eso? —preguntó Gisborne, inclinándose para mirar los ojos de Mougli, que brillaban a la luz de las estrellas.

—¿Cómo no iba a enterarme? Los nilgós tienen sus costumbres, y hasta un niño sabe que los jabalíes no comen con ellos.

—Yo no lo sabía.

—¡Bah! Y ¿tú eres el jefe de este *ruj*? Eso me han dicho los hombres de las chozas. —Y a Mougli se le escapó una carcajada.

—Es muy fácil ir por ahí contando cuentos de niños —replicó Gisborne, ofendido por la carcajada—. Decir que en el *ruj* pasa tal o cual o cosa sin que nadie pueda negarlo.

—Mañana te enseñaré el esqueleto de la jabalina —contestó Mougli, sin inmutarse en lo más mínimo—. Y hablando del nilgó, si el *sahib* se queda aquí muy quieto, le traeré uno hasta la puerta de su casa. Y, si escucha con atención, el *sahib* sabrá de dónde viene el nilgó.

—Mougli, la selva te ha vuelto loco. ¿Quién puede guiar a un nilgó?

—¡Quieto! Quédate quieto. Me voy.

—¡Caramba! ¡Este hombre es un fantasma! —exclamó Gisborne, porque Mougli se había esfumado en la oscuridad sin el menor ruido de pasos.

El *ruj* se extendía formando pliegues aterciopelados bajo el incierto resplandor de las estrellas, tan callado que hasta la brisa más leve en las copas de los árboles parecía el suspiro de un niño plácidamente dormido. Abdul Gafur, en la cocina, hacía ruido con los platos.

—¡Silencio! —ordenó Gisborne y adoptó la postura de escucha del hombre acostumbrado a la quietud del *ruj*. Se había esforzado para no perder la dignidad en aquel aislamiento. Se vestía todas las noches para cenar, y la pechera de la camisa blanca y almidonada crujía al compás de su respiración hasta que se inclinó ligeramente a un lado. La pipa, que estaba algo atascada, empezó a ronronear, y Gisborne la dejó a un lado. Entonces, aparte de la respiración de la noche en el *ruj*, todo quedó en silencio.

Desde una distancia inconcebible, a través de la inconmensurable oscuridad, llegó el eco débil, muy débil, del aullido de un lobo. Y otra vez la selva volvió a sumirse en un silencio que pareció durar horas y horas. Al final, cuando ya no sentía las piernas de las rodillas para abajo, Gisborne oyó una especie de crujido en la maleza, muy lejos. Tuvo dudas, hasta que el mismo ruido se repitió varias veces.

—Viene del oeste —murmuró—. Algo se acerca.

El ruido cobró fuerza, crujido tras crujido y pisada tras pisada, acompañado del jadeo ronco de un nilgó acalorado y perseguido, que huía, preso de un terror pánico, sin mirar adónde.

Una sombra surgió entre los troncos de los árboles, dio media vuelta, volvió a

girar, mugiendo y estampando las pezuñas contra el suelo desnudo, y pasó casi al alcance de la mano de Gisborne. Era un nilgó macho, empapado de rocío, con una liana enredada en el lomo y los ojos resplandecientes a la luz de la casa. El toro se asustó al ver al hombre y escapó por el linde del *ruj* hasta fundirse en la oscuridad. Lo primero que pensó Gisborne, atónito como estaba, fue que era una indecencia sacar al gran toro azul del *ruj* para someterlo a una inspección; ahuyentarlo en plena noche y obligarlo a seguir un camino, en vez de dejarlo en paz.

Entonces, mientras seguía observando la oscuridad, una voz suave le habló al oído:

—Ha venido del nacimiento del manantial. Es el guía de la manada. Ha venido del oeste. ¿Me cree ahora el *sahib* o tengo que traer a toda la manada para que la cuente? El *sahib* es el encargado de este *ruj*.

Mougli había vuelto a sentarse en el porche, con la respiración algo agitada. Gisborne lo miró boquiabierto.

—¿Cómo has hecho eso?

—El *sahib* ya lo ha visto. Si el *sahib* necesita más conocimientos de los movimientos de la caza alguna vez, aquí está Mougli. Este es un buen *ruj*. Voy a quedarme aquí.

—Quédate, y, si necesitas comer, mis criados te servirán a cualquier hora.

—Eso está bien. Me gusta la comida cocinada —contestó Mougli rápidamente—. Que nadie diga que no como cosas hervidas o asadas como cualquier hombre. Vendré a por esa comida. Por mi parte, prometo que el *sahib* podrá dormir tranquilo en su casa sin que ningún ladrón venga a llevarse sus tesoros.

La conversación concluyó con la brusca desaparición de Mougli. Gisborne se quedó un buen rato sentado, fumando, y la conclusión de sus reflexiones fue que por fin había encontrado en Mougli al explorador y el guardabosques ideal, el hombre al que siempre habían buscado él y el Departamento.

«Tengo que conseguir que trabaje para el gobierno, de un modo u otro. Un hombre capaz de guiar a un nilgó sabe más del *ruj* que cincuenta hombres juntos. Es un prodigio, un *lusus naturae*[13], y debería ser guardabosques, si es que es capaz de establecerse en un sitio fijo», se dijo Gisborne.

Abdul Gafur no tenía una opinión tan favorable. A la hora de acostarse le confió a su señor que los desconocidos llegados de a saber dónde eran más que probablemente ladrones profesionales, y dijo que a él personalmente no le gustaban los hombres desnudos, sin casta y sin modales a la hora de hablar con el hombre blanco. Gisborne se echó a reír y le dijo que podía retirarse, cosa que Abdul Gafur hizo refunfuñando. Esa misma noche, más tarde, el criado tuvo ocasión de levantarse y pegar a su hija de trece años. Nadie sabía el motivo, pero Gisborne oyó los gritos.

En los días que siguieron, Mougli apareció y desapareció como una sombra. Se había instalado cerca del *bungalow*, en el límite del *ruj*, donde Gisborne, cuando salía a la terraza a tomar el aire, a veces lo veía sentado a la luz de la luna, con la frente en

las rodillas, o tumbado en una rama y pegado a ella como una bestia nocturna. En estas ocasiones, Mougli le mandaba un saludo y le deseaba que durmiera bien, o bajaba del árbol y le contaba historias fabulosas de las costumbres de las bestias del *ruj*. Un día entró en los establos, donde lo encontraron observando a los caballos con profundo interés.

—Eso —señaló Abdul Gafur— es una clara señal de que algún día robará uno. Ya que vive cerca de esta casa, ¿por qué no busca un empleo honrado? No, señor. Él tiene que ir por todas partes como un camello descarriado, haciendo volver la cabeza a los tontos y dejando boquiabiertos a los imprudentes.

Así, Abdul Gafur daba estrictas órdenes a Mougli cuando se encontraba con él; le pedía que fuera a por agua o que desplumara las aves, y Mougli obedecía, riendo con despreocupación.

—No tiene casta —insistía Abdul Gafur—. Es capaz de todo. Tenga cuidado, *sahib*. Una serpiente es una serpiente, y un gitano de la selva es un ladrón hasta el día en que se muere.

—Calla —dijo Gisborne—. Yo te permito que castigues a los tuyos siempre que no te excedas demasiado, porque conozco tus costumbres. Pero tú no conoces las mías. Está claro que el chico está un poco loco.

—Más que un poco —respondió Abdul Gafur—. Pero ya veremos en qué acaba todo.

Poco después, Gisborne tuvo que pasar tres días en el *ruj*, por cuestiones relacionadas con su trabajo. Abdul Gafur, que estaba viejo y gordo, se quedó en casa. No era partidario de dormir en las chozas de los exploradores y tenía tendencia a recaudar cereales, aceite y leche, en nombre de su amo, entre gentes que a duras penas podían permitirse tales benevolencias. Gisborne salió a caballo temprano, un amanecer, algo molesto al ver que su hombre de los bosques no lo esperaba en la terraza para acompañarlo. A Gisborne le gustaba aquel muchacho: le gustaban su fuerza, su agilidad y su sigilo, su sonrisa amplia y siempre a punto, su ignorancia de cualquier clase de ceremonia y de saludo, y los cuentos infantiles que le contaba (a los que Gisborne ahora sí daba crédito) de las andanzas de los animales en el *ruj*. Llevaba una hora cabalgando por el bosque cuando oyó un rumor a sus espaldas y Mougli apareció trotando al lado del estribo.

—Tenemos tres días de trabajo por delante con los nuevos árboles —dijo Gisborne.

—Muy bien. Me gusta cuidar de los árboles jóvenes. Ofrecen cobijo si las bestias los dejan crecer. Tendremos que ahuyentar a los jabalíes otra vez.

—¿Otra vez? ¿Cómo? —pregunto Gisborne con una sonrisa.

—Bueno, anoche estaban piafando y hozando entre los árboles del sal y tuve que echarlos. Por eso no estaba en la terraza esta mañana. Los jabalíes no tendrían que haber venido a esta parte del *ruj*. Tenemos que impedir que pasen del nacimiento del río Kanye.

—Para eso haría falta un hombre capaz de pastorear las nubes, pero si como dices eres pastor del *ruj*, sin buscar ganancia ni paga…

—El *ruj* es del *sahib* —contestó Mougli, levantando la vista rápidamente.

Gisborne le dio las gracias con un asentimiento de cabeza y terminó de decir:

—¿No sería mejor trabajar para el gobierno a cambio de un sueldo? Después de muchos años de servicio te darían una pensión.

—Ya he pensado en eso —dijo Mougli—, pero los exploradores viven en chozas, con puertas cerradas, y eso para mí se parece demasiado a una trampa. De todos modos, creo que…

—Piénsalo bien antes de decir nada. Pararemos aquí a desayunar.

Gisborne descabalgó, sacó la comida de sus alforjas caseras y vio que el día en el *ruj* se presentaba caluroso. A su lado y tendido en la hierba, Mougli contemplaba el cielo.

Momentos después, dijo, con un susurro perezoso:

—*Sahib*, ¿ha dado orden hoy en el *bungalow* de que sacaran a la yegua blanca?

—No, está gorda y vieja, y un poco lisiada. ¿Por qué lo dices?

—Porque ahora mismo alguien va cabalgando en ella, y bien deprisa, por el camino que lleva a la línea del ferrocarril.

—Bah, eso está a dos *koss* de aquí. Será un picapinos.

Mougli levantó el antebrazo para protegerse los ojos del sol.

—Ese camino hace una curva grande pasado el *bungalow*. Está como mucho a un *koss* de aquí, al vuelo de un milano real. Y el sonido vuela como los pájaros. ¿Quiere que vayamos a verlo?

—¡Qué locura! ¿Correr un *koss* con este sol por un ruido en el bosque?

—Sí, es la yegua del *sahib*. Yo solo quería traerla. Si no es del *sahib*, pues no pasa nada. Si es, el *sahib* puede hacer lo que quiera. La están haciendo galopar a buen paso.

—Y ¿cómo piensas traerla hasta aquí, loco?

—¿Lo ha olvidado el *sahib*? Por el camino del nilgó, por ningún otro.

—Arriba, entonces. Corre, ya que tanto te empeñas.

—Bueno, no necesito correr.

Pidió silencio con un gesto de la mano y, sin despegar la espalda del suelo, llamó tres veces en voz alta, con un grito profundo y gutural que era nuevo para Gisborne.

—Vendrá —dijo entonces—. La esperaremos en la sombra.

Y los ojos agrestes de Mougli se ocultaron bajo sus largas pestañas mientras dormitaba en el silencio de la mañana. Gisborne aguardó pacientemente: seguro que Mougli estaba loco, pero un funcionario de bosques no podía esperar compañía más entretenida.

—¡Ja, ja! —dijo Mougli con voz perezosa y los ojos cerrados—. El jinete se ha caído. Primero llegará la yegua y después el hombre.

Bostezó cuando el semental de Gisborne lanzó un relincho. En cuestión de tres

minutos, la yegua blanca, ensillada y embridada pero sin jinete, irrumpía en el claro del bosque donde se habían sentado y corría hacia su compañero.

—No está demasiado acalorada —dijo Mougli—, aunque con este calor enseguida se rompe a sudar. Ahora veremos al jinete, porque el hombre va más despacio que el caballo. Sobre todo si se da la casualidad de que es gordo y viejo.

—¡Por Alá! Esto es cosa del diablo —exclamó Gisborne, levantándose de un salto, pues había oído un grito en la selva.

—No se preocupe, *sahib*. No nos hará daño. También él dira que es cosa del diablo. ¡Ahí está! ¡Escuche! ¿Quién es?

Era la voz de Abdul Gafur que, atormentado de terror, pedía a gritos a unos seres desconocidos que tuviesen compasión de él y de su pelo blanco.

—No puedo dar un paso más —aulló—. Soy un anciano y he perdido mi turbante. *Arré! Arré!* Pero seguiré andando a pesar de todo. Iré deprisa. ¡Correré! ¡Ah, demonios de los abismos, yo soy musulmán!

La maleza se separó para abrir paso a Abdul Gafur, sin turbante, descalzo, con el taparrabos desatado, las manos apretadas y manchadas de hierba y barro, y la cara roja como la grana. Al ver a Gisborne volvió a gritar y se lanzó a sus pies, exhausto y tembloroso. Mougli lo observaba con una dulce sonrisa.

—No tiene gracia —dijo Gisborne con severidad—. Este hombre se va a morir, Mougli.

—No se va a morir. Solo está asustado. No tenía ninguna necesidad de salir a dar un paseo.

Abdul Gafur se incorporó con un gemido, temblando de pies a cabeza.

—Esto es brujería, brujería y cosa del demonio —sollozó, rebuscando en su pecho—. He pecado, y los demonios me han arrastrado por el bosque. Todo ha terminado. Me arrepiento. ¡Tenga, *sahib*! —dijo, tendiendo un rollo de papel sucio.

—¿Qué significa todo esto, Abdul Gafur? —preguntó Gisborne, que ya sabía lo que estaba pasando.

—Que me encierren en prisión. Aquí están todos los billetes. Pero que no puedan entrar en ella los demonios. He pecado contra el *sahib* y contra su sal, que ha sido mi alimento. Y, de no haber sido por esos malditos demonios del bosque, podría haber comprado unas tierras lejos de aquí para vivir en paz el resto de mis días. —Se dio cabezazos contra el suelo, de pura desesperación y vergüenza. Gisborne miró y remiró los billetes. Eran su sueldo de los nueve últimos meses, el que guardaba en el cajón con las cartas de casa y la máquina de recargar cartuchos. Mougli no apartaba la vista de Abdul Gafur, riéndose en silencio para sus adentros—. No hace falta que vuelvan a subirme a ese caballo. Volveré a casa andando con el *sahib*, y una vez allí puede enviarme a prisión bajo guardia. El gobierno castiga este delito con muchos años de cárcel —dijo el mayordomo con tristeza.

La soledad del *ruj* influye mucho en las ideas que tenemos acerca de muchas cosas. Gisborne miró a Abdul Gafur, recordando que había sido un buen sirviente, y

pensó que un nuevo mayordomo tendría que aprender desde cero las costumbres de la casa, y en el mejor de los casos serían una cara y una lengua nuevas.

—Escucha, Abdul Gafur —dijo—. Lo que has hecho está muy mal, y has perdido por completo tu *izzat*, tu honor, y tu reputación. Pero creo que ha sido un arrebato.

—¡Bien lo sabe Alá! Nunca había deseado esos billetes. El diablo me agarró del pescuezo mientras los miraba.

—Eso lo comprendo. Vuelve entonces a mi casa. Cuando regrese, enviaré los billetes al banco con un mensajero, y no se hablará más del asunto. Tienes demasiados años para ir a la cárcel. Además, tu familia no tiene la culpa.

Por toda respuesta, Abdul Gafur sollozó entre las botas de montar de Gisborne.

—Entonces, ¿no va a despedirme? —preguntó, tragando saliva.

—Eso ya lo veremos. Dependerá de tu comportamiento cuando volvamos. Sube a la yegua y cabalga despacio.

—Pero ¿esos diablos? El *ruj* está lleno de diablos.

—Por eso no tienes que preocuparte, padre mío. No volverán a hacerte daño si obedeces las órdenes del *sahib* —dijo Mougli—. Si no, puede que te lleven a casa por el camino del nilgó.

Abdul Gafur miró a Mougli atónito mientras se colocaba el taparrabos.

—¿Son suyos esos demonios? ¡Son suyos! Y ¡yo que había pensado volver a casa y echarle la culpa a ese hechicero!

—Eso está bien pensado, *huzrut*[14], pero antes de tender una trampa hay que ver el tamaño de la presa. Yo solo pensé que alguien se había llevado uno de los caballos del *sahib*. No sabía que la intención era hacerme pasar por un ladrón ante el *sahib*. De haberlo sabido, mis demonios te habrían traído hasta aquí a rastras. Todavía no es demasiado tarde.

Mougli miró a Gisborne inquisitivamente, pero Abdul Gafur se acercó como un pato a la yegua blanca, montó con torpeza y desapareció por los caminos del bosque, levantando chasquidos a su paso y dejando ecos a sus espaldas.

—Eso ha estado bien —dijo Mougli—. Aunque volverá a caerse si no se agarra bien a la crines.

—Ahora dime qué significa todo esto —ordenó Gisborne con aire severo—. ¿Qué es eso de los diablos? ¿Cómo es posible llevar a los hombres de un lado a otro del *ruj* como si fueran ganado? Contesta.

—¿Está enfadado el *sahib* por haber salvado su dinero?

—No, pero aquí hay un truco que no me gusta.

—Muy bien. Si ahora me levantara y diera tres pasos por el *ruj*, nadie, ni siquiera el *sahib*, podría encontrarme si yo no quisiera. Y de la misma manera que no lo haría por gusto, tampoco lo contaría por gusto. Tenga un poco de paciencia el *sahib* y algún día se lo enseñaré todo. Algún día, si el *sahib* quiere, guiaremos juntos al ciervo. No hay nada en esto que sea cosa del diablo. Solo que… yo conozco el *ruj* como otros conocen la cocina de su casa.

Mougli hablaba como si se dirigiera a un niño impaciente. Gisborne, confundido, desconcertado y bastante molesto, no dijo nada. Se quedó pensativo, con la mirada en el suelo. Cuando levantó la vista, el hombre de los bosques había desaparecido.

—No está bien entre amigos enfadarse —dio una voz tranquila entre la maleza—. Espere hasta que caiga la tarde, *sahib*.

Así, al quedarse a solas, sumido en el corazón del *ruj*, por así decir, Gisborne maldijo, después se rio, subió a su caballo y siguió adelante. Visitó a un explorador en su cabaña, supervisó un par de plantaciones nuevas, dejó algunas órdenes para quemar una zona de hierba seca y se fue a buscar un sitio de su gusto en el que acampar: un grupo de rocas partidas, con una tosca techumbre de ramas y hojas, no muy lejos de las orillas del Kanye. Caía el crepúsculo cuando avistó su refugio, y el *ruj* comenzaba a despertar a la sigilosa y voraz vida nocturna.

Una hoguera parpadeaba en una loma y el viento traía el agradable olor de una cena.

—Um, sea lo que sea, es mejor que la carne fría. Aunque el único que podría andar por aquí es Muller y, oficialmente, tendría que estar supervisando el *ruj* de Changamanga. Supongo que por eso está en mi territorio.

El inmenso alemán, encargado de todos los bosques y selvas de la India, jefe de los exploradores de Birmania a Bombay, tenía la costumbre de revolotear de un sitio a otro sin previo aviso, como un murciélago, y de aparecer exactamente donde menos se lo esperaba. Tenía la teoría de que las apariciones repentinas, el descubrimiento de los defectos y una amonestación personal a un subordinado eran infinitamente más eficaces que el lento proceso de la correspondencia que con los años podía concluir con una mancha en el expediente de un funcionario de Bosques. Solía decir: «Si hablo a mis muchachos como si fuera un tío holandés, ellos piensan: “Son manías de ese condenado de Muller”. Y la siguiente vez lo hacen mejor. Pero si ese secretario mío, ese cabeza hueca, escribe y dice que *insbector* general Muller no entiende y está muy enfadado… Primero no sirve de nada, porque yo no estoy allí; y segundo, el tonto que viene después de mí puede decirles a mis mejores hombres: “Oigan, mi *bredecesor* os ha tratado mal”. Yo digo que ningún funcionario importante hace crecer los árboles».

La voz grave de Muller llegaba en la oscuridad desde detrás del fuego, donde estaba inclinado sobre un perolo.

—¡No tanta salsa, hijo de Belial! La salsa Worcester es un condimento, no es agua. Ah, Gisborne, has venido para una cena muy mala. ¿Dónde está tu campamento? —Y se acercó a darle la mano.

—Yo soy el campamento, señor —dijo Gisborne—. No esperaba encontrarlo por aquí.

Muller observó la esbelta figura del joven.

—Bien. ¡Eso muy bien! Un caballo y cosas frías de comer. Cuando era joven yo también acampaba así. Ahora cenarás conmigo. El mes pasado fui a oficina para

escripir mi informe. *Escripí* la mitad, ¡ja, ja!, y lo demás he dejado a mis *embleados* y he venido a pasear. El gobierno está loco con estos informes. Eso le he dicho a virrey en Simla.

Gisborne se echó a reír, recordando las muchas leyendas que circulaban sobre los enfrentamientos de Muller con el gobierno supremo. Tenía libertad para actuar a su antojo, pues no había otro funcionario de Bosques como él.

—Si te veo a ti, Gisborne, sentado en tu *bungalow* y *escripiendo* informes de *blantaciones* para mí, en vez de estar en *blantaciones*, te mando al centro de desierto de Bikanir a reforestar. Soy harto de informes y de comer papeles en vez de trabajar.

—No hay mucho peligro de que yo pierda el tiempo redactando mis informes anuales, porque los aborrezco tanto como usted, señor.

La conversación tomó entonces un giro profesional. Muller hizo algunas preguntas y Gisborne recibió algunas órdenes y advertencias mientras se preparaba la cena. Fue la comida más civilizada que Gisborne había probado desde hacía meses. Al cocinero de Muller no se le permitía el más mínimo desliz, por lejos que estuviera la fuente de aprovisionamiento, y en aquella mesa puesta en mitad del bosque, la cena empezó con pescaditos de agua dulce, con picante y especias, y terminó con café y coñac.

—¡Ah! —exclamó Muller al final, con un suspiro de satisfacción, mientras encendía un cigarro y se sentaba en su baqueteada silla de campaña—. Cuando *escripo* informes soy librepensador y ateo, pero aquí en *ruj*, soy más que cristiano. Soy también *bagano*.

Se deleitó en colocar la boquilla del puro debajo de la lengua, apoyó las manos en las rodillas y puso la mirada en la cambiante penumbra del *ruj*, lleno de ruidos furtivos: el chasquido de las ramas pequeñas, como el del fuego a sus espaldas; el suspiro y el rumor de un tallo doblado por el calor al recuperar su rectitud con el frescor de la noche; el murmullo incesante del río Kanye y el alboroto sordo en las pobladas hierbas de las zonas altas, ocultas a la vista por una ondulación de la montaña. Muller soltó una densa bocanada de humo y empezó a citar a Heine para sus adentros.

—Sí, esto es muy bien. Muy bien. «Sí, yo hago milagros, y vive Dios que son bien visibles». Recuerdo cuando *ruj* no era más grande que tu rodilla, de aquí a los cultivos. Y en sequía el ganado comía huesos de ganado muerto en todas partes. Ahora los árboles han vuelto. Los ha plantado un librepensador, porque sabe que causa produce efecto. Pero los árboles tienen su culto y sus dioses antiguos, «y los dioses cristianos gimen a gritos». Ellos no pueden vivir en *ruj*, Gisborne.

Una sombra se movió en uno de los caminos de herradura: se deslizó y se perdió a la luz de las estrellas.

—He dicho casi verdad. ¡Silencio! Aquí viene fauno a ver su *insbector* general. ¡Cielos, es el dios! ¡Mira!

Era Mougli, con su corona de flores blancas y una rama medio pelada a modo de

báculo. Mougli, muy receloso del fuego y preparado para huir entre la maleza a la más mínima señal de alarma.

—Es un amigo mío —dijo Gisborne—. Me está buscando. ¡Eh, Mougli!

Muller apenas tuvo tiempo de abrir la boca antes de que Mougli apareciese al lado de Gisborne.

—No hice bien en irme. No hice bien. Pero es que no sabía que la compañera del que mataron a la orilla de este río estaba despierta y te buscaba a ti. De haberlo sabido no me habría marchado. Ha seguido el rastro del *sahib* desde muy lejos.

—Está un poco loco —explicó Gisborne—, y habla de todos los animales del bosque como si fueran sus amigos.

—Claro, claro. Si el fauno no los conoce ¿quién puede conocerlos? —contestó Muller con tono grave—. ¿Qué dice de los tigres, este dios que te conoce tan bien?

Gisborne volvió a encender su cigarro, que se consumió hasta el filo del bigote antes de que hubiera terminado de contar la historia de Mougli y sus hazañas. Muller lo escuchó sin interrupciones.

—Eso no es locura —dijo al fin, cuando Gisborne le contó cómo había atraído a la yegua de Abdul Gafur—. Eso no es locura en absoluto.

—¿Qué es, entonces? Esta mañana se largó, muy enfadado, porque le pedí que me contara cómo lo hacía. Digo yo que estará poseído de una forma o de otra.

—No, nada de *bosesión*. Es fabuloso. Normalmente mueren jóvenes, los que son como él. Tú dices ahora que criado ladrón no sabe quién guio a su yegua, y nilgó, por *subuesto*, no podía contarlo.

—No, pero es que allí no había nada. Estuve muy atento, y yo lo oigo casi todo. Simplemente, el toro y el criado aparecieron de pronto… locos de miedo.

Por toda respuesta, Muller miró a Mougli de arriba abajo y después le indicó con un gesto que se acercara. Mougli se acercó como un ciervo por una senda en la que presiente algún peligro.

—No voy a hacerte daño —dijo Muller en la lengua vernácula—. Estira un brazo.

El alemán deslizó la mano hasta el codo de Mougli, lo palpó y asintió con la cabeza.

—Lo que *bensaba*. Ahora la rodilla. —Gisborne le vio palpar la rótula de Mougli y sonreír. Dos o tres cicatrices blancas justo encima del tobillo llamaron su atención —. ¿Eso te hiciste cuando eras muy joven? —preguntó.

—Sí —contestó Mougli con una sonrisa—. Son muestras de cariño de los pequeñines. —Y mirando a Gisborne por encima del hombro, le dijo—: Este *sahib* lo sabe todo. ¿Quién es?

—Ya lo sabrás, amigo mío. Ahora di, ¿dónde están? —preguntó Muller.

Mougli trazó un círculo con la mano por encima de la cabeza.

—¡Eso es! Y ¿tú puedes guiar nilgós? ¡Mira! ¡Ahí está mi yegua, en su estaca! ¿Puedes traerla sin que se asuste?

—¿Si puedo traer la yegua del *sahib* sin que se asuste? —repitió Mougli,

levantando la voz ligeramente por encima de su tono normal—. Eso es muy fácil con esas cuerdas atadas a las patas.

—Suéltale la cabeza y las patas —le gritó Muller a su mozo de cuadras. Apenas habían sacado las estacas del suelo cuando la yegua australiana, enorme y negra, dio un respingo con la cabeza y ladeó las orejas.

—¡Cuidado! No quiero que termine en *ruj* —dijo Muller.

Mougli estaba muy quieto, frente al resplandor del fuego: era la viva estampa de ese dios griego al que con tanto lujo de detalles se describe en las novelas. La yegua relinchó, levantó una de las patas traseras y, al verse libre, se acercó rápidamente a su dueño y apoyó la cabeza en su pecho, ligeramente sudorosa.

—Ha venido por su propio pie. Mis caballos hacen lo mismo —señaló Gisborne.

—Tócala a ver si está sudando —dijo Mougli.

Gisborne puso una mano en el flanco húmedo.

—Es suficiente —dijo Muller.

—Es suficiente —repitió Mougli, y una roca, a sus espaldas, le devolvió el eco.

—Es muy raro, ¿verdad? —preguntó Gisborne.

—No, solo es extraordinario… Muy extraordinario. ¿Todavía no lo entiendes, Gisborne?

—Reconozco que no.

—Bueno, en ese caso no diré nada. Él dice que algún día te lo enseñará. Sería cruel que yo lo dijera. Lo que no entiendo es que aún esté vivo. Ahora, escúchame —le ordenó a Mougli, y siguió hablando en lengua vernácula—. Soy el jefe de todos los *rujs* de la India y de otros más allá de las Aguas Negras. No sé cuántos hombres trabajan a mis órdenes, puede que cinco mil o puede que diez mil. Tu tarea será esta: no volverás a ir por *ruj* guiando a las bestias por diversión o para *bresumir*, sino que trabajarás para mí, que soy el gobierno en cuestión de Bosques y Selvas, y vivirás en este *ruj* como guarda forestal; ahuyentarás a las vacas de los aldeanos cuando no haya orden de alimentarlas en *ruj*; las dejarás entrar cuando se ordene; no dejarás que jabalí y nilgó lleguen a ser demasiados; le dirás a *sahib* Gisborne dónde están tigres y qué caza hay en bosque; y avisarás enseguida cuando veas fuego en *ruj*, porque puedes avisar más *debrisa* que nadie. Por ese trabajo recibirás paga mensual en monedas de plata y, al final, cuando tengas mujer y ganado y tal vez hijos, te darán una *bensión*. ¿Qué me dices?

—Eso es justamente lo que yo… —empezó a decir Gisborne.

—Mi *sahib* me habló esta mañana de ese servicio —dijo Mougli—. Llevo todo el día pensándolo y ya tengo una respuesta. Serviré si sirvo en este *ruj* y en ningún otro, con *sahib* Gisborne y con nadie más.

—Así será. Dentro de una semana llegará por escrito el documento en que gobierno se compromete a pagar pensión. A partir de entonces, vivirás donde diga *sahib* Gisborne.

—Pensaba decírselo —dijo Gisborne.

—Me ha bastado con verlo. Nunca habrá un guardabosques mejor que él. Es un *brodigio*. Ya verás, Gisborne, como algún día tú también lo descubres. ¡Es hermano de sangre de todos los animales de *ruj*!

—Me sentiría más tranquilo si lograra entenderlo.

—Eso llegará. Solo digo que en todo mi tiempo de servicio, y son ya treinta años, solo una vez he conocido a un chico que empezó como este. Y murió. A veces se habla de ellos en informes del censo, pero todos mueren. Este ha sobrevivido y es un anacronismo. Es anterior a Edad del Hierro y a Edad de Piedra. Está en los comienzos de historia del hombre: es Adán en Edén. ¡Ya solo nos falta una Eva! ¡No! Tiene más años que esas leyendas, igual que *ruj* es más antiguo que sus dioses. Gisborne, ahora sí que soy un *bagano*, ya para siempre.

El resto de la larga velada lo pasó Muller fumando sin parar, con la mirada puesta en la oscuridad, pronunciando multitud de citas y con una honda expresión de asombro. Por fin se retiró a su tienda, pero volvió al cabo de un rato, con un suntuoso pijama rosa, y las últimas palabras que Gisborne le oyó dirigir al *ruj*, en el suave rumor de la noche, fueron las siguientes, dichas con notable énfasis:

Así, engalanados con exquisitas galas,
tú, noble y desnudo y antiguo;
Libidina tu madre,
tu padre, Príapo: Dios y griego[15].

—Ahora sé que *bagano* o cristiano, ¡nunca conoceré los secretos de *ruj*!

Era medianoche en el *bungalow*, una semana más tarde, cuando Abdul Gafur, lívido de rabia, apareció a los pies de la cama de Gisborne y entre susurros le pidió que se despertara.

—Arriba, *sahib* —balbuceó—. Arriba y traiga su escopeta. He perdido mi honor. Venga a matar antes de que nadie lo vea.

Tan cambiado estaba el rostro del criado que Gisborne se quedó mirándolo con cara de lelo.

—Para esto me ayudaba ese vagabundo de la selva a sacar brillo a la mesa del *sahib*, y a traer agua y a desplumar las aves. ¡Se han escapado juntos, a pesar de mis palizas! Y ahora estará sentado con sus demonios, arrastrando el alma de ella a los abismos. ¡Arriba, *sahib*, venga conmigo!

Lanzó un rifle a las manos adormiladas de Gisborne y casi lo arrastró del dormitorio a la terraza.

—Están en el *ruj*. Muy cerca de la casa. Venga conmigo sin hacer ruido.

—Pero ¿qué pasa? ¿A qué viene todo esto, Abdul?

—Mougli y sus demonios. Y también mi propia hija —dijo el criado. Gisborne,

con un silbido, siguió a su guía. Ahora entendía por qué Abdul Gafur pegaba a su hija por las noches, y por qué Mougli ayudaba en las tareas domésticas al hombre a quien él mismo, con sus propios poderes, fueran los que fuesen, había denunciado por ladrón. Además, los cortejos en la selva son muy rápidos.

Oyeron una flauta en el *ruj*, como el canto de un dios que vagara por los bosques, y, a medida que se acercaban, un murmullo de voces. El sendero terminaba en un claro semicircular, cercado mitad por altas hierbas mitad por árboles. En el centro, sentado en un tronco caído, de espaldas a quienes lo acechaban y con el brazo por encima de los hombros de la hija de Abdul Gafur, estaba Mougli, con una nueva corona de flores, tocando una rudimentaria flauta de bambú. Y al son de su música cuatro lobos enormes bailaban solemnemente levantados sobre las patas traseras.

—Esos son sus demonios —susurró Abdul Gafur, que tenía un puñado de cartuchos en la mano.

Los lobos se pusieron a cuatro patas cuando sonó una nota larga y temblorosa, y se quedaron quietos, mirando fijamente a la muchacha con sus ojos verdes.

—Fíjate —dijo Mougli, dejando la flauta a un lado—. ¿Hay en esto algo para tener miedo? Ya te dije, mi pequeña de buen corazón, que no lo había, y tú me creíste. Tu padre… ¡Ah, si hubieras visto cómo lo guie por el camino del nilgó! Tu padre dijo que eran demonios. Y por Alá, que es vuestro Dios, que no me extraña que lo creyera.

La chica soltó una carcajada como una ola pequeña, y Gisborne oyó que los pocos dientes que le quedaban a Abdul rechinaban. Aquella no era la niña avergonzada a la que Gisborne había visto merodear por los alrededores de su casa, silenciosa y cubierta con un velo, sino una mujer hecha y derecha que había florecido de la noche a la mañana, lo mismo que la orquídea abre su flor en una sola hora de calor y humedad.

—Son mis compañeros de juegos y mis hermanos, hijos de la madre que me dio de mamar, como te conté detrás de la cocina —prosiguió Mougli—. Hijos del padre que me protegía con su cuerpo del frío en la boca del cubil, cuando yo era un niño desnudo. Mira —uno de los lobos levantó el morro gris y babeó en la rodilla de Mougli—, mi hermano sabe que estoy hablando de ellos. Cuando yo era pequeño, él era un lobato y nos revolcábamos juntos en el barro.

—Pero dices que eres un hombre —contestó la muchacha con voz de arrullo, acercándose al hombro de Mougli—. ¿Eres un hombre?

—Pues claro que soy un hombre. Lo sé porque me has robado el corazón, pequeña. —Ella hundió la cabeza debajo de la barbilla de Mougli. Gisborne levantó una mano, en señal de advertencia, para refrenar a Abdul Gafur, a quien no impresionaba en lo más mínimo esta escena prodigiosa—. Pero también fui un lobo entre los lobos hasta que mis compañeros de la selva me pidieron que me marchara, porque era un hombre.

—¿Quién te pidió que te marcharas? Un hombre de verdad no hablaría así.

—Los propios animales. Tú no lo creerías, pequeña, pero así fue. Las fieras de la selva me pidieron que me marchara, pero estos cuatro lobos me acompañaron, porque soy su hermano. Después viví con los hombres y fui pastor de ganado, cuando aprendí su idioma. ¡Ja, ja! Los rebaños pagaban su cuota a mis hermanos, hasta que una anciana, querida mía, me vio jugando con ellos entre los cultivos. Entonces dijeron que estaba poseído por los demonios y me echaron de la aldea con palos y piedras, y estos cuatro me siguieron a escondidas, en vez de acompañarme abiertamente. Fue entonces cuando aprendí a comer la carne cocinada y a hablar con descaro. Fui de pueblo en pueblo, corazón mío, como pastor de ganado, cuidador de búfalos y rastreador de caza, pero ningún hombre se atrevía a levantar un dedo contra mí dos veces. —Se inclinó y acarició la cabeza a uno de los lobos—. A ti también te gustan. No hay daño ni magia en ellos. Mira cómo te conocen.

—Los bosques están llenos de demonios de todas clases —dijo la chica, estremeciéndose.

—Eso es mentira. Cuentos de niños —respondió Mougli con confianza—. He dormido bajo el rocío y las estrellas y en la oscuridad de la noche, y lo sé bien. La selva es mi casa. ¿Puede temer un hombre las vigas de su techo o una mujer el hogar de su hombre? Agáchate y acarícialos.

—Son perros y los perros son sucios —murmuró ella, inclinándose hacia delante, pero apartando la cabeza.

—¡Una vez comido el fruto nos acordamos de la Ley! —exclamó Abdul Gafur con amargura—. ¿A qué viene tanta espera, *sahib*? ¡Mátelo!

—Calla. Veamos qué ha pasado —dijo Gisborne.

—Así se hace —dijo Mougli, abrazando de nuevo a la muchacha—. Perros o no, han estado conmigo en mil aldeas.

—¡Ay! Y ¿dónde estaba entonces tu corazón? En mil aldeas. Has visto a mil muchachas. Y yo que… que he dejado de serlo. ¿Tengo tu corazón?

—¿Por quién quieres que lo jure? ¿Por ese Alá del que me has hablado?

—No, por la vida que hay en ti. Con eso me contento. ¿Dónde estaba tu corazón esos días?

Mougli se rio un poco.

—En mi estómago, porque era joven y siempre tenía hambre. Por eso aprendí a seguir un rastro y a cazar, a llamar a mis hermanos y a hacerlos ir de un lado a otro, como dirige un rey sus ejércitos. Así guie al nilgó para el *sahib* joven y bobo, y a la yegua grande y gorda para el *sahib* grande y gordo cuando pusieron en duda mis poderes. Fue tan fácil como guiarlos a ellos mismos. Ahora mismo —levantó un poco la voz—, ahora mismo sé que tu padre y *sahib* Gisborne están detrás de mí. No, no corras: ni diez hombres se atreverían a dar un paso. Recuerda que tu padre te ha pegado más de una vez. ¿Quieres que dé el aviso y vuelva a llevarlo en círculos por el *ruj*? —Un lobo se levantó, enseñando los dientes.

No le pasó por alto a Gisborne cómo tembló, a su lado, Abdul Gafur. Un

momento después, el mayordomo había dejado su sitio vacío y huía por el claro a todo correr.

—Ya solo queda *sahib* Gisborne —anunció Mougli, sin volver la cabeza—, pero yo he comido de su pan y pronto entraré a su servicio, y mis hermanos serán sus servidores; le guiarán la caza y le darán noticias. Escóndete en la hierba.

La muchacha huyó, acompañada de un lobo protector, y las altas hierbas se cerraron a su paso. Mougli, con sus tres hermanos, se volvió a Gisborne mientras este se acercaba.

—Esta es toda la magia —dijo, señalando a los tres lobos—. El *sahib* gordo sabía que los que nos hemos criado entre lobos corremos apoyados en los codos y las rodillas durante una temporada. Al tocarme los brazos y las piernas descubrió la verdad que usted no sabía. ¿Tan increíble es, *sahib*?

—En realidad es todavía más increíble que la magia. ¿Estos fueron los lobos que guiaron al nilgó?

—Sí, y también guiarán a Eblis[16] si yo se lo ordeno. Son mis ojos y mis pies.

—En ese caso, asegúrate de que Eblis no lleva una escopeta doble. Aún tienen cosas que aprender tus diablos. Se colocan en fila, uno detrás de otro, y de esa forma dos disparos bastan para mataros a los tres.

—Sí, pero saben que serán tus servidores en cuanto yo sea guardabosques.

—Aparte de eso, Mougli, lo que le has hecho a Abdul Gafur es vergonzoso. Has deshonrado su hogar y manchado su nombre.

—Yo creo que se deshonró él solo, cuando se llevó el dinero del *sahib*, y volvió a deshonrarse hace un momento, cuando susurró al oído del *sahib* que matara a un hombre desarmado. Yo mismo hablaré con Abdul Gafur, porque soy un hombre al servicio del gobierno, con derecho a una pensión. Podrá celebrar el matrimonio por el rito que prefiera, o eso o tendrá que huir otra vez. Hablaré con él al amanecer. Por lo demás, el *sahib* tiene su casa, y esta es la mía. Es hora de volver a dormir, *sahib*.

Dicho esto, Mougli dio media vuelta y desapareció entre las hierbas, dejando a Gisborne a solas. La insinuación del dios del bosque era inconfundible, y Gisborne regresó al *bungalow*, donde Abdul Gafur, desgarrado de rabia y de miedo, lo esperaba despotricando en la terraza.

—Paz, paz —dijo Gisborne. Y tuvo que zarandearlo, porque parecía que iba a darle un ataque—. *Sahib* Muller ha nombrado a ese joven guardia forestal, y, como sabes, recibirá una pensión cuando termine de prestar sus servicios al gobierno.

—Es un descastado, un *mlech*, un perro entre los perros; ¡un devorador de carroña! ¿Qué pensión se paga por eso?

—Eso solo Alá lo sabe. Y tú ya has oído que el mal ya está hecho. ¿Quieres que se enteren todos los demás criados? Celebra pronto el *shadi*, y ya verás cómo la chica lo convierte en musulmán. Es un joven muy apuesto. ¿Acaso te extraña que se fuera con él, después de tus palizas?

—¿Ha amenazado con perseguirme con sus bestias?

—Eso me ha parecido. Desde luego que si es un hechicero es de los más poderosos.

Abdul Gafur se quedó pensativo, y después se dejó llevar y empezó a dar gritos, olvidando que era musulmán.

—¡Tú eres un brahmán! ¡Yo soy tu vaca! ¡Resuelve el problema y salva mi honor si es que eso es posible!

Así, Gisborne se adentró en el *ruj* por segunda vez y llamó a Mougli. La respuesta llegó de muy arriba, y no precisamente en un tono obediente.

—Cuidado con lo que dices —contestó Gisborne, levantando la vista—. Todavía estoy a tiempo de echarte de tu escondite y de cazarte, a ti y a tus tres lobos. La chica tiene que volver a casa de su padre esta noche. Mañana se celebrará el *shadi*, según la ley musulmana, y entonces podrás irte con ella. Ahora, llévala con Abdul Gafur.

—Ya lo he oído. —Se oyó un murmullo de voces, deliberando entre las hojas—. Obedeceremos… Por última vez.

Un año más tarde, Muller y Gisborne iban cabalgando por el *ruj*, hablando de sus cosas. Cuando llegaron a las rocas que había cerca del río Kanye, Muller iba un poco por delante. A la sombra de un denso espino vio acostado a un niñito desnudo, de piel oscura, y entre la maleza, inmediatamente detrás, asomó la cabeza de un lobo gris. Gisborne tuvo el tiempo justo de desviar el rifle de Muller, y la bala desgarró las ramas del árbol.

—¿Estás loco? —tronó Muller—. ¡Mira!

—Ya lo veo —dijo Gisborne en voz baja—. La madre tiene que andar cerca. ¡Vas a despertar a toda la manada!

La maleza volvió a separarse, y una mujer sin velo cogió rápidamente al niño.

—¿Quién ha disparado, *sahib*? —le gritó a Gisborne.

—Este *sahib*. No se acordaba del pueblo de tu marido.

—¿No se acordaba? Debe de ser verdad, porque los que vivimos con ellos olvidamos para siempre que son extraños. Mougli está pescando en el río. ¿Quiere verlo el *sahib*? Vosotros, venid aquí. No tenéis modales. Salid de los arbustos y prestad vuestro servicio a los *sahibs*.

Los ojos de Muller se agrandaban por momentos. Perdió el equilibrio en la silla, al corcovear su yegua, y desmontó mientras cuatro lobos surgían de la selva y rodeaban a Gisborne haciéndole carantoñas. La madre, con el niño en los brazos, apartó a los lobos cuando fueron a restregarse contra sus pies descalzos.

—Tenía usted mucha razón en lo tocante a Mougli —dijo Gisborne—. Quería decírselo, pero me he acostumbrado tanto a estos lobos en los últimos doce meses que se me ha ido de la cabeza.

—Ah, no te disculpes —contestó Muller—. No tiene importancia. *Gott in Himmel!*[17] «Yo hago milagros, ¡y bien visibles que son!».



RUDYARD KIPLING nació en 1865 en Bombay, donde su padre era profesor de escultura arquitectónica y director de la recién fundada Escuela de Arte *Sir* Jamsetjee Jeejebhoy. Como era costumbre en la época, cuando cumplió cinco años lo mandaron, con su hermana Alice, a Inglaterra a una especie de internado en Southsea, especialmente concebido para hijos de «angloindios» (así llamaban a los ingleses establecidos en la India): allí pasaron siete años sometidos, como Kipling escribiría en sus memorias, a una «tortura calculada, tanto religiosa como científica». Luego estudió en Devon, en el United Services College. Volvió a la India en 1882 para trabajar como reportero. En 1888 publicó una colección de esbozos, poemas y cuentos ya aparecidos en la prensa, con el título de *Plain Tales of the Hills*. Cuando un año después volvía a Londres, era ya una celebridad. *El hándicap de la vida* (1891), *Barrack-Room Ballads* (1892), los dos *Libros de la selva* (1894, 1895), *Capitanes intrépidos* (1897), *Kim* (1901) y *Los cuentos de así fue* (1902) acabaron de cimentar su fama, como narrador y como poeta, y en 1907 le fue concedido el Premio Nobel: fue el primer escritor en lengua inglesa en recibirlo. Casado con la norteamericana Caroline Starr Balestier, vivió entre 1892 y 1896 en Vermont, en Estados Unidos. Al terminar la Primera Guerra Mundial, en la que su hijo John murió en combate, se incorporó al Comité Imperial de Tumbas de Guerra, responsable de los cementerios ajardinados que aún se conservan a lo largo de lo que fue el frente occidental. Murió en Burwash (East Sussex) en 1936.

Notas

[1] Kabir, poeta y místico indio del siglo XV que intentó unir a hinduistas y musulmanes. *[Esta nota, como las siguientes, es de la traductora]*. <<

[2] Dos especies de árbol autóctonas de la India. <<



[3] Personaje muy popular de unas viñetas británicas que se publicaron por primera vez en la revista *Judy*, en1867. <<



[4] El Motín o Primera Guerra de Independencia India, en 1857: las tropas indias se sublevaron contra el dominio británico, causando muchas bajas. <<

[5] Arrah fue escenario de un trágico asedio en el mencionado Motín de 1857. <<

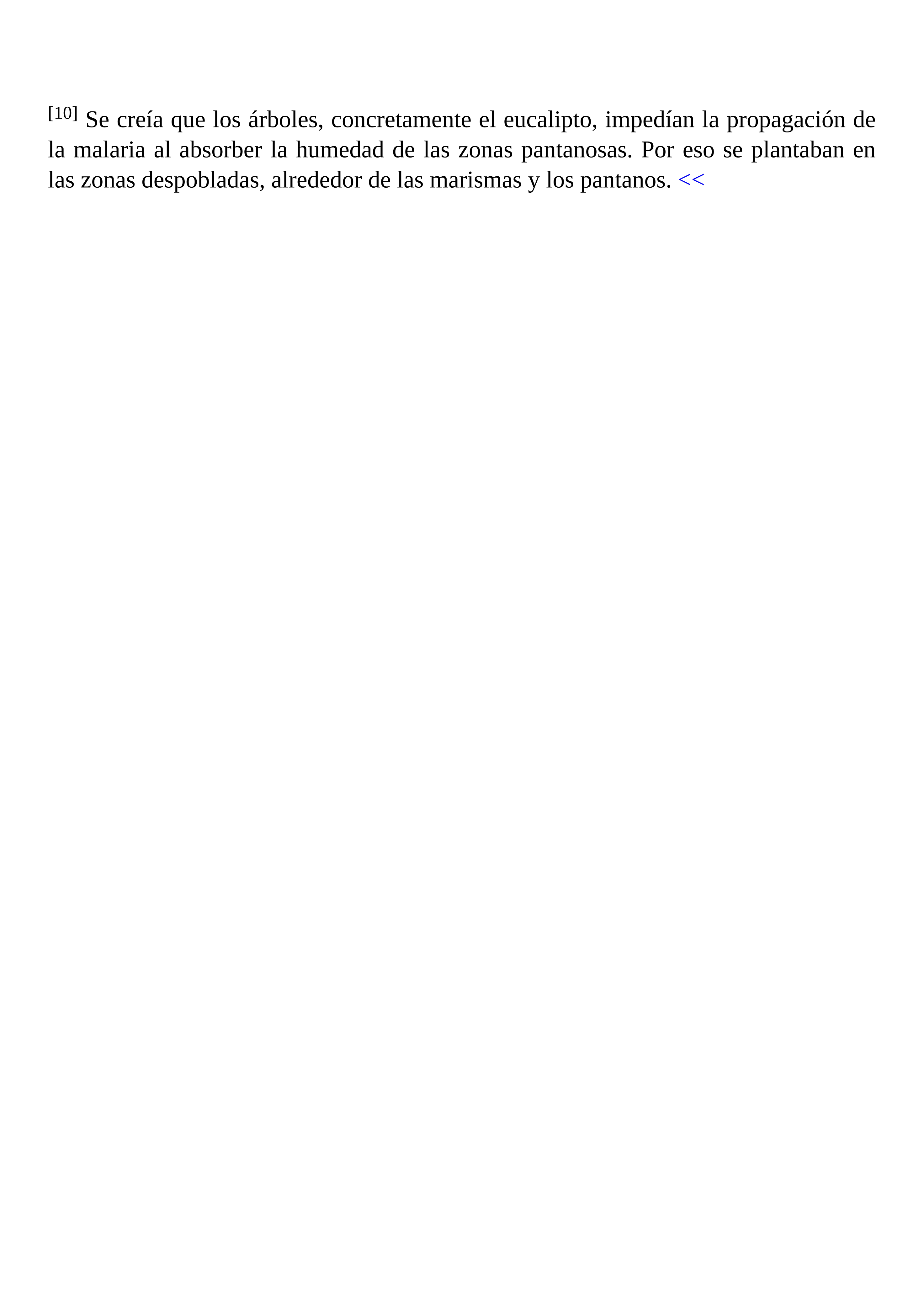


[6] Probablemente la Gran Hambruna de 1876-1878, una de las más largas y extendidas de la India en el siglo XIX. <<

[7] En hindi: ¡Ay, madre! <<

[8] Cuando en junio de 1896 Kipling reimprimió este relato (publicado por primera en *Many Inventions* en 1893) en la revista *McClure's*, con el título de «Mowgli's Introduction to White Men», añadió una presentación en la que decía que fue «el primer cuento de Mougli que se escribió, aunque trate los capítulos finales de su itinerario: es decir, su presentación ante los hombres blancos, su casamiento y civilización, todo lo cual podemos inferir que ocurrió dos o tres años después de haberse despedido de sus amigos de la selva». Y añadía: «Quienes conozcan la geografía de la India sabrán que entre Sioni y una reserva forestal del norte hay todo un mundo; pero, aunque muchas cosas curiosas debieron de ocurrirle a Mougli, no tenemos constancia clara de sus aventuras en ese peregrinaje. Se cuentan, sin embargo, leyendas». <<

[9] En 1867 y 1886 los funcionarios del Imperio británico destinados al Servicio Forestal de la India estudiaban en la Escuela de Ingeniería Forestal de Nancy, en Francia. <<



[10] Se creía que los árboles, concretamente el eucalipto, impedían la propagación de la malaria al absorber la humedad de las zonas pantanosas. Por eso se plantaban en las zonas despobladas, alrededor de las marismas y los pantanos. <<



[11] Bosque, reserva forestal, según la denominación administrativa del gobierno de la India. <<



[12] Medida de distancia de entre kilómetro y medio y cinco kilómetros, según la localidad. <<

[13] Literalmente, un juego o capricho de la naturaleza. <<

[14] Del árabe, *huzur*: su alteza. <<

[15] Cita de la séptima estrofa de *Dolores* (1866), de Algernon Charles Swinburne. <<

[16] Diablo en la mitología islámica. <<

[17] ¡Dios del cielo! <<